

Ejercito



REVISTA ILUSTRADA DE LAS ARMAS Y SERVICIOS
MINISTERIO DEL EJERCITO

Ejército

REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS

NÚM. 78 • JULIO • 1946

S U M A R I O

18 de Julio.—La iniciativa en la guerra mecanizada. *Comandante Salcedo*.—Rutas de los Tercios españoles a Flandes. *General García de Pruneda*.—La guerra y el armamento actual. *T. Coronel González de Mendoza*.—El poeta Garcilaso de la Vega. *General Bermúdez de Castro*.—Observación de Artillería. *Trad. del Teniente argentino Castro Sánchez*.—Sobre Educación Moral. *T. Coronel Rodríguez Cano*.—Colaboración del Oficial y el Capellán. *Capitán Capellán Coscolla*.—El Servicio de Sanidad en las Grandes Unidades de Montaña. *Capitán Médico Royo*.—Información e Ideas y reflexiones. (Al margen de los reglamentos. *Coronel de Alpinos Domenico Formara*.—El Irán en la economía mundial del petróleo. *T. Coronel García Almenta*.—Sobre la acción de las fuerzas aerotransportadas. *General J. M. Calvert*.—El repliegue invernal 1942-1943 en la campaña de Rusia. *Comandante de "bersaglieri" Romolo Guercio*.—La evolución de los principios de la guerra. *Mayor D. Alberto Lammirato*.—Las materias primas y el potencial industrial. *T. Coronel D. Julio Sanguinetti*.—Oficiales de Intendencia al servicio del Protectorado. *Capitán de Intendencia Luis Guijarro*.—Las patrullas y su empleo. *Comandante de Infantería Vittorio Pensabene*.—La selección psicotécnica militar en Alemania e Inglaterra en la última guerra. *Ingeniero Ruiz Castillo Basala*.—Los Zapadores y la evolución de los medios y procedimientos tácticos. *T. Coronel de Ingenieros Salvatore Fisicaro*.—Embalajes del material de guerra. (*Información Prensa Estados Unidos en Madrid*.) **Bibliográfica.**

Las ideas contenidas en los trabajos de esta Revista representan únicamente la opinión del respectivo firmante y no la doctrina de los organismos oficiales.

Redacción y Administración: Alcalá, 18, 3.º - MADRID - Teléf. 25254 - Apartado de Correos 31

18 de JULIO

AL cabo de dos lustros de aquel 18 de Julio lleno de inquietos interrogantes, la perspectiva histórica es suficientemente amplia para hablar de la significación de una vida, amantes como somos de estas recordaciones, porque recordar es continuidad de la vida y Tradición.

¿Hay por qué volver a hacer memoria de los instantes; España, indefendida por la incoherencia de unos y empujada por la demagogia de otros, había rodado a la sima de las desventuras.

España acaba de ser declarada buena presa por la conjura filocomunista, interesada en soviétizarla. España se decidió a defenderse porque sólo la guerra podía evitar la culminación del mal.

"No fueron las legiones—decía Napoleón—las que conquistaron las Galias, sino César." Aquí Franco hubo de ser el elegido. Ninguno como él había logrado en el viejo y glorioso Ejército español análogo prestigio y autoridad. Se le recordaba con su chilaba de Regulares; con su gorrión de legionario; en Biut, en Alhucemas y en Zaragoza luego, al frente de la Academia General, austero y maestro.

La tarea, en verdad, no fué breve ni fácil. En plena guerra—caso singular y sin precedentes históricos—Franco debería organizar un ejército para vencer. La Victoria, que llegó llena de sacrificios y no menos repleta de heroísmos, hizo que Franco, soldado, dejase paso a Franco, Jefe indiscutible, Caudillo de España, proclamado en el mejor de los plebiscitos por toda la España redimida en el vasto e incorruptible colegio electoral del campo de batalla.

Con la Victoria llega la generosidad del triunfo; la reconstrucción nacional; la tarea social, la económica, la de la enseñanza. No es fácil la empresa; pero Franco la conduce con paso firme, fiel a esa trilogía magnífica de su pensamiento que reza: SACRIFICIO, SERVICIO, HERMANDAD.

Laborábamos en paz cuando, ¡oh dolor!, el espanto de la catástrofe se generaliza por el Orbe entero. Franco señala el riesgo. Querría localizar la hecatombe, pero la fatalidad es más fuerte y Franco salva a España otra vez. Ahora con la paz, como antes la salvara con la guerra.

Cuando las hostilidades cesan, el mundo, entre lutos y hambre, no halla aún la paz que anhela. Se escuchan, por el contrario, presagios de tragedias mayores. La inquietud cunde y el peligro se señala. Entre esta tempestad amenazadora, Franco es el Capitán diestro, firme y prudente, que conduce la nave.

La Historia gustó siempre de otorgar a España misiones providenciales semejantes: frente al Islam, frente a los turcos, frente al imperialismo napoleónico. La significación remota de ello está en la fecha que encabeza estas líneas; está en la trascendencia de esa jornada del 18 de Julio. La videncia de Franco lo anunció ya entonces: "Nuestra lucha—dijo—significa la salvación del Mundo." Parece, en efecto, que Dios ha plantado España donde está para que sea bastión eterno de la cultura occidental y de la civilización cristiana.



LA INICIATIVA en la GUERRA MECANIZADA

Comandante de Artillería, del S. de F. M., GASPAR SALCEDO ORTEGA, Profesor de la Escuela de E. M.

A MODO DE JUSTIFICACION

En una crónica de un diario madrileño titulada "El drama del puente no volado", el cronista, con su estilo flúido y brillante, nos cuenta el episodio que dió lugar al paso del Rin—por una patrulla norteamericana—a través del puente de Lühderdorf, en Remagen, que había quedado intacto a causa de la obediencia ciega de un oficial alemán a una consigna recibida.

En este histórico suceso—que abre el portillo de las llanuras de Colonia a la invasión aliada—recobra actualidad y se sintetiza magníficamente el viejo dilema: Iniciativa, obediencia pasiva. Y aunque no es España, por la inteligencia viva y el alma ardiente de sus hijos, tierra en la que es necesario excitar "la iniciativa", antes bien, las más de las veces habrá que contener, y siempre dirigir, esta virtud, vinculada en el carácter nacional y anidada en el instinto popular, ello no excluye, a mi juicio, este recordatorio sobre virtud nuestra tan preciada, ya que sobre ella se basan las normas o principios que rigen la guerra mecanizada y de guerrillas; modalidades guerreras surgidas o revividas al conjuro de los modernos medios de combate.

Sirvan, pues, estas consideraciones, junto con la citada nota de actualidad—algo trasnochada—, coma disculpa a mi atrevimiento de resucitar este viejo pleito, fallado en teoría, pero todavía no bien resuelto en la práctica.

OJEADA RETROSPECTIVA

La iniciativa como acto volitivo, es tan vieja como el hombre. Ella es básica en las acciones de los grandes hombres de todos los tiempos y constituye la fuerza motriz de todas sus conquistas y descubrimientos.

Campea la iniciativa en las acciones guerreras llevadas a cabo en la Edad Media por aquellos turbulentos señores, que obraban y combatían a su libre albedrío, y en las cuales pretendían zanjar viejas cuentas de honor y vanidad. Con el ocaso del caballero blindado, antiguo rey del campo de batalla, desaparecen del mismo estos brotes de iniciativa, antieconómicos y anárquicos en su mayoría, con relación al conjunto de la acción.

Surgen después en el campo de la táctica las pesadas formaciones de arcabuceros y piqueros del

Renacimiento, cuyos tardos y lentos movimientos son totalmente regulados y perfectamente dirigidos por el Jefe, que abarca con una sola mirada el reducido campo de batalla. La obediencia pasiva es ley que rige en los Ejércitos y dogma infalible para el éxito de la guerra, en cuyo ambiente todo intento de iniciativa es ahogado en germen.

Posteriormente, con Federico II, artífice perfecto de la táctica lineal y maestro de ceremonias del campo de batalla, se impone el metodismo, negación absoluta de la iniciativa. Por otra parte, el corto alcance de las armas de fuego, su dificultad de carga y lo precario de su funcionamiento, aconsejaban una reserva en la orden de fuego—indispensable para conseguir la superioridad inicial—, función, a su vez, de la eficacia del tiro a distancias pequeñas. En consecuencia, las órdenes de fuego pasan a ser patrimonio del Jefe supremo, que centraliza en su totalidad la dirección de la acción. (Al deseo de asegurarse una ventaja inicial y no a una simple cortesía, debe atribuirse aquella célebre frase de "Señores ingleses, tirad primero.")

En resumen: vemos cómo en todo este período prenapoleónico la iniciativa es totalmente desconocida como principio militar y, desde luego, ignorada como valor moral.

Con la Revolución francesa caen por su base aquellos principios matemáticos, verdaderas recetas tácticas, que regían el entonces mal llamado Arte Militar. En esta época, la necesidad que impone el fraccionamiento de las tropas para vivir, constituye el primer jalón de la estrategia moderna—marchar separados y concentrarse para combatir—; del mismo modo, con la aportación de elementos voluntarios sin instrucción y con patriotismo, surge la iniciativa individual, como un valor moral más, en estos Ejércitos embrionarios y desordenados.

Ya en este orden de ideas, el talento prodigioso de Napoleón aprovecha y canaliza estas fuerzas naturales, sobre las cuales basa sus magníficas campañas de Italia y Austria..., en las que—en frase del futuro Emperador—"cualquier soldado llevaba en su mochila el bastón de Mariscal". Posteriormente su potente genio, su capacidad de trabajo y el conocimiento profundo de sus subordinados, de quienes no exige más que valor, tenacidad y lealtad, coarta sus iniciativas, reglando su conducta mediante órdenes minuciosas y concretas, en las cuales su poderosa intuición todo lo prevé y calcula... Es verdad que crea el Ejército y el Cuerpo de Ejército; pero esta medida de índole orgánica obedece más a necesidades del mando que a deseos de fomentar las iniciativas de los Generales que los mandan.

Sintetizando: durante el período napoleónico se toleraron los actos de iniciativa que tienen éxito, porque "el que vence no se equivoca nunca"; pero se adjudica este éxito más al capricho de la suerte o a proezas venturosas que al resultado de una laboriosa concepción personal del subordinado.

Son los prusianos, tan duramente castigados por el genio del Emperador, los primeros que al estudiar sus campañas resaltan la importancia de esa fuerza, hasta entonces secreta, que reside en la iniciativa de los mandos subordinados. Y sobre este

"descubrimiento" basan la reorganización de su nuevo Ejército, llevada a cabo por Scharnhorst y sus colaboradores. En él se fomenta, por primera vez en la Historia militar, la iniciativa de los mandos subordinados y se forma un conjunto coordinado de hombres de talento educados todos ellos dentro de una misma unidad de doctrina, con los cuales se trata de sustituir al genio, que nace, pero que no se crea.

La superioridad moral y material del Ejército alemán, sus fulminantes éxitos en las campañas del 66 y del 70 y el contraste de estas campañas con las de Napoleón, van a ser la consagración oficial de la iniciativa como virtud guerrera de importancia considerable, mostrando cómo el Emperador—el más grande hombre de guerra de tiempos pasados y presentes—no puede dar cuenta definitiva de sus enemigos debido a las faltas de sus Mariscales, mientras que Moltke, "el Viejo", un Field-mariscal, no dotado de talento extraordinario, termina feliz y rápidamente sus campañas gracias a las brillantes iniciativas y al ejemplar compañerismo de que dieron pruebas sus Generales subordinados.

Siguiendo su desenvolvimiento natural e histórico, queda, pues, así proclamada la iniciativa virtud de guerra. En consecuencia, los reglamentos y doctrinas de todos los países le dan cabida en sus artículos y normas, si bien en la mayoría de ellos este reconocimiento no pasa de ser platónico.

Y en este estado de cosas se produce la primera de las guerras europeas.

LA INICIATIVA EN LA GUERRA DEL 14-18

Esta primera gran contienda europea, guerra de posiciones por antonomasia, resulta un canto a la centralización del Mando. Centralización que si en buena doctrina no está reñida con la iniciativa, en la práctica tiene muchos roces con ella. En la mayoría de sus ofensivas—precedidas todas ellas de una larga y minuciosa preparación—se prescinde *a priori* de obtener la sorpresa, que se sustituye por la acción brutal y aplastante del fuego. Durante este período preparatorio se consigue, o al meos se trata de conseguir, un conocimiento perfecto de los dos factores básicos de la decisión: el enemigo y el terreno, y basados en este conocimiento, los Mandos de E. y C. E., descienden en sus decisiones a pequeños detalles, detalles que se reflejan en órdenes—verdaderos monumentos literarios—, en las cuales llega a tener más importancia evitar un gerundio mal sonante que el soslayar un islote o punto fuerte de primera línea, que, en teoría, debe quedar totalmente destruido ante el alud de fuego de la preparación artillera. Naturalmente que esta prolijidad en las órdenes superiores se transmite hasta los escalones del Mando inferior...

Esta centralización excesiva, unida a los rígidos sistemas de coordinación de Infantería, Artillería (los horarios), entonces en boga, excluyen en la ejecución las iniciativas y audacias de los inferiores. No quiero con esto decir que no se produzcan actos de valor; al contrario, se prodigan; pero el valor es cosa distinta de la iniciativa.

En resumen: durante este período guerrero y en los años que le siguen hasta la segunda guerra mundial, y durante los cuales se desarrollan las enseñanzas en él adquiridas, los actos de iniciativa de los inferiores, aceptados en teoría en reglamentos y doctrinas, sesultan en la práctica coartados por la centralización excesiva del mando y recortados por una exigente responsabilidad y por la rigidez de las doctrinas entonces en boga.

LA INICIATIVA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En el curso de la segunda guerra europea se produce un punto de inflexión o de crisis, el 8 de noviembre de 1942, fecha del desembarco de los aliados en el Norte de Africa, que divide a esta gigante contienda en dos grandes fases o ciclos. El primero de ellos corresponde a las victoriosas acciones llevadas a cabo por los Ejércitos alemanes en tierras continentales e insulares, y el segundo, a la violenta acción aliada en todos los frentes de batalla.

En la primera de estas fases, una nueva doctrina de guerra, basada en la utilización oportuna de los modernos medios de combate, da rápidamente al traste con los aliados. En ella, y al repasar con rápida visión cinematográfica las campañas de Polonia, Bélgica, Holanda, Francia..., observamos cómo un mismo modo de hacer la guerra se repite a lo largo y a lo ancho del enorme mosaico de zonas de acción y naciones. Una vigorosa protección aérea y artillera, destrozando las vías de comunicación, arroja las fulminantes y profundas acciones de las fuerzas motorizadas. Estas paralizan en sus rápidos y audaces avances los órganos de enlace y mando aliados, cuyos Jefes, desbordados en sus previsiones y desmoralizados por las nuevas y peligrosas situaciones, se dejan arrastrar, en la mayoría de los casos, por corrientes derrotistas y de inacción, que llevan consigo la parálisis total de sus Ejércitos.

En la segunda de estas fases, asimilada ya por los aliados la nueva doctrina, asistimos al choque de dos grandes Ejércitos (mecanizados y aéreos). Reforzado el de las Naciones Unidas por el joven y superpotente Ejército americano, derrota en una serie de batallas decisivas a la Aviación y Ejército blindado alemán y se produce así el colapso militar del III Reich, cuando todavía conservaba Alemania fuertes contingentes de tropas y grandes Unidades normales, bien adiestradas y equipadas.

En definitiva: en ambos casos resulta decisiva la acción en masa de los elementos blindados y aéreos, siempre que sus normas de empleo se ajusten a los imperativos de la nueva doctrina, sintetizada en el trinomio: potencia, velocidad iniciativa. Virtud esta última que adquiere así una importancia vital para la conducción de la guerra y cuya dosificación dentro de esta fórmula bélica vamos a analizar a continuación.

LA INICIATIVA EN LAS GRANDES UNIDADES MECANIZADAS

Las características fundamentales del carro, elemento básico de las Unidades blindadas, imprimen a la lucha un carácter episódico y cambiante,

en la cual la situación propia evoluciona constantemente, al mismo tiempo que los medios se dispersan en función de su armamento y radio de acción. La lucha se descompone en un conjunto de hechos individuales, indudables y forzosamente coordinados entre sí; pero cuya centralización es cada día más difícil y que impone una descentralización progresiva a favor de los Mandos de estas Unidades mecanizadas. Con el gran radio de acción y la velocidad media de los vehículos han variado el espacio y el tiempo de la acción en curso, factores ambos básicos de la estrategia.

En consecuencia, las noticias y órdenes deben recorrer grandes espacios en tiempos mínimos, para ser útiles y actuales.

Debido a ello y pese al evidente progreso de los medios de enlace, surge en estas Unidades la necesidad de que el Jefe siga de cerca a sus tropas y en algunos casos, intervenga directamente en la lucha. Vuelven, por lo tanto, los Jefes de estas grandes Unidades a ser Jefes, en el sentido literal de la palabra, acompañando y conduciendo a sus tropas, con las cuales corren los mismos peligros y sufrimientos. Un pequeño Estado Mayor auxilia al Jefe, traduciendo en órdenes, muchas veces verbales, las decisiones, y transmitiéndolas personalmente.

Estos Jefes, cuyo puesto normal en el curso de la acción reside en los primeros escalones de ataque, tienen necesariamente que gozar de una más amplia iniciativa, con la cual suplir la solución de continuidad que en espacio y tiempo se produce en la cadena orgánica del Mando. Naturalmente que esta iniciativa, al producirse en Ejércitos adecuados dentro de la misma doctrina, ha de quedar encauzada en las ideas directrices del Mando superior, cuyos planes de empleo de estas fuerzas deberán ser *flexibles* y *sencillos*, expresando el fin a conseguir y dejando la elección de los medios, como base de iniciativa de sus subordinados.

De este modo, los Jefes de los Cuerpos o grandes Unidades mecanizadas que han de operar coordinadamente, pero a grandes distancias y con enlaces no siempre buenos, conocen la idea de maniobra del Mando y, a grandes rasgos, el modo de reaccionar de las Grandes Unidades colaterales, o simplemente convergentes al fin común. De acuerdo con esto, y una vez iniciada la acción, las grandes Unidades mecanizadas actúan audaz y rápidamente ante las situaciones cambiantes, ya que en ellas, más que en ninguna otra, una acción continuada y enérgica puede remediar un error inicial.

ELEMENTOS DE LA DECISION

La falta de tiempo se hace sentir con agobiadora insistencia en esta especial modalidad guerrera, en la cual los Mandos deben poseer, por lo tanto, una *reprisse* violenta y rápida para poner en marcha el sistema casi mecánico de su decisión. Su aplicación automática viene a ser la resultante de costumbre, adquirida a base de método y de instrucción, función de la elasticidad y viveza de inteligencia del Jefe. La gestación de la decisión, idéntica a

la de los Jefes de las Divisiones normales, se basa en el estudio de la misión impuesta y en el juicio de la situación, esto es, en el análisis y síntesis de los factores básicos de toda decisión.

La misión.—Ha de expresar claramente el fin a conseguir, esto es, el objetivo a alcanzar (normalmente, un objetivo lejano y estratégico).

Al dictar su plan de maniobra el Mando, si, como es natural, cuenta con grandes Unidades mecanizadas y normales, debe huir a toda costa de la tendencia, fruto de la inercia de épocas anteriores, de considerar a las Unidades blindadas como vanguardia del resto de Ejército, supeditándolas como tales vanguardias al movimiento de los gruesos. Por el contrario, las Divisiones blindadas deben constituir siempre un todo, vanguardia y grueso, con las cuales se va a combatir y a maniobrar. Ello no excluye la colaboración de las Divisiones de Infantería; pero, en todo caso, la maniobra, montada a base de grandes Unidades mecanizadas y grandes Unidades normales, ha de sincronizarse con el ritmo de progresión de las primeras Unidades, que "tiran" así hacia vanguardia del resto de las Divisiones que siguen su marcha. Utilizando las Unidades motorizadas y los paracaidistas para poder llenar esos huecos tácticos que la diferencia de velocidad produce en el despliegue en profundidad y que pueden resultar a la larga peligrosos.

La misión fundamental, como es para la decisión, no cabe desvirtuarla y sólo en casos excepcionales, cuando la situación haya variado esencialmente, puede soslayarse su cumplimiento, dando cuenta al superior.

El terreno.—Segundo factor de importancia, por las limitaciones que para el empleo de estas Unidades impone. No debe, sin embargo, supervalorizarse esta su influencia negativa, dado el elevado número y el progresivo aumento de los vehículos todo terreno, que forman parte de las Divisiones blindadas, que convierten a las carreteras en líneas de mínima resistencia para el movimiento y reducen considerablemente las regiones totalmente prohibitivas para carros.

Aun así, la existencia de estas circunstancias prohibitivas imponen un conocimiento perfecto y preciso de la futura zona de acción, cuyas dimensiones grandes complican gravemente este conocimiento, ya que los reconocimientos previos y detallados serán difíciles de llevar a la práctica. Buenas y modernas cartas topográficas y de los suelos son necesarias, así como reconocimientos y fotografías aéreas continuas, pues el terreno, en lo que se refiere a su mayor o menor facilidad o dificultad para la progresión de los carros es fácilmente cambiante por el hombre. Su estudio objetivo, con relación a la misión, deberá abarcar, entre otros, los siguientes puntos:

- a) ¿Presenta el terreno carácter de uniformidad?
- b) Naturaleza de su suelo y zonas.
- c) ¿Favorece la acción blindada? ¿Con qué elementos?
- d) ¿Zonas de bosques, pantanos y poblados aptos para la defensa contra carros ene-

miga y posibles puntos de apoyo de sus carros?

- e) Observatorio.
- f) ¿Zonas aptas para barreamiento, campos de minas, artillería y cañones contra carros?
- g) ¿Facilidades para la ocultación?
- h) ¿Carreteras principales, caminos, posibles destrucciones, viabilidad?
- i) ¿Obstáculos naturales y artificiales?
- j) Puntos a ocupar y defender a toda costa.
- k) ¿Regiones aptas para campos de aviación de cooperación?

El enemigo.—Hasta la segunda gran contienda mundial el alcance, relativamente reducido, de la Artillería, única arma del Mando, y el limitado campo de observación normal de los observatorios terrestres, constituían los límites, a partir de los cuales y hacia la retaguarda, la actuación de uno de los contendientes no sólo era desconocida, sino libre e independiente de la voluntad del Mando del otro. La incertidumbre que de esta situación se derivaba tenía que pesar de una manera considerable en las maniobras propias y hacia de ese factor, pese al indudable progreso de los medios y métodos de información, la incógnita principal de la ecuación de la decisión, en la cual se trata de determinar lo más exactamente posible la predicción en tiempo y espacio necesaria para deducir la situación futura del enemigo en función de un conocimiento, no siempre exacto, del enemigo actual.

Los dos procedimientos tradicionalmente empleados para resolver este problema de los móviles son:

El de las posibilidades, basado en los métodos de Napoleón, y de las intenciones, empleado por primera vez por Moltke.

El primero de estos sistemas es, en síntesis, un método prudente, en el cual se sacrifica la rapidez a la seguridad, con el fin de evitar a toda costa la temida sorpresa estratégica, y en cuyo proceso, lento y minucioso—sincronizado en tiempo con los tardos movimientos de las Grandes Unidades normales—, se tienen en cuenta las posibles hipótesis sobre el enemigo, hipótesis que condicionan las más de las veces la maniobra proyectada. Los planes de información y de investigación constituyen los documentos básicos de este procedimiento matemático, que proporciona a las tropas y al Mando la prudencia estratégica, premisa fundamental de la guerra normal.

En el segundo de los métodos citados se especula sobre la intención más probable del enemigo, deducida mediante un razonamiento lógico y veraz. En él es fundamental una información de primer orden, que permita concebir y confirmar la hipótesis establecida, con objeto de reducir al mínimo la sorpresa estratégica, principal riesgo de este método, que resulta de este modo en la realidad aparentemente despreocupado.

Ahora bien; en la guerra mecanizada las posibilidades de los carros y de los aviones, en el campo táctico, son prácticamente ilimitadas. Con ellas, la aplicación estricta y ortodoxa de la primera de

estas escuelas para el análisis del enemigo aumenta considerablemente las hipótesis a establecer, cuyo reflejo en los planes de investigación y de información los haría confusos y prácticamente irrealizables. Por otra parte, la lentitud de su mecanismo y la prudencia estratégica que con él se consigue envuelven en sí un concepto de seguridad—función de tiempo y espacio—inadecuado para la modalidad operativa de las Grandes Unidades blindadas, cuya seguridad queda garantizada por la potencia y fortaleza del binomio carros-aviación.

Por el contrario, la audacia relativa del segundo de estos métodos y la rapidez de su proceso, unidos a la importancia que en esta modalidad guerrera adquieren los informes negativos que la Aviación proporciona a las Unidades terrestres cuyo "espacio de acción" vigila y protege permanentemente, permiten, a mi juicio, el empleo de esta escuela en la guerra mecanizada, con garantías de acierto suficientes para obtener, en la mayoría de las situaciones, los éxitos fulminantes y definitivos que caracterizan a la modalidad operativa y al método de información que consideramos, y en el cual se autosimplifican los planes de investigación, al concretarse en la misión genérica y normal de la Aviación cooperante. Por otra parte, la Aviación no sólo informa, sino que combate en la profundidad del frente enemigo, cuya progresión o movimientos pue-

de así canalizar, obstaculizar y aun prohibir en absoluto en caso de dominio aéreo total.

Los puntos más importantes a considerar en el análisis de este factor son:

- a) Doctrina de sus fuerzas mecanizadas y aéreas. Su probable actuación de conjunto.
- b) Situación y despliegue inicial de las Grandes Unidades mecanizadas que pueden obrar directamente. Tiempo aproximado de intervención.
- c) Iguales datos sobre las Grandes Unidades normales que puedan colaborar con ellas.
- d) Características de sus carros, cañones blindados...
- e) Despliegue de los aeródromos de vanguardia.
- f) Protección de sus principales bases de retaguardia.
- g) Probable objetivo enemigo y, en consecuencia, probable actuación inmediata.
- h) Circunstancias de tiempo, distancia y logísticas, en general, que condicionan su actuación.
- i) Puntos vitales de sus comunicaciones aéreas y puntos estratégicos.

Los medios de acción.—El análisis o estudio de



este factor se complica en la guerra mecanizada ante la complejidad de los factores materiales y morales que en ella hay que considerar, y dentro de la cual, y a pesar de la influencia cada día mayor de las máquinas e ingenios, siguen siendo predominantes y de muy difícil ponderación los valores morales del Mando y de las tropas en general.

Los puntos principales a considerar son los siguientes:

- a) Fuerzas disponibles y su situación.
- b) Características principales de los carros, vehículos blindados, motorizados...
- c) Unidades motorizadas y normales que colaboran en la operación.
- d) Aviación táctica puesta a nuestra disposición y de gran bombardeo que ha de colaborar (número, características y despliegue).
- e) Unidades de paracaidistas que cooperan en la acción y Grandes Unidades aereotransportadas.
- f) Posibilidades de colaboración en las Unidades de distintos tipos y entrenamiento en estas operaciones.
- g) Medios de enlace y de transmisiones utilizables.
- h) Posibilidades y recursos que en el orden logístico ofrecen nuestras bases. Medios de aprovisionamiento y autonomía de nuestras Unidades. Estos dos últimos puntos y el b) tienen una gran importancia y exigen un conocimiento perfecto y una exacta valoración, así como una perfecta y ordenada ejecución logística, sobre la cual se basan las posibilidades tácticas de la operación proyectada; con ello se revaloriza la importancia considerable de la cuarta Sección, que en principio pudiera parecer disminuida.

Situación de las fuerzas próximas.—Las circunstancias especiales de esta guerra, en la cual cooperan estratégicamente Grandes Unidades tácticas, con sus flancos al descubierto y a través de amplias zonas de acción, exigen que se analice, al menos rápidamente, la situación y posibilidades de aquellas fuerzas próximas y cooperantes al fin común, siendo los puntos más importantes a tratar:

Su situación inicial y modificaciones previsibles de la misma en el transcurso de la acción.

¿Cómo, cuándo y dónde estarán en condiciones de intervenir?

Apoyos a dar o recibir.

Medios de enlace y comunicación con ellas.

Otros factores importantes.—Además de estos factores, clásicos y básicos de la decisión, es necesario tener en cuenta una serie de circunstancias diversas que influyen de una manera considerable y hasta definitiva en el desarrollo de las acciones

a cargo de fuerzas mecanizadas y, por lo tanto, en las decisiones de los Jefes. Entre ellas las más importantes son: las circunstancias meteorológicas y de luz, que, en caso desfavorable, dificultan y aun prohíben la actuación de carros y aviones. La niebla, la lluvia y la nieve y las épocas de deshielo son factores cuya previsión en el futuro adquieren tanta o más importancia que la del enemigo, ya que sus sorpresas producen indefectiblemente el colapso estratégico y logístico del Ejército sorprendido.

La decisión.—Una vez analizados aisladamente cada uno de los factores de la maniobra para obtener en principio una primera aproximación del juicio objetivo de la misma, es necesario estudiar todos y cada uno de los factores, condicionándolos, en primer lugar, a la misión, y en segundo, al terreno—cuya influencia negativa es considerable y en algunos casos definitiva—, para proceder inmediatamente a la labor de síntesis, de la cual ha de surgir clara y terminante la decisión.

Sin tratar de esquematizar este proceso y menos de fijar o dictar normas, vamos a jalonar o resaltar los hechos más salientes del mismo:

1.º Análisis de los distintos factores y circunstancias.

2.º a) Influencia del terreno en el cumplimiento de la misión y con relación a los medios disponibles. Con ello se obtiene el diseño o esbozo de la maniobra, zona de acción, su división en fases por razones de distancia u obstáculos. Necesidad de utilizar Unidades especiales (puentes, carros anfibios...).

b) Estudio comparativo de los medios propios y del enemigo. Nos permite determinar si contamos con medios suficientes, si la acción puede ser energética y única, concentrada y dispersa, breve o continuada...

Síntesis de los dos apartados anteriores y selección de la maniobra, con relación a la más probable del enemigo.

Empleo y repartición de los medios. Su dosificación en esta modalidad guerrera, que normalmente no exige la saturación de efectivos, es más Arte que Ciencia.

Seguridad y protección de los flancos (servicios de Aviación).

Apoyos y servidumbres.

Como consecuencia de esta labor de síntesis, el Jefe dicta a su Estado Mayor su plan de maniobra, cuyos apartados más importantes son:

Objetivo a lograr.

Idea de la maniobra.

Organización de la misma y *designación de los Mandos*.

Condiciones generales de ejecución.

Plan de información.

Normas para el secreto y seguridad.

Normas para los servicios.



Rutas de los TERCIOS ESPAÑOLES a Flandes

General GARCÍA DE PRUNEDA

*Esto es más difícil
que poner una pica en Flandes.*
(Dicho popular.)

ESTA frase familiar la estamos oyendo desde niños, como síntesis de una cosa de difícil realización, y, al igual que todos los dichos del pueblo, representa un estado de opinión o una realidad, dramática la mayor parte de las veces. Me ha parecido materia militar interesante el estudio de cuál sería esta dificultad.

En concepto logístico, estas dificultades pueden ser ocasionadas por el reclutamiento, por la distancia y por las condiciones del terreno, o de los enemigos. No es mi objeto tratar del reclutamiento, pues si existía la pica y el piquero que había de llevarla, la dificultad, como bien claramente precisa la frase, era ponerla en Flandes. El estudio de cómo y por dónde podía ir el piquero con su pica desde Madrid o Valencia a Flandes, es uno militar, que juzgo de interés y, que yo sepa, ni siquiera se ha esbozado.

A este respecto, no es inoportuno recordar que los escritores de los siglos medios, al tratar de asuntos militares o políticos, circunscribían su atención a las personas y a los hechos, pero prescindiendo en absoluto del marco y de la comarca donde éstos se realizaban. Lo mismo Villalobos, en sus conocidos *Comentarios*, que el cronista oficial Luis Cabrera, que las múltiples

historias sobre el Duque de Alba y Farnesio, hacen mención muy escasa de las marchas y casi ninguna del terreno; esta omisión de interés geográfico, que también se nota en las obras contemporáneas de nuestra picaresca y aun en el *Quijote*, casi no tiene excepción. La moderna historia del Duque de Alba, editada por el actual Duque, a pesar de que su autor parece un andariego, habla, del modo más natural del mundo, de que el Duque, de Bruselas viene a El Escorial sin decir por dónde. El Capitán Alonso de Contreras, que también recorrió toda Europa y todo el Mediterráneo, tiene pocas referencias geográficas en su sugestivo *Discurso*.

En las obras de esta época que he leído encuentro sólo una excepción, aunque fragmentaria, y son los *Comentarios* de Bernardino de Mendoza a las Campañas del Duque de Alba en Flandes, en 1567, en cuyo libro describe detalladamente hasta el paisaje de los Alpes y da algunos detalles, de donde puede deducirse la velocidad de marcha.

Posible es que el Archivo Histórico Nacional tenga en sus fondos trabajos inéditos de aquellas épocas que den alguna luz en estas materias, pero el autor los desconoce. Por lo tanto, para

estudiar los diversos itinerarios que nuestros Tercios siguieron desde España a Flandes, sólo encontramos elementos de juicio, aparte de la obra de don Bernardino, en los hechos políticos o militares, que tan sólo tienen explicación, buscándola en las dificultades—que nosotros tratábamos de evitar y Francia creaba—para que nuestras picas llegaran de Madrid a Bruselas. Y, entrando ya en materia, necesario es empezar con una ligera disquisición histórica del siglo XVI.

Sabido es que Carlos V tenía fuera de España territorios en los que ejercía soberanía. Como Rey de España había conquistado el Milanesado, en Italia, y heredado de su padre, Felipe el Hermoso, todos los territorios que habían sido de la herencia del Duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que eran el Franco Condado, Luxemburgo y los Países Bajos, llamados de un modo genérico Flandes.

Además, como Emperador de Austria, tenía en los territorios del Sacro-Romano-Imperio cierta libertad de movimientos, no absoluta, pero sí bastante para que sus tropas se movieran, aunque con dificultades, sobre todo en función de la religión que profesaban los distintos países.

El enlace de estas comarcas tan alejadas pudo hacerse a través de Francia durante casi todo el reinado de Carlos V, quien, sin embargo, trató de evitar el paso tomando, siempre que pudo, la vía marítima; pero el camino terrestre que se seguía de ordinario (véase el mapa) era atravesando el Mediterráneo, de Barcelona a Génova, cruzando el territorio de esta República—que siempre dejó el paso libre a las armas españolas—, y luego, Saboya, cuyos Duques, aunque con veleidades, supieron estar en buena armonía con España. Se enlazaba Saboya directamente con el Franco Condado, este con Lorena—cuyos Duques, aun cuando feudatarios de Francia, mantenían buenas relaciones con la Corte de Madrid—, y de ahí a Luxemburgo y Flandes. Forzoso es aquí entrar en una descripción geográfica, quizás algo pesada, pero indispensable para explicar las rutas que estoy estudiando.

Empecemos por Saboya: Al derrumbarse el viejo reino de Borgoña, que llegaba hasta el Mediterráneo, surgió Saboya, en la vertiente occidental de los Alpes; pero tenía también dominio territorial en todo el Piamonte, valle del alto Po, y llegaba hasta cerca de los Alpes ligúricos. Desde éstos al mar estaba la República de Génova, que tenía Niza.

Al norte de la Alta Italia, el Milanesado, dominio de Carlos V, llegaba, por el norte, a los Alpes; por el este, al lago de Como, y por el sur, al Po; y entre el Milanesado y la Repú-

blica de Génova existía el Marquesado, luego Ducado, del Monferrato, que tenía independencia relativa, pues era feudatario de Carlos, pero no con demasiada dependencia de éste.

Al este del Milanesado, estaba la República de Venecia, que ocupaba parte de la orilla del lago de Como y el lago de Garda; y al sur, entre Venecia y Parma, el Ducado de Mantua, que en el siglo XVII. se unió con el del Monferrato. Y, por último, enlazando el lago de Como con el Tirol, que era del Imperio, había al norte el valle de la Valtelina, que formaba parte del Milanesado, español por lo tanto; y luego, el Obispado de Trento, en el alto Adigio, territorio papal, enclavado en el Condado del Tirol.

Los límites de Venecia en el lago de Como requieren una aclaración. Este lago, en su parte occidental, era del Milanesado y la oriental de Venecia, pero tan sólo en su parte baja, pues la alta, donde desemboca el valle de la Valtelina, formaba parte del Milanesado; lo había conquistado no hacía mucho España, en lucha con el cantón suizo de Grisonnes, que acabó permitiendo la guarnición papal primero y española después, mediante el pago de un tributo anual. Y no es de olvidar que la lucha tuvo carácter religioso, pues los grisonnes eran protestantes, y católicos los de la Valtelina. Por eso, el Milanesado se enlazaba de un modo material con el Imperio por la Valtelina, el Obispado de Trento y el Tirol, pero atravesando el lago de Como.

La frontera del Véneto con el Milanesado, a partir del lago de Lecco, brazo oriental del de Como, seguía el río Adda hasta Vapria. Luego cruzaba el río Oglio, que alcanzaba cerca de Chiari, y lo seguía hasta Canneta, donde empezaba el Ducado de Mantua. Seguía después la frontera hacia el este; pero sin llegar al lago de Garda, del que le separaba un paso de pocos kilómetros a lo largo de la cuenca del Mincio (véase el mapa).

A consecuencia de este extraño trazado de la frontera, la República de Venecia llegaba desde el lago de Como hasta el Adriático, ocupando casi todas las orillas del lago de Garda, pues solamente un corto trozo al norte de éste era del Obispado de Trento.

En virtud de esta situación política territorial, las tropas españolas, para pasar a Alemania, en la cuenca del Inn, a partir del Milanesado, no podían ir por el sur del lago de Garda y subir por allí al Brenner, sino habían de rodear dicho lago por el norte.

Como, además, y según se ha dicho, la parte oriental del lago de Lecco era de Venecia en bastante longitud, correspondiente a los Alpes del Bergamasco, tampoco podía seguirse por tierra la orilla de este lago, siendo, por tanto,

——— Itinerario del Gran Duque, 1567
 - - - - - Itinerario desde 1605
 Itinerario a partir de 1621
 0 25 50 75 100 Km.



rrió en tiempos de Felipe II, que era suegro suyo, nuestras tropas pudieran ir desde Italia hasta Flandes por territorios donde tenían el paso franco.

Indispensable es la árida enumeración que queda hecha, para poder estudiar las distintas fases del ciclo de las rutas que llevaban nuestros Tercios a Flandes; y empezaremos con la primera marcha militar de un Ejército español ya organizado, que fué el que llevó a Flandes el Duque de Alba en 1567.

Cuando, con motivo del levantamiento de los Países Bajos, pensó Felipe II enviar allá un Ejército, consultó si él debía ir y cómo podría

indispensable que las tropas se embarcaran, siguiendo por este lago hacia el norte, hasta ese extremo donde acababa el valle de la Valtelina.

La Bresse y el país de Gex (véase el croquis de Europa central), al norte del Ródano, formaban en los tiempos medios parte del Ducado de Borgoña, hasta que, en el siglo XV, a consecuencia del Tratado de Troyes, pasaron a formar parte del Ducado de Saboya, en cuyo poder siguieron; y cuando el Rey Luis XI consiguió unificar Francia y anexionarse el Ducado de Borgoña, quedó este, que nosotros llamaremos el Franco Condado, en poder de la hija de Carlos el Temerario, y siguieron los países de Bresse y Gex en manos del Duque de Saboya. Esta circunstancia, un poco fortuita, hizo que Saboya se extendiera desde el Po hasta la orilla derecha del Ródano, quedando sin solución de continuidad con el Franco Condado, que era español, y éste con las tierras del Duque de Lorena.

Todo este cúmulo de circunstancias hizo que cuando los Duques de Saboya mantenían buenas relaciones con el Rey de España, como ocu-

hacerlo. Consta en los *Comentarios* de don Bernardino de Mendoza a la guerra de los Países Bajos, la opinión que éste tenía respecto de tal asunto, aconsejando al Monarca que fuera él, y que podría seguir tres caminos: uno, por el mar; otro, por Italia y Alemania, y el tercero, por Saboya y Lorena. Quedaba también la solución de atravesar Francia, que políticamente no creía Mendoza conveniente.

Decía también que el camino del mar no se debía elegir, porque ello obligaría a ir con armada muy numerosa, con lo cual el desembarco en Flandes sería difícil, por los muchos puertos que ya dominaban los revoltosos, o sencillamente en un par de navíos, para pasar inadvertidos, cosa que tampoco aconsejaba *por miedo a los corsarios*.

Notad ya que don Bernardino, hombre muy experto en lides de mar, precisaba el miedo a los corsarios para una solución, y para la otra, hacía presente que era necesario el dominio del mar.

Decidido el Rey a enviar la expedición, y

nombrado Jefe el Duque de Alba, trata de que el Ejército pudiera desembarcar en Frejús y, atravesando la Provenza y el Lyonés, pasar al Franco Condado. Para ello pidió autorización al Rey de Francia, que era entonces Carlos IX; éste se la negó, con fútiles pretextos. Insistió el de España, y la negativa fué rotunda.

Aquí aparece ya el primer obstáculo que Francia pone ante las comunicaciones de España con Flandes, y esto, que ocurría en 1567, es el principio de una política que, como después veremos, duró de modo constante casi siglo y medio.

No siendo posible atravesar Francia, y decidido a utilizar como grueso del Ejército los Tercios Viejos de Lombardía, Cerdeña e Italia, se decidió el paso por Saboya, y para ello fué un emisario a tratar con el Duque reinante respecto al paso de las tropas, el cual, mediante honesta indemnización, autorizó el paso y, además, facilitó recursos para reunir vituallas en la zona de los Alpes, y construir dos puentes: uno sobre el Ródano y otro en el Dens (así dice don Bernardino), que debe ser el Ain, porque precisa que este río era límite entre Saboya y Borgoña, y precisamente en el sitio donde debió hacerlo está hoy el límite entre los dos departamentos del Ain y del Doubs, que han respetado siempre las fronteras de las antiguas regiones francesas.

Concentró el Duque su Ejército en Alejandría (véase el mapa). De allí marchó a Asti, sobre el Tanaro, donde lo organizó y tomó la formación de marcha. Llegó a Puernico, que debe de ser el actual Patrino; allí se entrevistó con el Duque Filiberto Manuel de Saboya, y, pasando por San Ambrosio, subió al puerto del Mont Cenis, donde cruzó los Alpes, y por la cuenca del Arc a Chambery, capital de Saboya.

Es de notar que don Bernardino, en sus comentarios, y por caso raro, habla con gran exactitud y precisión geográfica de la cuenca del Arc, con sus profundas gargantas.

Cruzó después el Ródano, muy cerca del actual Culoz, y el Ain en Luville—dice don Bernardino—que, estudiando la morfología y la fonética, no es difícil identificar con el actual Nueville-sur-Ain, pueblo antiguo que tenía dos castillos, uno de ellos defendiendo un puente en el río, y cerca del cual está Pont-sur-Ain, que por sus condiciones, parece el sitio más indicado para hacer el puente.

Sigamos el viaje con el cronista. Cruzado el Ain, se entraba en el Franco Condado, dominio pleno del Emperador, pues ya formaba parte de sus Estados borgoñones, y llegó al primer pueblo, que es Montfort, actual Montfleu, cerca de Lons-Le-Saunier actual, y después a Besançon y Dôle, capital aquella y ciudad ésta del Franco Condado, entrando en Lo-

rena por Fontenai, actual Fontenoi, al sudoeste de Epinal. Atravesaba este ducado, siguiendo en parte el Mosela, a Nancy y Metz, llegando a Thionville (Luxemburgo), que ya formaba parte de Flandes, donde le recibieron Gaspar Robles y algunos señores flamencos.

El Ejército del Duque tardó sólo dos meses desde Asti hasta Flandes, con marcha muy rápida; pero así y todo, suponía bastante tiempo, y hay referencias de un correo de gabinete que sólo tardó quince días desde Génova. No hay que olvidar era necesario atravesar los Alpes ligúricos; después, los grandes Alpes, con cota superior a los 2.000 metros; luego, las estribaciones del Jura y, al final, los Vosgos.

Este camino tan largo y difícil se comprende que había de ser oneroso en dinero y en pérdida de hombres, bien por privaciones o por las inevitables deserciones. Empezaba, además, por un trayecto marítimo que no era tan corto para la época, bien se embarcaban los reclutas en Cartagena o Barcelona, en aquella época en que el Mediterráneo no estaba libre de corsarios.

Pero, además, se presenta a nuestro espíritu un caso muy raro, y es que desembarcaban en Génova, República independiente y cuyos territorios habían de atravesar. Algunas indicaciones sueltas de documentos diplomáticos demuestran que para cada expedición hacía falta permiso especial de la República y, en algunas ocasiones, el pago de indemnizaciones, o fianzas que hoy llamaríamos. Las dificultades debieron ser de alguna importancia, porque el Gobierno español, en tiempos de Felipe II, trató de evitarlas, o por lo menos aminorarlas, comprando al Duque soberano el marquesado de Finale, en la ribera de Génova, con lo que se ponía en comunicación el mar de Liguria con el Milanesado (1). Este marquesado de Finale era propiedad de la familia Canetto, y, como muchos principados de aquella época, tenía independencia relativa, puesto que estaba enclavado en el territorio de Génova, pero muy cerca del ducado de Saboya. Sea como fuere, en 1590 España lo adquirió del Duque soberano, con lo cual se podía evitar el desembarco en Génova, con las consiguientes molestias; la travesía era más corta y el trayecto por tierra se variaba, subiendo desde Finale a Acqui y Alejandría, atravesando el Monferrato.

El camino desde el puerto de Finale a los Alpes ligúricos no era demasiado malo; pero ya en los Alpes y lindando con el Monferrato había un castillo, el de Langa, que dominaba el paso.

Atravesar el Monferrato era totalmente inevitable para ir desde el Mediterráneo al Milane-

(1) Larousse, artículo "Finale".

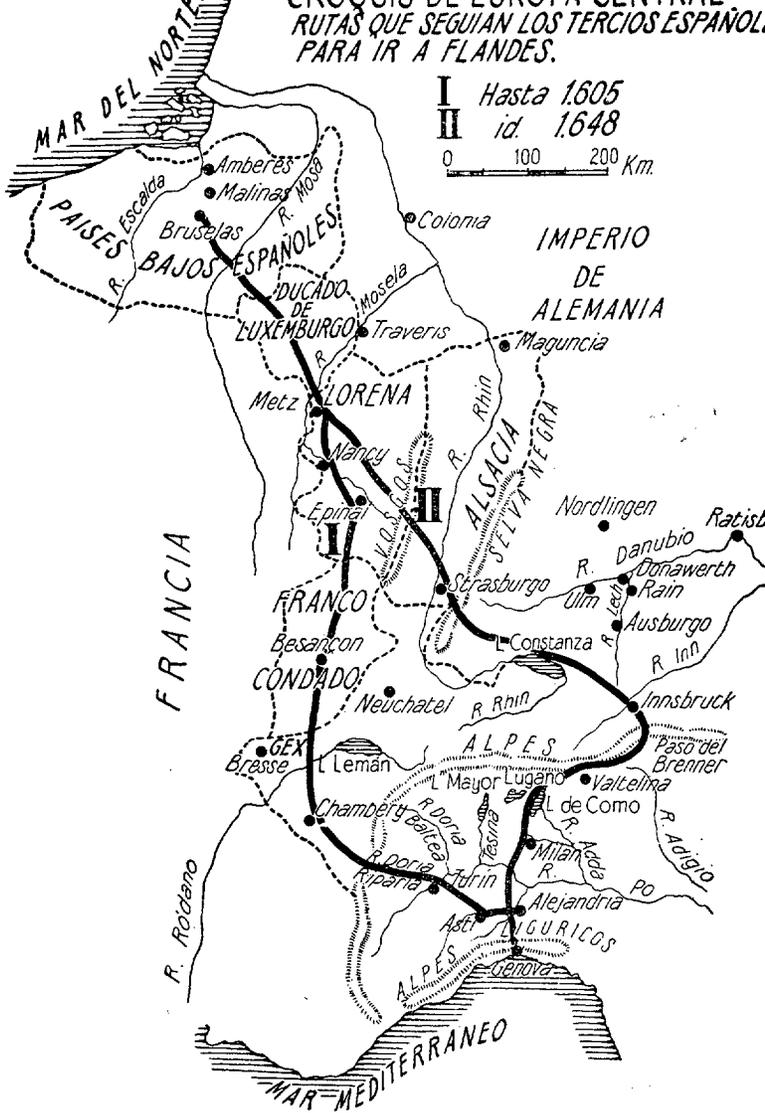
sado, y ello justifica las muchas negociaciones entabladas con su veleidoso Duque, que en varias ocasiones llevaron a estados de guerra, escaramuzas y violencias por ambas partes, que merecen especial estudio y aquí sólo debemos indicar. No parece, sin embargo, que el castillo de Langa diera demasiadas facilidades, porque más adelante, en 1621, ya en época del Conde Duque, fué necesario conquistarlo por las armas, aunque la empresa no debió ofrecer dificultades, ya que sólo se encuentra una indicación somera de que lo conquistamos, pero sin la menor referencia ni detalle del asedio y si tan sólo que en aquella época estábamos en la mejor armonía con el Duque del Monferrato, que contribuyó a la toma de la plaza.

El camino que queda indicado para ir a Flandes (número I del mapa), atravesando Saboya y los Alpes, era de suyo muy malo; pero no fué posible seguirlo a partir de 1605. ¿Qué ocurrió en este año? Lo siguiente:

La enemistad de Francia y España, que ya traía cerca de un siglo de duración, se había concretado para los Reyes franceses en tratar de separar todo lo posible las Cortes de Madrid y Viena, para evitar que el Sacro Romano Imperio, enlazado con España, constituyera la fuerza mayor en Europa. Esta lucha, que Francia ha mantenido con tesón desde principios del siglo XVI hasta el siglo XVIII, aparece muy clara precisamente en las guerras de religión, en que Francia se alía con los luteranos para oponerse al Emperador primero y a Felipe después, y culmina cuando Enrique IV, al conseguir coronarse como Rey de Francia y unificar el país, puede aprovecharse de la tranquilidad interior para pensar en la política exterior, y el primer acto que hace, en realidad contra España, es uno muy importante a mi ver, en el que hasta ahora no se ha fijado ningún historiador.

Fué una campaña contra el Duque de Saboya, que era entonces Carlos Manuel, hijo de Filiberto el yerno de Felipe II. Este Carlos Manuel estuvo siempre en buena armonía con España, aunque, por no variar en la política de aquel tiempo y aquellos Príncipes, fué unas veces tibio y otras incoloro.

Había de tiempos atrás querellas entre Francia y este Duque, y entre ellas una vieja cuestión sobre el principado de Saluzzo, que era nimia, pero dió motivo a una guerra entre Francia y el Duque, guerra que, como las de aquella época, al tratarse de un monarca y de un feudatario suyo, más bien podía llamarse contienda sin transcendencia. Ésta fué muy corta, se acabó por un tratado firmado en Lyon el 1605, por el que Francia reconocía al Duque de Saboya su principado sobre Saluzzo, y, en cam-



bio, Saboya cedía a Francia los territorios de la Bresse y de Gex, que Francia ambicionaba.

En otro trabajo estudiaremos la campaña y este tratado de Lyon, que en España es totalmente desconocido. Por el momento, y sólo al objeto de nuestro presente estudio, haremos notar que la actitud de Enrique IV en aquel momento, sin importancia aparente, nos causó enorme perjuicio. Al tener en su poder estos territorios al norte del Ródano (véase el mapa), cortaba la larga línea que podían seguir nuestras tropas, aislando Saboya del Franco Condado, hecho de importancia capital que no sabemos la reacción que pudo producir en la Corte de España, entonces en manos del Duque de Lerma, Ministro de Felipe III.

La actitud de Enrique IV con relación a España es muy digna de estudio, pues no sólo tenía un objetivo políticomilitar, sino, además, su enemistad llegaba a tener carácter personal.

Su conducta militar, justificada queda con la campaña de la Bresse; y su actitud personal queda sintetizada en una frase del historiador

Morel Fatio, en la siguiente anécdota: "Un hijo de Enrique estudiaba en un libro español, y como lo supiera el rey, llamó a los preceptores para prohibírsele y decirles que, en lo sucesivo, no quería que su hijo ni oyera hablar de la existencia de España."

A partir de aquel momento, ya no era posible llegar al Franco Condado desde Saboya; preciso era cambiar de ruta al través del Milanesado, y para seguirla ha de tenerse en cuenta la situación política de toda la cuenca del Po, a la que antes nos hemos referido.

La situación de los cantones suizos que, aunque al otro lado de los Alpes, tenían comunicación con el valle del Po, hizo que los Gobiernos de Francia y de España entablaran numerosas relaciones con ellos, bien para asegurarse los franceses la recluta de sus excelentes soldados, o los españoles para mantener libres las comunicaciones con Viena. Estas negociaciones por la parte de España culminaron, en 1587, en un tratado, llamado de "ayuda mutua", con los cantones católicos, que permitían el paso de sus tropas por los valles y reclutar hombres para sus Ejércitos.

Las relaciones que mantenía España con la República de Venecia no eran de lo más cordiales, y ésta veía con malos ojos nuestras relaciones amistosas con los cantones suizos, pues siempre temían la superioridad española en Italia.

Durante el reinado de Felipe II, ante el peligro turco, las relaciones fueron más amistosas, hecho que culminó en la Liga para formar la Armada que triunfó en Lepanto; pero, después de esta victoria, la Liga se resquebrajó; las galeras de Venecia se separaron de la Flota española, a poco siguieron las del Papa, y las relaciones con Venecia se enfriaron mucho.

Estas fueron cada vez más frías y difíciles en el reinado de Felipe III. La señoría, aunque ya empezaba su decadencia, mantenía celos y tenía recelos de la Corona de España, que, a su vez no quería suscitar conflictos con aquélla.

Por esto no cabía intentar el paso de nuestras tropas por Venecia, y ésta ponía cuantas dificultades podía a nuestras relaciones con los cantones suizos.

En 1605, muy poco después de firmado el Tratado de Lyon, por el que Enrique IV ganaba La Bresse, firmó una alianza con los cantones, que permitía el paso de tropas francesas.

La Valtelina, desde los tiempos de la Liga Lombarda del siglo XIII, formaba parte del Milanesado; pero las relaciones constantes con los grisonos y las distancias a Milán hacían que este valle fuera un punto de contacto que, cogido entre dos ruedas dentadas, sufría las fuerzas de unos y otros.

Cuando Enrique consiguió el permiso de paso que se ha dicho por los cantones suizos, el Gobernador de Milán, Conde Fuentes, erige fortificaciones en la Valtelina y se apodera de hecho en forma militar de aquel territorio.

No entra en nuestro propósito hacer el estudio detallado de las guerras de la Valtelina, que el lector curioso podrá encontrar en una obra reciente de don Pedro Marrades, titulada *El camino del Imperio. Notas para el estudio de la cuestión de la Valtelina*, y en la *Historia Militar*, de Almirante, tomo III. Basta a nuestro objeto indicar la importancia de este valle.

Aunque la Valtelina formaba parte del Milanesado, como mantenía relaciones continuas con los cantones suizos, tenía cerca el de Grisonos y podían éstos fácilmente cortar el paso bajando al río Adda, fué necesario al Gobierno de España contar con la benevolencia de este cantón, oponiéndose a las sucesivas peticiones y subsidios que Francia les daba para conseguir se opusieran al paso nuestro por la Valtelina. Por esta razón, España pagaba un tributo anual a los grisonos para que le dejaran pasar sus tropas (1).

Desde que, en 1605, Saboya pierde La Bresse, nuestras tropas forzosamente habían de pasar por la Valtelina; y el camino era el siguiente (véase el mapa): desde Génova o Finale, pasar por Monferrato al Milanesado, luego al lago de Como, embarcarse en él, seguirlo hasta el fuerte de Fuentes, subir el valle de la Valtelina, cruzar el puerto de Tonale, en la cota 1.875, bajar a la cuenca del Alto Adigio y, por el Condado del Tirol, subir al Brenner, en la cota 1.370, y después a Insbruck para alcanzar la orilla norte del lago de Constanza, cruzar la Selva Negra, bajar a Estrasburgo, donde se cruzaba el Rin, atravesar después los Vosgos, para llegar a Metz, en Lorena, si se llegaba, y ya, cruzando el Mosela, entrar en Luxemburgo.

El camino que queda reseñado era el que se seguía de un modo normal para ir a Flandes; pero durante la Guerra de los Treinta Años, aunque aquel camino estuviera expedito, fué necesario, por razones militares, cambiarlo algunas veces. Así ocurrió en 1634, cuando el Infante Cardenal D. Fernando de Austria, hermano de Felipe IV, marcha a Flandes al frente de un Ejército que se reunió entre el Milanesado y el Imperio. Aunque el objetivo final del viaje de este prelado militar, o militar prelado, era llegar a Flandes, por de pronto llevaba la orden de conseguir la liberación de Nordlingen, que estaba asediado y muy apretado por las tropas suecas. Para cumplir esta orden, a partir de

(1) ALMIRANTE: *Historia Militar de España*, tomo III, páginas 133-134.

Insbruck subió por la orilla derecha del río Lech, que cruzó por Rain, luego el Danubio por Donauwerth, consiguió ganar la batalla famosa de Nordlingen, que destruyó por completo a los protestantes, y después siguió la marcha a Flandes.

Su itinerario escapa un poco al objeto de este trabajo, y por ello no me ocupo en seguirlo.

Todos los conflictos de Flandes, la falta de dinero—crónica en nuestras tropas—, la pérdida de efectivos, que algunas veces se evaporaban, está justificado con tan largo recorrido, que favorecía la desertión y la indisciplina, excitando a la gente al merodeo, para lo que no necesitaban estímulo, pues se encontraban en la propia necesidad y falta de pagas. Y ese viaje tan largo y caro explica también la frase castellana "es más difícil que poner una pica en Flandes", cosa que, efectivamente, era cara, y la propensión al merodeo está expuesta de modo magistral por el gran Cervantes en su famoso soneto:

Un valentón de espátula y gregüesco
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
más no del ejercicio picaresco,

a un corrillo llegó de gente rica
y en el nombre de Dios pidió refresco.
"Den Voacedes, por Dios, a mi pobreza
—les dice—; cuando no, por ocho santos

que haré lo que hacer suelo sin tardanza."
Mas viendo que a sacar la espada empieza
con quien habla—le dice—el tira cantos:

"Si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suele hacer en tal querella?"
Respondió el bravucón: "Irme sin ella."

La persistente labor de Francia contra la Casa de Austria no podía quedar satisfecha con conquistar el territorio de la Bresse, pues queriendo acabar con la unión de las Cortes de Madrid y Viena, trataba de hacer imposible o, por lo menos, dificultar las comunicaciones de España con el centro de Europa.

Esta razón de tipo militar, juntamente con la política para anular el poder de España, culminó con la presencia en el Gobierno de Francia del Cardenal Richelieu, que, prácticamente, gobernó desde 1614 a 1644.

Cuando, en 1620, comenzó la Guerra de los Treinta Años, Francia, aunque católica, auxilió a los protestantes alemanes, aliados con el Rey de Suecia, que luchaba contra el Imperio, aliado de España.

No entra en el objeto de este artículo estudiar la Guerra de los Treinta Años, que puede seguir el lector curioso, entre otras, en la *Historia Militar*, de Almirante, tomo III, sino sólo indicar la coincidencia de que Francia luchaba contra España con gran perseverancia, y no se limitaba a combatirla en el centro de Europa, sino también en Italia.



Debió ser hacia el año 1634 cuando Richelieu decidió combatir en Italia. En este mismo año y el 15 de abril firma con Holanda un Tratado contra España, y el 18 de diciembre del mismo año, el Tratado de Worms con los príncipes protestantes, dándoles gran apoyo y ocupando incluso la orilla derecha del Rhin; pero obtenía en compensación un buen bocado, quedándose con la mayor parte de Alsacia.

Al año siguiente, Richelieu invade el Milanesado, y el mismo año comienza la campaña de la Valtelina. Por tanto, el propósito es claro. Si bien es verdad que, al atacar por estos dos puntos y ocupar, además, el Rhin, cometía la gran falta militar de combatir en varios teatros de operaciones, sin tener fuerza para resolver la campaña en ninguno de ellos, en cambio tenía la gran ventaja de combatir por líneas interiores y sabía lo largo que era el camino para los Tercios Españoles y lo difícil para la Corona de España defender sus extensas posesiones del Milanesado hasta Flandes. Pese a estos errores militares, la persistencia de la idea es perfectamente clara.

En 1635 emprende Richelieu esta campaña, que continuaba la de Enrique IV. Y que habría continuidad en el propósito y en el ejecutante queda demostrado por el General que nombra, el viejo Duque de Rohan, que había ya guerreado con Enrique IV, y es seguro conocería por qué se había hecho aquella campaña de Gex.

Dos años duró la guerra de la Valtelina en la que, al fin, quedamos victoriosos; pero durante esos años estuvimos prácticamente aislados de Flandes.

El año 1637, el Duque de Rohan, que seguía

siendo el General en jefe de los franceses, se vió encerrado en un fuerte, casi prisionero, y como no le enviaran refuerzos desde Francia, aunque los seguía teniendo en Venecia, no tuvo más remedio que resignarse a la retirada, y con ella acabó esta guerra de la Valtelina, dejándonos libre el paso.

Las Ligas suizas trataron de consolidar por un Tratado con España la situación más que embarazosa creada durante estos años, y trataron con el Virrey del Milanesado, acordándose que España conservaría sus derechos tradicionales. Aunque se reconocía la soberanía de Grisonos sobre la Valtelina y la libertad de religión de los cantones, cosa que en Madrid suscitó repulsa, al fin y al cabo se aprobó el Tratado que, con el nombre de "Paz Perpetua", fué firmado en Milán el 3 de septiembre de 1639. A partir de aquel momento, el tránsito por este valle de la Valtelina fué relativamente seguro, aunque seguía siendo difícil, y a través de él nos pudimos enlazar durante bastantes años con Flandes y con Austria, pero dando, para llegar a Bruselas, el enorme rodeo que se advierte en el mapa.

Acabada esta guerra, también fué fácil el paso, porque el nuevo Duque de Mantua, aliado entonces del de Monferrato, tomó el partido de Francia, precisamente—¡cosa singular!—en el momento en que habíamos expulsado a los franceses del Alto Adigio; admite guarnición francesa en Mantua, para mejor cortarnos el paso; y ello, unido a la mala voluntad que entonces tenía hacia nosotros Venecia, a consecuencia de la conjuración que intentamos hacer para apoderarnos de ella, y en la que tomó Quevedo parte tan importante, nos dificultaba el paso, aun dentro del Milanesado, para llegar al lago de Como.

Cierto que esta actitud del Duque no duró demasiados años, porque en 1652 vuelve a la obediencia de España.

Esta guerra de la Valtelina ha tenido una curiosa repercusión literaria no muy conocida. Quevedo aludió a ella en un soneto que dice con su habitual desenfado:

"Los ingleses, señor, y los persianos
han conquistado Ormuz; las Filipinas
del holandés padecen grandes ruinas;
Lima está con las armas en la mano;

El Brasil en poder de luteranos,
temerosas las islas sus vecinas;
la Valtelina y treinta Valtelinas
serán del turco en vez de los romanos.

La Liga, de furor y astucia armada,
vuestro Imperio procura se trabuque;
el daño es pronto y el remedio tardo."

Respondió el Rey: "Destierren luego a Estrada;
hagan al Conde de Olivares Duque;
case a su hija, y vámonos al Pardo."

Durante los años que últimamente acabamos de enumerar, se desarrollaba en Europa la Guerra de los Treinta Años, con mediano resultado para Francia, lo cual puede explicar que no insistiera de nuevo en combatir en el Milanesado ni luchar en la Valtelina; pero la persistencia en su actitud la siguió demostrando la Historia en lo sucesivo.

Como resumen de este trabajo se pueden indicar las siguientes etapas en la variación de rutas a Flandes, dificultadas siempre por Francia de modo perseverante.

En 1565 el Rey de Francia Carlos IX nos niega el paso por sus territorios, y esto obliga en 1567 al Ejército del Duque de Alba a desembarcar en Génova y, para pasar a Saboya, cruzar los Alpes.

En 1605, al conquistar Enrique IV el territorio de la Bresse, nos impide el paso de Saboya al Franco Condado, y la ruta ha de flexionarse al Este nada menos que hasta subir por el valle de la Valtelina.

En 1635, Francia, ya gobernada por Richelieu, inicia la guerra de la Valtelina, que durante dos años nos cortó prácticamente el paso a Flandes, y cuando esta guerra acaba, aun cuando pudiéramos pasar, el rodeo, tal como indica el mapa, era enorme.

Durante la Guerra de los Treinta Años, las comunicaciones con el Imperio no fueron fáciles; pero en aquellos tiempos Francia, bastante ocupada con proteger a los protestantes, enemigos del Imperio y, por lo tanto, nuestros, no podía distraer sus ocios en combatir nuestras líneas de comunicación.

Mas llega la paz de Westfalia, en 1648. Reina entonces relativa paz en Europa, y Francia persiste en su actitud para dificultarnos el paso; pero el estudio de las rutas que entonces hubieron de seguirse haría ya demasiado largo este trabajo, y en obsequio al lector, fatigado por su lectura, dejaremos la prosecución del estudio para otro artículo, en el que se estudiará cómo iban nuestras tropas hasta que en 1706 perdimos los Países Bajos.



La Guerra y EL ARMAMENTO ACTUAL

Teniente Coronel de E. M., ANGEL GONZÁLEZ DE
MENDOZA DORVIER, Profesor de la Escuela de E. M.

INVARIABILIDAD DE LA GUERRA

Enunciar, en forma ordenada y por sus principios, los caracteres del armamento en uso en los Ejércitos modernos, de manera que nos pueda servir de base para desentrañar su influencia en las formas generales, comunes a casi todas las organizaciones vigentes, es el objeto de este trabajo.

El signo tangible de la victoria militar es la ocupación del terreno adverso; como éste, en general, está ocupado y defendido por los combatientes enemigos, el fin primero de la guerra será anular la capacidad de combate del Ejército adversario. Y, naturalmente, si este Ejército enemigo es potente y realiza acciones ofensivas, habrá, como en la esgrima, que acudir primero a la parada y después atacarle. O sea: anular primero su capacidad ofensiva y privarle luego de la defensiva hasta tenerlo a nuestra merced y poder ocupar su territorio e imponerle la ley, lo que prueba que no hay más medio de victoria que la anulación de los combatientes enemigos, bien sea por exterminio material o por privación de los medios materiales o morales de resistir.

Se ha debatido mucho sobre lo que debe o no considerarse objetivos militares. En principio, lo son todos los que pueden ser alcanzados por un enemigo más poderoso; pero como esto pudiera ser una definición de aspecto cínico, acudamos al derecho natural.

Y cabe distinguir dos modalidades, dejando aparte el aspecto sentimental y humano. Si dividimos los objetivos en militarmente responsables e irresponsables, atendiendo a la moderna teoría jurídica de la voluntariedad del acto, la concepción moderna de la nación en armas, en virtud del servicio militar y civil obligatorios, excluiría como objetivos militares a todo el que

no fuera voluntario o profesional. Pero si prescindimos de la voluntariedad y nos atenemos a la eficacia combativa, todo es objetivo militar: los mandos y la administración, cerebros directores; las transmisiones y los transportes, sistema nervioso del país; las fábricas, minas, cultivos, riegos, etc..., su sistema nutricional; las fuentes de energía, su sistema motor; los viejos y las mujeres, su sistema moral, fuentes de sabiduría y consejo y vehículos de la tradición; los niños, futuros combatientes; el aire y el sol, la atmósfera..., fuentes de vida y, por tanto, de voluntad y de lucha. Todo, en fin, es objetivo militar, porque llegado el momento culminante, tan trágico como grandioso, de la lucha a vida o a muerte, todo lo que a la primera concierne es enemigo y lo que a la segunda atañe es aliado. Y cabrá preguntarse si en su terrible y aparente inhumanidad no es menos cruel esta teoría llevada al límite, que tal vez haría realidad la guerra relámpago, que la tortura lenta de una guerra de agotamiento, con análogos resultados y regusto de cámara de tormento medieval. Que no hay que olvidar la lucha desigual entre el Imperio Romano y la ciudad de Numancia, que, en definitiva, después de catorce años, hizo experimentar a ésta un anticipo al "ralenti" de la bomba atómica.

Y en cuanto al bloqueo, el área de las modernas luchas ha extendido también hasta el mar el principio de la libertad de acción de los ejércitos de tierra.

Resumiendo lo que precede: si en su aspecto la guerra ha cambiado en forma tal que aun las más inmediatas parecen de una estructura totalmente extraña y diferente, en su entraña no sólo sigue respondiendo a los mismos principios —que los inmutables, por tales, no pueden cambiar—, sino también a las mismas ideas de ata-

que y defensa individual y colectivos, aunque los distintos procedimientos materiales y técnicos hayan variado su fisonomía, hasta el extremo de hacerla irreconocible sin el auxilio de un profundo análisis.

LA PUGNA ENTRE EL FUEGO Y EL MOVIMIENTO

En el campo de batalla, las dos armas que, en definitiva, se afrontan, disputándose la supremacía, son: la ametralladora, nombre que empleamos para designar, por antonomasia, el arma automática, y el carro, con lo que designamos, en síntesis, el ingenio acorazado y armado,

Esta pugna, sencilla en principio, arrastró consigo complicaciones insospechadas. Expresiones actuales, una, del fuego, y otra, del movimiento, en virtud de la universal solidaridad de las acciones, que ha impuesto el progreso, van creando a su conjuro otras expresiones físicas de los principios y procedimientos de guerra, de tal complicación aparente, que ocultan y hacen olvidar con su mecanismo el principio vital que les infundió el ser.

Pues así como en la anterior guerra europea el fuego venció al movimiento, en ésta, por la ley pendular de la revancha, parece que el movimiento ha vencido al fuego; de aquí que éste trate de restablecer el equilibrio por las armas contracarro, primera complicación de esta pugna. Pero dos causas, a cuál más importantes, se han opuesto a que el fuego haya podido ganar por completo la partida. La primera es que la superioridad total del fuego no se adquiere hasta que éste es ciegamente automático; y aunque hay armas contracarro de un cierto automatismo, no se ha conseguido el fuego contracarro automático, ni, aunque se consiguiera, es seguro que fuera práctico, por el enorme consumo de proyectiles que implicaría, de tan costosa como difícil fabricación. La segunda es que, dado el espesor de los blindajes actuales y la dureza de los aceros obtenidos es muy aleatoria la eficacia de calibres inferiores a los 100 milímetros, y fácilmente se comprende que ni se ha logrado el arma automática de este calibre ni aun conseguida es hacedero obtener una capacidad industrial suficiente para el consumo que implicaría un fuego automático de tal potencia. Las armas contracarro de hoy impiden el dominio, por el movimiento, del campo de batalla; pero no le han arrebatado todavía la supremacía.

Como consecuencia de tan complicado equilibrio inestable, el fuego llama en su defensa también al movimiento, como el movimiento embarcó al fuego, y así se dice que el mejor contracarro es otro carro, y la función, por ambos lados, empieza a manifestar dos variables en lugar de una.

Y como factor de ambas funciones, el Fuego, con mayúscula, materializado en la Artillería, la más larga lanza de la batalla terrestre que, no queriendo ser menos, a pesar de su edad, de sus canas, de su majestuoso y tradicional andar, como a nadie quiere ceder su nobleza, se lanza a la palestra del campo de batalla en forma de artillería de asalto con coraza.

Son muchos enemigos en movimiento simultáneamente contra el fuego que detiene, y éste no tiene más remedio que aliarse con el enemigo encarnizado e irreconciliable del movimiento: el obstáculo. Trincheras, parapetos, muros de cemento, cúpulas de acero, alambradas, carriles empotrados, dados de hormigón, zanjas, fosos, agua, todas las obras de la Ingeniería moderna de la mecánica aplicada, se vuelcan del lado de la defensa. Pero el movimiento no se da a partido: moviliza también a la Ingeniería y la convierte en zapadores de asalto; matrimonio de la técnica y del heroísmo.

No bastan tantas precauciones logradas a costa de tan inteligentes alianzas. En ambos bandos hay voluntad de vencer y, como consecuencia, no sólo se busca la libertad de acción, sino privar de ella al contendiente. El fuego recurre al observatorio fijo, bien oculto y blindado; pero su rival, por su propia esencia fugaz, cual nuevo Icaro, anhela unas alas, hace su favorita a la Aviación, le entrega el cuidado de su libertad de acción y de arrebatársela al adversario. Su enemigo, el fuego, en cambio, es aliado del estatismo, e igual que el fuego contracarro, se apoya en el anti-aéreo. Pero el problema del fuego ciegamente automático es aquí el mismo que allí y también el de los calibres; y la solución del problema de la libertad de acción es la misma que la de la lucha contracarro: a un avión, otro avión. Y se entabla la lucha aérea, tanto en ataque y defensa, para ver y no dejar ver.

Entre tanto, la Caballería, primera expresión material del movimiento, perdió la batalla contra el fuego en el campo de lucha; pero al desaparecer el caballo—elemento natural que la caracterizaba—, se elevó su espíritu que, como elemento moral, es imperecedero, y Pegaso y Cla-

vileño se hicieron una realidad. La exploración y la descubierta unas veces tienen alas y otras son mecánicas, y la explotación y la persecución toman también a veces ambas modalidades. Pero además, como ambos caballos simbólicos no son aptos para las misiones a ras del terreno, si éste no es adecuado, conservan su actuación tradicional, ensanchando su campo de acción, actúa en los terrenos accidentados y aprovecha la lección de su enemigo, el fuego, para asumir, con éxito, funciones defensivas y retardatrices.

Todas las acciones, empero, de estos elementos, en límites tan amplios como reducidos en el tiempo y con tan enorme consumo de material, hacen que las transmisiones, los transportes y la mano de obra adquieran tal desarrollo y volumen, que el desfallecimiento de los servicios determina un colapso irreparable en la batalla.

Fácilmente se advierte, por esa pugna entre los dos elementos determinantes de la lucha, que ninguno de ambos ha logrado una superioridad decisiva, y que la ventaja sigue inclinándose del lado del que logre conservar la libertad de acción, en su expresión pristina, la seguridad, que, dura-

mente afectada por la Aviación en sus acciones de información y sorpresa, tiene que recurrir a la ocultación y la distancia, en la busca angustiosa del tiempo y del espacio. Y no sólo a la ocultación de los elementos activos de lucha para su conservación hasta el momento culminante, sino de los elementos pasivos, a los que también se pide que actúen por sorpresa, en demanda de arrebatarse al enemigo su propia seguridad; de aquí el extraordinario desarrollo del empleo de las minas, en las formas más insospechadas, y construidas con materiales inertes a la detección.

EL PROBLEMA DE LAS MINAS

Es tan importante y ha adquirido tal volumen su empleo, que merece la pena nos detengamos un momento en él.

Dejando aparte las minas destinadas a obrar a traición contra el personal, como las que hubimos de padecer en nuestra Guerra de Liberación—de invención rusa—; por ejemplo, la bicicleta arrimada a una casa, que hacía explosión al querer montarla; el acordeón, que estallaba al distenderse, y el grifo, que volaba la casa al girar, e incluso el herido minado, que, si no podía hablar, haría volar a sus auxiliares, en las minas de barrera se ha llegado a cifras verdaderamente aterradoras, no sólo como defensa contracarro, sino contra cualquier elemento en movimiento: Por ello, aun en las zonas no minadas, se aconseja no salir de los caminos.

Para darse idea del orden de magnitud del empleo de este medio de defensa, sirva como dato fundamental que las horas de trabajo que representa un carro de combate medio equivalen a las de construcción de 10.000 minas anticarro. Y habiéndose construido carros por decenas de millares, se han construido minas por centenares de millones. No se piense que la afirmación es hiperbólica. En el mes de mayo de 1945, tres semanas después de la rendición de Alemania, el Ministro francés de la Reconstrucción, ocupándose del arduo problema de la retirada de minas en su país, cifró en 100 millones las dejadas por los alemanes en sus zonas defensivas. La cifra parece tan desorbitante, que no puede admitirse



sin un cálculo previo de posibilidades de llevarla a la práctica. Y, sin embargo, puede ser cierta. Teniendo en cuenta que la carga de una mina oscila de tres a cinco kilogramos, resultan, para la cifra analizada, 400.000 toneladas de explosivo que, aunque enorme, no es imposible, dada la capacidad industrial que tenía Alemania. Sería, pues, necesario examinar si en el tiempo de que dispuso Alemania durante la ocupación de Francia pudo llevar a cabo la colocación, cebado y transporte de tan ingente carga de minas.

La ocupación alemana de Francia duró cuatro años, de los que habrá que descontar los dos primeros, en que por no concretarse ninguna amenaza no se hayan dedicado a trabajos defensivos; quedan setecientos cincuenta días—desde mediados de 1942—, en que se materializó el peligro. Y aunque descontemos también una tercera parte de éstos, para no suponer que todos y cada uno de los días estuvieron poniendo minas, dispusieron para ponerlas de unas 500 jornadas de trabajo, que cifradas entre ocho y diez horas, y suponiendo que un hombre, siendo un especialista, emplee diez minutos en enterrar, cebar y disimular una mina, tendrían que haber dedicado en permanencia unos 4.000 hombres a este trabajo. Y siendo de medio millón aproximadamente el volumen del Ejército de ocupación, resulta menos de un 1 por 1.000 la mano de obra necesaria y, por tanto, muy admisible.

En cuanto al transporte, los 100 millones de minas, en quinientos días, representan un volumen diario de un millar de toneladas, aproximadamente; es decir, sobre la red francesa un par de trenes diarios.

La cifra, pues, de 100 millones de minas entra en lo posible y, lo que es más, dadas las superficies minadas que se conocen, incluso la densidad del minado es más bien escasa si se admite la cifra usual de 2.000 minas por kilómetro.

Pero todo este terrible juego de cifras para el establecimiento de las posibilidades de esta nueva arma no es nada, comparado con el riesgo remanente y que como una nueva plaga de la guerra en la paz azota al país objeto del minado. Para dar una idea del problema que se plantea citaremos unas cifras que se han barajado officiosamente con motivo del deminado de Francia. En ocho o diez meses de trabajo se han conseguido levantar un millón de minas, cantidad que si, a primera vista, parece importante, exigiría cerca de un siglo para retirar al mismo ritmo los cien

millones en que se ha calculado la cifra total. Además, la estadística señala que se ha producido un promedio de un accidente por cada 2.000 minas retiradas, lo que hace prever 50.000 víctimas para la retirada total. Si a ello se une que las mismas estadísticas señalan unos 100 niños muertos por cada mes por explosiones provocadas por imprudencias, se advierte que el total de accidentes infantiles previsibles—suponiendo que las minas conservasen su actividad todo el tiempo del deminado—sería de 100.000, lo que confirma nuestra calificación de nuevo azote de la guerra en la paz.

Por último, señalaremos para cerrar esta digresión que el empleo de recipientes de vidrio para la construcción de minas que no reaccionen los detectores ha arrastrado la nueva complicación de que los cascos, tan peligrosos como los de metal, no pueden descubrirse en el organismo por medio de la radioscopia.

Y pasado este nuevo aspecto de la guerra actual, no por poco vulgarizado menos dantesco, que da nueva actualidad a la especialidad de minadores, eclipsados desde fin del siglo anterior por los zapadores, sigamos con nuestro examen del armamento.

EL ATAQUE A LAS COMUNICACIONES

Presentado en sus líneas generales el esquema de la batalla actual, que, como vemos, no difiere en esencia de la batalla clásica, si bien la amplitud en medios y espacios y la reducción de plazos para la acción la asemejan a una esgrima con armas gigantescas llevada a un ritmo vertiginoso, pasemos a la modalidad de la coacción indirecta, colectiva o simultánea: Responde a la misma idea de la tala y el sitio, pero prodigiosamente aplicada, pues en lugar de aplicarse a plazas o fuertes se aplica a naciones y aun a continentes enteros, en la forma de los llamados bombardeos estratégicos o de retaguardia y de bloqueo.

Y ya que sale a capítulo la palabra estrategia, señalemos otra particularidad del armamento actual, cual es la de haber revolucionado los límites de la estrategia. Entre las muchas definiciones que de este concepto se habían formulado, una de las que habían hecho más fortuna era la que decía que correspondían a la táctica los movimientos bajo el alcance de las armas enemigas, y a la estrategia los realizados fuera de él. Hoy,

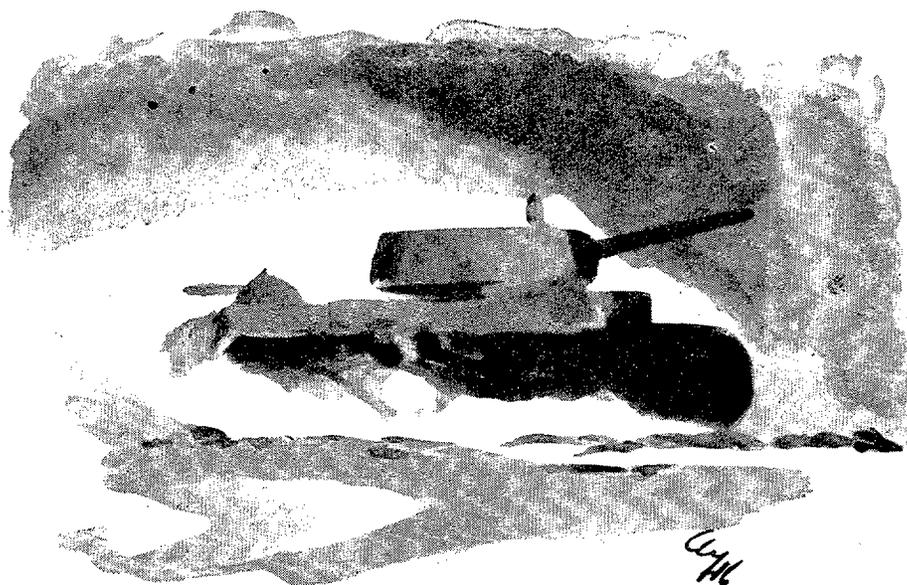
en su aspecto formal, esta definición ha sido largamente rebasada, pues todo está prácticamente al alcance de los medios de ataque enemigos. Más próxima a la actualidad está la inteligente definición del General Dufour, que decía que la Estrategia acciona masas y la Táctica acciona fuegos; pero dado que también la estrategia emplea en su favor acciones tácticas de fuegos, como los japoneses en la Bahía de las Perlas cuando quisieron anular esta base estratégica, casi nos atreveríamos a avanzar un escalón más en la clasificación y decir que hoy día entran en el campo de la Táctica todas las acciones desarrolladas en los teatros que suelen ser objeto de representaciones cartográficas y que la Estrategia se mueve en el campo de carácter geográfico o geopolítico.

Los bombardeos estratégicos de la retaguardia, o de los objetivos de los países, no son más que una modalidad, con otros medios, de lo que hace un siglo se llamaba "cortar al enemigo su línea principal de comunicaciones"; es decir, el mantamiento de sus recursos de subsistencia y medios de acción.

Dice así Villamartín en sus "Nociones del Arte Militar", bajo el título de Estrategia, en el capítulo relativo a Planes de Operaciones, al hablar de la citada línea principal de comunicaciones: "... es aquella más corta, más fácil y cómoda de las que, partiendo de la plaza de armas o punto

foco donde los elementos de vida militar están más acumulados, llegan a donde se halla el grueso del Ejército. Es indudable que si conseguimos cortar al enemigo esa arteria conservando la nuestra, como cuerpo en el que se suspende la nutrición, muere, si no consigue pronto reconquistarla, y no la reconquistará si nosotros nos lanzamos por sus comunicaciones al foco principal de sus recursos, donde debemos llegar antes que él..."

Esta última frase de Villamartín hay que comprenderla hoy "antes que él a la parada"; pero la técnica o la esencia del procedimiento en nada difiere de lo que se ha hecho en la última guerra. Sustituyamos "línea principal de comunicaciones" por "sistema general de transportes", "plaza de armas" por "Nación" y "corte de línea" por "anulación de la actividad nacional", y tendréis, salvo lo incruento del procedimiento antiguo y lo terrible del actual traducidos a la batalla moderna, tanto las antiguas talas y razzia como el ilustrado procedimiento del corte de comunicaciones del siglo XIX. Y añadamos de pasada, como dato que cada uno interpretará según su criterio, que, según una estadística publicada por los aliados, las víctimas civiles de los bombardeos de Alemania en la última guerra se han cifrado en 500.000 muertos y 700.000 heridos; es decir, partiendo de una población alemana de 80 millones de habitantes, un 0,63 por 100 de los prime-



ros y un 0,88 por 100 de los segundos, o sea un total de víctimas del 1,5 por 100 de la población total.

Y ya que tocamos este punto del ataque de las fuentes de recursos, digamos que, sin duda, a esta idea respondía la creación de las armas V o de represalia. La condición que ponía Villamartín de llegar al manantial de vida antes que el adversario, era seguramente lo que buscaban afanosamente estas armas, que no pasaron de un ensayo embrionario. Y no solamente llegar antes, sino en las mejores condiciones de realización del principio de la economía de fuerzas, pues es indudable que su acción es una materialización de este principio, formulado en forma de agotar las energías diversas sin consumir las propias. Así, las armas V buscan la anulación de la defensa contra la acción aérea, basada en la inutilización de aviones y pilotos, pues al enviar sólo el proyectil, la única defensa posible es provocar una aleatoria explosión prematura, que no consume en nada las fuerzas del atacante.

No podemos pronunciarnos sobre si esta superrealización del principio de la economía de fuerzas habrá logrado una consagración práctica en los métodos modernos de guerra, pues emprendida por Alemania cuando ya había perdido su libertad de acción, tanto para la producción en serie como para el ataque en masa, los efectos sobre el país enemigo no fueron, en duración ni en intensidad, suficientes para restablecer el equilibrio o afectar la libertad de acción del contrario; pero quede consignado el hecho como capaz de revolucionar los procedimientos de guerra.

Y en este camino es forzoso ir a parar al mar. El progreso material, en todos los aspectos, ha hecho a las conflagraciones tener un carácter tan inflamable, que han recuperado todo el valor de su primera acepción gramatical, y que sólo detenga sus llamas el agua del mar. Hoy día las coaliciones en pugna tienen sus líneas de comunicaciones en el mar. Aun la pugna entre las dos potencias militares más continentales: Alemania y Rusia, se ha desarrollado bajo el signo del mar: Respecto a los aliados de Rusia, para aportarle el auxilio material que pudiera permitirle subsistir. Para los germanos, para evitar la ayuda que llegaba a sus enemigos por esos flancos líquidos que no podía envolver y que se llaman el Golfo Pérsico y el Mar Blanco: Los flancos de Moscú, donde se fraguaba su destino, estaban en el círculo polar Ártico y en el Tró-

pico de Cáncer. Y, como es natural, con ello queda dicho que la batalla por las comunicaciones de que habla Villamartín—aparte las acciones de guerrilla en la retaguardia, que no son más que complemento—, queda planteada en el aire y en el mar. O sea la guerra tridimensional, de que tanto se ha hablado.

Y esta extensión de la guerra a todo el espacio tenía que traer aparejada otra complicación: la mayor facilidad en la busca de la seguridad por la ocultación y la pérdida de ella para el contrario por la sorpresa. Esta es la característica de la famosa batalla aérea de Londres y la marítima del Atlántico. La información desarrollada por la Aviación pudo evitar la pérdida de la batalla de Londres; pero esta misma información fracasó en la del Atlántico, pues escapaba a la observación aérea a partir de una cierta cota negativa. En tales condiciones angustiosas, no había más solución que perecer, si la ciencia no encontraba el medio de situar los puntos de ataque. Y lo encontró en el Radar, que se ha manifestado capaz y que lleva camino de acabar con la seguridad por la ocultación. Su idea general es la emisión continuada radioeléctrica de una onda de cortísima longitud, que tiene la propiedad de reflejarse en los obstáculos materiales, y cuya sección sobre el plano de observación se materializa en una línea regular. Cuando un obstáculo refleja la onda emitida se produce en la pantalla una desviación de la línea normal, cuya dirección se manifiesta en relación con escalas adecuadas trazadas en la pantalla, así como las variaciones en la distancia si el obstáculo es móvil. La observación así realizada permite fijar las posiciones sucesivas y la dirección del peligro y actuar sobre él, pese a la ocultación. Por este procedimiento pudo ganarse la batalla del Atlántico y la segunda batalla aérea de Londres.

Como se ve, es un arma dirigida directamente contra los procedimientos de seguridad por la ocultación; aunque embrionaria, está llamada a influir poderosamente en los procedimientos de aplicación de los principios inmutables del Arte de la Guerra: es adversaria inconciliable de la libertad de acción del enemigo por la ocultación, y tiene por hijos, en el campo propio, la seguridad y la economía de fuerzas.

Es el arma inversa de las de tipo V, adversarias de la libertad de acción enemiga por la distancia, que tiene también por hijo la economía de fuerzas, pero son estériles para la seguridad.

LA LIBERTAD DE ACCION, EN GRAVE RIESGO

No ha salido aún de esta guerra el arma que, haciendo imposible la libertad de acción—anular la seguridad por la ocultación y la distancia—, ponga en peligro el segundo principio fundamental del arte militar, y con ello le haga perder la estabilidad de su sólido trípode, y vengan a tierra todos los procedimientos bélicos antiguos y modernos.

Pero si no ha surgido el arma, sí ha aparecido su más peligroso germen, la famosa bomba atómica, o, por decirlo con verdadera propiedad, el descubrimiento de la liberación de la energía atómica. Recordemos los principios generales de la energía atómica y lo poco que sobre su aplicación hemos podido averiguar.

Antes de las experiencias de Bohr y de otros físicos que con él han conseguido la liberación práctica de la energía nuclear del átomo, ya se había llegado a la conclusión de que el átomo, pese a su nombre de origen griego, que quiere decir indivisible, no era tal; desde principios del siglo actual empezó a considerársele como una de las partículas infinitamente pequeñas de que se compone toda materia, en la que se han aislado dos partes: el núcleo, tal vez semejante en los diversos cuerpos, y otros infinitamente pequeños de orden superior, los neutrones, que giran rápidamente en derredor, como el anillo de Saturno: La ley de la transformación de la materia en energía, es decir, la cantidad de energía que se desprende de la anulación total de una cantidad de materia, ha sido formulada por Jean Perrin, premio Nóbel de Física, en forma aún dubitativa, de la manera siguiente: "Si una cantidad dada de materia puede perder toda su masa, desprenderá, por gramo inicial, una energía igual a 9×10^{20} ergios".

Es posible que la fórmula sea cierta, pero es menos impresionante que la teoría expuesta por el gran físico Gustavo Le Bon, que en 1906 decía al hablar de la energía latente en la materia: "En realidad, los cuerpos que se disocian más rápidamente, como el radio, no desprenden más que una energía mínima. Todos los millones de kilogramos que un solo gramo de materia contiene se resuelven en muy poca cosa si para obtenerlos hace falta esperar millones de años. Supongamos que una caja fuerte que contiene varios miles de millones de oro en polvo está provista de un mecanismo que no permite extraer de ella, cada día, más que un miligramo

del precioso metal. A pesar de su gran riqueza, el propietario será, en la práctica, muy pobre, y seguirá siéndolo, mientras sus esfuerzos no hayan logrado encontrar el secreto del mecanismo para abrirla.

Esta bella imagen de Le Bon, la ha realizado la Naturaleza en el radio; pero cuarenta años después parece que los físicos han encontrado el mecanismo, si no para abrir la caja, para aumentar terriblemente el rendimiento del cofre más cargado; del célebre Uranio 239, el cuerpo conocido de mayor peso atómico. No se sabe aún si este descubrimiento será de tan fatales consecuencias como cuando los compañeros de Ulises abrieron, por curiosidad malsana, los célebres sacos de Eolo, y como la apertura de la caja de Pandora, o si simplemente será un intento, más o menos logrado, de matar la gallina de los huevos de oro. Pero lo que sí podemos decir es que parece haber pruebas de que dos veces, en la guerra contra el Japón, se ha logrado la transformación de la materia en energía, con resultados verdaderamente catastróficos.

Por lo que he leído y las conferencias que he escuchado sobre la cuestión, el gran secreto no es la teoría de la energía atómica, sino el procedimiento práctico de liberarla, tanto en las operaciones preliminares del laboratorio como en la que llamaremos, para entendernos, explosión práctica.

La composición de lugar que yo me he formulado quizá sea una herejía de física atómica; es la siguiente, expresada en lenguaje vulgar: se escoge el cuerpo de mayor peso atómico, porque la velocidad de los neutrones es inversa de su número, y dado que los cuerpos más pesados son los que tienen más neutrones por átomo, aquéllos serán, en su giro, los menos veloces, y como para abrir brecha en las defensas accesorias que forman en su rotación hay que bombardearlos eléctricamente con neutrones de signo contrario, hay más posibilidades de alcanzar el objetivo, siendo más densa la masa y menor su velocidad, por la conocida teoría del tiro sobre objetivos móviles.

Este bombardeo se hace en laboratorio gigantesco por medio de esos famosos ciclotrones de que tanto se habla, y que parece que el último constituido pesa, por virtud de sus electroimanes, 4.000 toneladas.

Una vez abierta brecha en las defensas accesorias, sólo resta hacer salir a los defensores, la materia, que es la operación equivalente a la

explosión, y es donde reside el gran secreto. Para darse una idea de lo que esto puede ser basta decir que se ha estimado que la transformación total de un gramo de radio produce alrededor de 3.000 millones de calorías. Pero también he sacado la conclusión de la reciente conferencia que pronunció sobre este tema el Padre jesuíta Martín Artajo, que la operación equivalente a la explosión es una manipulación física de diversos aparatos que han de coordinarse por especialistas, y que daba la impresión de una improvisación práctica por la celeridad que imponía la aplicación, buscando un efecto moral definitivo para decidir la guerra contra el Japón. Sea ello lo que quiera, el caso es que el interrogante amenaza el estado actual del Arte Militar, como una nueva espada de Damocles, sólo forjable por los poderosos de la Tierra hasta el momento actual, y la vulnerabilidad de cuyas forjas aún no se conoce.

Pero comoquiera que sea, lo que hace este arma es destruir la seguridad por la ocultación, pues esa inmensa fuente de calor y energía parece que acaba con cuanto existe, descubierto v

oculto, en su radio de acción. No hay refugios contra ella, más que en la distancia. Por ello, el día que en función de medios semejantes a las armas V, logre vencer, lo mismo que la ocultación, la distancia, vacilará en su base todo el edificio del Arte Militar. Parece que este momento aún no ha llegado, aunque nada tendría de particular que llegáramos a verlo, a sufrirlo, pues es evidente que el progreso material del mundo no ha sido acompañado del necesario progreso moral. Ya dice el doctor Alexis Carrel, en su profética obra "El hombre. Ese desconocido", al referirse a la Física y a la Química: "Revelándonos el misterio de la constitución y de las propiedades de la materia, nos han dado el dominio de casi todo lo que se encuentra sobre la superficie de la Tierra, a excepción de nosotros mismos".

Guardemos, sin embargo, la esperanza de que la bomba atómica no está aún a punto por el momento, y que si ello es así, la verdadera bomba de la guerra seguirá siendo la anatómica o fisiológica: el hombre, todavía dueño y señor de la guerra, aunque parece que no de la paz.





El poeta GARCILASO DE LA VEGA

General LUIS BERMUDEZ DE CASTRO

EN la ciudad de los patios bonitos, las empanadillas de mazapán, los rincones mudéjares, los albaricoques de hueso dulce y los Caballeros Cadetes de la Infantería española, vino al mundo el hombre más querido y admirado de cuantos lo fueron en sus respectivas épocas, por sus prendas y la irresistible simpatía de su persona. Era de apostura gallarda, rostro varonil y maneras aristocráticas; sus poesías—que recitaban las damas de todas las Cortes europeas, porque hablar en castellano era señal de elegancia, cultura y distinción—habíanle valido el título de

“Príncipe de los Ingenios”. Corrían los tiempos grandes del Emperador Carlos V, tan abundantes en extraordinarios españoles, y uno de ellos era este toledano, educado en íntima compañía con el que había de ser Gran Duque de Alba y con el Marqués de Lombay, futuro San Francisco de Borja.

Garcilaso poseía aptitudes para todo: tañía la vihuela y el arpa a tiempo que cantaba sus propios versos con música inventada por él; su voz de barítono, afinadísima, su figura atrayente y sus canciones amorosas le habrían proporcionado gran-

des triunfos, de haberse dedicadò a trovador errante de castillo en castillo; pero otras más nobles aspiraciones colmaban su espíritu: nadie le ganaba a justar con lanza o espada, a domar y revolver un potro bronco, a lidiar a caballo una res brava, cazar el oso en las montañas de Asturias o el jabalí entre los alcarnocales extremeños. Insuperable Capitán, le adoraban todos sus soldados; conocíanle en todas las Cortes como habilísimo diplomático y Embajador cerca del Papa y del Rey de Francia Francisco I, que le quería y admiraba. Carecía de enemigos y de envidiosos; lo mismo en la república de las letras que en el Ejército, nadie se creía tan acreedor a las distinciones que el Emperador le acordaba; jamás manchó sus escritos con sátiras hirientes, y su conversación, amena, chispeante y graciosa, le granjeó enorme partido.

Poseía a la perfección el latín, el hebreo, el griego, el italiano y el francés; entendía de pintura, de arquitectura y, por tanto, de fortificación, que aplicó en las costas de Nápoles siendo Secretario general del Virrey Toledo. Si se hubiese de buscar entre la humanidad de todas las épocas qué hombre había sido el más feliz de todos en la tierra, el más mimado de los reyes y de las damas, el más adorado de su mujer y de sus hijos, el más considerado y querido del pueblo, el más agradable a sus tropas, no se encontraría otro que ganase a Garcilaso en la corta vida que vivió, pues cayó heroicamente a la vista del Emperador y de todo el Ejército, a los treinta y tres años de edad, mandando su Tercio de Infantería española.

Aunque Cervantes, el glorioso manco, dijese después que nunca la pluma embotó la lanza ni la lanza embotó la pluma, yo tengo para mi capote que algo se estorban la una a la otra; la fama de gran poeta que gozó Garcilaso entolda un poco el brillo de su concepto de soldado; en la Antología de poetas castellanos figura únicamente como poeta—lo cual es lógico—; al poeta es al que se rinden los historiadores, el soldado queda en segundo término; yo no sé en cuál de estas dos facetas brillaba más.

Nació Garcilaso en 1503, y no se sabe si se educó en Toledo o en la Corte; lo que no se ignora es que fué discípulo del célebre Boscán, poeta también conocidísimo de los eruditos modernos, antiguo soldado (como todo español que se precia de serlo), sabio, lingüista, matemático y amicísimo del Emperador. A Boscán debió encargarle el Monarca la formación espiritual y física de los tres muchachos citados: Alba, Lombay y Garcilaso. Este se había quedado huérfano a los

nueve años, y aunque a la viuda le quedó un mediano pasar, parece que por ser siete sus hijos y en cuenta de los servicios del padre, el Monarca se hizo cargo de Garcilaso, que a los diecisiete años aparece ya en el séquito de Carlos V, cuando reúne Cortes en Santiago de Compostela. Es posible que la trilogía juvenil citada hubiera residido durante sus estudios en Barcelona, porque Boscán era barcelonés y tenía allí su solar; debió este hombre ser de gran cultura y talento para tallar figuras como las del creador de los Tercios inmortales, la del Santo Francisco de Borja y la del Maestre Príncipe de los Ingenios.

Marchó a Alemania el Emperador, quedando en España Garcilaso, por lo que fué testigo y actor en la rebelión de las Comunidades, él, con el partido del Rey, y un su hermano mayor, al lado de los comuneros. Llamábase éste Pero Laso y tomó con calor la cuestión comunera, por ser procurador de Toledo. Ciertamente habría muerto en Villalar espada en mano; pero quiso su suerte que antes se enterase de que doña María Pacheco había escrito al Rey de Francia, invitándole a apoderarse de Navarra, aprovechando hallarse las tropas ocupadas en la guerra civil. Entonces Pero Laso se apartó del bando comunero, como los españoles dignos, y no quedó junto a los revoltosos más que la gente mala. La Historia de España se calla esta circunstancia para aureolar a las comunidades; pero la Historia de Francia, escrita por el Padre Daniel, en la página 74 del tomo III; dice textualmente:

"Le Roi de France ne pouvait pas avoir une plus belle occasion de s'amparer de la Navarre; il reçut des lettres de Tolède, de donna Maria Pacheco, veuve de Padilla; dans les quelles elle le conjuraient dene pas laisser conjoncture si hereuse de las prendre sous sa protection quand il était maître de la Navarre."

Efectivamente, el Rey de Francia se apoderó totalmente de Navarra; pero como toda España se alzó contra los franceses y los traidores comuneros, hubo tropas para echar de Navarra a punta-piés a los invasores, y acabar con aquellos a quienes la masonería andante ha levantado estatuas en España. El arrepentimiento de Pero Laso le salvó de las excepciones de la amnistía proclamada por el Emperador a su vuelta de Alemania. La Historia, en parte, suele repetirse: rebeldes que se ofrecen al extranjero y le ofrecen la Patria, y extranjeros que se aprovechan de la traición.

En el apaciguamiento de la rebeldía, durante el año 1523, Garcilaso, Capitán de Infantería, se distinguió en Valladolid, Burgos, Logroño, Pamplona y Fuenterrabía contra los franceses, que habiendo ocupado Navarra enteramente y las citadas poblaciones, huyeron apresuradamente dejando en España armas, banderas, artillería y bastimentos en cantidades importantes.

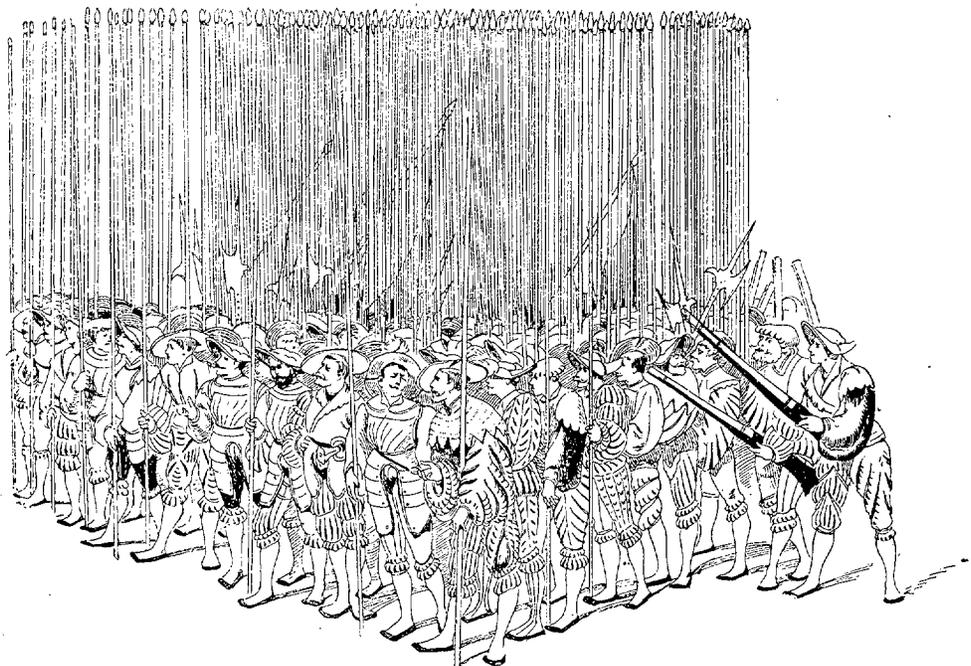
A los veinticuatro años de edad casó el poeta con una dama bellísima de la Infanta Leonor, hermana de Carlos V, doña Elena de Estúñiga, de la casa del Conde de Miranda. El matrimonio, naturalmente, se hizo con la Real Licencia, porque no toleraba el Emperador que sin ella casase ningún noble ni Oficial del Ejército; y a tal extremo llevaba este precepto, que hasta los testigos habían de solicitar del Rey autorización, y el haber caído Garcilaso en esta falta, por testificar el matrimonio de un sobrino suyo (hijo de Pero Laso), le produjo un proceso, un arresto en una isla del Danubio y estar a pique de perder la amistad del Emperador. Igual manía heredó de su padre Felipe II, e iguales disgustos padeció el gran Duque de Alba por la boda de su hijo sin la licencia real.

Precedió al matrimonio un rasgo muy de la hidalguía de Garcilaso: una herida de lanza en el rostro, recibida en la guerra de las comunidades, aunque no le desfiguraba, siempre era un defecto. Garcilaso hizo dibujar el retrato cuya reproduc-

ción ilustra este artículo y lo envió a su prometida, por si la alteración y cicatriz de junto al ojo izquierdo cambiaban su propósito de unirse a él.

No pudo el novio gozar mucho tiempo de los encantos de la luna de miel; sus obligaciones como Contino del Emperador le llamaron a aquella Corte, siempre errante a causa de la actividad incesante del Monarca más soldado que ha tenido España. En 1529 la Corte se hallaba en Bolonia, donde el Papa había de coronar al Emperador el día en que Carlos cumplía los treinta años de su nacimiento. Las fiestas fueron magníficas, que más ricas y brillantes no se vieron nunca. En las justas entre caballeros flamencos, italianos y españoles descolló la gallardía, habilidad y gracia en el manejo de las armas y los corceles del Capitán Garcilaso de la Vega. En el lujo, fastuosidad y riqueza de las damas, los caballeros y las servidumbres sobresalían los españoles, vestidos de brocado de oro o de plata, de telas finísimas recamadas de piedras preciosas. El Emperador mostróse generoso, perdonando a sus adversarios y complaciendo al Papa en sus inacabables peticiones, especialmente respecto a Florencia, que habíale declarado la guerra, y el Emperador tomó el asunto por su cuenta, sometiéndola por la fuerza de las armas.

Acabadas las fiestas de la coronación, el Emperador partió para Viena, muy apretada por los turcos. Garcilaso quedó en Italia batiéndose con



tra los florentinos con el denuedo y acierto de costumbre; tanto, que, regresando victorioso el Emperador y enterado de las hazañas del poeta, señaló a su Contino un elevado sueldo vitalicio, prometiéndole el mando del primer Tercio de Infantería que vacase y le dió licencia para marchar a Toledo y dedicarse al descanso merecido.

Siempre guardó la imperial ciudad de Toledo respetuosa memoria de sus preclaros hijos: el Capitán y escritor Cristóbal de Rojas y el Maestre de campo y poeta excelso Garcilaso de la Vega. Se ignora dónde fueron las casas solariegas de ambos militares, y no hay ni hubo jamás en ninguna de aquellas plazuelas silenciosas unas estatuas modestas de los dos famosos toledanos. Cuantas veces he pasado por delante de un patio entreviendo la rumorosa fuentequilla rodeada de arriates con geranios rojos, la sombra acogedora del toldo y la panzuda tinaja descansando sobre artísticos hierros, pienso si sería aquella la mansión del poeta-soldado, y si fué escribiendo uno de sus maravillosos sonetos cuando recibió del Emperador la honrosa orden de trasladarse en posta a París para concertar con la Reina de Francia doña Leonor, hermana del Monarca español, la visita a la Corte francesa de la Emperatriz española. Estaba doña Leonor recién casada con Francisco I, y ambas hermanas ansiaban establecer entre sus respectivos esposos una paz duradera, sueño irrealizable, no por culpa de Carlos V, sino del Rey francés, nunca fiel a sus tratados, rencoroso por sus derrotas y comido de envidia, compartida tradicionalmente por sus súbditos. La elección de Garcilaso para una comisión tan delicada no pudo ser mejor, porque, además de causar placer a la Reina volver a encontrarse con el marido de la que era su dama de honor, una Corte tan galante y amiga de poetas como París tenía que recibir con palmas al Capitán español, Contino del Emperador y predilecto del Parnaso. Nadie como él podría captarse las simpatías de los franceses, preparando los ánimos al buen resultado de la empresa laudable de las dos Reinas, al par que daba una idea de la cultura española. Llevaba a París el Capitán Garcilaso el secreto de averiguar la certeza o falsedad de los rumores acerca de cierto tratado de alianza de Francia con Turquía y de sospechosas concentraciones en la frontera de Navarra.

Especialmente la Princesa Margarita, hermana de Francisco I, cultivadora de las bellas letras, colmó de atenciones a Garcilaso, que era capaz de poner en verso la Táctica de Infantería. Es posible que inspirara sus versos alguna pasión, y, acor-

dándose de Toledo, pensase que ojos que no ven, corazón que no siente. Los poetas franceses Saluste y Marot se encargaron de enseñarle los recovecos parisienses, donde el español triunfó también, y terminada su comisión regresó a Italia a dar cuenta al Soberano.

Quizá por un poquitín de remordimiento de lo que en París se había divertido, propúsose retirarse a su hogar, sin otro comercio femenino que el de las Musas, cuyas caricias producen versos solamente; pidió, pues, al Emperador que le concediese el retiro del Ejército y el Corregimiento de Toledo. Rompió a reír el Emperador, alegando, para su rotunda negativa, que a los quince días de quietud, silencio y tranquilidad le pediría con apremio su antigua Compañía. Lo que menos pensaba el Monarca era en las églogas del poeta, y no le parecía posible que mozo de tan altas prendas militares, políticas y diplomáticas se encerrase en una ciudad para administrarla y regirla. Dióle licencia para una temporada en Toledo, confiándole que la razón de retenerlo consigo era la desconfianza que la inspiraban Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra y Solimán de Turquía; los tres, grandes talentos, entendidos en el mando, ambiciosos de tierras, mares y glorias, nada respetuosos con la moral ni con su palabra de honor, y los tres aborrecían a España.

El Emperador no quería separarse de aquellos hombres que conocía bien; a tiempo que negaba a Garcilaso el retiro, interrumpía la luna de miel de don Fernando Alvarez de Toledo, apenas casado con doña María Enríquez, y llamaba con urgencia al Marqués de Lombay, ya Duque de Gandía, don Francisco de Borja. Es curioso la fe que el Emperador tenía en las dos célebres trilogías: la de los viejos Maestres de campo Julián Romero, Cristóbal de Mondragón y Sancho Dávila, y la de los tres jóvenes Capitanes arriba nombrados. Salieron hacia Viena los tres amigos muy contentos; pero Garcilaso no pasó de Tolosa, detenido judicialmente a causa del matrimonio sin Real licencia de su sobrino con una sobrina del Duque de Alburquerque, de cuya boda había sido testigo. No abandonó en esta ocasión don Fernando, Duque de Alba, a su amigo de la niñez, y comunicó a la Emperatriz que Garcilaso iba a Alemania a servir al Emperador en la guerra, y que él no pasaría adelante si no le acompañaba su amigo, y que le mandara dar libertad. La Emperatriz allanóse a la energía del joven Toledo y dió órdenes de que las justicias no molestasen al Capitán. En el camino, Alba se puso gravemente enfermo, y

si salvó la vida fué por los cuidados que le prodigó Garcilaso, que no se separó un instante de la cabecera del enfermo. Al fin, llegaron a Ratisbona, donde estaba la Corte, y el Emperador recibió con un abrazo a Toledo y con ceño adusto a Garcilaso, confinándole en una isla del Danubio, a donde había enviado cuatro Compañías para impedir que los turcos la ocupasen, haciendo de ella una base de operaciones por el río.

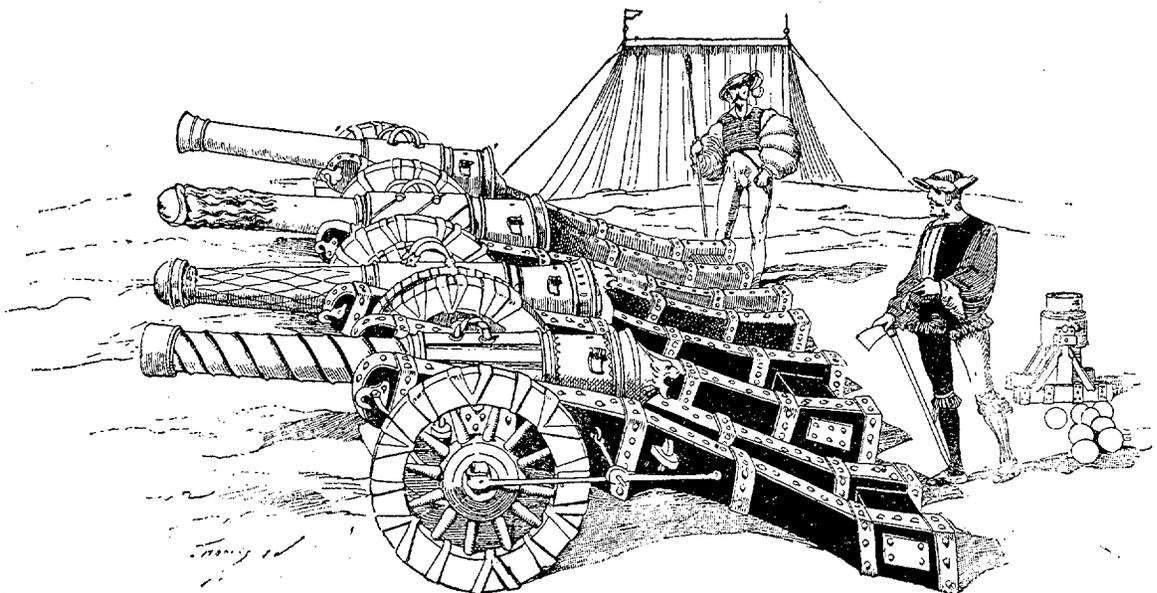
Aquí hay divergencia en algunos cronistas: unos afirman que el poeta desterrado dedicóse a escribir tristes elegías, añorando su pérdida libertad; otros aseguran que era segundo jefe de la Infantería allí destacada y no hubo tal destierro; pero son más los que opinan por el arresto y argumentan con pruebas. No debió, sin embargo, durarle mucho tiempo el enfado al Emperador, porque además de no suspenderle en su cargo de Contino le aumentó considerablemente el sueldo y la ayuda de costa, que era una gratificación considerable. Los llamados Continos constituían una guardia militar de la persona del Rey, algo así como la tropa que se llamó Guardia de Corps tres siglos después. Formaban los Continos personas de gran valer; las plazas estaban solicitadísimas, siendo sus haberes variados, como las fortunas de los elegidos en campaña seguían inmediatamente al Emperador, y como a éste gustaba cargar personalmente al enemigo lanza en ristre, los Continos peleaban a su lado y habían de ser gente esforzada de ánimo y muy diestros en las artes militares.

El valor era la nota sobresaliente del Capitán

Garcilaso de la Vega; pero por valiente no se suele pasar a la Historia. Garcilaso es conocido de los eruditos actuales y lo será de los de mañana por sus poesías; la ternura de sus versos se hizo proverbial al cabo de los siglos. En cualquier partida de tresillo, si un jugador que hizo una entrada roba mal, no tiene otro remedio que decir compungidamente: "Paso." Suele haber jugador que añade: "No lo dijo más tierno Garcilaso." Es extraño que hombre tan valeroso, tan rudo en el combate, sea tan dulce en sus composiciones poéticas. Su estilo es inconfundible, y su memoria eterna entre los poetas, porque él introdujo en la poesía el verso largo. Véase una muestra:

«Corriente agua, pura, cristalina;
árboles que os estais mirando en ella;
verde prado, de fresca yerba lleno;
aves que aqui cantais vuestra querella;
yedra que por los arboles camina
torciendo el paso por su verde seno,
yo me vi tan ageno
del grave mal que siento,
y de puro contento
con vuestra soledad, me recreaba
donde con dulce sueño reposaba
o con el pensamiento discurría,
por donde no encontraba
sino memorias llenas de alegría.»

Este soldado gozaba con la belleza de los árboles, las aves, el agua cristalina, la verde yedra y demás adornos de la Naturaleza, por donde se



pasean y corretean las Musas. Parece mentira que delante de su Compañía, espada y rodela en las manos, se atreviese a las mayores atrocidades; no había aventura que no le atrajese, por peligrosa que fuese.

En fuga los turcos, que atacaban a Viena, y libre una vez más la Europa de la barbarie asiática gracias al esfuerzo de los españoles, era necesario atender a la defensa de las costas de Italia (especialmente Nápoles, la preferida de los piratas berberiscos), y rehacer las poblaciones diezmadas por la peste y los edificios casi arruinados por las guerras constantes. Nadie podía resolver la infinidad de problemas que se presentaban a cada paso como no fuese un hombre excepcional, de los que no escaseaban en España. Don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, fué nombrado Virrey de Nápoles y Secretario general del Virreinato el Capitán Garcilaso de la Vega. Don Pedro hizo de Nápoles un *rico vergel*, cual dice Don Juan Tenorio, que estuvo allí por esa época. De una ciudad pestífera, sucia y miserable, una población hambrienta, abandonada la justicia, aterrada por asesinos y ladrones e indefensa ante las *razzias* de los piratas turcos, surgió la salud, la prosperidad, la abundancia y la alegría; se cortaron de raíz los abusos, reformando los Tribunales de Justicia que entendían en la moralidad del comercio y en la rectitud de las costumbres, aunque no interviniese en la libertad de los habitantes; se edificó el Real Palacio, rodeado de bellísimos jardines, construyóse la más ancha y más hermosa calle de la ciudad, que en honor al Virrey tomó el nombre (conservado aún) de calle de Toledo; duplicóse la extensión del arsenal, de manera que podían contruirse 16 galeras a un mismo tiempo; se restauraron los templos, fundaron hospitales, empedraron las calles y plazas; fueron desecados los pantanos, que infectaban de paludismo el aire, por medio de canales desembocados en el mar; la costa de todo el reino se cubrió de defensa y de cuarteles, mezclados con torres de aviso provistas de cohetes, y, en fin, los napolitanos, que habían tenido excelentes Virreyes, llamaron en sus Historias a don Pedro de Toledo el Gran Virrey.

Todo el tiempo del virreinato del Marqués de Villafranca fué Garcilaso Secretario administrativo, Secretario militar, político, diplomático y Correo de Gabinete; porque el Virrey no gustaba de escribir ni el Emperador tampoco, y era el Capitán-poeta quien iba y venía de Nápoles a la Corte y de la Corte a Nápoles, reteniendo fijas las ideas de don Carlos y de don Pedro, sin que ni se olvidase

de nada ni dejara de presentar a ambos los asuntos hasta con las mismas palabras. Unas veces, cruzando el mar infectado de barcos turcos, y otras, atravesando Francia, de cuyas posadas, sucias e incómodas, y estrambóticas comidas, se queja en las cartas a su mujer. Garcilaso vive en perpetuo viaje. El Emperador se vale de él para comunicar con Andrea Doria e inquirir en las secretas intrigas del Papa (que es francés) con Francisco I.

Convencido el Monarca de que no puede desaparecer el peligro de los piratas turcos, se decide al ataque y desembarca en Túnez. Garcilaso toma parte, como Contino del Emperador, en el asalto en La Goleta, donde recibe un mosquetazo en la mano izquierda y una herida de lanza en la boca. La curación es lenta; pero sin restablecerse y con el rostro vendado, continúa, después de la victoria, desempeñando su cargo de estafeta entre el Emperador y el Virrey. Va siempre a caballo, acompañado solamente de su criado y escudero, lo cual da lugar a episodios violentos, que en Nápoles se comentan porque ponen su fama de valiente por las nubes. Uno de ellos, indudablemente muy exagerado por sus panegiristas y amigos, recorre toda Europa. Copio a la letra el relato que hace el escritor Luis Zapata en su libro *Vida del Emperador*:

"Partió de Roma Garcilaso para reunirse con el Emperador en Nápoles y entregando, como era costumbre, la lanza y la rodela a su escudero, se puso en camino y encontró en uno de los alojamientos o ventas colmado de gente a una dama que, extrañando mucho verle ir solo por los expuestos parajes, aconsejóle que, como los demás viandantes, aguardase, pues no dejarían de ir llegando los suficientes para formar compañía segura; no osaban marchar solos ni ochenta hombres juntos, tal era el número y audacia de los bandoleros que salían de los bosques a cometer todo género de tropelías y crímenes; a veces, se reunían hasta mil y no dejaban hacienda ni vida a los pasajeros, por lo cual hasta no juntarse unos cuantos cientos nadie se atrevía a entrar por aquellos montes.

Agradeció Garcilaso el aviso; pero manifestó a la señora que él no esperaba compañía y no volvía atrás, considerando afrentoso el hacerlo, pues era Capitán de los Tercios de la Infantería española y llevaba consigo su lanza y su espada; reanudó, pues, la marcha sin novedad, haciendo alto aquella noche en un albergue, cuyo ventero le advirtió también del peligro que corría, sin que esto le

hiciese desistir de pasar adelante y renunciar a su temeridad.

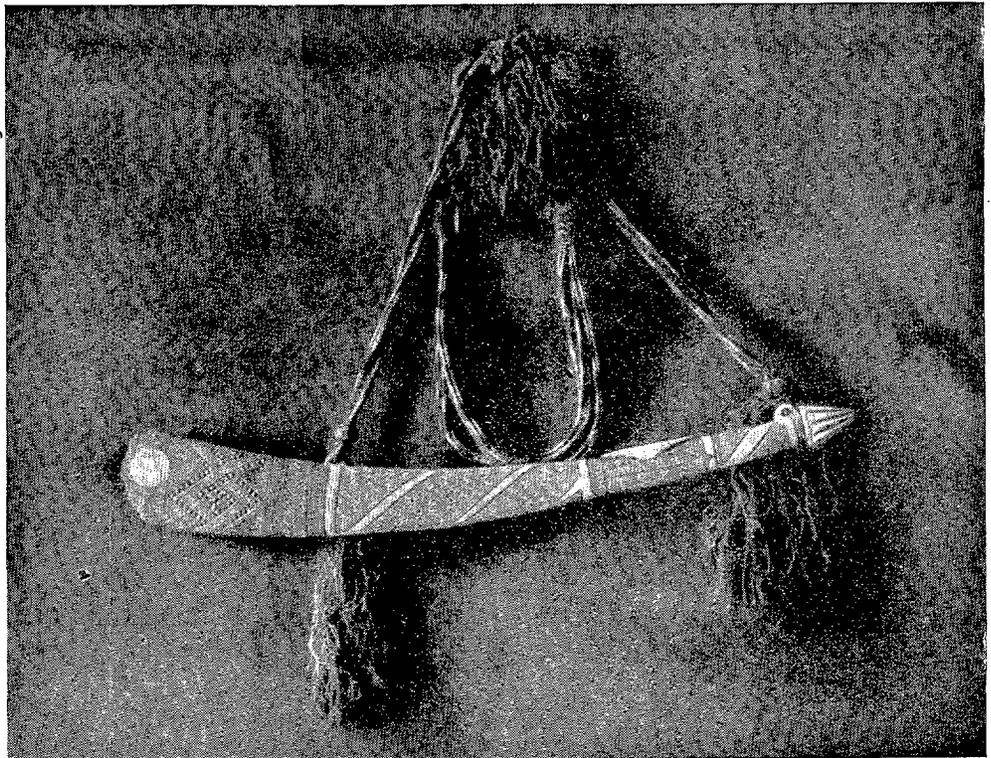
En efecto, siguiendo su camino, al pasar cerca de Veletri, notó su escudero (que, menos valiente, llevaba los cabellos de punta) salir humo de dentro de un encinar y oír silbidos, cuernos y bocinas, a cuyo son se convocaban los salteadores cuando veían entrar a alguien en sus dominios. Más de trescientos se juntaron, que envolvieron a los dos viajeros; Garcilaso empuña la lanza, parte firme en la silla y acomete a los forajidos, matando a uno, derribando a tres e hiriendo a veinte; revuelve su caballo, más ligero que una onza, y hace huir a los demás, persiguiéndoles y causándoles gran destrozo; asustados y llenos de asombro los bandoleros de tanto valor, desaparecen en sus madrigueras, y el Capitán-poeta queda amo del campo, y como no viese dónde se hallaba su escudero, le encuentra enteramente desnudo, sin herida alguna, colgado a un árbol de un pie; descuelga al infeliz, le da el vestido de uno de los muertos, llega salvo y con fama a Nápoles a reunirse con el Emperador.”

Aunque haya exageración en el número de los salteadores, el hecho es cierto y demuestra el temple del esforzado Capitán.

Nueva guerra con Francia, comenzada por Francisco I, que estaba entrando con fuerte Ejército en Italia. Para reunir las tropas imperiales, marcha Garcilaso a conferenciar con el Maestre de campo Antonio de Leiva, Gobernador de Milán, y en seguida va a Génova a conferenciar con Andrea Doria, en cuyo puerto genovés se detuvo a esperar la llegada de tres mil soldados de Infantería española, de cuya fuerza había nombrado el César Maestre de campo.

Carlos V, que aborrece la necesidad de escribir tanto como su hijo Felipe II amaba la escritura, encomienda a Garcilaso las órdenes, siempre de palabra, y no tiene que arrepentirse, porque las órdenes llegan, no sólo completas, sino ampliadas con los detalles necesarios para que no haya duda en su ejecución. Llegaron los tres mil Infantes españoles y se hizo cargo de ellos el nuevo Maestre. La alegría del poeta fué inmensa, no sólo por verse en tan anhelada posición, sino porque venía con ellos, como Sargento mayor, su íntimo amigo el Marqués de Lombay, a quien ya faltaba poco tiempo para trocar los arreos marciales por el humilde hábito de fraile.

Sería alargar demasiado esta cróniquilla referir la invasión de Francia por los españoles, a



Bocina de caza, de marfil, usada por Garcilaso, existente en el Museo del Ejército.

cuyo frente iba el Emperador, y el sitio de Marsella, que no evitó la marcha dentro de Italia de los franceses, porque Francisco I sabía que Marsella había de defenderse largo tiempo, dadas sus fortificaciones exteriores e interiores, comunicación por el mar y su numerosísima guarnición. No hubo otro remedio para el Emperador que levantar el sitio y volver a Italia para oponerse a los progresos del francés. Aquella marcha retrógrada puede considerarse como un modelo de rapidez, de orden y de organización. En ella sucedió la muerte heroica del Maestre de campo Garcilaso, que fué como sigue:

Había a poca distancia de la villa francesa de Frejús, yendo de poniente a levante, un lugar o pueblecillo pequeño, propiedad de la Orden de San Juan, con un castillejo y torre llamada de Muey, desde la cual cincuenta arcabuceros franceses habíanse hecho fuertes y molestaban con su fuego a los españoles, que forzosamente iban pasando cerca. Picóse el Emperador, mandó hacer alto y asentar dos cañones, que abrieron brecha; ordenó también armar las escalas, y como la Infantería tardase en practicar el asalto, porque, aunque el Emperador no lo veía, la brecha estaba aún impracticable, impaciente el Monarca, exclamó:

—Mucho van cambiando estos soldados españoles, que tanto tardan en estar ya arriba.

Oyóle Garcilaso y creyendo que a él, como Jefe de aquella Infantería, tocaba la reconvencción, con la primera escala que estuvo lista se dirigió atrevidamente al muro, sin que le pudiesen detener los ruegos de sus Oficiales (viéndole desarmado) y asidos a él, procurando impedir su temeridad. Desprendióse de ellos y, espada en mano, sin coraza ni casco, comenzó a subir, seguido del Capitán de su Tercio Portocarrero (que después casó con su hija) y de otro Capitán del mismo Tercio, cuyo nombre no cita la Historia.

Llegaba el Maestre Garcilaso al último peldaño cuando los enemigos desprendieron de lo alto del muro una almena entera, toda de una piedra, que a tan fuerte golpe arrojó a Garcilaso al foso, cayendo él de espaldas y la piedra encima del pecho, así como los dos Capitanes que le seguían.

Alzóse en el campo un clamor general, y mientras muchos acudían a socorrerle, entre ellos el Marqués de Lombay, otros alcanzaban las almenas y mataban a unos cuantos franceses, rindiéndose los demás.

El Emperador, bramando de ira, hizo ahorcar a todos los defensores, sin perdonar a ninguno,

aunque Garcilaso, casi moribundo, se lo pidió con todas veras. Condujeron con gran cuidado al herido a Niza, auxiliándole los médicos del Emperador, con algunas esperanzas al principio de salvarle la vida. Pero a los veintiún días, el 14 de octubre, murió en los brazos del Marqués de Lombay, a los treinta y tres años de su edad, en presencia del Emperador y de los más ilustres Oficiales del Ejército. Aquella desgracia produjo en el alma del Marqués la primera llamada a la devoción, que había de terminarse enteramente ante el cadáver de la Emperatriz, cuya belleza, convertida en miserable carroña, impresionó profundamente al futuro San Francisco de Borja.

No pudo ser más edificante la agonía del poeta, cumpliendo devotamente sus deberes católicos. El cadáver fué trasladado a Toledo y sepultado en la Capilla del Cristo, del Convento de los Dominicos. Andando el tiempo, bajo la misma losa que cubría su cuerpo, descansó también el de su hijo, heredero del nombre, de las prendas morales y de la misma muerte de su padre, porque también murió en la flor de la vida y bravamente frente al enemigo.

Garcilaso es una de las más interesantes figuras de la Infantería española. Reuniendo aquí varios conceptos de diversos historiadores suyos, puede dibujarse su retrato. El alma de Garcilaso era digna de la hermosura del cuerpo en que se albergaba; su agudo ingenio, su instrucción, su lucimiento en todos los ejercicios de caballero, la madurez de su juicio, su galantería con las damas, su cortesía sin afectación con los hombres, la apacibilidad de su carácter, la suavidad de su trato y la dulzura de su hablar, cautivaban a cuantos le conocían; ídolo de sus soldados, querido de sus superiores y de sus iguales y uno de los grandes hombres que produjo el siglo, lo mismo los que no descollaban en la esfera de sus obligaciones que los que brillaban por sus cualidades, todos eran amigos suyos, porque el concepto de sus méritos y el agrado de su persona y sus modales poníanle a cubierto de la envidia.

El Emperador vertió lágrimas a su muerte; disolvió la Compañía que mandaba para que no la mandase nadie; decretó que los soldados de la misma llevasen un crespón de luto en la empuñadura de las espadas, y las Musas se vistieron de negro, porque todos los poetas de su tiempo le cantaron endechas tristes, y el Ejército entero, tanto los españoles como los extraños, manifestaron su dolor enlutando los tambores y las moharras de sus banderas.

Observación de ARTILLERÍA

De la Revista norteamericana *The Field Artillery Journal*. (Publicada en español en la *Revista Militar*, Buenos Aires. Traducción del Teniente argentino EDUARDO R. CASTRO SÁNCHEZ. Revisada.)

El conocimiento de los materiales utilizados actualmente por ambos bandos en la guerra y de los principios técnicos y tácticos de su empleo, debe ser inquietud permanente de todo Oficial que no desee vivir atrasado un cuarto de siglo.

Sólo el estudio objetivo de ambas organizaciones, materiales y procedimientos de empleo puede proporcionar un juicio exacto que permita la selección de los más adecuados para satisfacer nuestras necesidades, de acuerdo con nuestro medio geográfico y humano y con nuestras posibilidades.

La falta de publicaciones alemanas nos impide, y nos privará durante mucho tiempo todavía, del conocimiento de muy importantes enseñanzas; la bibliografía publicada por los aliados, especialmente Estados Unidos e Inglaterra, es de alto y positivo valor.

Por tanto, la traducción de artículos interesantes facilitará a todos los que no puedan llegar a los textos originales, el aprovechamiento de tan importantes enseñanzas de guerra.

El artículo siguiente es, a mi juicio, útil en varios aspectos, entre los que merecen ser destacados los siguientes:

- a) Confirma nuestros conocimientos sobre el tema en general; y
- b) Contiene una interesantísima síntesis de las misiones y actuación del observador avanzado, atribuyéndole primordial importancia.

N. DEL T.

OBSERVACION

La observación es esencial para que la Artillería de campaña pueda cumplir su misión de proporcionar continuo y estrecho apoyo a las otras Armas. El hábil manejo de la observación es importante para la maniobra efectiva de la potencia de fuego. La observación es el medio principal con que cuenta la Artillería para obtener información sobre el enemigo. Es necesaria para el descubrimiento y ataque de blancos fugaces y para la dirección de fuegos. Sirve también como medio para obtener informaciones sobre las propias Unidades, y en este sentido complementa las comunicaciones con las tropas a las cuales apoya. La observación de artillería debe cubrir toda la zona de acción (o sector de defensa) de la Unidad que apoya, y debe extenderse suficientemente en profundidad en la posición enemiga, para cubrir todas aquellas zonas desde las cuales se pueda hacer fuego sobre las tropas propias.

Con objeto de cubrir totalmente la zona de acción o el sector defensivo hasta la profundidad requerida, las Unidades de Artillería de campaña utilizan, tanto la observación terrestre como la aérea. La observación terrestre es realizada por observadores avanzados (1), observadores en los observatorios de Grupo y Batería (2), por unidades de localización óptica o acústica (3).

Observación terrestre.

La observación terrestre es de básica importancia para la localización de blancos y para la conduc-

ción del fuego. Debe funcionar día y noche. La Artillería tiene el deber de mantener una ininterrompida observación sobre las tropas propias y enemigas; la actividad del enemigo y cambios en la situación deben ser conveniente y oportunamente conocidos.

Observatorio.—Un Grupo instala dos clases de observatorios:

1. El *observatorio avanzado*, instalado por el observador adelantado, quien es asignado a una Unidad dada, para observar en la zona de acción o sector defensivo de la misma y mantener contacto con dicha Unidad. Desde su observatorio, el observador puede distinguir las tropas propias de las enemigas y preparar y corregir el tiro en estrecho apoyo de las tropas que atacan o se defienden. *La mayor parte de los blancos para la artillería son localizados desde las primeras líneas.*

2. *Observatorio de Grupo o de Batería*, instalado para proporcionar mayor y más profundo campo de vista que el que posee el observatorio adelantado. Es utilizado para lograr la localización, la dirección de los fuegos, la información y la seguridad. Los blancos sobre cuya existencia informa el observatorio de Grupo de apoyo directo o el de Batería, son registrados en el P. C. inmediato superior antes de abrir el fuego, para asegurarse de que el mismo no pondrá en peligro al personal propio más adelantado.

Organización y trabajo del observatorio.—Un observatorio de artillería debe ser atendido por un

COORDINACION Y MANIOBRA DE LA OBSERVACION

La coordinación y la maniobra de la observación aseguran que la totalidad de la zona de acción o del sector defensivo sea observada por uno o más puestos y que se evite el amontonamiento de los observatorios en un solo lugar.

La coordinación se consigue: asignando zonas de observación, distribuyendo el terreno convenientemente por observatorios y destacando observadores avanzados. Los observatorios se asignarán en el siguiente orden de prioridad: primero, Grupo de apoyo directo; segundo, Secciones ópticas del Grupo de observación (grupo de localización por la vista), y tercero, Grupos de acción de conjunto. La máxima explotación de la observación exige una red de comunicaciones que capacite a cualquier observador para corregir el tiro, en su sector, de cualquier batería.

Zonas de observación.

Grupo.—La zona de observación de un Grupo corresponde normalmente a la normal de su acción. El Jefe de Grupo divide la zona de observación del Grupo entre sus tres Baterías. La Batería es responsable de la observación en la zona que le ha sido asignada; no está limitada, sin embargo, a observar únicamente en dicha zona.

Las zonas de observación pueden ser designadas por accidentes del terreno, zonas de combate de las Unidades que son apoyadas, o por distancias o ángulos de derecha e izquierda de una línea de vigilancia dada. El Grupo instala los observatorios necesarios para que, en unión con los de las Baterías, cubran todos los lugares críticos en la zona de observación.

Batería.—Después de recibir la orden del Grupo, el Jefe de Batería dirige la instalación de los observatorios de Batería que sean necesarios. Si la situación o el terreno lo exigen, traslada sus observatorios, informando al Grupo antes de hacerlo.

Observatorios avanzados.—Los Grupos de apoyo directo y (en la mayoría de los casos) los Grupos de refuerzo de los mismos envían observadores avanzados. Es conveniente enviarlos en proporción de uno por cada Compañía de la línea de fuego o Unidad similar. A menudo, el Comandante de Artillería de la División puede autorizar el envío de observadores avanzados de un Grupo de refuerzo o de acción conjunta, para aumentar o relevar a los observadores avanzados del Grupo de apoyo directo. El Jefe de Grupo de apoyo directo, a través de sus Oficiales de enlace, coordinará la acción de los observadores avanzados en la zona de la Unidad que apoya. Estos observadores avanzados deben estar presentes cuando se lea la orden de ata-



grupo no menor de tres hombres. El Oficial o Suboficial más antiguo es responsable de que la zona de observación se mantenga bajo constante vigilancia. Generalmente, dos hombres observan, mientras el tercero actúa de operador de los medios de comunicación. Cuando es necesario confeccionar un parte escrito de las observaciones, lo efectúa uno de los observadores. Cuando el enemigo no muestra actividad peligrosa, es suficiente la actuación de un observador, mientras el otro o los otros descansan y permanecen como relevos. Todo el personal debe ser relevado cada cuarenta y ocho horas, siempre que sea posible.

Para ocupar el observatorio, el más antiguo determina, en primer lugar, su situación en la carta y la orienta. Con otros observadores estudia entonces el terreno que debe observar, refiriéndolo a la carta, identificando en el mismo puntos básicos, puntos de coordenadas conocidas, puntos de referencia y otros accidentes notables. Si no se le ordena otra cosa, debe dedicarse a situar uno o más puntos de coordenadas conocidas. Deben colocarse líneas de referencia en el terreno, para la orientación de los instrumentos durante la noche.

El observador más antiguo hace un estudio de los lugares de la zona de observación que puede ver, se fija en los que están desenfocados de su vista y anota en su carta dichos lugares. Se manda al P. C. del Grupo un calco que contenga dichos datos y la situación del observatorio. Debe confeccionarse un croquis panorámico de la zona de observación, en el que se identifiquen los accidentes importantes, punto de vista, puntos de coordenadas conocidas y blancos importantes. Este croquis, junto con la carta y un registro de datos corregidos, sirve como registro de observación y permite la rápida apertura del fuego. En lugar del croquis, puede usarse una fotografía panorámica o una fotografía aérea oblicua.

Deben reconocerse y prepararse observatorios de recambio, para la eventualidad de ser neutralizados por humo, fuego enemigo, ataques locales, o por haber perdido eficacia en el transcurso del combate. Estos observatorios de recambio deben elegirse en forma tal que aseguren la continuidad de la observación, ya sea en el avance, retroceso o movimientos de flanco. Deben prepararse observatorios para visitantes, tales como observadores militares, corresponsales, etc., en forma tal que el observatorio que trabaja no sea denunciado por el movimiento.

*Observatorio preparado.
(Sección transversal.)*

que a la Compañía. El Jefe de Grupo, los Oficiales de enlace y los observadores avanzados son los responsables del control de las trayectorias.

Misiones.

El Oficial del Servicio de Información hace un estudio continuo de la observación del Grupo. Basado en este estudio, ayuda el Jefe de Grupo, coordinando:

1. Número y situación de Grupos, Baterías y observadores avanzados.
2. Elección y relevo de los observadores.
3. Elección, prueba y explotación de todos los medios de comunicación para los observadores.
4. Selección de los observatorios que deben efectuar observación durante veinticuatro horas.
5. Poner en situación y comunicar a los observatorios con las Unidades vecinas, de refuerzo y de acción de conjunto.

Elección del observatorio.

Para elegir un observatorio debe tenerse en cuenta la facilidad de su reconocimiento y caminos de acceso, facilidad de instalación y mantenimiento de las comunicaciones y seguridad, evitando los puntos demasiado notables.

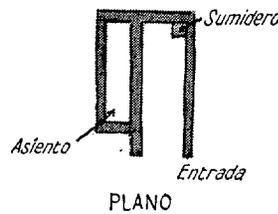
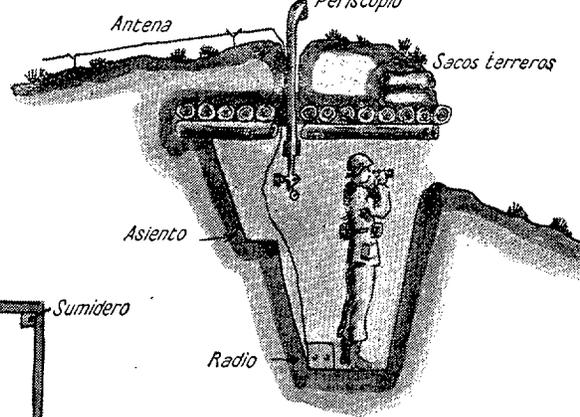
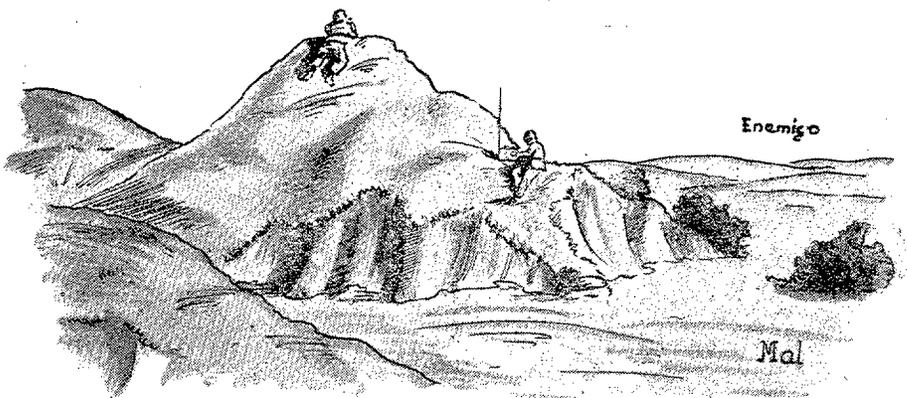
Los observatorios de Grupo y Batería son elegidos en forma tal, que proporcionen las vistas más extensas posibles de la zona de observación. Observatorios elegidos sobre el eje de avance economizarán tiempo y tendido de hilo. Una conveniente observación de flanco deberá ser establecida para proporcionar observación en profundidad y para vencer la desenfilada del enemigo.

Los observadores avanzados deberán elegir observatorios desde los cuales puedan ver el movimiento de la Unidad apoyada. Tales puestos no deben estar tan avanzados que el observador avanzado y su personal sean neutralizados y clavados en el suelo por el fuego enemigo. (El observador avanzado debe permanecer fuera del fuego de la primera línea.) En ningún caso, sin embargo, estará tan atrás que pierda el contacto con la Unidad apoyada.

Observatorio en la pendiente.

Ventajas.

- Puede ser ocupado inicialmente de día.
- Permite gran libertad de movimiento al per-



sonal durante el día, aunque no deben ser permitidos movimientos innecesarios.

- Facilita la instalación, mantenimiento y ocultación de los medios de comunicaciones.

Desventajas. — Comúnmente, proporciona una vista limitada de la zona inmediata al frente, y un fuego corregido sobre la cresta puede neutralizar el observatorio. Los instrumentos y el personal que sobresalgan sobre la cresta son difíciles de disimular. Estas desventajas disminuyen si la loma ocupada se proyecta sobre otra que se encuentre más a retaguardia. Aumentan al máximo cuando la loma ocupada forma la línea de horizonte para el enemigo.

Observatorio en la contrapendiente.

Ventajas.

- Puede ser alejado de la cresta, y, por lo tanto, el fuego que caiga sobre la misma no lo neutralizará. El enemigo está obligado a neutralizar toda la pendiente para asegurarse que el observatorio que se encuentra en la misma ha sido neutralizado.
- Proporciona mejores vistas del terreno inmediatamente al frente.
- Proporciona una cubierta posterior que facilita la ocultación.

Desventajas.

- Debe ser ocupado durante la noche, para evitar ser neutralizado.
- La situación no puede cambiarse durante el día sin riesgo de hacerse visible.
- Durante el día es difícil el mantenimiento de comunicaciones por señales.

Instalación del observatorio.

La instalación de un observatorio es progresiva. Inicialmente, el observador apro-

Observación en la pendiente. (Mal.)



Observación en la pendiente. (Bien.)

vecha las desfiladas tanto como le sea posible (detrás de una roca o un arbusto, en un embudo de granada, o detrás de un vehículo abandonado).

A medida que el tiempo lo permite, se cava una trinchera o un pozo de tirador. Cuando el trabajo continúa, la trinchera se hace más profunda (revistiéndola, si es necesario) y se la provee de espaldones.

Puede cavarse un refugio en un pliegue natural o en una colina. Los observatorios colocados en las contrapendientes deberán tener un camino de aproximación a cubierto o una trinchera de comunicación que los una con el otro lado de la loma.

Partes de los observadores.

A medida que observa, el observador comunica directamente lo que ve al P. C. del Grupo o de la Batería. No se le pedirá que envíe partes escritos, excepto cuando ha perdido la comunicación con su Plana Mayor. Anota los fuegos en su croquis panorámico. Sus partes son reunidos en la Plana Mayor del Grupo. Estos partes orales tienen la ventaja de que el observador está en condiciones de concentrar su atención sobre la zona observada; puede hacer una descripción continua de la acción del enemigo, y así se consigue una rápida divulgación de las informaciones. El observador informa sobre toda actividad enemiga observada, de acuerdo con la lista siguiente:

- a) Naturaleza de la actividad observada.
- b) Situación de la misma: por coordenadas rectangulares o coordenadas polares.
- c) Número de Unidades, individuos, vehículos, carros, etc.
- d) Dirección y velocidad del movimiento.
- e) Deseo o no hacer fuego sobre los blancos, debe informar exactamente lo que observa y no lo que infiere o deduce de su observación. Además, el observador avanzado informa sobre la situación y movimiento de las propias tropas más avanzadas. Durante los intervalos en los que no se

observa actividad, debe cursar partes periódicos de "sin novedad".

f) Efecto de los fuegos previamente corregidos, cuando la visibilidad lo permita.

Memorándum para el observador.

A continuación se da una lista muy útil para el desempeño del papel de Jefe de observatorio:

- ¿Puedo ir al observatorio de noche o con niebla y lluvia? ¿Conozco todos los puntos necesarios para mi propia orientación? ¿Tengo conmigo personal suficiente, por lo menos tres de mis hombres?
- ¿Mantengo la zona de observación bajo constante vigilancia?
- Cuando la acción sea inminente, ¿tendré tantos ojos observando como sea necesario? ¿Será manejada y funcionará la radio convenientemente durante esas fases?
- ¿Necesito un registro escrito de actividades? En tal caso, ¿ha sido designado alguien para efectuarlo?
- ¿He confeccionado el plan para descanso y relevo de mis observadores?
- ¿He localizado y situado las cosas interesantes en la carta? ¿La he orientado?
- ¿He solicitado fotografías oblicuas, mosaicos fotográficos y fotografías aéreas verticales?
- ¿He elegido y preparado un observatorio de recambio?
- ¿He confeccionado un croquis panorámico de mi zona de observación?
- ¿He incluido en este croquis todas las concentraciones, blancos fugaces y datos para esos blancos?
- ¿Dónde está el punto base de referencia? ¿Han sido identificadas y localizadas todas las concentraciones y puntos de coordenadas conocidas? En caso contrario, deben tomarse medidas inmediatas para el examen minucioso de la zona de blancos, anotando varios puntos de coordenadas conocidas. ¿Se me ha fijado alguna restricción para la apertura del fuego?

- ¿Dónde se encuentran la primera línea, nuestras patrullas y elementos de exploración?
- ¿Tengo todos los instrumentos? ¿Están colocados en cero y orientados en forma tal que yo pueda trabajar de noche?
- ¿Es perfecto mi enmascaramiento o puedo mejorarlo?
- ¿Tengo suficientes raciones y agua? ¿Dónde están los elementos sanitarios de primeros auxilios? ¿Están mis hombres tan cómodos como es posible? ¿Qué harán si llueve? Y yo, ¿estoy listo? ¿Tengo mi impermeable, maderas en el piso, un desagüe para el observatorio? ¿Es suficiente mi seguridad? ¿He colocado algunas trampas para prevenir incursiones nocturnas o ataques por sorpresa?
- ¿Conoce mi situación la Unidad apoyada? ¿He tendido cable para su comunicación? ¿Pueden ellos proporcionarme seguridad? ¿Me informarán sobre cualquier blanco que vean?
- ¿He informado sobre toda actividad del enemigo y sobre el dispositivo de las propias armas, exactamente, sin delatar nada de ello por radio?
- Tal o cual blanco, ¿es bueno para artillería? ¿O es más conveniente para los infantes, con sus ametralladoras y morteros?
- ¿Qué clase de tiro necesito para ese blanco? ¿A percusión, a tiempo, rebote, humos?
- ¿Es ese blanco tan pequeño e inmóvil que necesitará la concentración del haz? ¿Está tan próximo a nuestras tropas que las piezas deben ser corregidas para obtener la máxima seguridad?
- ¿He instalado y comprobado todos los medios de comunicación posibles?
- Si no puedo conseguir comunicación, ¿es posible cambiar de lugar mi radio o instalar una larga antena?
- ¿Tengo mi pistola de iluminación, lanzacohetes, linterna, brújula, tablero, fotografías aéreas, código pirotécnico, código preestablecido para las comunicaciones, regleta de coordenadas, armas, dotación completa de municiones y granadas de mano?
- ¿Tengo suficientes pilas de repuesto? Algunas durarán dos horas; otras, indefinidamente.
- ¿Está mi Sección convenientemente instruída y entrenada para desenvolverse en el caso de que yo sea baja?
- ¿Sé cómo debo conducirme en los campos minados?

OBSERVACION AVANZADA

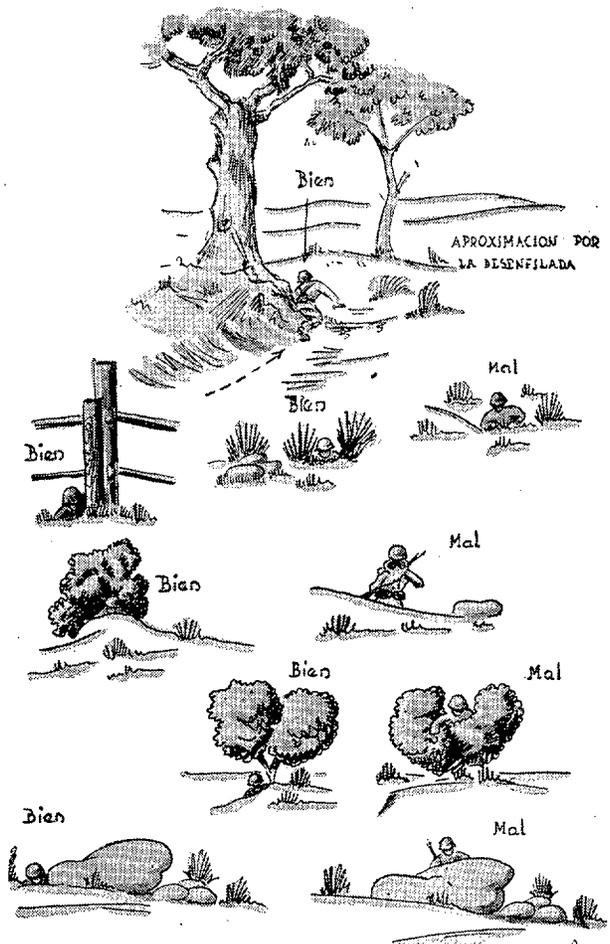
Para conducir los fuegos en la zona de acción de una Unidad dada y para mantener el contacto con la misma, se le asigna un observador avanzado. Desde su puesto avanzado, puede distinguir las tropas propias de las enemigas y preparar el tiro en estrecho apoyo de las propias Unidades. El com-

No destaque innecesariamente su silueta.

bate ha demostrado que la mayor parte de los blancos de artillería son localizados desde las primeras líneas.

El observador avanzado de artillería es, potencialmente, el individuo más poderoso de la zona de vanguardia. Otros Oficiales efectúan el control y la maniobra de la potencia de fuego de Secciones o Compañías; pero el observador avanzado puede efectuar el control y dirigir la masa de fuego de toda la artillería cuyo alcance le permita batir la zona del blanco. Los Jefes de las Unidades apoyadas se dan cuenta rápidamente de la importancia de este asunto, y se apresuran a proteger al observador avanzado y a su personal. Por tal motivo, deben destinarse para esta misión los Oficiales más aventajados que sea posible, sin tener en cuenta su grado.

La *misión primordial* del observador avanzado es vigilar estrechamente los movimientos de la Unidad a la cual se apoya y corregir el tiro de la artillería sobre aquellos elementos enemigos que ofrecen obstáculo a dicha Unidad en el cumplimiento de su misión. El observador avanzado cumple con esta misión mediante la vigilancia y la corrección de los tiros previamente preparados y por la corrección del tiro sobre blancos fugaces que observa o que le son indicados por otros. Debe seguir cuidadosamente a los elementos más adelanta-



[Handwritten signature]

dos hacia el objetivo, e inmediatamente preparar barreras de fuego de protección para detener los contraataques. Su puesto de observación deberá estar en un lugar dominante, desde el cual pueda observar cualquier intento del enemigo para realizar una acción envolvente o de flanco.

Tiene la *misión secundaria* de mantener informado al Grupo de artillería, al cual pertenece, de la situación, tanto de toda actividad y dispositivo del enemigo como de la situación de las propias tropas.

Por último, el observador avanzado tiene el deber de establecer contacto con el Jefe de la Compañía de Infantería, tan pronto como le sea posible. La infantería tiene el mismo deber respecto del observador avanzado para efectuar y mantener dicho contacto. Este último, sin embargo, no debe permitir que su contacto con la infantería dificulte su misión de establecer la observación, vigilar el movimiento de la Unidad apoyada, corregir y observar los tiros e informar sobre las noticias del combate.

El observador avanzado cuenta con la colaboración de un pequeño grupo, que consiste en un Suboficial y en un operador de radio. El observador y su personal deben estar completamente equipados para el cumplimiento de la misión. Este equipo incluye: vehículo, medios de comunicación, anteojos de campaña, copias de cartas apropiadas y fotografías aéreas y códigos de comunicaciones preestablecidos.

Toda información que sea de valor para el enemigo y que esté contenida en las cartas, mapas o fotografías debe ser rápidamente destruible. Deben llevarse las palas individuales, raciones, armas y equipos.

Manera de proceder del observador avanzado.

Tan pronto como es designado, el observador avanzado debe obtener, controlar y cargar su equipo, compuesto de lo siguiente:

1. Vehículo y su equipo.
2. Personal y su equipo.
3. Material de radio y teléfono.
4. Mapas y cartas, fotografías, códigos, lámparas, chinchas y block de partes.
5. Anteojos de campaña, brújula, tablas y gráficos de tiro, palas, raciones y equipo de señales pirotécnicas.
6. Equipo especial, como bidones de agua (llenarlos), baterías de repuesto, radios y teléfonos de repuesto, siempre que sea posible. Es conveniente llevar también sacos terreros y botiquín de primeros auxilios.

Antes de marchar a su puesto de vanguardia, el observador debe informarse sobre:

1. La situación.

2. Localización del puesto de combate del Batallón apoyado y situación general de las otras Unidades del sector.

3. Situación del punto de referencia, índice de puntos de coordenadas conocidas, concentraciones a efectuar y sus números respectivos y todo fuego especial que se planea. Sólo éstos pueden ser anotados o consignados en la carta.

4. Códigos pirotécnicos, códigos preestablecidos para las comunicaciones y regleta de coordenadas.

5. Convenio para mantener la comunicación y para duplicar y aun triplicar los medios, si fuera posible.

6. Situación de las propias baterías.

7. Instrucciones referentes al movimiento.

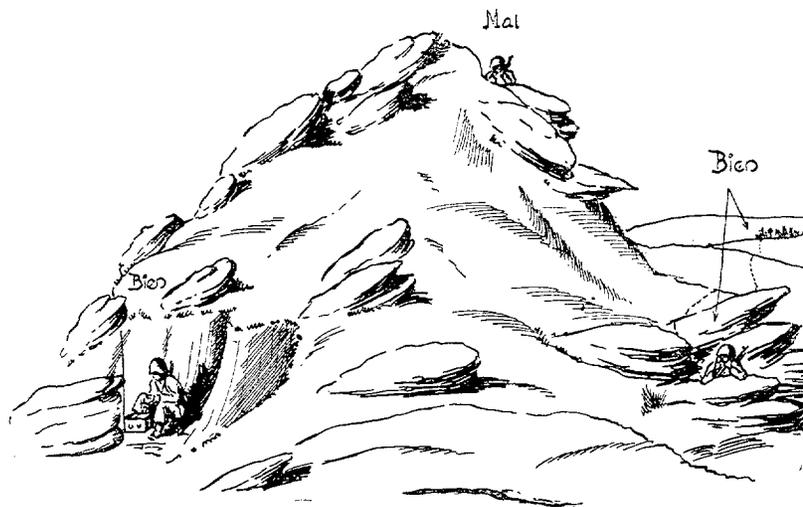
En el camino hacia la Unidad apoyada, el observador toma nota de los accidentes del terreno y de sus condiciones para la observación, campos de tiro, masas cubridoras, obstáculos, rutas de comunicación, etc. Se informa sobre la situación de las instalaciones de retaguardia para tener idea de las mismas y poder responder a las preguntas que se le formulen al llegar al P. C. de la Unidad apoyada. Hace que sus hombres recuerden el camino, para el caso de que deban volver a buscar víveres o relevos.

Al llegar al P. C. de la Unidad apoyada, el observador avanzado se pone en contacto con el Oficial de enlace de su Grupo, *que se encuentra en el mismo P. C.* y obtiene las siguientes informaciones:

1. La situación y plan de acción proyectado por la Unidad apoyada, incluyendo la colocación y plan de empleo de las armas pesadas y cañones de acompañamiento. Debe trabajar en estrecho contacto con las Secciones de cañones y morteros pertenecientes a la Unidad que apoya la artillería a la cual pertenece.

2. La situación de la Unidad con la cual debe trabajar.

3. Otras informaciones referentes a su futuro trabajo que no hubiera podido obtener en el momento en que dejó su Unidad.



Después de llegar a la zona avanzada, el observador:

1. Toma contacto con el Jefe de la Compañía con la cual tiene que trabajar y se cerciora del despliegue de la misma y de su plan de acción. Arregla lo relativo a racionamiento y localiza el puesto de socorro sanitario. Explica a la Unidad apoyada las posibilidades y limitaciones de su Grupo y hace resaltar que todo el personal de la Compañía puede ayudarle para localizar blancos fugaces que aparezcan. Prepara la explotación de todos los medios de comunicación para el caso de que los suyos sean destruidos.

2. Se empeña especialmente en localizar uno o más puntos de coordenadas conocidas o puntos básicos, si no le han dado orden en contra. (No espera que se ordene para iniciar este trabajo.)

3. Conviene con el Jefe de la Unidad apoyada el medio de mantenerse informado sobre cualquier cambio en sus planes y despliegue.

4. Toma contacto con los observadores o Jefes de las armas pesadas y cañones de acompañamiento que actúen en su proximidad y concierta la coordinación de los fuegos.

5. Elige un observatorio desde el cual pueda ver la acción de la Unidad. Planea un eje de avance con arreglo al plan de acción de la Unidad con la cual está trabajando.

6. Informa a la misma sobre su situación y planes.

7. Informa a su Batería o Grupo:

a) Situación y campo de vista.

b) Situación de las tropas propias y cambios en su despliegue, así como también sobre situación avanzada de patrullas o elementos de exploración.

c) Todos los movimientos del enemigo (incluyendo alerta antiaérea).

8. Observa e informa sobre los movimientos de las tropas apoyadas.

9. Observa y regula el tiro e informa sobre sus resultados. Envía periódicamente partes de "sin novedad" cuando no observa actividad.

10. Mejora el enmascaramiento, la cubierta y el campo de vista de su observatorio, siempre que el tiempo lo permita.

11. Planea e instala comunicaciones y observatorios de recambio.

12. Comienza el croquis panorámico de la zona de su frente, anotando en el mismo el punto inicial o básico, los puntos de coordenadas conocidas, las concentraciones y los puntos notables. Hace copias de dicho croquis y las distribuye entre los Jefes de Sección de primera línea, con el objeto de que los mismos conozcan



Observatorio de circunstancias en un embudo de granada.

el número y la situación de las concentraciones de tropas enemigas, para que estén en condiciones de pedir apoyo contra ellas en el caso de que el observador avanzado sea neutralizado. Debe usar también, siempre que sea posible, una fotografía oblicua o vertical.

13. Permanece fuera de la zona de fuego del combate. Si el tiempo lo permite, el observador mejorará:

- a) Comunicaciones.
- b) Enmascaramiento.
- c) Cubierta.
- d) Comodidad.
- e) Seguridad.

El observador avanzado usará el medio de transporte que más convenga, de acuerdo con la Unidad con la cual está trabajando. Si trabaja con infantería, a menudo deberá marchar a pie. Si trabaja con carros, su medio de transporte puede ser un carro. La mayoría de los observadores consideran que el mejor medio de transporte para los equipos de observación avanzada en el combate es el camión pequeño.

Para el éxito del trabajo del observador avanzado.

Uno de los más importantes conocimientos para la observación avanzada es la lectura de cartas.

El uso de la brújula es doblemente importante para el observador avanzado, porque debe estar en condiciones para orientar su carta y para conocer su propia situación en todo momento.



Observación en un lugar transitorio, detrás de una roca o arbusto.

Un problema que deben afrontar la mayor parte de los observadores, y en el que raramente piensan hasta que entran en combate, es el de las minas contracarro y contrapersonal.

Presentarse a la gente de modo que no parezca un observador avanzado. Lleve sus cosas y su ante-ojo de campaña dentro de su estuche y no muestre la carta.

Una pistola ametralladora y una bolsa de granadas son muy útiles para el combate a distancias cortas.

Confeccione planes de fuego; así, el propio observador, su personal y los miembros de la Unidad apoyada próximos sabrán exactamente qué tienen que hacer en caso de ser atacados. ¿Cómo detendremos un ataque en este lugar? ¿Cómo apoyaremos un ataque a aquel otro?

Cávese un abrigo profundo y en la pendiente. Guarde allí su equipo, víveres, elementos de comunicación y otros materiales importantes.

Prepare su observatorio en la parte superior, desde donde pueda ver al enemigo, preferentemente a poca distancia de su abrigo. Construya una trinchera de comunicación, si es posible.

Tome contacto con las patrullas que regresan, pues ello puede servirle de información y ayudarle a localizar e incluso a batir los blancos que ellas hayan descubierto. Asegúrese de que sabe cuándo y por dónde se adelantarán las patrullas, con objeto de que no se haga fuego sobre ellas.

Sepa también dónde se encuentran los elementos propios más avanzados a su frente y a sus flancos.

Tenga cuidado de no hacer humo que le perjudique y ayude al enemigo.

No pida fuego de eficacia hasta que no haya corregido exactamente sobre el blanco.

Los cañones enemigos que abren fuego sobre las fuerzas atacantes, especialmente cañones contracarros, están, normalmente, en la segunda línea de defensa. Los cañones para el combate cercano esperan para efectuar su fuego mortífero. Observe cuidadosamente a esos cañones.

Aprenda a identificar todos los elementos enemigos, aun en el caso de que sólo se vea parte de ellos (cañones, cañones contracarros, material de observación, etc.).

Es necesario pasar varias horas estudiando la zona de blancos antes de poder ver nada. Es de vital importancia escrutar cuidadosamente.

Hay una cosa que recordar respecto al enemigo. Cuando se haga fuego sobre él, hará creer que ha sido puesto fuera de combate fingiéndose muerto.

El tratamiento adecuado y rápido de las heridas evitará el *shock*, que es el que realmente mata en el campo de batalla. Sepa dónde puede ser encontrado el sanitario de Infantería.

Entrene a su Sección para que aprenda a distinguir el silbido o zumbido de los proyectiles y a ocultarse en el momento oportuno.



Observatorio "cavado" en la cresta.

No se detenga a cavar una trinchera cuando deba seguir avanzando.

El reconocimiento personal es mejor que cualquier carta del mundo para planear un movimiento hacia adelante.

Permanezca siempre fuera del fuego del combate y no se aferre demasiado a un determinado lugar; algo puede estar sucediendo en otra parte, sin que lo vea.

Para instalar su observatorio necesitará sacos terreros de repuesto.

Consiga que cada par de ojos de la Unidad apoyada observe y le comunique la aparición de blancos.

El aprovechamiento de las alturas da al observador avanzado el dominio de las vistas.

OTROS TIPOS DE OBSERVACION

Observación aérea.

La observación aérea se usa para complementar la terrestre; permite la localización y la corrección del tiro sobre blancos desfilados para los observadores terrestres. Las misiones de observación aérea para las Unidades de Artillería de Campaña pueden ser desempeñadas por aeroplanos de enlace de Artillería o por aviones de las fuerzas aéreas del Ejército.

Observación aérea orgánica de la Artillería de Campaña.

El Grupo está provisto de un avión de enlace, ligero, sin armas y sin blindaje y de baja velocidad de crucero, que es pilotado por personal de Artillería, y que puede despegar y aterrizar en pequeños campos sin preparar o en caminos próximos a los Puestos de Mando y posiciones de fuego.

Observación realizada por las fuerzas aéreas del Ejército.

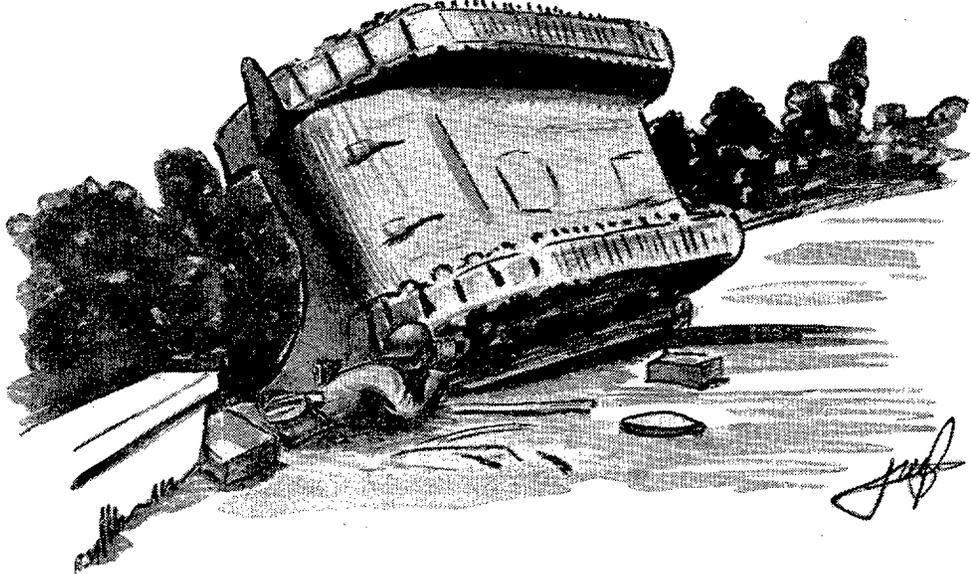
Los Grupos medianos y pesados requieren, a veces, la corrección de sus fuegos por observadores que operan en aviones de gran radio de acción. Estas misiones deben ser planeadas previamente, y en la mayoría de los casos se tratará de puntos fijos (como cruces de carreteras, puentes, etc.), más bien que de blancos fugaces. La corrección del tiro de artillería desde aviones de este tipo es misión de las fuerzas aéreas del Ejército. La solicitud para tales misiones debe ser formulada por el Comandante de la División o Regimiento de Artillería.

Fotografías aéreas.

Las fotografías aéreas oblicuas y verticales facilitan las informaciones de artillería y la observación, y son usadas como planos de tiro. Utilizando pares de fotografías y mosaicos, se facilita la dirección y la localización de blancos. Las fotografías oblicuas pueden ser tomadas desde aviones de enlace, si disponen de equipo fotográfico; las verticales deben sacarse mediante aviones de gran radio de acción. Los pedidos de estos aviones para misiones fotográficas deben ser efectuados por los Comandantes de División o de Regimiento de Artillería.

Los Grupos de localización por la vista y el sonido.

Cada Regimiento de Artillería posee un grupo de localización. Cuando las Divisiones operan aisladas o en acciones de rápido movimiento, a menudo se les asigna un Grupo de éstos. Cada Grupo de éstos es una central de información de dirección y conducción del fuego. Es un medio importante para la información de contrabatería. Su organización permite la asignación de elementos a los Grupos. Está organizado para la observación óptica y acústica.



Observación óptica.

Las Unidades de observación óptica se debe empezar a desplegarlas sin perder tiempo. El requerido para la instalación de un sistema óptico varía según el terreno. La instalación de un sistema de base corta inicial requiere de treinta minutos a una hora (una base). La ampliación de dicha base inicial hasta el sistema normal requiere de cuatro a diez horas.

Observación acústica.

Es difícil o imposible durante tormentas eléctricas, en días muy calientes, o con viento superior a 36 kilómetros por hora. Las condiciones ideales para la localización acústica son: noche serena, lluvia tenue o niebla. El reconocimiento e instalación del sistema acústico, de carácter provisional (aproximado), requiere de una a dos horas.

OBSERVACION EN EL COMBATE EN CIRCUNSTANCIAS ESPECIALES

En montaña.

Para asegurar el dominio total de la zona de acción se necesitan más observadores. Los observatorios deben ser escalonados, tanto en altura como en frente y profundidad, ya que la observación está sujeta a menudo a repentinos cegamientos por la niebla. La observación aérea es conveniente para flanquear valles que, de otra manera, permanecerían desfilados de las vistas. Dadas las dificultades de la observación del tiro, el primer disparo es frecuentemente fumígeno. Con nieve, puede ser ventajoso el uso de humo coloreado.



No deje basuras alrededor del observatorio

El problema capital es la dificultad de movimiento. El observador debe ser una mezcla de cabra montés y experto alpinista, tanto como práctico en ensillar y cargar mulas con los equipos esenciales.

Es conveniente llevar cable de repuesto al observatorio, por si es necesario adelantarse hacia el cerro próximo, para ver debajo de la niebla o de las nubes. Deben usarse los instrumentos de observación más poderosos de que se disponga. []

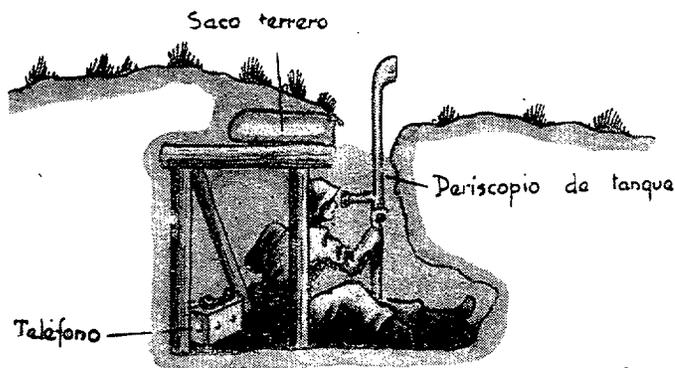
En la nieve y con temperaturas extremadamente bajas.

La mayor parte de las dificultades son más bien técnicas que tácticas. Es necesario saber esquiar, andar con botas para nieve, conducir trineos arrastrados y abrigarse con las ropas más adecuadas. Cuando se trabaja en la nieve, todo debe ser blanco. Las armas, y especialmente los instrumentos ópticos, tienden a "congelarse". Esto puede ser evitado por el cuidado minucioso y la limpieza. Las armas deben estar completamente secas. Hay que limpiarlas con glicerina y agua o con parafina. Tales equipos no deben ser expuestos a grandes cambios de temperatura, tales como una habitación caliente y luego una temperatura exterior de -30° . Hay que ser cuidadosos en el ocultamiento de las huellas y en el reconocimiento de los caminos. La elección de observatorios próximos a la habitación es ventajosa para que el personal pueda estar cómodo y abrigado hasta que le corresponda su tur-

no. Los proyectiles fumígenos no son eficientes si la nieve es profunda. Hay que tener especial cuidado en las correcciones. Las bajas temperaturas afectan la munición en forma tal, que las trayectorias pueden no ser estables y el tiro a tiempo no siempre es exacto.

Durante el combate nocturno.

El aspecto más importante de la observación y conducción del fuego durante la noche es que debe haber sido planeado el día anterior. El reconocimiento, la cuidadosa observación diurna y la puntería de la zona del blanco con los instrumentos en cero facilitan el trabajo nocturno. Cuando los observadores deben acompañar patrullas o ataques nocturnos, la lectura de cartas y el uso de la brújula debe efectuarse con toda fidelidad. La práctica de este asunto es vital, ya que no puede usarse ninguna luz y que es muy fácil perderse por completo. Los fuegos para ayudar el avance y para marcar los distintos objetivos y los intervalos de tiempo son muy importantes. Los proyectores de cohetes y pistolas de iluminación, tanto como cualquier otro tipo de artificio pirotécnico, deben ser usados cuidadosamente para evitar denunciar la posición y la dirección del ataque. En el combate defensivo, las señales luminosas deben ser cuidadosamente convenidas, pero usadas solamente cuando sean muy necesarias, ya que el enemigo puede imitarlas y desbaratar los planes de fuego.



Un tipo de observatorio avanzado.

SOBRE EDUCACION MORAL

Teniente Coronel RODRIGUEZ CANO, del
Regimiento de Infantería de Saboya núm. 6.

ME siento obligado, como autor de la *Cartilla de lectura para el soldado*, que con tanta benevolencia fué apreciada en el Estado Mayor Central, y sobre cuyo empleo para la educación moral de la tropa se insiste en el Plan General de Instrucción recientemente aparecido, me creo, digo, obligado a hacer algunas observaciones al empleo del librito y a exponer mi punto de vista acerca del importantísimo problema.

En cierta ocasión pude estudiar unas cartillas de propaganda anarquista y comunista, de evidente eficacia, en las cuales se razonaba en forma asequible a cualquiera y se presentaban las ideas hábilmente, esquivando los lados débiles de las doctrinas. De todos es conocido cómo la Iglesia ha sabido dedicar algunos de sus grandes hombres a la confección del Catecismo donde se condensa toda la Doctrina de Cristo. ¿Por qué no intentar hacer una Cartilla donde se dijese a los soldados, con el menor número posible de palabras, las nociones que deben adquirir en la instrucción moral? Esta fué la razón que me movió a ponerme a la tarea. Quería también que los soldados, al llegar a su pueblo, llevasen adquiridas una cantidad de ideas que pudiesen esparcir en la conversación corriente, por tenerlas tan arraigadas como las más fundamentales de la profesión que practiquen. Convertir a nuestro soldado en excelente ciudadano, por medio de una formación adecuada adquirida en el Cuartel, será siempre una labor social de trascendencia o, por lo menos, una aspiración loable.

Los Jefes podemos hacer de nuestros Oficiales lo que queramos: serán aplicados, educados, discretos, disciplinados, etc., si los que tenemos la responsabilidad de completar su formación tomamos la obligación con ahinco. De los soldados, más jóvenes y con formación mental, unas veces no terminada y otras apenas iniciada, haremos, sin resistencia por su parte,

lo que nos parezca bien. Podremos hacerles patriotas o internacionalistas, religiosos o ateos, probos o ladrones; sólo es necesario que trabajemos intensamente, que estemos nosotros mismos convencidos de lo que queremos y enamorados de nuestra misión. Porque los soldados están, durante dos años, en las veinticuatro horas del día, dispuestos a vernos si nos presentamos y a oírnos si les hablamos. De ahí la enorme responsabilidad y la importancia e influencia que la labor del Oficial tiene en la vida social de la Nación. Sabemos que estamos en posesión de la verdad; sabemos que España tiene enemigos permanentes; sabemos que unos españoles que expoliaron nuestra Patria están trabajando con malas artes para entregarla en manos del imperialismo soviético... ¿Sería lógico y hasta lícito dejar pasar todo esto sin comentario y sin convencer a los soldados, futuros ciudadanos, de cuál es la posición ideológica que deben adoptar? No se trata de política, no se trata de que gobierne uno u otro partido político; se trata de la existencia de España y de la dignidad y de los derechos más elementales de los españoles.

España no es sólo un nombre; es algo que ha sido edificado con esfuerzos, sangre y lágrimas. Las grandes figuras de nuestra Historia, la vida de los grandes hombres que han laborado por España con su espada o con su trabajo, debe ser conocida por los soldados, por lo menos para que tengan la conciencia y el estímulo de que pertenecen a un pueblo que ha cumplido misiones de la más alta categoría. Nuestro Movimiento Nacional ha tenido héroes y mártires que hay que saber ensalzar. Hacerles comprender el agradecimiento y devoción que deben al Caudillo.

¿Cuál es la finalidad de la educación moral de la tropa? Lo dice el Plan General de Instrucción así: "La Educación Moral tiene por objeto formar hombres capaces de resistir con éxito las penalidades mo-



rales y materiales, cada vez más duras, de la guerra, exaltando hasta el paroxismo sus virtudes militares, su adhesión y compenetración con el Mando y un desmedido amor por la Patria, a la que llegará a ofrendar su vida si la grandeza de aquélla lo exigiese.”

Los medios principales son: el ejemplo, la prédica constante, aprovechando todas las ocasiones oportunas, y una serie de elementos auxiliares que se detallan en el Plan de Instrucción.

La forma de producirse la Oficialidad, en sus relaciones entre sí y con sus subordinados, crea un ambiente muy importante. El tomar a chacota las barrabasadas de un pillastre, celebrar un mal ejemplo o las raterías, que a veces se han referido como cosa de gracia, no es buen camino. El ambiente del cuartel debe ser alegre, afable, acogedor, pero austero y moral. El soldado tiene que tener la seguridad de que su Capitán le escuchará, si tiene necesidad de comunicarle alguna cosa o hacerle alguna petición; tendrá la sensación de que está entre personas que le quieren bien. Esto no quiere decir que el ambiente del cuartel vaya a ser como el de un colegio de monjas; tal vez, la comparación con una Sociedad deportiva sería más justa.

El vocabulario es muy importante; hay que saber dar diferente jerarquía a las palabras. Por ejemplo, el

verbo *deber* tiene que adquirir una gran importancia: el yo debo o el yo no debo han de ser las últimas razones. Honor, Justicia, Moral, Dignidad se han de presentar a los ojos del soldado como conceptos de la más alta trascendencia.

Las competiciones deportivas pueden servir para educar, si los Jefes sienten el espíritu deportivo. Hay reglas que no se pueden transgredir sin dar un mal ejemplo. Un equipo debe presentarse en el campo de deportes honestamente preparado, sin salirse de las instrucciones recibidas (jugadores contratados, etc.) sin ir dispuestos a ganar por medios ilegales. Se debe jugar con todo interés, pero jamás enfadarse porque los contrarios ganen. El que un partido de balompié termine en una medio batalla es una mala enseñanza. Creo que el saber perder en deportes es una manifestación de buena educación.

Desde mi punto de vista, la educación moral puede dividirse en las siguientes partes: formación religiosa, formación moral, elevación cultural, vida social y estilo.

La formación religiosa tiene sus directores.

La formación moral puede dividirse, a su vez, en las siguientes partes: patriotismo y deberes para con la Patria, virtudes individuales, virtudes ciudadanas y virtudes militares.

Patriotismo.—El Plan General de Instrucción habla de llegar a inculcar en el soldado un "desmedido amor a la Patria". De la Patria se tiene, frecuentemente, sólo la intuición; si se llegase a que los soldados manejasen el concepto como el que tienen de hermano, por ejemplo, nos encontraríamos en excelentes condiciones para poder edificar en su mente. Si se le pregunta a un soldado: "¿Qué es nuestra Patria?", es posible que no pueda decir nada concreto; dirá, por ejemplo: "Nuestra Patria es España, el sitio donde hemos nacido." Si ahí acaba el concepto, le deja reducido a un término geográfico, aunque en ciertos aspectos sea fundamental. Si el concepto es: "el conjunto de todas las personas de la misma sangre, nacidas en España, y que viven en ella, organizadas en un Estado con leyes que regulan sus relaciones y derechos y les ampara de sus enemigos exteriores", llegamos a un punto de vista más amplio; el soldado pertenece a una agrupación de personas que tienen un patrimonio común, un pasado glorioso y unas aspiraciones para el porvenir. Ahora no se trata sólo del cariño hacia el lugar en que ha nacido; es también la gloria de su pasado, de su porvenir, del porvenir de sus hijos, del de sus hermanos, parientes y amigos. Enamorados de la idea de la España que es de todos y que la hemos de seguir haciendo entre todos con nuestro trabajo, la sentimos una cosa tan nuestra y nosotros de ella, que llegamos a comprender y estar dispuestos a imitar al soldado que se lanzó, con una mina en la mano, hacia un carro de combate enemigo, para volar con él. Así se comprende mejor aquello de que España es una unidad de destino.

Virtudes individuales, ciudadanas y militares.—Las virtudes individuales tienen su proyección en la vida social del sujeto, y también en su vida militar. La Moral, el Deber, la Dignidad, Voluntad, Energía, Audacia, Aplicación, etc., son de ese tipo. Las virtudes más claramente de orden militar son el Valor, el Amor a la lucha, la Moral de triunfo, la Disciplina, Abnegación, Puntualidad, etc. Aun éstas tienen gran importancia para la vida civil; por ejemplo, la disciplina es indispensable para toda clase de trabajos colectivos.

Todas estas virtudes pueden enfocarse demostrando su necesidad apoyándose en el punto de vista patriótico. Por ejemplo, ya lo decimos antes, sin disciplina no es posible el progreso de la Nación, que se basa en el trabajo colectivo; el hombre sin energía es de poca utilidad para España y para él mismo, y mucho menos para el Ejército.

El amor al Ejército es un corolario del amor a España; sin Ejército no habría nación que nos respetase. Las incomodidades de la vida del cuartel están compensadas con la seguridad de que España será respetada y nuestros derechos colectivos e individuales garantizados.

En el patriotismo entra un punto de vista político

ineludible. No se puede querer mucho a una cosa, saber que nuestro porvenir va unido en gran parte al "suyo, sin interesarnos por la forma en que es regida. A nadie puede ser indiferente, por ejemplo, el que se consiga que todos los españoles puedan tener trabajo con el que poder atender a las necesidades de sus familias. Esto no quiere decir que todos los ciudadanos vayan a la política activa; pero nadie se puede desentender de los problemas fundamentales de la Patria, incluso para cooperar en la medida de sus fuerzas y orientar sus actividades particulares en el sentido de la marcha común.

Elevación cultural.—Una misión importantísima del Ejército es contribuir al aumento cultural de la Nación; en ese sentido, todo debe parecer poco. Me parece admirable el anexo IV del Plan General de Instrucción; en él se habla de cursillos, de círculos de estudios; se ve claramente que el espíritu del Mando ha sido, precisamente en este aspecto, el de colaborar en el problema de combatir la ignorancia, "uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis". Las Academias de analfabetos desempeñan en este aspecto un papel muy interesante, pero ya se indica que es preciso más. El año pasado, en el Regimiento número 106 se organizaron diferentes cursillos; a pesar de las dificultades de local, los hubo de Cultura, de Matemáticas, de Francés y de Dibujo, con resultados muy estimables. Los Oficiales tenían pocas horas libres, pero todo lo compensaba los progresos que hacían en este aspecto nuestros soldados.

Muy interesantes son las conferencias dadas por personas competentes en diferentes materias. Nos dió una un especialista en viticultura, en Felanitx (Mallorca), a la que siguió una visita a una bodega cooperativa y a unos viveros de vides americanas, de todo lo cual quedaron los soldados complacidos. Se hizo una marcha para visitar las cuevas de Artá, con lo cual, como suele decirse, se mataron dos pájaros de un tiro. En Vich también se visitó una fábrica importante, con mucho interés por parte de los soldados. Hay dificultades materiales en estas visitas, porque un Batallón dentro de una fábrica perturba mucho. Hay visitas a diferentes establecimientos que pueden hacerse en varias veces; por ejemplo, los soldados de Madrid pueden visitar los Museos por Compañías, sin que esto pueda ocasionar estorsión de ninguna clase, y hasta no sería difícil conseguir colaboraciones de personas entendidas, que se prestarían gustosas a servir de guías.

La música se puede orientar en forma de mero pasatiempo o para contribuir a la cultura en ese aspecto. Las dos tienen utilidad. En los Regimientos que posean Música, el director tiene que ser considerado como el propulsor de la cultura musical; puede dar pequeñas conferencias con intermedios musicales, etc.

En muchos cuarteles hay altavoces. Las posibilidades de este medio en la formación moral son enormes:

comentario del suceso del día, efemérides, comentarios a un castigo, a una visita recibida, vidas de personas ilustres, etc.

No hay que desperdiciar un momento ni un elemento; también se pueden utilizar soldados con conocimientos especiales para hacer esta extensión cultural.

Vida social.—Es necesario combatir el aburrimiento de los soldados. El espectáculo que dan paseando por las calles principales de las poblaciones o por las estaciones de ferrocarril, sin dinero para tomar un café y reventados de andar toda una tarde sin rumbo fijo, es deplorable. Se acuerdan de su casa, se ponen tristes; la milicia se convierte en una pesadilla de la que desean librarse. Es difícil divertir a estos muchachos: el Hogar del Soldado puede ser útil, así como las funciones de cine, los partidos de alguna cosa en el campo, campeonatos de ajedrez, etc. Todo ello es difícil, y para algunos chicos no hay remedio. Observando a los soldados, se les puede clasificar en personas que entablan fácilmente amistades y otras que, a lo más, tienen un amigo de su Compañía, tan aburrido como él. En su casa tampoco serían muy divertidos. Tal vez una lectura amena les distraiga, y, probablemente, la mayor cultura les hará más aptos para la vida social.

Es un gran mal que los educadores no se preocupen de la formación de los chicos; los padres les quieren mucho, pero les guían poco, les evitan se enfrenten con las dificultades de la vida, y no se preocupan demasiado de su cultura. El resultado es que se nos presentan con esta insuficiencia para la vida de relación, que constituye una cosa más que es preciso vencer.

Estilo.—Es difícil de definir; se refiere a la manera particular de reaccionar, ante los acontecimientos de la vida, al punto de vista diferente de cada uno para observar lo que pasa en el exterior a su persona, a la diferente forma de proceder, etc. Un ejemplo aclarará mejor el concepto: si veis a un soldado alemán, parece que los veis a todos; son igualmente limpios, disciplinados, correctos; los hay, naturalmente, torpes e inteligentes, buenos y malos, valientes y cobardes; pero hay un sello común a todos. El soldado americano tiene un punto de vista que pudiéramos llamar

deportivo; es como si pertenciesen a un equipo, y la preparación la hacen como para ganar un campeonato. Hasta la misma disciplina se parece a la dependencia del individuo de un equipo con su capitán. Las manifestaciones tumultuosas de los soldados yanquis no han tenido la terrible significación que hubiesen tenido en otro Ejército.

Los sabios americanos son, en general, investigadores; su ciencia la proyectan hacia el exterior: van a adquirir verdades, pero también se pasan en cuanto pueden por las oficinas de patentes. Cuando se adentra uno en la vida de nuestros pueblos, se encuentran hombres de un saber que asombra; poseen bibliotecas escogidas y una cultura original. Pero su saber se lo reservan para ellos, si acaso escriben un libro; les falta espíritu proselitista y, en fin, su vida transcurre sin proyectarse al exterior, sin efecto social ni cultural de ninguna clase. Claro que también hemos tenido y tenemos hombres como Cajal, de incansable actividad creadora y docente; pero, desgraciadamente, esto es menos abundante. La misma cantidad de ciencia repartida entre americanos y españoles, dará más resultado útil en aquéllos, educados en el espíritu deportivo, de competición, de aprovechamiento de que hablaba antes. Y no es que los españoles no seamos capaces de crear y hacer, sobre todo si se nos cambia de ambiente, pero se prefiere la actitud contemplativa a la acción. Hay que adoptar el estilo ardiente y combativo, que, en mi concepto, consiste en buscar la dificultad y vencerla, aunque no sea más que por ese placer; en ver los problemas completos y acometerlos de frente; en traducir en hechos la actividad interior; en interesarse por problemas universales, en vez de sumirse en la apatía e indiferencia.

La actitud de la Oficialidad debe ser también, en este problema, combativa. Si no se consiguiese más que desarrollar un patriotismo consciente en nuestra juventud y cambiar eso que se llama su estilo, habríamos hecho tal vez una revolución grande en España. Enormes problemas y dificultades hemos de resolver y vencer en el Ejército. Podríamos limitarnos al aspecto de la preparación para la guerra; pero nuestro patriotismo no nos permite desentendernos de la formación moral y cultural completa de nuestra Juventud.



COLABORACION del Oficial y el Capellán

Capitán Capellán del Regimiento de Artillería n.º 32

CAMILO COSCOLLA PLANA.

CABE agradecer a la revista EJÉRCITO el haber acogido entre sus páginas alguna colaboración religiosa, estimando que los múltiples problemas de índole moral—unos, generales a la juventud, y otros, peculiares a la vida castrense—no eran de la exclusiva incumbencia, del taxativo interés del Capellán, sino que merecían despertar la atención y mover la aportación de todo aquel que teniendo a su cargo mando y cuidado de tropas aspira a mejorar en todo aspecto sus tualidades, su rendimiento y eficiencia.

A menudo se habla, en cualquier acción guerrera, de la coordinación de armas y servicios para disponer de las máximas probabilidades de éxito. Mas lo que es cierto en la batalla lo es igualmente en la paz, que no es descanso, sino preparación continuada y perfeccionada de día en día; no es abandono, sino vigilia permanente; no dormir sobre laureles, sino ambición de siempre, más altos ideales. Por demasiado sabido se olvida con frecuencia en la práctica la importancia e influjo que ejerce todo aquello que encerramos bajo el común denominador y apelativo de *espíritu*. El *Espíritu* de por sí no lo es absolutamente todo, no reemplaza a la completa carencia de medios, no es el David que sin la honda siquiera y los guijarros del arroyo, se adelanta, inconsciente y temerario, contra el Goliath ciclópeo y retador. Pero suple posibles deficiencias de los instrumentos que tiene a mano, los administra sabiamente en manera de lograr cuanto den de sí. Y si, a mayor abundamiento, dispone de un material copioso y conforme a los últimos adelantos, lo que, entregado a inexpertos o pusilánimes fuera de problemático

acierto, él lo convierte en factor infalible de victoria.

Ahora bien; en la formación y en la creación, en el mantenimiento y en el desarrollo de un *espíritu* intervienen de consuno elementos que atañen a la educación de la inteligencia, a la disciplina de la voluntad, a la entereza del carácter, al arraigo de un sentido nacional y patriótico, ilustrado y profundo, y—como base y cima, como principio y consecuencia—a la posesión de una Fe y unas convicciones religiosas sencillas y hondas, vividas y estimulantes. Y comoquiera que el hombre, en nuestro caso soldado, no es por separado un cuerpo y un alma, una materia y un espíritu, sino ser compuesto y fundido en ambos elementos, un complejo muy específico con reacciones mixtas, con sucesivas preponderancias de lo animal y lo anímico, resulta antinatural y además quimérico levantar barreras, erguir separaciones, inventar antagonismos. Pretender reducir el *cultivo*, la *cultura* del milite a uno cualquiera de sus aspectos y facetas sería siempre falsear, truncar, dicho *cultivo* o *cultura*, y, cuando menos, sin lugar a dudas, limitar y aminorar sus posibilidades, ora el objeto de las preferencias haya sido lo estrictamente moral o lo rigurosamente material.

En seguida se entiende, lo apuntábamos al principio, que tamaña tarea de educación no es sólo ímproba labor de quien con respecto y afecto es llamado *Pater*. Si algunos aspectos son los suyos profesionales, por sus supuestas dotes y virtudes adquiridas de psicólogo, de educador, de acendrado español, de hombre de Dios; de otros sólo podrá gozar los conocimientos comunes suministrados por su peculiar formación y

por la intuición y agudeza que ella engendra. Asimismo, al Oficial, al que está en contacto más directo y frecuente con el soldado, corresponde estar impregnado de su arte militar y guerrero y, a la vez, no hallarse en evidente inferioridad en los terrenos que se estiman afines a todo lo moral y religioso. Pues de la misma manera que el capellán, recluso en la torre de marfil de sus estrictas funciones ministeriales o docentes, se hastiaría presto de ellas o las ejercería rutinariamente, por sentirse solitario y desconectado de toda ayuda en el bien trabado conjunto que es, que debe ser, un Regimiento... el Capitán (Oficial por antonomasia) que sólo sea tecnicismo y práctica, acabados de teórica y ejercicio, llegará ineludiblemente a sentirse defraudado en sus esfuerzos, acaso gigantescos, quizá más abrumadores y, sin embargo, improductivos y casi estériles, por haber confundido con una masa inerte y mecánicamente asimiladora lo que era muchedumbre animada y, si la expresión vale, plasma vital. Lo inmediato, lo casi inevitable, es que se desaliente, es que se encastille y momifique en una parvedad próxima a la anulación.

El Capellán no se considerará medianamente *adaptable* hasta que la suma de su haber, la educación y buenas maneras, la amabilidad y condescendencia, unidas al respeto y al prestigio, le rindan capaz de no aparecer como un ser aparte y extraño, sin verdadera comprensión y tolerancia y, en consecuencia, sin auténtico ascendiente para corregir y ayudar corazones que vacilan o voluntades harto débiles, necesitadas de valedor, consejero y amigo. ¿Es acaso exagerado afirmar que la inmensa mayoría de las veces el sacerdote fracasa en su cometido, no por ignorancia o poco celo, sino porque le falla la parte *humana*, desatendida y tenida por menos? Y no se considerará medianamente *adaptado*, cuajado, en disposición de agotar sus potencialidades de bien, en tanto no conozca, alterne y comprenda a todos los oficiales, con sus características particularidades hábilmente captadas en las más espontáneas manifestaciones de hablar y conducirse, en tanto no se haya adueñado de la tónica global que respira su Unidad. Porque si las notas que constituyen una mentalidad cuartelera son sensiblemente idénticas do-

quiera, no es menos seguro que el *modo* de vivir- las no es el mismo, pongo por caso, en un mellense 102 de Artillería que en un 83 Batallón Ciclista de Badajoz. El *espíritu* de Regimiento no es una nimiedad.

Por su parte, el Oficial, pienso siempre en el Capitán, no puede darse por un tanto satisfecho y a la altura mientras a fuerza de autodisciplina y trabajo no supla las posibles deficiencias de sus estudios y de su formación, sujetos a las mil contingencias de los años mozos y de la connatural inexperiencia, a no haber desde pronto instituido la magnitud y belleza de su profesión. Lo más pernicioso no es haber sido juguete de errores y hasta de fracasos, no es palpar inferioridades, sino darlas por buenas, aceptarlas, no rebelarse contra ellas, no esmerarse en subsanarlas, no estimularse a superarse a sí mismo y tornarse cada día en más formado, en más hombre, en más capaz. Y claro está que en esta brega se incluye excelentemente, en la más amplia medida que le corresponde, al Sacerdote, en cuanto a las mismas dotes de psicólogo, pedagogía, patriotismo, religiosidad.

La razón de tales exigencias es obvia. Lo militar no es un atuendo ocasional y de oropel para vestirse o despojarse de ello a capricho. Como toda misión que toca de cerca y baraja hombres, *hechura de Dios*, requiere dulce y austera vocación, porque tiene algo de sacerdotal y divino. No parezcan los términos vacíos de realidad, máxime cuando un Patriotismo sorbido en la innegable Historia canta que desposeído de su carácter religioso, católico, ecuménico, se desvirtúa y pierde razón de ser. Por ello, mucho más valdría subsanar, siempre es tiempo, plausibles equivocaciones y bifurcar la dirección de una vida que perseverar inadaptable en un ambiente no asimilado, con notorio perjuicio del subordinado...

... Sean suficientes estas someras acotaciones, felices y en sí mismas harto recompensadas, si son la expresión y la formulación de lo por muchos sentido y deseado, si son la centella alumbradora de nuevos anhelos, si excitan nuevas aportaciones y estudios a este y otros parecidos temas enquistados en las supremas realidades, por las que a gusto se vive y se muere: la Patria y Dios.

El Servicio de Sanidad en las Grandes Unidades de Montaña

Capitán Médico JOSE M.^a ROYO SARRIA, de la Academia de S. M.

I

El terreno montañoso imprime características especiales a la acción de los Ejércitos, y desde nuestro punto de vista sanitario nos interesan aquéllas de una manera particular. De la misma manera que se distinguen particularmente las tropas de Montaña de las que no lo son, han de diferenciarse también los Servicios, para que puedan cumplir sus misiones propias.

La compartimentación del terreno, la escasez de caminos y la necesidad de emplear múltiples columnas de tropas con diferentes direcciones de esfuerzo, es un primer dato a tener en cuenta. Las columnas tendrán poca densidad de tropas; pero ello no impedirá que, por la escasez de caminos y su poco rendimiento, se llegue con facilidad a una saturación de los mismos, asunto de gran interés para procurar no llegar nunca al embotellamiento, que haría imposible realizar y continuar la normal evacuación de las bajas, así como la recuperación de los sirvientes y medios de transporte.

Los caminos, en general, son poco aptos para el tránsito de medios rodados y de vehículos medianamente rápidos; cuanto más se apartan de las vías normales, más se acentúa esta dificultad, por lo escarpado del terreno o por las grandes pendientes que presentan, llegándose a lugares donde es imposible el uso de ingenios rodados, para tener que hacer los transportes a lomo o a brazo, con medios especialmente contruídos a estos fines.

En cuanto a las tropas, los parajes de montaña son penosos para las marchas, avances y movimientos en general, debiendo aquéllas estar especialmente entrenadas para soportar las grandes fatigas y los efectos de la depresión atmosférica que se presentará en las ascensiones. Entrenamiento en el doble sentido físico para soportar las fatigas y conocer perfectamente el terreno, saberse orientar y reconocer con rapidez la dirección a seguir. En general, los elementos componentes de los Servicios, más particularmente los de Sanidad, han de actuar y moverse independientemente en pequeñas fracciones, por lo cual tiene aún mayor interés el que conozcan el terreno donde han de moverse y tengan una instrucción muy completa que

les permita orientarse con rapidez, reconocer las direcciones por donde han de actuar y que les evite perderse entre los caminos y senderos.

Para los movimientos de las columnas, y particularmente para los desplazamientos de pequeños núcleos de fuerzas, la montaña ofrece muchos caminos desfilados y a cubierto de la acción y la observación del enemigo; es necesario saberlos buscar, aun a trueque de pequeños aumentos en el recorrido, pues en su utilización va una mayor seguridad de los elementos que se mueven, y si se evacúan bajas, se redobla este interés.

En general, todos los terrenos montañosos ofrecen pocos recursos para el aprovechamiento y la explotación local. Los escasos y pequeños núcleos habitados ofrecen pocos edificios aprovechables para la instalación de puestos de tratamiento de enfermos y heridos, hasta para las formaciones más pequeñas ideadas para las primeras líneas, lo que aconseja dotar a estos Servicios de medios de instalación, con tiendas especiales o barracas desmontables, que transportarán con sus propios medios, llevando personal entrenado para la pronta instalación.

Finalmente, todas estas dificultades aumentan con los tres grandes enemigos que la montaña opone a nuestra penetración: el frío, el viento y la nieve. A tal extremo llega su importancia y su poder, que pueden imposibilitar todo movimiento un poco amplio realizado por tropas numerosas, y los individuos han de ir provistos de protecciones especiales para no sucumbir en esta desigual lucha.

Del somero repaso de las anteriores características generales que la montaña impone, y en las que han de asentar sus métodos tácticos las Unidades de Montaña, se deducen las grandes dificultades que han de encontrar los Servicios. Atender a amplios frentes, tanto en ofensiva como en defensiva, y efectuar largas evacuaciones a través de ásperos caminos, obliga a que el Grupo de Sanidad de estas Grandes Unidades sea muy amplio en personal y material, y que, además, esté especialmente instruido y entrenado en el propio terreno montañoso, exactamente igual que los demás elementos de aquellas Unidades combatientes.

Queremos ocuparnos en líneas generales de este Servicio en la montaña, exponiendo algunas características del material, especialmente del de transporte, que es la verdadera piedra de toque de las discusiones que se entablan alrededor de este problema; indicaremos luego ciertas particularidades de la ejecución del servicio en los diferentes escalones, más detenidamente en el Grupo de Sanidad de la División de Montaña.

II

DEL MATERIAL

Es clásica la división del material para su estudio en cuatro grupos: de higiene, de curación, de hospitalización y de transporte.

Del material de *higiene* y del de *hospitalización* no vamos a ocuparnos, por entender que se sale del cuadro de estas cuartillas, orientadas exclusivamente a una elemental divulgación.

En el material de curación, tenemos en primer lugar el *paquete de cura individual*. Todos los hombres deben ir provistos del suyo y anteriormente instruidos por el Médico de la Unidad en el empleo. Muchos modelos diferentes han sido empleados, y sería de desear una unificación que facilitara su aprovechamiento. En la elección del tipo de paquete debe atenderse particularmente a que sea de fácil manejo; bien protegido para que no se ensucie e inutilice al ser llevado en el equipo del combatiente; confiar más en su anterior esterilización que en los antisépticos que pueda llevar, siempre de muy dudosa eficacia, cuando no contraproducentes en su aplicación a la herida. Debe llevar dos compresas de gasa y que sean de regular tamaño, pensando en que la mayoría de los heridos de las actuales contiendas son por metralla, con amplios desgarros que hay que cubrir en la primera cura. Sería una buena solución para transportarlo el dotar a la guerrera del soldado con un bolsillo de forma y tamaño especial, dedicado exclusivamente a contener y llevar el paquete de cura.

Los camilleros, tanto de las Unidades combatientes como de los Grupos de Sanidad, deben ir provistos de varios paquetes de cura, así como de varios tortores de goma, y habrán recibido instrucción para estar en condiciones de aplicar estas cosas con verdadera eficacia.

Otro material interesante es la *bolsa de socorro*, destinada a las Compañías y Baterías. Ha de ser manejado por el sanitario de las mismas y atender a la primera cura, completando lo que no pudo hacer el paquete individual. No hace falta que tenga características especiales para las Unidades de Montaña, y nos bastará con que esté ampliamente dotado de material para cubrir heridas.

El herido encuentra al Médico en el Puesto de Socorro del Batallón, y para que su labor sea ver-

daderamente eficaz, es necesario poner a su alcance material adecuado, bien estudiado y capaz de servir en las penosas condiciones en que tiene que actuar. A este fin tenemos el *Botiquín de Batallón* o *Botiquín de Campaña*, para el cual pedimos mucho material de curación, una cierta cantidad de material de Cirugía y abundante material de Farmacia; pero, por otra parte, para que sirva, es necesario que pese poco, que abulte poco, que no se rompa, que pueda ser transportado en todos los medios; no es fácil llegar a conseguir un modelo que reúna todas estas características, pero los que existen en la actualidad pueden servir perfectamente, a condición de que se modernice su contenido. No debe olvidarse que la presencia de un Médico en un punto desprovisto de elementos de cura solamente tiene un valor moral, porque su posibilidad de acción es completamente nula. No se le pueden pedir grandes ni medianas intervenciones, ni se le puede pedir otro papel que el de prestar los primeros auxilios al herido, para que pueda llegar en las mejores condiciones posibles a los Puestos Quirúrgicos avanzados, y que organice la pronta y lógica evacuación de las bajas.

Teniendo en cuenta los grandes frentes y posibilidades de maniobra de la montaña, debía pensarse en dotar a los Batallones de estas Grandes Unidades de un material más amplio, capaz de permitir al Médico atender a las bajas en el caso de quedar la Unidad aislada de sus bases de aprovisionamiento y de las líneas de evacuación; claro es, que se trataría de intervenciones de máxima urgencia, pero que pueden tener un valor decisivo sobre la evolución de las heridas y sobre la vida y recuperación del herido.

Finalmente, debemos decir algo sobre el *material de los Puestos de Socorro Divisionarios*, y los expresamos así, en plural, ya que entendemos que estas Grandes Unidades de Montaña tienen que llevar imprescindiblemente dos Puestos de esta clase. Debe disponer de material propio de transporte y de instalación en todas condiciones, contando con que en la montaña será difícil encontrar edificios para el alojamiento. En esta formación se presta asistencia de máxima urgencia, y puede hacerse en mejores condiciones que en el Batallón. Es necesario, además, dotarla de un pequeño repuesto de comestibles, con el fin de dar a los heridos algún alimento y especialmente bebidas calientes tónicas, pues por las hemorragias, el frío y el *shock* moral, llegan muy decaídos.

* * *

La recogida y transporte del herido desde el mismo lugar donde ha caído o se encuentra enfermo, hasta el Equipo Quirúrgico u Hospital donde ha de ser debidamente atendido e instalado, obliga a emplear variados medios e ingenios de *material de*

transporte y que permiten hacer el traslado dentro de una comodidad y rapidez compatibles con las posibilidades del terreno y del momento.

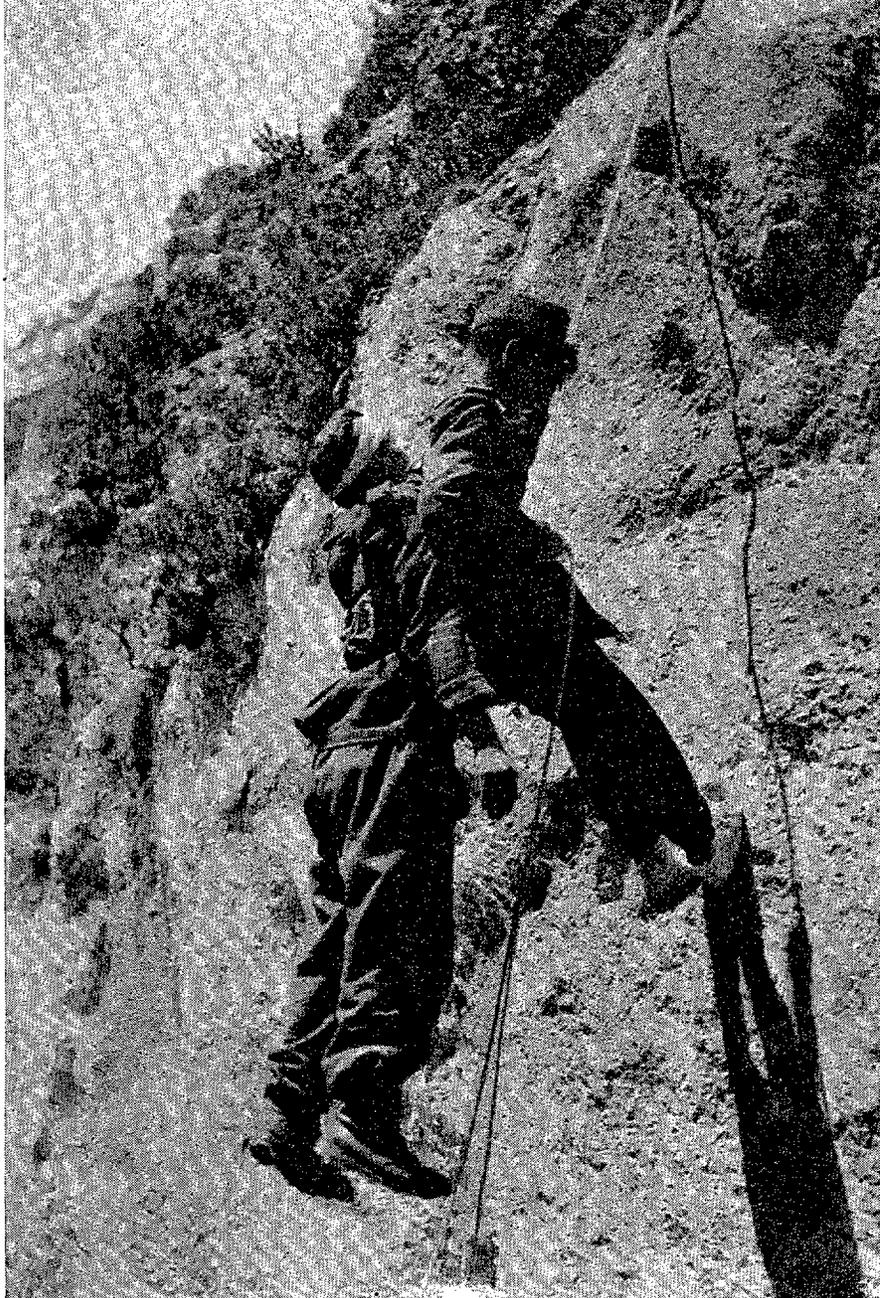
En tres grupos podemos considerar estos medios de transporte: a brazo, a lomo de los animales y por elementos rodados. Repasaremos los rasgos más característicos de cada uno de ellos.

Múltiples son los medios del grupo primero, pero el más interesante es la camilla, en sus variados y diferentes modelos. El que actualmente es reglamentario en nuestro Ejército, a pesar de su sencillez, comodidad y simple manejo, tiene graves inconvenientes, ha quedado anticuada y es imprescindible su modificación radical. La silleta y la silla sueca han quedado igualmente descartadas por incómodas para el herido y para el que hace el transporte. Finalmente, no deben desdeñarse los medios de fortuna, que se improvisan sin material específico alguno y con los cuales unas veces se hace un verdadero paquete del herido para su traslado, y otras veces, sin previa preparación, se le lleva entre dos, tres o cuatro individuos.

No es excepcional el transporte a brazo del herido en la primera línea; especialmente en la montaña, será el caso que se presente constantemente. Ya no se trata de escasez o falta de medios en un momento determinado; es que el terreno impide el movimiento de todos los medios, incluso la camilla ordinaria.

El problema más interesante que se plantea con la camilla ya no es solamente en cuanto a su forma y dispositivo; la verdadera disparidad está en cuanto a su empleo. Muchos Ejércitos han desechado totalmente la artola, para usar de un modo exclusivo la camilla. Realmente es mucho más cómoda y segura; pero para que se obtenga un rendimiento de marcha un poco aceptable es necesario asignar un personal muy numeroso a cada una, de tal forma que, en una línea continua de evacuación por dobles parejas y con puestos de relevo, habría que calcular hasta ocho individuos por cada camilla en marcha. No parece exagerada esta cifra, pues las dificultades de los caminos son muy grandes, o los sirvientes se desgastan muy pronto por la gran fatiga a que están sometidos.

Del transporte a lomo de animales.—El más



interesante es la artola y la artola-litera, medios reglamentarios en nuestras Unidades, material anticuado, incómodo y con gran número de inconvenientes; pero es la realidad que ninguno de los medios que se han ideado para su substitución ha sido capaz de cumplir los cometidos que las artolas hacen en la práctica. Los materiales tipo auto sirven para ciertos caminos solamente; pero quedan muchos terrenos fuera de su alcance, en donde los mulos se mueven con gran facilidad y magnífico rendimiento. La artola con el conductor y dos sirvientes puede conducir con bastante seguridad dos heridos o enfermos, resultando el camino mucho menos fatigoso para los sirvientes que cuando habían de llevar una camilla. Resulta, además, mucho más económico de hombres.

El transporte en trineos especiales, o en camillas

sobre esquís, tiene una gran aplicación en determinados terrenos nevados, no como medios permanentes de dotación, pero con facilidad se improvisan o se encuentran entre la población de estas tierras.

El transporte rodado con vehículos hipomóviles pareció en algún momento definitivamente desplazado; pero últimamente y en muy especiales teatros guerreros, ha sido resucitado con buenos resultados. Entendemos que no ha de considerarse como un medio normal de evacuación y, por tanto, llevarlo de dotación, pero sí tener prevista la posibilidad de su empleo y contar con él en las reservas de los Ejércitos. El antiguo coche Lonher, modificado para aumentar su comodidad, podría servir a este fin.

Las autoambulancias de las Grandes Unidades de Montaña deben ser de dos tipos: unas, autoorugas y de todo terreno, con chasis especialmente construido para estos fines y motor muy potente para salvar grandes pendientes con buena estabilidad, y el montaje de una carrocería especial con capacidad para dos o cuatro camillas, según los modelos. Su importancia y necesidad se comprende fácilmente al tener en cuenta que permite acercarnos a las primeras líneas con el fin de liberar a las bajas de los otros medios de transporte, siempre más lentos e incómodos; y autoambulancias de tipo normal, especialmente de las ligeras, que con su rapidez de marcha dan un gran rendimiento en cuanto a capacidad.

En determinados lugares podemos encontrar ferrocarriles de montaña, ferrocarriles cremallera o teleféricos ya instalados, bien con fines militares, bien con fines industriales o turísticos. Su empleo puede darnos grandes servicios cuando los hallemos. Son siempre cómodos, seguros, de gran rendimiento, y resuelven fácilmente problemas de salvar grandes alturas, profundos valles impracticables a otros medios.

III

DEL GRUPO DE SANIDAD DE LA DIVISION DE MONTAÑA

No interesan en este lugar las particularidades y detalles de una plantilla, sino sus características generales como directrices para sus posibilidades de acción. De todas ellas, entresacamos las más interesantes:

1. Por la amplitud del terreno que la Gran Unidad ocupa, el Jefe de Sanidad Divisionario debe estar en todo momento enlazado con sus elementos y con las diferentes tropas a que tiene que atender, por lo cual, además de la red telefónica general, debe disponer de enlaces propios a pie, a caballo, y en moto o en bicicleta.

2. Por la disposición compartimentada del terreno, debe disponer, al menos, de dos Puestos de

Socorro Divisionarios, para poder canalizar lógicamente las evacuaciones de las bajas desde las Unidades avanzadas a los Centros de Tratamiento.

3. Ha de disponer de una amplia dotación de artolas y artolas-literas, para poder hacer un despliegue tan amplio y denso como exija la maniobra ordenada por el Mando y con posibilidad de cubrir todas las necesidades.

4. Ha de contar también con un gran número de camillas con doble pareja de sirvientes, que han de completar el servicio en las primeras líneas, y en ocasiones serán los únicos medios utilizables por la configuración del terreno.

5. Con el fin de poder llegar lo más adelante posible con los medios de evacuación rodada, debe disponerse de un núcleo de autoambulancias todo terreno, capaces de moverse por pistas y terrenos difíciles, que permitirán acelerar la evacuación; este núcleo debe ser completado por autoambulancias ligeras que han de unir la Gran Unidad con los núcleos de tratamiento.

6. Los servicios de higiene deben tener la orientación de ser fácilmente transportables, por lo cual, junto a los transportados por motor de explosión aptos para ser empleados cerca de las carreteras y acantonamientos, debe disponerse de otros especiales y capaces de ser adelantados hasta las tropas de las primeras líneas.

7. En la Plana Mayor del Grupo debe contarse con un Equipo Odontológico, con material y personal propio, que atienda las necesidades de las tropas de la División.

8. Para los casos de estacionamiento de la Unidad en un frente, debe contar el Grupo con un pequeño servicio antivenéreo capaz de hacer aplicaciones profilácticas y tratamientos ambulatorios de los enfermos.



9. La Sección de Higiene, como en todos los Grupos, contará con material antigás, y sus componentes tendrán la instrucción correspondiente para poder prestar este servicio y que la Sección pueda montar el Puesto de Gaseados, en caso necesario.

Entendemos que todas las camillas y artolas deben estar agrupadas en una Unidad tipo Compañía, con los mandos subalternos precisos para que la Unidad pueda dividirse en cuantos Grupos sean necesarios, contando siempre con Mandos suficientes.

El amplio frente de montaña que ha de ser servido por esta Unidad obliga a estudiar una lógica distribución de los elementos. Cada Unidad ha de contar con un destacamento de camillas y de artolas que cubra sus necesidades normales en la medida imprescindible, pero nunca puede pensarse en que tenga suficiente dotación de servicio para asegurar su funcionamiento normal en momentos de gran cantidad de bajas. Como en la guerra lo más seguro es lo imprevisible, no siempre se sabe dónde va a dar el golpe el enemigo, y han de tenerse siempre las reservas preparadas en puntos estratégicos para acudir con la máxima rapidez.

IV

DE LA EJECUCION DEL SERVICIO

Nos vamos a referir exclusivamente al Servicio de Evacuación de los heridos y enfermos, ya que las restantes misiones no entran dentro de nuestro propósito.

La recogida y traslado de los heridos y enfermos desde las primeras líneas hasta las formaciones de Tratamiento y Hospitalización, debe cumplir como norma general las características de ser rápida,

segura, continuada y lo más cómoda y confortable que las condiciones de la batalla y del terreno permitan.

A este respecto, no siempre se puede elegir el medio de transporte más apropiado para cumplir estos principios, por lo cual en todo momento hay que darse por satisfechos con lo que realmente puede emplearse, con lo que se tiene y, en muchos casos, con lo que se puede improvisar. Contando siempre con lo imprevisible, frente a las nuevas contingencias hay que reaccionar inmediatamente con las decisiones más oportunas; para ello, es necesario que la organización del Servicio sea ampliamente flexible para hacer frente a cuantas cosas imprevistas se presenten.

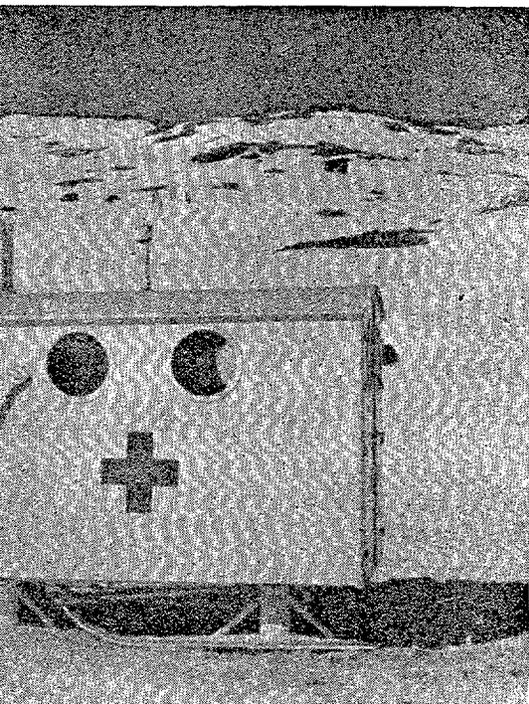
La iniciativa personal como norma general y prescindiendo sistemáticamente de todo cuanto son principios fundamentales u órdenes del Mando no es admisible; pero una iniciativa disciplinada, adaptable dentro de las normas generales a la resolución de casos concretos, no solamente es admisible, sino necesaria.

El empleo de los diversos medios de transporte está condicionado muy íntimamente a las zonas diversas en profundidad donde se desarrolla la batalla. En las primeras líneas, la recogida y evacuación están encomendadas exclusivamente al Servicio Sanitario Regimental, con su propio personal y sus medios de dotación, reforzados estos medios, de modo circunstancial, con camilleros o cargas hipomóviles del Grupo de Sanidad.

Dentro de este escalón, el Servicio debe hacerse solamente a brazo, en camilla o pocas veces a lomo. Los camilleros y sanitarios de las Compañías recogen a brazo, silleta, silla sueca o en camilla a los heridos y los llevan al nido de heridos de la Unidad y, lo antes posible, al Puesto de Socorro del Batallón, para ser asistidos por el Médico. Este, después de las atenciones imprescindibles, ordena su evacuación con los medios de que dispone.

Desde los Puestos de Socorro del Batallón y de Regimiento o Agrupación, hasta los Puestos de Socorro Divisionarios, entran en acción las Secciones de Evacuación de Montaña. Para ello cuentan con artolas, artolas-literas y camillas con dos o cuatro sirvientes. Eventualmente, estas Secciones prestarán asistencia facultativa a las bajas en el Puesto de Socorro que cada una de ellas lleva a cargo del Oficial Médico que la manda.

Este es un medio de evacuación propio para el terreno montañoso, en el cual hay que recorrer largas distancias por caminos difíciles, desde las primeras líneas, hasta encontrar caminos transitables para los medios rodados. Dentro de los grandes inconvenientes que estos medios tienen, principalmente en lo que hace referencia a las incomodidades del paciente, gran vulnerabilidad y visibilidad del mulo y su carga o de la camilla con sus cuatro sirvientes, son medios imprescindibles en muchos terrenos. Los mulos se prestan para caminos o pasos difíciles,



pues reúnen condiciones ideales para ellos, dan buenos resultados en cuanto a camino recorrido, y necesitan menos tropa que las camillas.

La actuación de sus elementos es, en general, muy dispersa, ya que excepcionalmente actuará la Sección en conjunto, y tendrá que estar dividida en pequeños Grupos agregados a los Batallones, separados por la configuración del terreno.

La marcha de la evacuación será ordenada y dispuesta por el Jefe de la Sección, de acuerdo con los Médicos de los Batallones, para lo cual ha de conocer perfectamente el terreno y los lugares de posible actuación. Durante los recorridos del camino, tanto en la evacuación como en el regreso a la vanguardia de los elementos por los caminos más cortos y cómodos, procurarán estar a cubierto de los fuegos y de la observación del enemigo.

Es imprescindible conservar un enlace muy directo entre los diferentes escalones del Servicio Sanitario; las mismas tropas que van y vienen sirven muchas veces para establecer y sostener el enlace, por lo cual es de desear que hayan recibido una instrucción especial en este sentido.

El Servicio Sanitario en la montaña encierra en sí múltiples dificultades que no son mayores que las planteadas para el desarrollo del combate en todos los órdenes; han de ser vencidas por una amplia colaboración de todos los Mandos, del personal sanitario y de todas las tropas, toda vez que se ventilan cosas básicas para la guerra, como son la posibilidad de recuperar pronto y útil al individuo baja por herido o enfermo y el sostenimiento y elevación de la moral de los hombres que se encuentran efectivamente bien atendidos y saben que, en caso de ser heridos, van a ser pronto y bien asistidos.

Ni el Servicio de Sanidad, ni mucho menos el Médico de una Unidad, están en condiciones de resolver por sí mismos los graves problemas que, a veces, la batalla les plantea. Si Sanidad Militar contase con elementos para responder del servicio en cualquier momento, necesitaría un ejército casi tan grande como el combatiente. Solamente puede contar con los elementos calculados para atender en condiciones de una mediana intensidad; cuando se sobrepasan estas cifras, calculadas como medias, es necesario que reciba colaboración por parte de los elementos combatientes, siempre que las condiciones de seguridad del frente lo permitan.

Cuando nos encontramos en escalones más posteriores, en los cuales se puede contar con carreteras o caminos perfectamente transitables por las autoambulancias, la realización del servicio se simplifica mucho, ya que aumenta la seguridad y comodidad y, además, estos medios rodados dan un rendimiento mucho mayor.

* * *

Como final, vamos a referirnos a la actuación de nuestro Servicio en la guerra en la *alta montaña*; rara vez actuarán efectivos numerosos en estos teatros de guerra, ya que la falta total de caminos y lo abrupto del terreno hacen muy difíciles las marchas y los aprovisionamientos de toda clase; en general, actuarán patrullas especiales, con un entrenamiento muy sostenido, para soportar la dureza de una gran fatiga. Aquí nos encontramos ante el problema de recoger enfermos, bien de enfermedades intercurrentes o de trastornos subsiguientes a la baja presión atmosférica de las grandes alturas; otras bajas serán consecuencia de la lucha armada o accidentados por la peligrosidad de estos terrenos; finalmente, otros serán accidentados por frío en mayor o menor intensidad.

Siempre nos encontramos ante un difícil problema por las especiales circunstancias que el terreno nos ofrece. A estas alturas no se puede pensar en llegar con los medios normales de evacuación, ya que los mulos, que son los que pueden avanzar más, se habrán quedado muy atrás. Para intentar quitar una baja de un alto picacho, de una posición que, por su altura, solamente está unida a su retaguardia inmediata por un alto escarpado difícilmente abordable, o para evacuarla desde un observatorio o desde un punto ocupado por exploradores, al que han llegado después de vencer múltiples dificultades, nos hallamos nosotros ante dificultades aún mayores, pues no se trata de ayudar a subir o a bajar a un individuo sano que se vale de sus posibilidades; se trata de manejar un herido o enfermo que no ayuda nada, y que tampoco podemos manejar como un fardo, sino que tiene derecho a recibir los máximos cuidados en su traslado.

La mayoría de las veces, para resolver estos problemas, no hay más remedio que recurrir a medios de circunstancias y amoldarse a lo que el alpinismo y el deporte sobre la nieve enseñan en la práctica. Hay que acudir a descender al herido o enfermo por medio de cuerdas, por los cortados, intentando una inmovilización lograda como mejor se pueda, con palos, lonas, mantas, tiendas individuales, etc... Si es posible, dejarlo deslizar por estas laderas muy empinadas, con ayuda de hombres muy fuertes y especialmente elegidos por su entrenamiento en estos lugares.

Sobre la nieve pueden emplearse modelos especiales de trineos y ciertos dispositivos que permiten montar la camilla sobre esquís.

Como estas evacuaciones se hacen, generalmente, muy largas y requieren mucho tiempo, no hay que olvidarse de llevar abrigos y mantas para que el herido no se enfríe con exceso o sufra congelaciones.

• INFORMACION •

Ideas, Reflexiones

Al margen de los reglamentos

Coronel de Alpinos DOMENICO FORMARA.—De la *Rivista Militare*. Roma. (Traducción y Extracto de la Redacción de *EJERCITO*.)

La vida, la actividad y el gobierno de todo Ejército son codificados en textos que reciben la amplia denominación de "reglamentos", y que comprenden, además de los reglamentos propiamente dichos, "instrucciones", "normas" y publicaciones varias.

Se trata de un número importante de textos, que en 1943 llegaba en nuestro Ejército a 5.000, y se refería a materias variadísimas: instrucción, organización, movilización, servicio territorial y servicio de campaña, personal, disciplina, justicia, armas, tiro, ganado, materiales y fortificación, trabajos, transmisiones, enmascaramientos, transportes, servicios diversos, administración, equipo, uniformes, etc. Y se trata también de materia de importancia fundamental, porque los reglamentos son los códigos del Ejército, del cual regulan la existencia, el pensamiento y la acción, con directrices y características que pueden tener efectos determinantes respecto a los fines nacionales.

Todos comprenden y proclaman hoy que nuestros reglamentos están, en gran parte, superados.

Pero ¿cuáles son los factores de tal superación?

¿Cuáles, en este aspecto, las premisas y orientaciones para la renovación?

He aquí las interrogaciones que surgen y aseguran la oportunidad de una divulgación del tema, porque sólo a través de la discusión podrán ponerse en claro estados de ánimo, corrientes de pensamiento y experiencias bastante útiles respecto a los reglamentos del porvenir.

Entre los factores que inducen a considerar superados nuestros reglamentos, figura, en primer lugar, la guerra. Lo mismo que todas las guerras, esta última ha determinado el perfeccionamiento y la difusión de armas y elementos ya existentes, la aparición de otros nuevos y la evolución de los procedimientos. Además, esta guerra pasada ha hecho intervenir intensamente a la aviación en las operaciones terrestres y marítimas y ha establecido entre operaciones aeroterrestres y aeronavales una soldadura bastante más íntima que la de antaño, valiéndose de operaciones anfíbias de gran magnitud y de carácter resolutivo.

La bomba atómica, en fin, ha revolucionado completamente el cuadro de la gran estrategia, tan innovado ya por los acontecimientos bélicos precedentes.

Como consecuencia de ello se pueden considerar profundamente transformados todos los aspectos de la organización militar, y particularmente:

- la *organización*, en cuanto se refiere a la proporción relativa tradicional de las distintas armas y servicios y a la constitución orgánica de las Unidades;
- el *material*, en el sentido cada vez de una mayor concentración de potencia y de rendimiento en la armas y en los medios, concebidos, respectivamente, como factores de ofensiva y acción;

— el *empleo*, por cuanto se han establecido nuevas relaciones entre el movimiento y el espacio. El hecho de que el terreno se halle surcado y afectado por la extensa y profunda red de las líneas de operaciones, de todas clases, ha conducido a la abolición de los frentes continuos y a una táctica que penetra en el dispositivo adversario bastante más profundamente que en tiempos pasados.

La guerra es, pues, el factor principal de esta evolución, que ha afectado también a los reglamentos; pero no es el único.

Entre los otros factores está, en primer lugar, la mentalidad. ¡Cuántas mutaciones en este aspecto también!

Ha crecido el disgusto por la retórica, por el exceso de honores y elogios, por ciertas formas exteriores con que se disfrazan la vacuidad y la vanidad.

En todas partes se tiende a ser más dignos, más serios, más sobrios, más sinceros; se piensa que, aun conservando como válidas las jerarquías fundadas en la experiencia, en la capacidad y en el rendimiento, y que responden a un concepto éticosocial, se deben abolir, frente a las necesidades fundamentales de la vida, ciertas hinchazones de la jerarquía que aún existen.

Por consiguiente, mentalidad nueva.

A la guerra y a la nueva mentalidad hay que añadir, en fin, la *experiencia*.

La mayor parte de nuestra actual reglamentación tuvo su origen entre 1935 y 1940. Han ocurrido muchos acontecimientos desde entonces; hay, pues, una experiencia: muy copiosa respecto a todas las cuestiones militares desde la instrucción a la higiene y el empleo del personal.

A la luz de estos tres factores (a los que pueden añadirse otros), los reglamentos actuales resultan ampliamente superados.

Es necesario, pues, rehacerlos.

Pero las premisas de tal renovación son tan fáciles de enunciar como difíciles de establecer prácticamente.

En efecto, objeto y fundamento de los reglamentos es el ejército: un Ejército dispuesto con arreglo a un orden suficientemente estable, con organizaciones, armamento y dotaciones bien definidas.

Como premisa ineludible se requiere, además, una base política tal que permita definir las supuestas funciones de este Ejército y consienta la posibilidad de orientaciones operativas y doctrinales.

Bastan estos sencillos postulados para deducir de ellos que faltan hoy las premisas fundamentales a que antes aludíamos. ¿Habrà que esperar, pues, a que tales premisas se realicen? Evidentemente, no, puesto que el Ejército, aun en la imperfecta situación actual, necesita de normas apropiadas que regulen sus funciones jerárquicas, vida y acción, y exige, pues—en espera de los futuros reglamentos—, la modernización de los actuales.

Lo que, sobre todo, se necesita, sin embargo, es preparar la obra de renovación con la selección de materiales de estudio y de experiencia, y con la determinación de orientaciones. Y especialmente, gracias a nuestras "orientaciones", que podrán surgir de la meditación de los individuos y del examen crítico (los estudios y las experiencias serán constituidos, en general, por material de importación), los nuevos reglamentos adquirirán fisonomía y vida.

Partiendo de esta base, sin temor de inoportunidad o de desviaciones, podemos intentar la determinación de algunos puntos de orientación, uniéndolo al reconocimiento de la inicial insuficiencia nuestra, la esperanza de un sucesivo perfeccionamiento, por obra de aquellos que quierán contribuir luego al estudio del tema.

La primeras orientaciones surgen, naturalmente, de la guerra.

Quien preparase la guerra futura apoyándose exclusivamente en la experiencia de la última guerra, iría al encuentro del fracaso; así como fracasaría todo aquel que, en el campo de la Historia, tratase de preparar el porvenir con la simple guía de la sabiduría del pasado. Ningún hecho humano puede repetirse en el tiempo con idéntica fisonomía, y mucho menos las guerras, todas distintas, todas llenas de sorpresas, todas revolucionarias en el aspecto militar, aún más, y antes, que en el ideológico y social.

En la preparación de la futura guerra es, pues, necesario trabajar con la imaginación, creando mentalmente el cuadro del supuesto conflicto futuro en sus líneas y matices fundamentales. En el campo conceptual resolverá mejor el problema quien más se aproxime a la realidad. Por consiguiente, experiencia sí, pero considerada como plataforma sobre la cual hay que construir con una visión del futuro.

El tiempo para delinear este cuadro futuro no ha llegado todavía.

De todos modos, nos basta con fijar el concepto de que, una vez concebido dicho cuadro, los criterios orgánicos y operativos que surjan de él serán los que constituyan el primero y principal fundamento orientador de los nuevos reglamentos.

Y ahora hemos de aludir a las orientaciones que pueden sernos sugeridas por la *experiencia*.

Primero, la instrucción.

Entre las características del pasado aparece, en efecto, el entusiasmo—al menos, intencional—por el bienestar del soldado, contrapuesto a la frialdad, respecto a su instrucción y su preparación bélica.

En efecto; tanto quien realizaba las inspecciones como quien las sufría, polarizaba sus cuidados sobre cocinas, cantina, salas de visitas y cuanto se refería a la vida material. Eran frecuentes las advertencias referentes al rancho, al trato, a la asistencia; pero excepcionales las relativas a la instrucción.

De modo que, para muchos, era fin fundamental el bienestar del soldado. En demasiados lugares era escasamente cuidada la instrucción—o, por lo menos, cuidada con poco rendimiento—por causas que iban, desde la escasa voluntad, a la escasa capacidad técnica, a la deficiencia de método, a la falta de medios.

En esta atmósfera era natural que la organización instructora fuese defectuosa, no sólo en sentido absoluto sino también en sentido relativo, puesto que era, en general, sacrificada a otras exigencias.

En el futuro, la necesidad de campos de instrucción, de campos de deporte, de polígonos exteriores e interiores, de aulas dotadas de material adecuado para la enseñanza, etc., deberá quedar fuera de discusión. Y la vida—y, por consiguiente, los reglamentos—deberá impregnarse de una fuerte voluntad instructiva, basada en un sistema de establecimientos racionales y modernos.

Después de la instrucción, la higiene.

La experiencia ha demostrado que la conciencia higiénica es todavía superficial.

Puede decirse: "las leyes existen, pero ¿quién se atreve a aplicarlas?"

A pesar de reglamentos, circulares, carteles y escritos murales, el cuadro de la higiene, en general, y de la del cuartel en particular, no es todavía satisfactorio.

Ahorrándonos la reproducción de este cuadro—por otra parte, bien conocido—, podemos llegar a la conclusión de que es necesario hacer algo más esencialmente en el campo de la práctica y de la inspección, pero también en el campo de los reglamentos.

¿Y cómo?

La policía personal, por ejemplo, debe considerarse como un deber.

Los servicios del barbero, del lavado de ropa, del baño y de la desinfección deben regularse con mayor precisión.

Las infracciones a las normas higiénicas, como escupir en el suelo, deben ser consideradas como graves faltas y castigadas como tales.

La policía del cuartel y la lucha contra las moscas y los parásitos deben adquirir mayor relieve y realizarse con mayor abundancia de medios.

La instalación higiénica de los campamentos ha de cuidarse con trabajos y disposiciones más completos y extensos.

En conjunto, será necesario que todo cuanto se refiere a esta cuestión sea especificado y remachado aún más por los reglamentos futuros.

La experiencia, especialmente la derivada de amplios contactos con otros Ejércitos, nos ha confirmado, en fin, en la apreciación de otro defecto: el empleo poco económico (y en algunos casos despilfarro) del personal.

Es éste un defecto antiguo que, por subsistir todavía, requiere que se hable y se escriba acerca de él, y tanto más porque representa un problema orgánico.

El absurdo de que una compañía, de un efectivo de 200 hombres, formase en el campo de instrucción o de operaciones, con un centenar de individuos presentes en filas, no era, en efecto, tan atribuible al control ineficaz y a la eficacísima evasión del servicio como a la abundancia orgánica de guardias, ordenanzas, asistentes y obremos, nombrados todos por disposiciones reglamentarias.

La preparación bélica con exigencias enormemente superiores al pasado; las limitaciones económicas y de fuerza, y, sobre todo, una mayor consideración de la personalidad del soldado, inducen hoy, indudablemente, a eliminar concesiones, a reducir los servicios internos y a sustituir la actividad auxiliar por la militar en muchas prestaciones.

La intención es clara: consagrar al soldado a la instrucción y a su misión específica.

Los "fundamentos orientadores" no agotan el tema de la reglamentación, aun tratada en líneas generales.

Importantes cuestiones son, entre otras:

- el sistema para reformar la nueva reglamentación, especialmente por cuanto respecta a los textos de mayor importancia y complejidad;
- la distribución más oportuna de la materia entre los varios reglamentos;
- la disposición ordenada y lógica de los textos de mayor importancia.

En fin, admitiendo que nuestros infortunios militares sean en gran parte imputables, no tanto a errores conceptuales como a defectos ejecutivos, es fácil observar que, más que de nuevos reglamentos, hay necesidad de nuevo espíritu para aplicarlos.

Acerca de esta consideración es necesario, sobre todo, ponerse de acuerdo; porque la vida, y sobre todo la vida militar, es acción, y los reglamentos no son más que reglas. Pero para actuar son necesarias, hoy más que nunca, directivas seguras, expresadas en una reglamentación vital, de una vitalidad a la cual puede contribuir provechosamente la discusión tanto como la meditación y el estudio.

El Irán en la economía mundial del petróleo

Teniente Coronel GARCIA ALMENTA, de Intendencia del Aire, Alumno del Curso de Economía Militar.

El petróleo es uno de los más importantes factores del poderío político económico, al que se enlazan los destinos de las naciones, la vida de los hombres, las formas económicas y los progresos de la cultura.

Si en la paz el empleo generalizado de los motores y máquinas ha producido una gran revolución en todas sus manifestaciones, es indudable que en la guerra lo ha sido profundamente más todavía. Hoy día, la cuestión del petróleo ha saltado de un campo estrictamente nacional para convertirse en un problema de carácter internacional; puesto que conviene no olvidar que la desigual distribución de los elementos vitales de las naciones en el mundo ha sido siempre una de las causas decisivas de las guerras, siendo entre todos estos elementos, por ahora, el petróleo uno de los que mayor preponderancia tienen; pues si bien es verdad que el descubrimiento de la desintegración del átomo hace prever que en un día no muy lejano podremos ser dueños de esta gran fuente de energía, interesante desde un punto de vista económico que desplazará a todas las hasta ahora empleadas, hoy por hoy, sólo sabemos que no sirve más que como bomba destructora, que todavía está perfeccionándose.

Se deduce, por tanto, y es evidente, que el empleo del petróleo ha creado en todos los Estados un problema extremadamente importante bajo los aspectos económico, político y militar, principalmente a las grandes potencias—Estados Unidos de América, Inglaterra y Rusia—. La lucha por la resolución de este magno problema está condensado en los siguientes puntos:

- a) Búsqueda de yacimientos y modo de asegurarse su posición política y su control económico.
- b) Extracción y transformación del petróleo bruto en productos utilizables.
- c) Transporte a los centros consumidores y modo de protegerlos en tiempo de guerra.
- d) Almacenamiento y, finalmente, la formación de reservas suficientes para no quedar des-

provisto en el caso de que un país enemigo pueda interceptar de una manera temporal o permanente las vías de aprovisionamiento.

Lo expuesto nos refleja exactamente cuanto ocurre actualmente en el orden internacional con la pacífica nación del Irán, a la que la Providencia concedió el privilegio de poseer en su subsuelo la no despreciable cantidad de 350 millones de toneladas de petróleo, o sea el 15 por 100 del total de las reservas mundiales.

Antes de entrar de lleno en la cuestión del petróleo iraní, creemos interesante trazar, aunque no sea más que a modo de pinceladas, la posición geográfica del Irán. El antiguo imperio persa se extiende en la altiplanicie de la meseta del Irán, de donde ha tomado el nombre, cruzada por inmensas depresiones, cuyos rebordes montañosos se elevan hasta 6.000 metros en el Elbourz. La superficie del país viene a ser como tres veces España, donde viven escasamente unos diez millones de habitantes, que gozan de este inmenso espacio suficiente para no molestarse unos a otros en sus recíprocas necesidades.

El clima, húmedo y malsano en el litoral, insufrible en



los desiertos, obliga a la población a concentrarse en las montañas y altos valles, que les ofrecen mayores y mejores recursos.

El mapa del Irán tiene una configuración triangular, con vértices en la frontera de Beluchistán, y en sus límites con la Unión Soviética (Transcaucasia y Turquestán), corriendo el lado mayor a lo largo del golfo Pérsico y la frontera con el Irán. Las ciudades más importantes son: Teherán, la capital, con 350.000 habitantes; Tabriz (180.000 h.), unida con Julfa por una línea férrea que se interna luego en el Transcaucaso y se enlaza al ferrocarril de este nombre; Ispahán (100.000 h.); Meshed (habitantes 85.000), nudo de pistas en la región nordeste, etc.

Entre todas las riquezas, el petróleo constituye la principal, y representa más de la mitad del valor total de la exportación anual. Si el petróleo proporciona a Persia su riqueza, también le origina políticamente infinidad de sinsabores. La causa o verdadero motivo de la ocupación del Irán por la U. R. S. S. y la exacta razón de la penetración yanquibritánica en las zonas más sudoccidentales del país se encuentra en este codiciado producto: *el petróleo*.

UN POCO SOBRE HISTORIA DEL PETROLEO EN EL IRAN

Treinta años antes de la guerra mundial (1914-18), reinaba en Persia el sha Nasreddin, "poderoso señor" de montañas y desiertos, de una población mísera, y de las lentas caravanas asoladas por rápidas partidas de bandoleros. Jamás en su vida había dado a estrechar su mano a ningún europeo, para no mancillar la pureza de su alma con el contacto de un infiel. Sin embargo, se dejó convencer, y consintió que algunos europeos pudieran recorrer el país.

Ya en 1889, el *Imperial Bank of Persia* obtuvo una concesión para la busca y explotación del petróleo; pero no consiguió, en definitiva, resultado económico alguno. Más tarde, la concesión fué transferida a una compañía particular, que, después de invertir 100.000 libras esterlinas, no encontró tampoco lo que tanto deseaba, y se hundió sin dejar rastro. Entonces, por muy poco dinero, pasó la concesión a un indígena llamado Kitabschi Jan, que con sus gentes se conformaba en extraer pequeñas cantidades de petróleo, las suficientes para poder comer diariamente su "pilaf" de carnero y pasas, como describe Semjonow en *Las riquezas de la Tierra*.

Así siguieron las cosas hasta que apareció en escena William Knot d'Arcy, un buscador de aventuras y riquezas—al estilo Salgari—que en Australia permaneció mucho tiempo prisionero de una tribu indígena antes de que descubriera las importantísimas minas auríferas de Mount Morgan. Con este oro se propuso conquistar el mundo, crear el Reino del Petróleo: ni América ni Rusia, que dominaban el mercado mundial, le intimidaron.

D'Arcy sabía que en las graderías de los templos persas ardían potentes llamas de luz blanca, antorchas gigantes que eran veneradas por los creyentes como signos de Ormuz, el dios del fuego. De labios del mismo Kitabschi oyó las particularidades relativas a las regiones petrolíferas de Persia, y como tenía capital disponible, penetró en los pequeños oasis, cruzó las estepas saladas, subió hasta el monte Ararat; pero no dió con el petróleo ni con formaciones rocosas que dejaran entrever que encerraban el tesoro subterráneo que ambicionaba. Durante años vagó D'Arcy por los desiertos de Persia y las estribaciones de las montañas del golfo Pérsico, sobre cuyos territorios tenía la exclusiva de la busca, explotación y exportación de petróleo, en virtud de convenio con el Sha hecho en el año 1901, y merced al cual concedíasele para tal fin una superficie de 750.000 kilómetros nada menos, equivalente, aproximadamente, a vez y media lo que ocu-

pa nuestra nación. Pero, a pesar de los descalabros sufridos, a D'Arcy no le abandonaba la esperanza. Seguía perforando el suelo en busca de petróleo, y todo el oro del Mount Morgan no tardó en perderse en sondeos, de los cuales sólo quedaron orificios secos e inútiles en el desierto estéril.

D'Arcy parte para Londres en busca de créditos. Su fe inquebrantable en el petróleo persa seduce y convence a los pequeños banqueros ingleses. En 1903 fundó en Londres una sociedad, a la que transfirió 250.000 kilómetros de "su" territorio para llevar a cabo explotaciones petrolíferas. Esta fué la primera sociedad que realizó sondeos sistemáticos y que descubrió petróleo en Kermanshah, pero no con resultados positivos, económicamente, se entiende; además, como la explotación se hacía difícil por el ataque continuo de los bandoleros, deciden abandonar sus aventuras. No quieren andar más a tiros con las cuadrillas de bandoleros de los contornos de la región de Mohammera. D'Arcy ya está ahito de desierto y de nauseabundos sondeos, y vende sus yacimientos petrolíferos a la "Burman Oil Co.", Compañía inglesa.

En 1908, Inglaterra, por su Intelligence Service, poseía exacta información sobre las andanzas y personalidad de D'Arcy. Por aquella fecha, lord Fischer había ya expresado su pensamiento acerca de la importancia de la cuestión del petróleo; el Foreign Office, el Almirantazgo, grandes economistas y políticos ingleses vieron con claridad meridiana que el petróleo era una fuente de *poder*. En aquellos momentos se trabajaba en crear nuevas bases de apoyo para la flota británica y se preocupaban del aumento de los *dreadnoughts*. Por eso la "Burman Oil", en la cual estaba interesado el Gobierno británico, se mostró pronta a intervenir en Persia.

Lo que entonces sucedió con D'Arcy más bien parece una novela policíaca, llena de intrigas, y cuyo relato no es para describir en el momento actual, aunque forma parte de la historia del petróleo en Persia. En pocas palabras: D'Arcy cedió sus derechos—según dice la leyenda—a un falso misionero inglés, agente del I. S. Hay que tener en cuenta, y esto no es ningún secreto para nadie, que este poderoso I. S. tiene un vasto sistema de fantásticas ramificaciones de agentes, no sólo aptos para la investigación secreta, sino para la colaboración constructiva del Imperio británico. Un año después se constituía en Inglaterra una nueva sociedad, la "Anglo-Persian Oil Co.", que heredaba todos los derechos de D'Arcy y sus empresas.

Como vemos, la primera época de la historia del petróleo en Persia gira toda alrededor de este personaje canadiense de origen francés: W. Knot d'Arcy.

Los negocios de la "Anglo-Persian" se desarrollaron brillantemente. En la pequeña localidad de Maidan y Naptun surgieron poderosos surtidores y las primeras instalaciones de la Compañía, a 230 kilómetros del golfo Pérsico.

En 1912 construyóse la tubería de conducción que lleva el petróleo al puerto exportador de Abadan. Surgieron refinerías gigantes que figuran entre las mayores exis-

CUADRO DE PRODUCCIONES

AÑO	TONELADAS	AÑO	TONELADAS	AÑO	TONELADAS
1912	48.084	1926	4.556.167	1939	10.329.000
1914	273.635	1928	5.537.800	1940	9.300.000
1916	449.394	1930	5.939.302	1941	8.050.000
1918	897.402	1932	6.445.808	1942	9.950.000
1920	1.385.301	1934	7.533.772	1943	10.300.100
1922	2.327.221	1936	8.198.100	1944	11.520.200
1924	3.714.216	1938	10.167.800	1945	17.000.000

tentes en el mundo entero. En los primeros tiempos de explotación extraían 10.000 toneladas, pasando a 7 millones en el año 1934 y a 17 en 1945 (véase cuadro de producciones). Los yacimientos principales se encuentran en los montes Suleiman, teniendo, como hemos dicho, su centro en la ciudad de Maidan y Naphtun.

Al Irán, aun ocupando el cuarto lugar en el mundo como productor de petróleo, en potencia puede asignársele un probable rendimiento tres veces superior al actual. Sus pozos son abundantísimos, y a menudo se descubren nuevos lugares donde la nafta fluye con facilidad y es de magnífica calidad.

Al hacerse cargo la "Anglo-Persian" de la concesión de D'Arcy, contrajo la obligación de abonar a la Hacienda del Estado persa el importe del 16 por 100 del beneficio líquido, lo que supone la sexta parte de todos los ingresos públicos del país. En cambio, el beneficio de la "Anglo-Persian" equivalía, aproximadamente, a la totalidad de los ingresos del Estado persa. Como es natural, los nacionalistas persas siguieron con atención los negocios de la Compañía explotadora, y vieron con sorpresa que la "Anglo-Persian" calculaba el porcentaje de tributación sobre el importe de los ingresos hechos por ventas de petróleo en bruto y de los productos derivados extraídos en las refinerías instaladas en el país; pero, en cambio, no veían un céntimo del beneficio sobre ventas de petróleo en bruto de la Compañía a sus sociedades filiales, las cuales lo transportaban a los puntos fuera del país donde poseen los ingleses refinerías propias que elaboran los refinados y los lanzan al mercado mundial.

Durante los años de crisis mundial, en los años 1929-32, acordaron los trusts limitar la producción persa, haciéndola paralela al consumo; los precios, en general, bajaron en el mercado petrolero, y, lógicamente, las percepciones persas se redujeron notablemente, motivo por el cual el sha Riza Khan se enemistó con los ingleses; protesta que no fué del todo inútil, pues los beneficios se elevaron al 20 por 100; pero ocioso es decir que no se permitió a los asiáticos revisar en lo más mínimo los libros de la "Anglo-Persian". Desde entonces Persia recobró su antiguo nombre de "Irán", por lo que dicha Compañía cambió también el nombre por el de "Anglo-Iranean".

Esta nueva Sociedad por acciones, casi totalmente británica, ha hecho una explotación intensiva de sus zonas petrolíferas de Haft-Kel y de Masjid-Suleiman, a 130 y 180 kilómetros, respectivamente, del puerto de Bender-Shapur, en el golfo Pérsico; otros yacimientos explotados, aunque con menos intensidad, son los de Naft-Scia, al sur de Gasré-Citrine, de Naft-Safid y de Gatch-Saraf, que han proporcionado en los primeros sondeos de cuatro a cinco mil toneladas diarias cada uno.

También se han efectuado sondeos y prospecciones geofísicas en Lali y Jasi Pazamun, donde funcionan actualmente cuatro pozos, que se cree tienen reservas petrolíferas enormes, aunque los ingleses manifiestan que el pozo más rico en nafta es el de Gatch-Saraf.

Los primitivos y todavía inagotables pozos encontrados son las fuentes principales que surten a la gigantesca refinería de Abadan, próxima a la frontera del Irak, con un sistema de oleoductos importantísimos que irradian en las estaciones de Tombi, Mollah-Sani, Hute-Aballak y Dar-Khorin. Esta gran refinería produce 47 millones de litros diarios y está dotada de tanques almacenes para 960 millones de litros; el mecanismo modernísimo para cargar puede despachar la mismo tiempo quince petroleros.

La flota de esta gran Compañía es de más de cien cisternas (un millón de toneladas) y más de 250 barcos menores para transportes complementarios, cabotaje, remolques, etc.

LUCHA POR EL PETROLEO IRANIO

Hasta el año 1914, en que comenzó la guerra europea, el petróleo persa era exclusivamente disfrutado por Inglaterra. Los dos imperialismos, el ruso y el británico, se encontraron en el norte de Persia y acabaron por entenderse, dividiendo el país en dos zonas de influencia: la septentrional rusa y la meridional inglesa.

Esta convivencia fué debida entonces al peligro común que ambas naciones veían en Alemania. En efecto, Alemania había obtenido del Gobierno turco la concesión del ferrocarril de Anatolia, además de una participación en la Turkish Petroleum y de otros varios acuerdos que preocupaban a Inglaterra, que veía claramente *La Drang Nach Osten* alemana. Rusia también tenía temores frente a Austria y los Balcanes, peligros en los que Inglaterra podía favorecerla. Por ello, la "entente" anglorusa puso término a un largo y peligroso período de diferencias que estuvo, en ocasiones, a punto de acarrear un conflicto belicoso.

Cuando triunfó la revolución bolchevique en Rusia, uno de los primeros actos de política exterior de Moscú fué la renuncia a los derechos que le confería el acuerdo de 1907 sobre Persia, derechos que pasaron a la "Anglo-Persian" por conducto de un armenio ciudadano ruso. Como esto ocurrió en 1920, fecha en que Persia empezaba ya a intentar liberarse, en lo que fuera posible, de la influencia inglesa, convino con los Soviets la anulación de las concesiones hechas al armenio Khostaria, con lo que comenzaba de nuevo—1921—el viejo antagonismo entre Rusia y el Imperio británico. Y no sólo se mantuvo por el Gobierno persa la mencionada anulación, sino que hasta invitó a otras Compañías a adquirir esas concesiones, ocasión magnífica que aprovechó la "Standard Oil Americana" para poner su pie en Persia.

No obstante estas luchas y el dominio económico casi absoluto de la "Anglo-Iranean", los persas reconocen, sin embargo, muchas ventajas a la labor de los ingleses, que transformaron zonas desérticas en grandes núcleos humanos, crearon fábricas, ferrocarriles que recorren el país de norte a sur; es decir, que de un país mísero y pobre se ha convertido el Irán en un país próspero y lleno de esperanzas, en que llegue el día de su completa independencia.

En esta cruenta guerra pasada, Persia permaneció neutral; pero no pudo evitar que, con el pretexto de anular una probable ocupación o influencia alemana, fuera ocupada militarmente por las tres grandes potencias: Rusia, Inglaterra y Estados Unidos de América. En la reunión de Postdam, los "tres grandes" acordaron la evacuación de todas las tropas para una determinada fecha... Lo que después ha sucedido, huelga comentarlo por conocido y porque se aparta de nuestra cuestión económica; sin embargo, confirma lo dicho al principio de este modesto trabajo sobre la importancia del petróleo como elemento de poder.

No queremos terminar sin decir dos palabras sobre las islas de Bahrein. Estas pequeñas islas fueron descubiertas y poseídas antiguamente por españoles y portugueses como el país de las más hermosas perlas de Oriente, en el golfo Pérsico, en la costa de Omán. Los ingleses, en el año 1931 descubrieron en ellas el petróleo, y seis años después obtuvieron 1.063.000 toneladas de las cuatro minúsculas y fortificadas islas.

En resumen: En la Economía petrolífera del Irán intervienen actualmente tres razas (eslavos, anglosajones y asiáticos) con los mismos *intereses vitales*, por llamarlos de algún modo. ¿Podrán convivir en paz y buena armonía? Esperemos, y el factor *tiempo* nos lo dirá...

Sobre la acción de las fuerzas aerotransportadas

General J. M. CALVERT.— De la revista inglesa *The Army Quarterly*.— Traducción del Comandante Arechederreta.

El objetivo de un Comandante en Jefe en campaña es destruir las fuerzas enemigas que se le oponen. Uno de los métodos para conseguirlo, aunque no sea el único existente, es desjarretar las fuerzas enemigas, destruyendo los medios que le permiten sostener la lucha, es decir, destruir las bases donde ha acumulado sus reservas de material y sus cuarteles generales (centros nerviosos que coordinan sus movimientos), o aislar sus fuerzas principales de sus bases de abastecimiento.

Hasta hace unos años se luchaba sólo en dos dimensiones y los Mandos empleaban la maniobra para conseguir los fines arriba apuntados. También es posible destruir al enemigo por un proceso de atrición que descomponga su guardia, una vez conseguido lo cual y anulada toda oposición por medio de un ataque frontal, llegar al cuerpo; pero este procedimiento exige una dilapidación de energía y carece de habilidad estratégica.

En las modernas guerras europeas occidentales, en que los frentes han sido limitados, se ha empleado otro procedimiento: el de engañar al enemigo acerca del punto principal de ataque y asestar éste con todos los medios disponibles para lograr la rotura del frente enemigo y llegar a sus bases; hecho lo cual, todas las fuerzas enemigas que dependan de éstas caen como una fruta madura. A esto fueron debidos los brillantes éxitos iniciales alemanes de la guerra pasada, conseguidos cuando los Mandos aliados no habían aprendido aún a dispersar sus bases y a enfrentarse con la velocidad e intensidad del ataque moderno; éxitos que llevaron aparejadas tan enormes cantidades de prisioneros y de material capturados.

El advenimiento de la guerra tridimensional ofrece a los Comandantes en Jefe la posibilidad de envolver al enemigo por el aire. Las fuerzas aerotransportadas (FF. AA. TT.) fueron usadas en los frentes europeos principalmente para superar obstáculos tácticos, siendo quizá la única excepción la operación Eindhoven-Nimega-Arnheim, resuelta y atrevida maniobra que casi fué coronada por el éxito y que, en realidad, consiguió las siete décimas partes de los objetivos fijados, en cuanto a la captura de puentes se refiere; bien es verdad que muchos críticos se fijan demasiado al enjuiciarla en el heroico fracaso de Arnheim, olvidando los éxitos de Nimega y Eindhoven. Pero la verdad es que dicho fracaso retardó el desarrollo de la guerra tridimensional, porque, al parecer, el Mando dedujo de él que en el estado en que entonces se encontraban los medios aerotransportables, no podían ser empleados con éxito en una misión estratégica. El contratiempo tuvo repercusiones incluso en el sudeste de Asia.

Mucho antes de Arnheim, el General Wingate, a las órdenes del General Slim, había usado las fuerzas aerotransportadas en una misión estratégica en Burma. Allí tuvimos una superioridad aérea absoluta y fué posible construir aeródromos detrás de las líneas enemigas y desembarcar en ellos unos 18.000 hombres con su artillería; estas fuerzas destruyeron las bases y líneas de comunicación de los Ejércitos japoneses que combatían al General Stilwell y, aproximándose a ellos por su retaguardia, contribuyeron a su completa destrucción. Pero, infortunadamente, muchos no apreciaron la actuación de las fuerzas de Wingate en su verdadero valor, porque creyeron que habían sido destinadas para socorrer a las fuerzas británicas sitiadas en Imphal, y que, sin embargo, se emplearon en otro teatro de operaciones. La realidad es que el ataque japonés a Imphal empezó siete días des-

pués del desembarco de las fuerzas de Wingate en la retaguardia enemiga, y que hasta mucho después no se asignó a éstas la misión de ayudar a las fuerzas sitiadas. A pesar de ello, y como atestiguan documentos japoneses capturados, las fuerzas aerotransportadas influyeron grandemente en la debilitación del asedio, ya que atrajeron dos de las Divisiones japonesas sitiadoras, que por ello no pudieron tomar parte en la batalla de Imphal. Dichas fuerzas de Wingate estuvieron operando más de seis meses en la retaguardia enemiga, destruyendo muchas reservas de víveres y de municiones y contribuyendo grandemente a la memorable derrota por agotamiento en 1944 de las fuerzas japonesas de la Burma septentrional.

La siguiente operación en Burma, en Meiktila, fué una maniobra combinada envolvente por tierra y aire, que también fué acompañada de un éxito completo: después de catorce días de violentos combates, las principales fuerzas japonesas fueron dispersadas o destruidas y se abrió el camino a Rangún.

En el teatro de operaciones del Pacífico, los australianos y los americanos aplicaron este método de empleo de las FF. AA. TT. con felices resultados en Wau, Lae y Salamua (Nueva Guinea).

Al finalizar la campaña europea, estaba en estudio un magnífico plan para el empleo de las FF. AA. TT. con vistas a la penetración en la "fortaleza europea", plan que no se llevó a la práctica por la rápida desintegración del Ejército alemán.

La principal dificultad que se encontraba en el teatro de operaciones europeo, una vez lograda la superioridad aérea, radicaba en el abastecimiento, y después, en el transporte de un número suficiente de carros y cañones con que resistir los contraataques enemigos de todas las armas. Esas dificultades no existieron en Asia, pues, en primer lugar, el enemigo no disponía de muchos carros ni cañones, por lo cual casi siempre era posible desembarcar donde se encontraban o en otra parte para después acercarse al objetivo. En segundo lugar, debido a la superioridad aérea, a las grandes distancias y a la dificultad existente para dotar a la defensa de medios técnicos tales como el radar, la interceptación aérea era más difícil y el abastecimiento por vía aérea resultaba relativamente más fácil.

Es de notar que las dos naciones que primeramente desarrollaron las fuerzas aerotransportadas, Rusia y Alemania, empezaron a descuidarlas poco después del comienzo de la guerra. Ello puede ser debido o a que prefirieron concentrar sus recursos materiales en otras fuerzas, o a que habían perdido la fe en su eficacia.

Es discutible si el uso táctico de las FF. AA. TT., que implica su lanzamiento encima del enemigo, es o no conveniente. Al emplearlas así, las pérdidas son invariablemente considerables, y, por regla general, hay pocos lugares a lo largo de los frentes en que se puedan hacer los lanzamientos. Comoquiera que el enemigo puede prever cuáles son esos puntos, la sorpresa es difícil de lograr y podrá concentrar artillería antiaérea alrededor de las posibles áreas de desembarco; además, la fuerza desembarcada puede ser arrollada en pocos momentos por su falta de armas pesadas. Todo ello hace pensar al C. en J. de las fuerzas terrestres, en que las FF. AA. TT. pueden convertirse para él, de una ventaja, en un inconveniente, y ante esa perspectiva, se retrae de solicitar el concurso de aquéllas. El aterrizaje sobre el enemigo requiere, además, un alto grado de técnica de paraca-

dismo, planeamiento y aviación, que no es tan necesario en las fuerzas que sean lanzadas donde aquél no se encuentre; en este caso, no son tampoco necesarios una instrucción y un equipo tan completos como en el primero. Además, desde el momento que el aterrizaje sobre el enemigo es difícil y generalmente costoso, se precisa para él una buena instrucción, lo que requiere centros experimentales y de instrucción, material aéreo, etc., y los consiguientes desembolsos, cuyos rendimientos son relativamente escasos. Como ejemplo citaré que la enorme flota aérea empleada para cruzar el Rin no puso sobre el terreno más que unos 7.500 fusiles británicos y otros 15.000 americanos.

Sin embargo, al estimar los efectivos de las FF. AA. TT. y compararlos con los terrestres, debemos hacerlo refiriéndonos a los combatientes y no a los números globales. Si se elige convenientemente el objetivo, una División aerotransportada de 7.500 hombres, una vez desembarcada y siempre que tenga el debido apoyo aéreo, equivale a una División de Infantería de 15.000 hombres.

El ideal sería, pues, aterrizar en un área estratégica detrás del enemigo, diez, quince o veinte Divisiones completas, dotadas de material suficiente no sólo para defenderse, sino para hacer sentir ofensivamente su presencia como parte de un gran movimiento de interceptación o de envolvimiento, y mantenerlas suficientemente abastecidas. Probablemente no sería necesario tener más que una pequeña parte de la fuerza instruida en paracaidismo, pues el primer objetivo sería el adueñarse de unos cuantos aeródromos y después conservar su dominio hasta que se consiguiese desembarcar las armas pesadas, las reservas de material y los refuerzos. En cuanto al abastecimiento, no debería haber dificultad en mantenerlo usando V-1 adaptadas, pues podrían ser pilotadas por medio del radar sobre el objetivo y un fusor fotoeléctrico automático podría producir el descendimiento de la carga con paracaídas.

Examinemos ahora la dificultad de proveer a las fuerzas así desembarcadas y abastecidas de carros y artillería. En cuanto a ésta, los cañones de poco peso sin retroceso resuelven el problema; pero, hoy por hoy, no se ha diseñado aún ningún vehículo aéreo para el transporte de carros, aunque los técnicos aseguran que, sin duda, se pueden esperar progresos enormes en la capacidad de carga de dichos vehículos. Una solución alternativa sería, en ciertos casos, el uso de los hidroplanos, que pueden transportar cargas mayores que los aviones de transporte corrientes, y aunque podrían surgir dificultades de despegue con un carro pesado, éstas podrían ser superadas. Todo lo anterior presupone una completa superioridad aérea hasta tanto que se pudiera contar con las V-1 para sustituir a los aviones.

El apoyo aéreo directo, en la más estrecha cooperación con las fuerzas terrestres, puede, en gran parte, sustituir al apoyo artillero, si las lecciones de todos los teatros de guerra son debidamente estudiadas y adaptadas. En el sudeste de Asia y en Nueva Guinea, debido a las grandes dificultades para el transporte de la artillería pesada o para obtener el apoyo de la artillería naval, el desarrollo de un apoyo aéreo directo, sustitutivo del apoyo artillero, fué mucho mayor que en ningún otro teatro de operaciones. En los Ejércitos británicos de Europa era norma que la aviación no atacase objetivos que la artillería terrestre pudiera batir. Los grandes resultados obtenidos en el sudeste de Asia fueron debidos, principalmente, a la cooperación de las aviaciones británica y americana con el Ejército para constituir y utilizar juntos puestos de observación visual, a cargo de Oficiales observadores de Artillería que acompañaban a las fuerzas terrestres avanzadas, quienes indicaban los objetivos de la jungla, que eran extremadamente difíciles de reconocer desde el aire. También observaban el fuego aéreo corrigiendo el tiro y comunicando radiotelegráficamente con los avio-

nes de tal modo que cada oleada aérea sucesiva bombardease más eficazmente los blancos. Para identificar éstos se usaban intensivamente las fotografías aéreas, que llevaban consigo tanto los aviadores como los puestos de observación; método con el que se obtenía una gran precisión, llegando a ser completamente normales los bombardeos de objetivos situados a 200 metros de las fuerzas propias y dándose casos sueltos de bombardeos eficaces de objetivos situados a sólo 70 metros con bombas de 225 kilogramos. Este uso del apoyo aéreo directo para reforzar o para sustituir a la artillería, que, debido a las malas condiciones, no podía ser empleada sin causar retardos indebidos o sin eliminar el factor sorpresa, desempeñó un papel esencial en el rápido avance de nuestras Divisiones y en la derrota de los japoneses en Burma.

Pero es inútil esperar una eficiencia similar, a menos que los Oficiales que operen en esos puestos de observación sean, por lo menos, de la misma arma del Ejército aéreo, cuando no de la misma Unidad, que los aviadores que llevan los aeroplanos, pues sólo así hablarán el mismo lenguaje. Cuando las órdenes son breves, es esencial que quienes las reciben se adentren "en el cerebro del Jefe". Este factor de adentrarse "en el cerebro del Jefe" es la mayor ayuda que existe para la intercomunicación. Además, el hombre de tierra y el del aire se conocerán mutuamente y sabrán qué pueden exigir el uno del otro. Ningún Oficial del Ejército terrestre podría alcanzar esa eficiencia y la confianza completa de los aviadores, del mismo modo que no podría ganarse la confianza de los marinos si actuase de Oficial observador de fuegos de la artillería naval sobre objetivos terrestres.

Las condiciones en Burma fueron, desde luego, más fáciles en muchos aspectos, ya que el enemigo tenía poca o ninguna artillería antiaérea y la interceptación no existió, pudiendo por ello nuestros destructores-bombarderos permanecer indefinidamente sobre el área de objetivos, hablando con los puestos de observación hasta asegurarse de la localización exacta de los blancos. A veces se prestaba el apoyo directo mediante el fuego de ametralladora, que frecuentemente era más efectivo que el bombardeo, y por ello más temido por el enemigo; y una variante que muchas veces se empleó fueron las "pasadas de pega", que obligaban al enemigo a refugiarse durante su duración, momentos que aprovechaban las fuerzas terrestres propias para avanzar sin fuego enemigo.

Este apoyo directo debería ser una parte intrínseca de cualquier operación con FF. AA. TT., pues por ahora es el único que puede prestar a las terrestres la ayuda adecuada, excepto cuando esas operaciones se llevan a cabo tan cerca de las fuerzas del Ejército de tierra que la artillería de largo alcance puede apoyarlas, como ocurrió en el paso del Rin. En Arnheim, los preparativos preliminares para el apoyo aéreo fueron deficientes, lo cual tuvo un efecto directo en la cantidad de apoyo prestado y en el tiempo que se requirió para prestarlo. En el cruce del Rin se dotó a las FF. AA. TT. de puestos de observación de la R. A. F.; pero en vista de que la artillería podía cooperar, su papel no fué muy importante, si bien actuaron brillantemente en algunos casos. Es esencial, pues, que se dé a las Unidades aéreas una instrucción previa adecuada, actuando durante su desarrollo en estrecha cooperación con las fuerzas terrestres, y el conseguir la confianza de éstas mediante la debida precisión en el tiro.

Los grandes Capitanes de antaño envidiarían, sin duda, la enorme movilidad e independencia de las vías de comunicación terrestres que actualmente proporcionan las FF. AA. TT., bien secundadas por el apoyo aéreo directo. En Burma fueron convertidas en aerotransportables cuantas Divisiones se pudo, para poderlas trasladar en cualquier momento. Ello significó que los japoneses no pudieron emplear la táctica napoleónica de contener a una columna, en tanto atacaban a otra convergente con ella, ya que en cualquier momento podíamos, mediante el

transporte aéreo, reforzar a la que se encontrase en peligro. Basta estudiar las campañas burmesas de 1944-45 para convencerse de la tremenda movilidad de nuestras fuerzas.

Es posible que en el futuro se logre una alternativa para superar la falta de apoyo artillero a las FF. AA. TT. mediante el desarrollo de las V-1 ó V-2, que, perfeccionadas en cuanto a la precisión de tiro, podrían proporcionar un fuego de cortina inmejorable. Si se consiguiese, quedaría abierto el camino para envolvimento en gran escala mediante el empleo de FF. AA. TT.

El General MacArthur y el Almirante Nimitz han empleado en el Pacífico este método de guerra de áreas con resultados espléndidos. Nosotros, los británicos, podríamos haberlo usado también (de no haber sido tan fulminante el colapso japonés) en el itinerario Rangun-Bangkok-Hanoi-Kwangchan-Hongkong-Amoy-Shanghai, etc., sin esperar a limpiar de japoneses el resto del territorio chino que ocuparon. Ello hubiera tenido, por lo menos, el mismo efecto que el que obtuvo el avance americano "a saltos" en el Pacífico y hubiera situado al Ejército británico a poca distancia de la zona vital enemiga. Aunque lo usamos en Burma, nuestra falta de aviones nos limitó la envergadura y velocidad del avance.

Una ventaja enorme de las FF. AA. TT. y de su abastecimiento es que suprime la larga "cola" que sigue a todo Ejército terrestre, esa "cola" que da la impresión a quien se dirige hacia el frente de una enorme pérdida de potencial humano y de material. Era delicioso ver la diferencia en Burma, donde el abastecimiento aéreo, que se hacía desde la India, eliminaba casi completamente ese apéndice canceroso, al menos en la zona de operaciones.

Otra impresión mía personal es que las FF. AA. TT. británicas tienden a dar demasiada importancia a la forma física de su personal, dedicándole mucho tiempo que les falta para ocuparse de otros aspectos también interesantes de su misión. Sugiere que durante el período de instrucción se dé a los reclutas instrucción sobre la técnica paracaidista y que antes de terminarla cada recluta sea lanzado una vez con paracaídas y después se desarrolle la técnica de lanzamiento de los hombres en recipientes del mismo modo que se hace con el material. Ello exigiría un nivel menos elevado de forma física y de técnica paracaidista. Se da por descontado que los planeadores quedarán anticuados cuando se diseñe un nuevo tipo de avión, al que será posible fijar un planeador remolque, y que cuando así sea, el uso de aviones solamente restringirá la necesidad de dar una verdadera instrucción paracaidista a una pequeña parte de las diez o veinte Divisiones aludidas anteriormente como participantes en una operación de esta clase.

El advenimiento de la bomba atómica aumenta grandemente la importancia de las FF. AA. TT., pues sólo desde el aire se podrá destruir una instalación enemiga que las produzca con la anticipación suficiente para impedir su uso. La Historia atestiguará quizá que el *raid* que destruyó la instalación de "agua pesada" de Noruega tuvo efectos quizá más importantes para el resultado de la guerra que el desembarco en Normandía.

Podemos, pues, imaginarnos el cuadro de la próxima guerra de coaliciones de Estados como uno en que cada contendiente tratara de destruir cuanto antes las instalaciones atómicas y de proyectiles autopropulsados del contrario. Ello podrá conseguirse mediante ataques aéreos de poca envergadura con pilotos "suicidas", o mediante un ataque de FF. AA. TT. de gran envergadura, en que los expedicionarios aterricen cerca de las instalaciones, las ataquen y las destruyan.

Son, pues, de prever grandes esfuerzos para obtener la superioridad aérea local, sin la que no es imaginable que una F. A. T. pueda penetrar a través de las defensas aéreas de una potencia de primer orden, como no sea cuando se trate de áreas muy extensas, contingencia po-

sible, pues parece que se tiende a montar las instalaciones atómicas en parajes solitarios. Una vez obtenida la superioridad aérea, una gran flota de aviones lanzaría en recipientes con paracaídas una División especial instruída para esta clase de lanzamiento, la cual ocuparía los lugares elegidos para el aterrizaje del grueso de la F. A. T. A continuación, los aeroplanos de transporte con hélices reversibles desembarcarían en los campos de aterrizaje las Divisiones siguientes; esta clase de aviones podrá aterrizar en campos muy pequeños, pues el mecanismo de reversibilidad permite cambiar la dirección de giro de la hélice al descender frenando eficazmente su aterrizaje. Estos aeroplanos transportarán como artillería los cañones poco pesados sin retroceso, equivalentes a nuestros actuales de calibre ligero y mediano; en cuanto a carros, transportarán unos de diseño especial para facilitar su transporte aéreo. Todo el equipo futuro deberá ser revisado en su diseño por los ingenieros aeronáuticos, cuya norma básica al rediseñarlo será el que sea sólido y ligero, aunque no tenga gran duración.

Una vez que el Ejército aerotransportado haya constituido su base y organizado su aprovisionamiento mediante el uso de las V-1 con itinerario de ida, descarga sobre aquélla y vuelta a su estación de lanzamiento, o mediante las V-2, radiodirigidas con itinerario y descarga análogos, dicho Ejército avanzará para atacar su objetivo. Puede ser que sea posible para cuando esto ocurra el complementar la acción artillera mediante los proyectiles-cohete radiodirigidos. Las V-1 ó V-2 del servicio de abastecimiento desempeñarán el papel de los actuales camiones y aviones de carga de 3 toneladas de capacidad.

Si, a pesar de lo que ahora parece, por una u otra causa, los ataques sobre las instalaciones atómicas y de proyectiles autopropulsados no llegan a interesar tan vitalmente, el mismo método de desembarco de un Ejército aerotransportado, para envolver en el momento preciso desde el aire el "tercer flanco" enemigo, podría usarse, en conjunción con el Ejército de tierra, para cooperar a la destrucción de las fuerzas terrestres enemigas. Y, naturalmente, en esta hipótesis, como en la anterior, al desembarco de las FF. AA. TT. debe preceder la obtención de la superioridad aérea local, aunque sólo sea durante el período mínimo indispensable.

Es discutible que el uso estratégico de las FF. AA. TT. llegue o no a sustituir a los bombardeos estratégicos. Si se acepta que sí, el orden de prioridad de construcción de aviones se establecería así: primero, los cazas de gran radio de acción para lograr la superioridad aérea; segundo, los transportes, y tercero, los bombarderos para colaborar en la obtención de dicha superioridad mediante la destrucción de las fábricas enemigas. También se podría adjudicar a los transportes el papel secundario de bombarderos pesados; pero el factor que determinara su diseño debe ser su papel principal.

Otro factor a favor de la preferencia por los transportes es el desarrollo de los proyectiles-cohete, que parece pueden llegar a desplazar a los bombarderos. Los grandes éxitos que éstos han obtenido en la pasada guerra en el bando aliado se consiguieron a costa de grandes pérdidas en hombres y material; ello aparte de que su construcción ha exigido una enorme cantidad de personal y de materiales, lo cual ha repercutido en las disponibilidades para el Ejército de tierra. Esta orientación ha sido probablemente acertada durante la pasada guerra; pero es dudoso que si hay otra se deba repetir.

Para cerrar este trabajo debo recalcar que el completo desarrollo de guerra aerotransportada no cambiará los viejos principios de la guerra, sino que proporcionará un medio más para el mismo fin, a saber: haciendo posible un envolvimento tridimensional para destruir las bases y líneas de comunicación del enemigo, facilitará la destrucción de éste en el combate.

El repliegue invernal 1942-1943 en la campaña de Rusia

Comandante de "bersaglieri" ROMOLO GUERCIO.—De la *Rivista Militare*, Roma.

A principios del mes de agosto de 1944, mientras el Ejército alemán era sometido a dura prueba por las derrotas en Italia, en Francia y en Rusia, los más prestigiosos generales alemanes dirigieron un amplio llamamiento a la Wehrmacht, con el fin de elevar la moral de ésta.

En la proclama aparecía, entre otras, la siguiente frase, relativa al revés invernal 1942-43: "Por falta de tropas de reserva, la protección del flanco izquierdo del Don fué confiada principalmente a tropas aliadas, cuyo escaso valor combativo y, sobre todo, defectuoso equipo eran bien conocidos."

Esta frase se relacionaba estrechamente con un precedente discurso de Hitler, en el cual lanzaba éste sobre las tropas italianas la responsabilidad directa del fracaso de Stalingrado.

Aunque pueda parecer extraño, la prensa italiana no opuso ninguna información ni dato concreto a estas precisas acusaciones, sino que se limitó—en el caso del discurso de Hitler—a las acostumbradas reacciones de tipo general con frases desdeñosas, de circunstancias. Sin embargo, el responder con el silencio a ciertas acusaciones y no rebatirlas con una reveladora documentación, significa introducir y remachar en el convencimiento popular y en la Historia un concepto falso que, andando el tiempo, ya no será posible desarraigar.

El fin de estas breves notas es, pues, demostrar con datos reales que la rotura del frente del Don, provocada por los rusos en diciembre de 1942, y la defectuosa contención de la sucesiva penetración, fueron una *consecuencia directa* de la equivocada conducción de las operaciones por parte germánica.

Equivocada concepción estratégica.—Con el final de las operaciones estivales, el frente centromeridional ruso se había estabilizado sobre la línea del Don, mientras la lucha por la conquista de Stalingrado estaba en curso. Sobre tal línea se debía pasar el invierno. (Orden de operaciones secreta número 1 del Cuartel General del Führer, OKH Op. Abt. núm. 420817/42 del 14 de octubre de 1942.)

Como es sabido, el Don, desde Stalingrado a Woronesch, tiene un curso en "L" con el vértice en Nowo Kalitwa (Werchnij Mamón)-Bogutschar. El ángulo de la "L" era, sobre poco más o menos, el centro del despliegue del VIII Ejército italiano, que se extendía hacia el norte y hacia el este (en el siguiente orden: Cuerpo de Ejército Alpino, II Cuerpo de Ejército, XXXV Cuerpo de Ejército, XXIX Cuerpo de Ejército). Al VIII Ejército italiano habían sido incorporados Regimientos alemanes, una División alemana (al II C. de E. italiano de Bogutschar) y un C. de E. germánico (que comprendía el Cuartel General del XXIX C. de E. y la 62 División alemana, al este).

La delicadeza del sector, motivada por ser éste el ala estratégica de Stalingrado, se había agudizado por el hecho de que por Kantemirowka, sólo a 27 kilómetros de distancia de Bogutschar (vértice del ángulo), pasaba el único ferrocarril estratégico que alimentaba todo el frente del Ejército; además, el camino más breve entre Bogutschar y Kantemirowka estaba constituido por una magnífica zona de penetración (valle del río Bogutschar), provista de una carretera de grandísima capacidad.

Hay también que añadir que la presencia del obstáculo fluvial (Don) delante de las líneas no representaba una

ventaja, sino más bien un peligro, en cuanto que la capa de hielo soportaba hasta el peso de los carros armados y transformaba el río en un fácil y continuo puente.

A pesar de estas elementales consideraciones, el sector defensivo asignado por el Mando del Heeresgruppe (Grupo de Ejércitos) "B" al VIII Ejército fué enormemente vasto—más de 200 kilómetros—y el *consiguiente despliegue de las tropas resultó inverosímilmente alargado*.

Que esto haya sido impuesto o no por la falta de tropas y por la necesidad de "formar una masa" en Stalingrado, es una cuestión que podrá ser tratada y discutida; pero el hecho en sí resulta innegable.

Y de esta equivocada concepción estratégica se derivaron los acontecimientos.

Fijado este punto, todavía hay que revelar que la situación descrita no sólo fué mal planteada desde un principio, sino que luego sufrió empeoramientos.

En efecto, el mando del VIII Ejército, carente de reservas, recuperó la 3.^a División motorizada de otro sector, donde estaba combatiendo, y la envió como reserva a la zona tácticamente más peligrosa; es decir, al valle del Bogutschar (detrás del ángulo de la "L"), constituyéndose, con sano criterio, una reserva estratégica a emplear.

Sin embargo, a fines de noviembre, a consecuencia de un retroceso local ocurrido en el sector del III Ejército rumano (contiguo a la derecha del VIII Ejército), el Heeresgruppe "B" ordenó el traslado a tal sector de la 62 División alemana, que estaba desplegada con el C. G. del XXIX C. de E. alemán en el VIII Ejército, y la sustitución en línea de dicha División con la 3.^a División motorizada.

De tal modo, el VIII Ejército tuvo que renunciar a la única gran unidad de reserva estratégica en el punto más peligroso. El XXIX C. de E.—mandado por el General Hostfelder—, que anteriormente reagrupaba una División alemana y dos italianas, resultó constituido por el solo mando de C. de E. germánico y por tres Divisiones italianas ("Torino", "Cebre", "Sforzesca").

Para dar una idea de la enorme extensión del despliegue, basta pensar que la 3.^a División motorizada cubría desde Kasanskaia a Satonskoj, es decir, *52 kilómetros* de frente.

Esta era la situación al comienzo de la batalla.

Ahora no es el caso de entrar en detalles. Podría decir, por ejemplo, que la 3.^a Motorizada, a pesar del conocido despliegue, se había constituido una adecuada reserva, y que tal reserva, en los días de la lucha, le fué sustraída y enviada a otro sector; de modo que la División fué obligada a poner en línea una Compañía de Ingenieros (de obreros y radio), una Compañía de mecánicos, una Sección de "Carabinieri" Reales y el Cuartel General divisionario.

Solamente hay que insinuar la simple pregunta de si, frente a un despliegue más que sutil, privado de toda reserva, pudiese o no tener buen juego "cualquier" acción ofensiva enemiga, apenas un poco concentrada en el espacio, contra centros de resistencia distantes entre sí de uno a siete kilómetros.

Se pusieron de manifiesto los errores siguientes:

- el del Mando del Heeresgruppe "B" por haber impuesto un tal despliegue y por no haber pensado en las reservas;
- el del mismo Mando por no haber tenido en cuenta —para reforzar el frente— las exactas informaciones

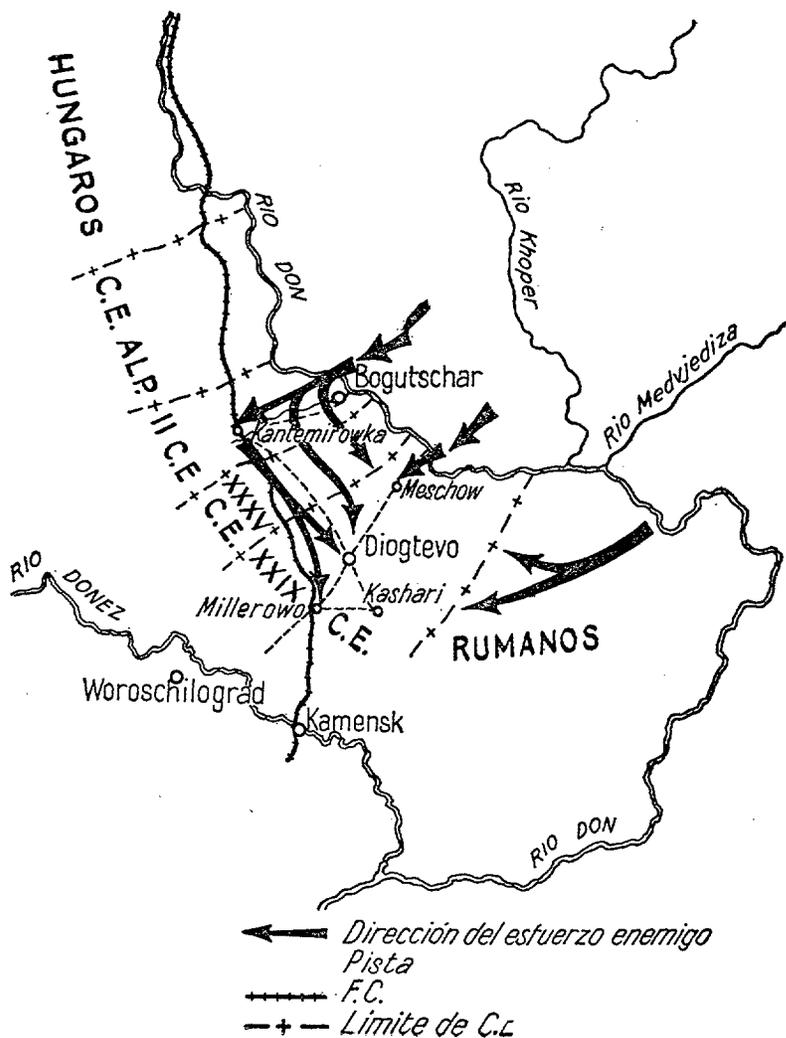
que desde hacía tiempo le habían sido ofrecidas acerca de la concentración de las fuerzas enemigas en la zona antes de la batalla.

Podremos permanecer perplejos frente a una acusación de incapacidad del Mando alemán, que tantas pruebas positivas ha dado siempre. Pero la cuestión es simple. En Rusia, éste, con mucha frecuencia, ha "faroleado" (más delicadamente puedo decir: "ha jugado al azar"); muchí-

mente la División "Ravenna") resistieron *brillantemente* los ataques de la infantería rusa, lanzada en el sector estratégico más delicado (ángulo de la "L").

Quien dijese lo contrario tendría que documentarlo. Durante seis días—del 11 al 16 de diciembre—, verdaderos montones de caídos rusos se acumularon ante las líneas italianas: el enemigo no pasó.

Trato de poner esto muy de relieve, porque la duración



simas veces ha obtenido éxitos. Aquella vez, en cambio, el adversario ha dicho: "allá voy". Y ha ocurrido una catástrofe.

Errores de conducción tácticoestratégica.—Si el planteo fué defectuoso, errores todavía más hondamente lamentables fueron cometidos durante la conducción de las acciones.

Nuestras tropas (II Cuerpo de Ejército y especial-

de la lucha y su resultado prueban claramente el "valor combativo" de que estaban dotadas las tropas italianas, incluidas aquellas que entraban entonces en fuego por primera vez.

Entonces lanzó el enemigo su masa acorazada. Simplemente: dos Cuerpos de Ejército acorazados (véase documento del XXI C. de E., adjunto) sobre el frente de una División de Infantería, empeñada desde hacía seis días.

El choque desproporcionado no se pudo sostener, y e

primero en ceder fué el Regimiento alemán, desplazado en el sector de la División "Ravenna".

Alcanzado el valle del Bogutschar, la masa acorazada maniobró velozmente sobre el centro ferroviario de Kantemirowka (tras el ángulo de la "L"), y desde allí efectuó una conversión hacia el este, avanzando con varias columnas en peine a la espalda de las Divisiones desplegadas frente al norte, tratando de unirse con otras Unidades de carros que habían atacado más al este nuestro frente y el rumano.

Aquí la dirección de los Mandos alemanes incurre en los más graves errores.

Ante todo, durante la batalla que se desarrolló sobre el frente del II C. de E., no fué ofrecida ninguna información a los Mandos de las otras Divisiones, no sólo acerca del desarrollo de las acciones, sino tampoco respecto a su comienzo. Y esto, no obstante las demandas explícitas de los mismos Mandos, los cuales habían intuido algo.

Este modo de actuar, motivado seguramente por una jactanciosa confianza—característica especialmente en el Mando del XXIX C. de E., que, repito, tenía a sus órdenes las Divisiones "Torino", 3.^a Motorizada y "Sforzesca"—, impidió a los Mandos de División el tomar muchas, importantes y oportunas disposiciones preventivas.

Además, cuando la lucha se encendió también sobre su frente y hubo ligeras fluctuaciones, el Comandante del XXIX C. de E. (General Hostfelder) prohibió absolutamente la evacuación de cualquier elemento de los *servicios* y *depósitos avanzados* (bien provistos de recursos invernales), y así hizo caer en manos de los rusos—sólo sobre el frente de la Motorizada—dos hospitales de campaña y dos núcleos de subsistencia, que muy bien podían haberse salvado, dado que la penetración era poco después taponada por los "bersaglieri" del 6.^o Regimiento.

Esta orden poco inteligente, pero característica de la inelasticidad germánica, fué repetida en otras ocasiones y para otras Divisiones, comprometiendo en la lucha materiales y carburantes que hubiera sido fácil e importante salvar, desde el punto de vista material y moral.

Sin embargo—olvidando estos episodios particulares de mediocre valor—, la culpa más grave del Mando alemán fué el *no haber comprendido* la situación, a pesar de las informaciones precedentes, el planteo de la batalla y el desarrollo adquirido por ésta.

Con una testarudez incomprensible se dió, se mantuvo y se remachó la orden de "resistencia a ultranza sin ceder terreno", a pesar del progresivo cambio de la situación.

El Mando alemán no comprendió, ni aun cuando los carros rusos llegaron a Kantemirowka, que se trataba de una extensa maniobra. Por ejemplo, el XXIX C. de E. alemán, ciego y sordo a lo que ocurría a su izquierda, osaba suponer que rechazaría algunas infiltraciones sobre su sector con el contraataque que debía efectuarse al día siguiente con una Compañía de ingenieros ferroviarios (¡sus reservas!), mientras no comprendía que estaba ya encerrado en una inmensa garra.

A pesar de que los mismos Mandos de división tuvieron que combatir personalmente para abrirse paso, porque fueron atacados por la espalda directamente, el Mando del XXIX C. de E., en el anochecer del 19 de diciembre, aún confirmaba la orden para las tropas en línea de permanecer cada uno en su puesto.

El repliegue estratégico efectuado a tiempo habría podido permitir la constitución de un frente más retirado y más corto y habría salvado tropas valiosas. Por el contrario, la defectuosa elasticidad de concepción estratégica condujo a la pérdida de nuestras mejores tropas. En efecto, por ejemplo, cuando en la noche del 20 de diciembre el Mando del XXIX C. de E. vió que iba a ser cercado con todas sus tropas y dió la orden de retirada—inmediatamente antes de huir a 60 kilómetros más al sur—, ya no fué posible hacer nada. Las tropas estaban ya encerradas por la espalda; la División "Torino" logró liberarse en mínima

parte (700 supervivientes); el 3.^{er} Regimiento de "bersaglieri", durísimo en ceder, permaneció en su puesto y ni uno solo—digo, uno—de los combatientes escapó de la furibunda lucha emprendida; la División "Sforzesca", sorprendida por la orden (redactada en forma alarmista y no precedida de aviso previo; acompaña copia de ella) no pudo efectuar a tiempo y en orden el repliegue.

Como si esto no bastase, el Mando alemán insistió—y no sólo con nosotros, sino también con los elementos del 3.^{er} Ejército rumano—durante toda la retirada en el propósito de organizar líneas de resistencia a ultranza con resultado catastrófico.

Esto en oposición con el elemental principio de economía de fuerzas, que aconsejaba el repliegue de las unidades eficientes a una línea más distante.

Tal idéntica, precisa y testaruda concepción se reafirmó exacta e integralmente un mes después, en ocasión de la prosecución de la maniobra rusa al norte, en el sector del C. de E. Alpino y del Ejército húngaro.

En síntesis, la caída de la línea del Don fué debida:

- a una equivocada (o a una aventurada) valoración de la situación estratégica y consiguiente planteo equivocado del despliegue;
- a una equivocada conducción de las operaciones, en la cual faltó una verdadera visión de la situación en curso y se observó la ausencia de toda "maniobra" por parte alemana.

Frente a esta documentación fracasan todas las mezquinas tentativas de atacar a fondo el valor de las tropas italianas y aliadas.

Por consiguiente, aunque se puedan citar como ejemplo y testimonio de alto valor militar y de gran capacidad combativa, los seis días de resistencia de la "Raoesma", el comportamiento de la División "Julia", el heroísmo de la famosa columna "Carloni" (3.^a Motorizada) en la protección del repliegue; sin embargo, no se insiste sobre tales pruebas por no descender a visiones particulares impregnadas de subjetividad, ya que, por el contrario, los argumentos expuestos ofrecen por sí solos abundante materia de demostración de la tesis propuesta.

Hemos querido resumir en un cuadro sintético—documentado con nombres, fechas, lugares e indicaciones de órdenes—las causas operativas del fracaso invernal 1942-1943, para fijar la verdad en el convencimiento de los italianos y de quien nos escucha en el Extranjero, antes de que fáciles y cómodas versiones inexactas encuentren acogida, y para revalorar, al menos en cuanto respecta al episodio en cuestión, las tan calumniadas capacidades bélicas italianas.

Copia de la Orden XXIX Cuerpo de Ejército.
del 19 diciembre 1942, horas 23.

Radiograma. (Traducción.)

Desde el Mando XXIX C. de E.
Al Mando 3.^a División Motorizada (transmite oficina de transmisiones alemana).

Expedido el 19 - 12 - 1942, horas 22,15
Recibido el 19 - 12 - 1942, horas 23,00

"2 298. Dos Cuerpos acorazados enemigos han alcanzado desde occidente la carretera Diogtewo-Meschoff. Hay orden de mantener la posición de repliegue y la línea principal de defensa. Columnas cercadas (en formación de repliegue) de todas las armas abrirse camino hacia el sur, evitando carreteras principales dirección Kaschary (30 Km. S. E. Diogtewo) y mantener comunicación con el Cuerpo."

I a.

La evolución de los principios de la guerra

Mayor D. ALBERTO LAMMIRATO.—
Extractado de la *Revista Militar* argentina.

I.—¿Principios de la guerra o de la Conducción?

Las características de la guerra actual, en la cual intervinen todas las fuerzas que componen un Estado moderno: fuerzas armadas, económicas, financieras, morales y políticas, podrían dar lugar a la reflexión de si podemos seguir llamando principios de la guerra a aquellos cuya aplicación, aun cuando denominados con expresiones militares (ofensiva, seguridad, etc.), pareciera haber quedado circunscrita a las *actividades militares* propiamente dichas.

Lo que podemos dejar establecido desde ahora es que el *concepto original* de "principios de la guerra" respondía únicamente al *aspecto militar* de la conducción de la guerra, la cual se subdividía en dos ramas: la *estrategia* y la *táctica*.

II.—La Estrategia y la Táctica.

Hasta antes de la guerra de 1914, la conducción de las operaciones presentaba dos campos de acción que daban lugar a dos artes o ciencias, según se las quiera llamar.

Esas fueron la *estrategia* y la *táctica*, con lo cual dieron lugar a los términos *estratega* y *táctico*, para señalar a los que las estudiaban y aplicaban.

A partir de la fecha mencionada, con motivo del aumento de los lugares donde se desarrollaba la guerra y el ensanchamiento de esos lugares, nació un término que no puede emplearse con la facilidad de los otros, por la falta de expresiones derivadas. Me refiero a *operativo*. En efecto, ya que existe una ciencia o arte denominada "Estrategia" y otra "Táctica", debiera existir la ciencia y arte "Operativa" y el término correspondiente para el que la practica.

Esta especie de contrasentido o defecto en la terminología, unida al desarrollo y extraordinaria influencia de la aviación, tiene que dar lugar a alguna variación en el significado de los términos *estratégicos* y *tácticos* y en el de su instancia intermedia: la expresión *operativa*. Pero para poder apreciar si ello es posible, recordemos lo que significan los términos en cuestión, tomando algunas de las muchísimas definiciones existentes.

Estrategia es la ciencia del general en jefe (Archiduque Carlos); es el arte de mandar los ejércitos (Rustow); es la que se refiere a la conducción total de las fuerzas puestas en juego (Perón); es el arte de emplear las fuerzas y los medios militares para alcanzar el objeto de la guerra. Es la ciencia de las grandes operaciones militares; trata de la conducción de los ejércitos para llegar a la batalla (Silva Plazas); es la ciencia y arte de conducir las operaciones fuera del campo influido por las armas y demás elementos de combate (Cernadas).

Táctica es la parte esencial del arte de la conducción de la guerra. Comprende exclusivamente la dirección y el uso de las fuerzas organizadas y dotadas especialmente para la lucha, durante la crisis del choque de las mismas, es decir, en el combate (Cernadas); es el arte de pelear en el terreno donde se efectúa el choque (Jomini); es la enseñanza del arte de dirigir las tropas (Balck); es el conjunto de reglas a que se ajustan en su ejecución las operaciones militares (Espasa-Calpe).

En lo que respecta a lo *operativo*, pocos son los que se ocupan de ello. Se lo ha definido diciendo que es un concepto de *estrategia*. Al paso que el conductor hace *estra-*

tegia, sus subordinados únicamente operan (Kaplan); es la conducción parcial de las *unidades operativas* desde sus zonas de concentración hasta la toma de contacto con el adversario. También corresponde esta denominación a la conducción del total de fuerzas empleadas en un teatro de operaciones secundario con respecto al principal (Perón).

Finalmente, y como aclaración de los tres conceptos sobre la *estrategia*, la *táctica* y la *operativa*, veamos lo que dijo el barón Freitag Loringhoven:

"En el Ejército alemán, y a partir del Estado Mayor, se ha ido suprimiendo la palabra *estratégico*. En lugar de esto, empleamos el término *operativo*, y con él señalamos más sencilla y claramente la diferencia con todo lo que se considera *táctico*. Todo lo que es *operativo* se desarrolla independientemente del verdadero combate, mientras que con la expresión *estratégico* las cosas se confunden fácilmente, como lo ha demostrado el ejemplo de nuestros adversarios, quienes hablan de condiciones *estratégicas*, cuando no se trata más que de cuestiones puramente locales. El empleo del término *estrategia*, en todo caso, debe quedar limitado a las más importantes disposiciones de la conducción de los ejércitos."

Todas estas definiciones, similares en su contenido, resultan más o menos exactas, aun cuando algunas de ellas no tanto confusas, mientras no salen del campo doctrinario; pero cuando es menester aplicarlas, surgen, por lo general, las imperfecciones derivadas de su enunciación. Y no puede ser de otro modo, porque el significado de lo *estratégico*, *operativo* y *táctico* varía según la potencialidad del país y la magnitud del teatro de la guerra. A estos factores hay que agregar la extraordinaria influencia de la aviación.

Nosotros *podríamos* tal vez separar bien el empleo de los tres términos, refiriéndonos, respectivamente, a la conducción total, a la de uno de los frentes de operaciones y a la del combate. Pero si nos atenemos a la conducción de la guerra por los Estados Unidos, por ejemplo, veremos que sería necesaria la creación de términos nuevos. En efecto, la guerra en Europa presentaba varias zonas de operaciones separadas por grandes distancias y con condiciones geográficas distintas. Otro tanto acontecía en el Asia.

Las separaciones entre lo *operativo* y lo *estratégico* eran las resultantes de las relaciones de mando establecidas y de los medios puestos a disposición de cada mando.

La misma fragilidad de las definiciones mencionadas se advierte cuando se estudian en la materia *táctica* diversos aspectos de las actividades de la tropa en campaña. Por ejemplo: las marchas cerca o lejos del enemigo terrestre, un jefe de una unidad de tropas debe adoptar previsiones para atenuar los ataques de la aviación enemiga. Pregunto: ¿es *táctica*? No, según las definiciones expresadas. Entonces se trata de medidas *operativas*, porque, al atenuar los efectos de la aviación enemiga, se mantiene la capacidad combativa de la tropa y ésta concurre a la batalla en mejores condiciones, aun cuando medie un mes para realizarla. Pero esas medidas no son de carácter *operativo*: han sido dispuestas por un jefe de Regimiento que no es un mando de una unidad *operativa*. Lo mismo puede decirse de las otras medidas para regular las energías de las tropas.

La confusión sigue en aumento, porque las unidades se clasifican en unidades *operativas* y en unidades de tropas.

Como consecuencia de ello, vemos que a veces se habla de resoluciones operativas en un mando de División cuya unidad de combate está encuadrada dentro del marco del Ejército, y se hace referencia a resoluciones tácticas para un jefe de Regimiento reforzado que actúa aisladamente en una frontera.

Otras veces acontece que, en una batalla, el Comandante del Ejército que manda una unidad operativa interviene directamente con la Artillería de Ejército en una parte de su frente; esa actividad, que es combate, estaría reñida con la clasificación que doctrinariamente corresponde al mando del Ejército. Es que las unidades, los mandos, las misiones, los grados de la jerarquía militar y otras cosas de la vida diaria *no deben llevar nombres cuyo significado no se ajuste estrictamente a su actividad*. Podrán llamarse grandes unidades o *unidades superiores*; pero más simplemente el nombre que tienen, aun cuando fuere más largo Divisiones, Cuerpos de Caballería y Ejército. Los errores de designación señalados dan lugar a las frases hechas, cuyos perjuicios son harto conocidos en la vida militar.

Todo lo dicho referente a lo estratégico, operativo y táctico quedaría solucionado si el arte de la guerra, en lo que se refiere a las actividades militares, se llamara únicamente *Conducción de tropas*. No interesa qué clase de conducción se realiza; baste saber la misión y los medios de que se dispone para cumplirlos, que no va a proceder mejor ni peor por el hecho de ser un táctico, un estratega o un "operativo". La subdivisión de la materia "*Conducción de tropas*", para su estudio, estará dada por la magnitud de las unidades que se emplean: ejército de campaña, divisiones, regimientos, batallones, etc.

Si a ello agregamos que hoy día se hace táctica en el juego de fútbol, y estrategia en la colocación de buzones o en la situación que los galanes toman en las esquinas de las calles más concurridas por el sexo débil, veremos que es una razón más para ir evolucionando hacia una palabra que *modestamente* nos indique qué debemos hacer para el empleo de las tropas en la guerra. Así se terminará con los estratagemas y los tácticos, cuya pomposidad de expresión nos puede llevar a graves desengaños.

En consecuencia, llamando conducción al arte de emplear las fuerzas y medios para cumplir con la misión recibida y basándose éstos en enseñanzas inmutables de hechos anteriores llamados principios, es lógico que éstos sean llamados *Principios de la conducción*.

III.—Los Principios.

1. Las opiniones particulares.

Muchas son las opiniones vertidas acerca de los principios. Hay autores que niegan su existencia y otros que señalan un gran número de ellos. Napoleón, que fué un gran estudioso de los grandes conductores, le dice a Marmont en una carta, entre otros conceptos, lo siguiente:

"Recuerde usted siempre estas tres cosas: reunión de las fuerzas, actividad y firme resolución de morir con gloria. Son estos tres grandes principios del arte de la guerra los que siempre me han hecho favorable la fortuna en todas mis operaciones."

Jomini y Clausewitz dicen que existe un pequeño número de principios.

Von Bernhardi cita como grandes principios permanentes y decisivos a:

- 1.º El mantenimiento de la iniciativa.
- 2.º El empleo del ataque como forma decisiva de combate.
- 3.º La reunión de las fuerzas en la dirección decisiva.
- 4.º La elección de esta misma dirección.
- 5.º La superioridad de los factores morales sobre los simples medios materiales de acción.
- 6.º Las relaciones entre el ataque, y la defensa.

7.º La resolución de obtener la victoria.

8.º La política en absoluta dependencia de las exigencias y de los resultados de la conducción de la guerra, es decir, del poder guerrero.

El General francés Bonnal especifica tres principios fundamentales:

1.º Conservar su propia libertad de acción y limitar la del enemigo.

2.º Imponer su voluntad al adversario, arreglándose para no sufrir la suya.

3.º Economizar sus fuerzas a favor de la masa, para obrar sobre el punto escogido y en el momento favorable con objeto de provocar la decisión.

Hay varios autores argentinos que han enunciado los principios. Para ser breves, citaremos al Teniente Coronel López Rivarola y al Mayor Cernadas. El primero ha mencionado 13 principios:

- 1.º La ofensiva.
- 2.º La iniciativa.
- 3.º La libertad de acción.
- 4.º La seguridad.
- 5.º La economía de fuerzas.
- 6.º La reunión de las fuerzas en tiempo y espacio.
- 7.º La cooperación.
- 8.º La coordinación de los esfuerzos.
- 9.º La continuidad de los esfuerzos.
- 10.º La rapidez en la concepción y la acción.
- 11.º La unión en todas las formas.
- 12.º La unidad de dirección y de mando.
- 13.º La sorpresa.

El Mayor Cernadas cita como principios los enunciados anteriormente como 1.º al 7.º y 13, y establece diferencias entre los principios de la conducción táctica y los de la estratégica.

2. Lo que debe entenderse por un principio.

Deben considerarse como un *principio* de la conducción aquellas enseñanzas que a través de los tiempos se han mantenido *inmutables* y son aplicables en *toda circunstancia*. En cambio, los procedimientos evolucionan constantemente como consecuencia de las variantes sufridas en los medios de lucha.

Esto, tal cual se enuncia, parece muy sencillo; pero la discriminación de qué prescripciones reglamentarias constituyen principios y cuáles son procedimientos ha dado lugar a opiniones diversas, y, sobre todo, cuando hay enseñanzas de guerra que, por su denominación, pueden ser ambas cosas: un principio y un procedimiento. Su aplicación al caso concreto nos presentaría la solución.

Así, tenemos la expresión de la *ofensiva*. Unos autores lo consideran un principio, y otros, un procedimiento o clase de combate, sosteniendo que, si fuera un principio, sería siempre posible su aplicación, como ocurre con el de "reunión de fuerzas en el lugar decisivo" con el de la seguridad y con otros. La doctrina de la "ofensiva a outrance" del General Grandmaison se funda en errores de apreciación sobre el valor de una expresión tomada como principio. En efecto, sería un error utilizar un procedimiento ofensivo (ataque) cuando la situación aconseja defenderse. Veamos el origen de esta cuestión para darnos cuenta de cuándo "la ofensiva" es un principio y cuándo no lo es.

Para nosotros, la palabra *ataque*, castiza y militarmente hablando, significa ir al encuentro del enemigo, embestirle o acometerle. Como consecuencia de la literatura extranjera, empleamos con igual significado la palabra *ofensiva*.

Este vocablo, que fue en su origen únicamente un adjetivo, se transformó por el uso en un sustantivo, cuyo significado es el de "prepararse para acometer al enemigo y acometerle de hecho", es decir, atacarle.

Como con una *actitud defensiva* (adjetivo) no es posible lograr la victoria, es menester actuar en forma ofensiva, lo que al enunciarse como "la ofensiva" debe considerarse como que el sustantivo está tácito, o sea la actitud ofensiva.

Lo mismo podríamos decir de la sorpresa para quienes la toman como un principio. Tenemos los resultados de las dos guerras mundiales, en que ambos adversarios han hecho uso de la sorpresa en mayor o menor escala para la realización de sus operaciones. Sin embargo, ella no les proporcionó *éxito decisivo* en la mayoría de los casos, por no decir en ninguno.

IV.—Los Principios de la segunda guerra mundial.

La guerra que acaba de terminar no ha modificado los principios. La intervención de mayores medios de lucha (humanos y materiales) ha dado lugar al establecimiento de procedimientos que permitieran el empleo y la subsistencia de todos los medios de combate. El mando único, los transportes aéreos, terrestres y navales, los medios para asegurar la potencia combativa de la tropa, los enlaces, la propaganda, etc., no han sido sino medios con el único fin de *reunir las fuerzas para procurar la decisión*. La *seguridad* ha sido un principio consagrado, no sólo

para las tropas de las zonas de operaciones, sino también para la zona del interior. La seguridad se ha organizado contra la acción aérea, contra la acción naval, contra el sabotaje, contra la acción de las nuevas armas, como una necesidad para no disminuir la capacidad bélica del país y para mantener la libertad de acción necesaria para obrar.

El paso de la defensiva a la *ofensiva* fué el medio que permitió a los aliados la recuperación de la iniciativa perdida y la terminación victoriosa de la guerra.

Es cierto que, al igual que los autores posteriores a la guerra de 1918, podemos desdoblarse cada uno de los tres principios mencionados en tantos aspectos cuantos son señalados en ellos; pero tal cosa no haría sino complicar su aplicación. Los elementos accesorios para poner en práctica los principios fundamentales espontáneamente concurren a la mente sin necesidad de recurrir a un esfuerzo de memoria. En cambio, el establecimiento por separado de numerosos principios puede dar lugar a la reedición de la frase del General Verdy du Vernois en el campo de batalla de Nachod: "Al diablo la Historia y los principios. ¿De qué se trata?"

Las materias primas y el potencial industrial

Teniente Coronel D. JULIO SANGUINETTI.—
Extractado de la *Revista Militar* argentina.

I.—DE LAS MATERIAS PRIMAS EN GENERAL

"El carbón y el hierro tendrán en la guerra futura la misma importancia que las operaciones militares y el heroísmo de las tropas." Así decía en 1937 Thomas, y nosotros agregamos que la guerra que acaba de terminarse confirmó la verdad de este aserto.

Hoy como ayer, la potencialidad económica de un Estado durante la paz, y con mayor razón en tiempo de guerra, depende en gran parte de sus recursos en *materias primas*.

Antes de proseguir, precisemos el concepto que encierran esas palabras. Para ello nos parece adecuada la siguiente definición formal: "Son materias primas las que una industria o fábrica necesita emplear en sus labores, aunque provengan, cual provienen frecuentemente, de otras operaciones industriales." Según esta definición, el acero y el cuero curtido, por ejemplo, que son productos finales de sus respectivas industrias, son a la vez materias primas para las industrias mecánicas y del calzado, que las utilizan en sus producciones. En el mismo sentido, los combustibles, lubricantes, materiales de consumo, herramientas, etc., que la industria emplea también en sus labores, son asimismo materias primas.

En este estudio, y con un criterio práctico, nos referimos especialmente a las materias primas que entran en los procesos de fabricación y se incorporan total o parcialmente en los productos elaborados.

El propósito es tratar las diferentes cuestiones desde el punto de vista de la economía en la defensa nacional, es decir, de acuerdo con las exigencias de la producción de guerra y del consumo de la población civil durante un conflicto; pero es indudable que la consideración de las posibilidades potenciales de un Estado nos llevará a examinar también su capacidad efectiva de producción y otros aspectos más, ligados especialmente con la economía de tiempo de paz.

Una de las cuestiones esenciales de la economía de guerra es la llamada *autarquía*, o *autosuficiencia* en todo lo

que un pueblo necesita para vivir o combatir. Esto ha llevado, antes de iniciarse esta última guerra mundial, a varias potencias, entre ellas Alemania, Italia y Japón, a efectuar serios estudios de economía dirigida y planificada, orientados sobre la base de que el país en supuesto estado de guerra dispusiese únicamente de sus recursos nacionales. La política seguida en la parte que más nos interesa, las materias primas, comprendía el refuerzo del equipo nacional de producción, el empleo de materiales "sustitutos" o de reemplazo, y, finalmente, la constitución de grandes "stocks". Juzgando por los hechos, la experiencia ha sido inútil e ilusoria. Como dice Possony, "la autarquía absoluta es tan imposible como la guerra total". En este mismo sentido es útil analizar el caso de los Estados Unidos de Norteamérica. A pesar de ser el país del mundo de mayores recursos y poseer un sistema de producción altamente desarrollado, está lejos de ser absolutamente autárquico. En efecto, en 1929, por ejemplo, importó unos mil millones de dólares en concepto de productos alimenticios y más de 1.500 millones de materiales en bruto y productos semielaborados o manufacturados. En el mismo año su industria absorbió el 80 por 100 de la producción mundial de caucho, cifra que estaba muy lejos de alcanzar con su propia producción; eso sin contar que muchas de sus industrias dependen de los abastecimientos de seda, estaño, sisal, yute y otros muchos que no se producen en su territorio.

En suma, debe desecharse la idea de una economía dirigida a ultranza que busque la absoluta autarquía. Estimamos, en cambio, equilibrado y deseable que un país se asegure un mínimo indispensable de suficiencia económicoindustrial, basado en sus propios abastecimientos de materias primas esenciales, sin lo cual una crisis puede paralizar el propio progreso y desarrollo, a más de que en guerra el país pueda sentirse impotente por la falta de ciertos abastecimientos que no puedan llegarle del exterior.

Desde el punto de vista del abastecimiento de materias primas, todos los países se encuentran, prácticamente, en

una de estas dos situaciones: o son relativamente autárquicos o tienen una escasa autosuficiencia. En cualquiera de las dos alternativas, y en la última con mayor razón, debe procurarse satisfacer las necesidades, sea acrecentando la producción interna de materias primas, sea acumulando reservas, o bien importándolas.

Sin duda que un índice para apreciar la capacidad industrial de un Estado consistirá en examinar el volumen de las materias primas que consume, sin dejar de reconocer que no siempre ese consumo tiene por qué coincidir necesariamente con la producción de artículos elaborados, ya que el grado de aprovechamiento puede ser variable, la capacidad manufacturera puede no marchar al mismo ritmo que la oferta de aquellas materias primas, o, recíprocamente, la industria puede emplear reservas acumuladas. Otro índice muy importante, también, consiste en examinar la producción de esas materias primas, sobre todo las que son esenciales para la economía.

En el estudio que sigue, y precisando lo que expresamos más arriba, sólo nos ocuparemos de las materias primas esenciales para la producción de guerra y el consumo de la población civil, prescindiendo de aquellas que entran en los procesos de elaboración como productos de consumo o elementos auxiliares.

II.—CLASIFICACION Y DEFINICIONES

Desde el punto de vista de la defensa nacional es conveniente clasificar las materias primas y definir cuidadosamente cada una de sus categorías. Con ello se facilita el cómputo de las necesidades a cubrir, recursos disponibles, déficits existentes, reservas a acumular, etc., y, sobre todo, el estudio general del problema con un criterio uniforme, especialmente en las cuestiones de movilización industrial.

Una clasificación muy útil, sobre todo para establecer un balance general de la suficiencia de recursos con que cuenta el país, consiste en formar cuatro grandes grupos de materias primas, según sea el grado de autarquía o autosuficiencia.

Clasificación de las materias primas por el grado de autosuficiencia

Primer Grupo	Segundo Grupo	Tercer Grupo	Cuarto Grupo
Autosuficiencia total (100 %)	Autosuficiencia superior al 40 %	Autosuficiencia inferior al 40 %	Autosuficiencia nula (0 %)
La propia producción puede abastecer totalmente el consumo.	La producción propia puede abastecer gran parte del consumo.	La producción nacional sólo abastece una débil parte del consumo.	No existe producción en el país.

Desde el punto de vista general de la economía, y en particular de la defensa nacional, conviene distinguir bien estas diferentes categorías de materias primas, esenciales, estratégicas, críticas, de reemplazo o sustitutos, recuperadas, sintéticas, etc.

Materias primas esenciales.—Dentro del concepto de la economía de guerra, son aquellas materias primas básicas absolutamente indispensables para la producción o fabricación del abastecimiento de las fuerzas armadas o del consumo imprescindible de la población civil en caso de guerra. Así, por ejemplo, es esencial el plomo y el acero para fabricar, respectivamente, municiones y armas.

Materias primas estratégicas.—Son aquellas que, siendo esenciales para la producción o fabricación del abastecimiento de las fuerzas armadas o del consumo imprescind-

dible de la población civil en caso de guerra, provienen totalmente, o en su mayor parte, de fuentes extraterritoriales o que, encontrándose en el propio país o en países que puedan ser aliados, no pueda contarse con ellas con seguridad por dificultades, sea de acceso a los lugares de producción, de transporte o de elaboración.

Materias primas críticas.—Son aquellas que, siendo esenciales para la producción o fabricación del abastecimiento de las fuerzas armadas o del consumo imprescindible de la población civil en caso de guerra, pueden ser obtenidas en las propias fuentes de producción, pero en cantidades insuficientes para satisfacer totalmente aquellas necesidades.

Materias primas de reemplazo o sustitutos.—En muchos casos, cuando las materias primas son insuficientes, es posible reemplazarlas o sustituirlas para ciertos usos industriales, y a veces para todos, aunque generalmente con menor rendimiento, con otras que existen o sean de más fácil obtención. Así, el mineral de hierro puede ser reemplazado por el "hierro viejo"; el caucho virgen, por el caucho "regenerado"; la hoja de lata, por el cartón, para algunos tipos de envases. A veces la sustitución se realiza con materias primas sintéticas, de las que nos ocuparemos en seguida.

Materias primas recuperadas.—La escasez de materias primas puede obligar a recuperar de la economía general del país ciertos productos. Por ejemplo, la recuperación del cinc de la hoja de lata de los envases usados, el caucho contenido en las cubiertas y artículos de goma usados, etc.

Materias primas sintéticas.—La sustitución de ciertas materias por otras, obtenidas por procesos sintéticos, ha llegado a tener en la actualidad un desarrollo extraordinario, de ponderable valor en tiempo de paz y aún mayor en caso de guerra. Citaremos la producción de caucho sintético a base de petróleo, carbón o alcohol, los productos azoados, el rayón, la lana vegetal, los plásticos, los tejidos impregnados en resinas sintéticas útiles hasta para fabricar piezas de máquinas, la gasolina sintética, etc.

III.—MATERIAS PRIMAS ESENCIALES

A los fines de defensa nacional, y muy especialmente de la preparación de la movilización industrial, es necesario conocer cuáles son las materias primas esenciales para la producción de guerra, las que, como se verá, coinciden en gran parte con las que también son básicas para la industria de paz.

El carbón y el acero son las materias industriales más importantes; el primero es necesario como combustible y como fuente de otros productos derivados: cok, gas, alquitrán y otros; el acero, por su parte, es el metal por excelencia de la economía y es indispensable para la fabricación de armamentos. No es casual que las grandes potencias mundiales ocupen una posición de privilegio por su producción y consumo de carbón y mineral de hierro, tal como lo demuestra este cuadro:

PAISES	Carbón	Mineral de Hierro
Rusia.....	103	107
Estados Unidos.....	104	98
Gran Bretaña.....	136	70
Francia.....	71	140
Japón.....	108	65
Alemania.....	123	30

Término medio de 1925 a 1929; para Rusia, de 1929 a 1932. Datos citados por H. Mendershausen en *Economía de guerra*, Buenos Aires, 1943, página 40.

**Principal empleo de las materias primas esenciales
en la producción de guerra**

DESIGNACION	EMPLEO
Acero.....	Armas blancas, tubos para armas de Infantería y cañones, cuerpos de proyectiles, motores y vehículos, etc.
Aceites lubricantes.....	Usos generales.
Acido nítrico.....	Explosivos: Básico para gran cantidad de industrias de guerra.
Acido sulfúrico.....	Explosivos: Idem, id.
Alcohol.....	Explosivos: Idem, id.
Algodón.....	Nitrocelulosa, algodón pólvora, tejidos e hilados.
Aluminio.....	Construcción de aviones.
Azufre.....	Explosivos.
Antimonio.....	Municiones.
Berilo.....	Aleaciones especiales. Bomba atómica.
Carbón.....	Cok, combustibles derivados.
Caucho.....	Cubiertas, vestuario, etc.
Cemento.....	Obras de fortificación.
Cuero.....	Correaes, arneses, monturas, calzados.
Celulosa.....	Explosivos, papel.
Cinc.....	Municiones, espoletas, latón.
Cobre.....	Municiones, espoletas, equipos eléctricos.
Cromo.....	Aceros especiales.
Estaño.....	Municiones, espoletas, envases, metales antifricción y bronce.
Fibras de yute, cáñamo, lino de manila, rayón y fibras artificiales.....	Paracaídas, uniformes, correaes, envases.
Iridio.....	Acido sulfúrico, catalizador.
Lana.....	Uniformes.
Maderas.....	Envases, construcciones ligeras.
Magnesio.....	Estructuras metálicas ligeras, construcción de aviones, municiones fumígenas y trazadores.
Manganeso.....	Aceros especiales, cristales, pilas.
Mercurio.....	Fulminato de mercurio.
Mica.....	Material aislante.
Mineral de hierro.....	Aceros comunes y especiales.
Molibdeno.....	Acido sulfúrico (catalizador).
Níquel.....	Aceros especiales.
Paladio.....	Acido sulfúrico (catalizador).
Petróleo y sus derivados.....	Combustibles, lubricantes.
Platino.....	Acido sulfúrico (catalizador).
Plomo.....	Municiones para armas ligeras de Infantería, balines.
Seda.....	Paracaídas, uniformes, tejidos en general.
Tungsteno.....	Aceros especiales, herramientas de alta velocidad, lámparas de radio.
Uranio.....	Bomba atómica.
Vanadio.....	Aceros especiales.

No hay duda de que la potencialidad industrial depende de un abastecimiento fácil y suficiente de materias primas esenciales; de ahí que el estudio de las mismas desde tiempo de paz deba constituir una preocupación permanente para el organismo que dirija la preparación de la movilización industrial.

IV.—PRODUCTOS ALIMENTICIOS

Es indudable que los países que no posean una autarquía alimenticia suficiente y, llegado el caso de un conflicto, pudieran no llegar a dominar las grandes rutas marítimas, se verían en serias dificultades. Tal ha sido el caso, en esta guerra, de todos los pueblos europeos controlados por Alemania, hambrientos a consecuencia del bloqueo de los aliados.

Pero asimismo, para las naciones que poseían el dominio marítimo, la situación se torna angustiosa. Tal fué lo ocurrido en Inglaterra, por ejemplo, debido, por un lado, al hundimiento de sus barcos (1); por otro, a la necesidad de destinar al máximo las bodegas disponibles para el transporte de materias primas esenciales y materiales de guerra, y, finalmente, la disminución en el rendimiento, originado por la "navegación en convoy" (2).

La situación a que se llegó en Inglaterra en el dominio alimenticio se puede apreciar en el cuadro siguiente, donde se ve claramente que sobre un total de 18 artículos esenciales, en el 50 por 100 de los casos ha debido disminuirse el consumo por habitante, compensándolo con un aumento correlativo en el 50 por 100 restante. Es de imaginarse la acción desplegada para llegar a tal estado de equilibrio.

Consumo civil de alimentos principales, por persona y por semana

DESIGNACION	UNIDAD	Promedio anual 1934-38 (preguerra)	Promedio anual 1940-43 (guerra)	% de aumento (+) o disminución (-)
Manteca.....	Gramo.	237	93	- 61 %
Margarina.....	—	86	163	+ 89 %
Queso.....	—	84	101	+ 20 %
Huevos frescos	Unidad	3	2	- 33 %
Huevos en polvo.....	Gramo.	6	11	+ 80 %
Leche fresca..	Cm ³	1.850	2.260	+ 22 %
Leche condensada.....	Gramo.	15	23	+ 49 %
Pescado fresco.	—	203	126	- 38 %
Pescado conservado.....	—	35	35	0 %
Carne fresca..	—	946	765	- 19 %
Carne conservada.....	—	28	45	+ 63 %
Tocino y jamón	—	261	185	- 29 %
Té.....	—	89	77	- 13 %
Azúcar.....	—	951	608	- 36 %
Harina.....	—	1.700	1.970	+ 16 %
Patatas.....	—	1.540	1.970	+ 28 %
Frutas frescas.	—	845	440	- 48 %
Otras frutas y jugos.....	—	255	152	- 41 %

(1) De los 5.758 barcos perdidos en total por los aliados y neutrales desde comienzos de la guerra hasta fines de 1943, correspondieron a Inglaterra 2.921 unidades, o sea el 50 por 100, aproximadamente, según publicaciones semificiales.

(2) Se origina una gran pérdida de tiempo, ya que los barcos cargados en los puertos tienen que esperar la carga de los que habrán de completar el convoy para poder hacerse a la mar.

De una manera general estimamos, junto con otros autores, que para que un país pueda considerar asegurada su autarquía alimenticia durante un conflicto, debe disponer en la paz de una producción del 130 por 100 del consumo anual de paz, calculando que la guerra puede originar una disminución de casi un 30 por 100.

Es tan capital para la guerra el conseguir la necesaria autarquía alimenticia, que en Alemania se llegó a prever y emplear como recursos para salvar las deficiencias de su producción alimenticia:

- la utilización de mezclas de harinas de pescado, patatas, trigo y maíz, en lugar de la harina de trigo para elaborar el pan;
- el empleo de madera tratada químicamente (sacarificación fluorhídrica), en lugar de azúcar;
- el empleo de aceite de ballena, en lugar del aceite común de mesa.

Para estudiar la potencialidad de un país, conviene referirse a los productos alimenticios considerados esenciales para la vida humana; tales serían:

1. Aceite.
2. Arroz.
3. Aves de corral: gallinas, gansos, patos y pavos.
4. Azúcar.
5. Cacao.
6. Café y té.
7. Carnes: de vacunos, ovinos, caprinos y porcinos.
8. Cereales: trigo, cebada, avena, centeno y maíz.
9. Conservas.
10. Frutas frescas y secas.
11. Grasas comestibles.
12. Hortalizas.
13. Huevos.
14. Leche.
15. Manteca.
16. Patatas.
17. Pescado.
18. Queso.
19. Vino.

V.—RESERVA DE MATERIAS PRIMAS (1)

Desde el punto de vista de las exigencias de la guerra, es evidente que elementales razones de seguridad nacional obligan a acumular en un país ciertas reservas de materias primas esenciales, cuando ellas sean insustituibles y al mismo tiempo de imposible o insuficiente producción en el país, como son específicamente las estratégicas y críticas.

Es de hacer notar que una reserva adecuada de materias primas, provenientes del exterior o del propio país, puede representar una cierta autarquía momentánea durante el transcurso de un conflicto, lo cual puede ser absolutamente necesario como consecuencia del estado de las relaciones internacionales al estallar la guerra, o más directamente a la raíz de la falta de dominio de las grandes rutas marítimas.

Las reservas deben ser suficientes como para hacer frente a las necesidades de fabricación de los abastecimientos de las fuerzas armadas hasta tanto la propia producción de materias primas se haya organizado y alcanzado el nivel requerido por aquellas necesidades; se entiende establecidas de acuerdo con los planes de movilización industrial previstos.

Establecido para cada una de las materias primas esen-

(1) Por supuesto que no nos referimos aquí a las reservas de materiales, armas, municiones, etc., destinadas a las fuerzas armadas, las que, sin duda, son también absolutamente necesarias. Tampoco nos referimos a reservas de productos de uso industrial elaborados o semielaborados, de lo que somos contrarios, por no ser eso lo más urgente y obliga a inmovilizar grandes capitales (mano de obra, amortizaciones de instalaciones, gastos generales, etc.).

ciales el balance entre las necesidades, de acuerdo con la guerra que se haya previsto y las posibilidades de producción y existencias nacionales de tiempo de paz, se podrá saber las cantidades que habrá que acumular como reserva. La fórmula de Koeth, que damos a continuación, puede servir para esos cálculos:

$$R = CD - P,$$

donde R representa la reserva a acumular; C , la cuota de consumo anual; D , la duración en años de la guerra prevista, y P , la producción anual del país.

Decidida la formación de una cierta reserva, debe preverse si habrá de afectarse:

a) Como reserva exclusiva de las fuerzas armadas.

b) Como reserva exclusiva del Estado o con la participación de aquellas.

c) Como reserva a cargo de entidades privadas, estimuladas por una acción adecuada; primas, liberación de impuestos y de derechos de Aduana, preferencia en las adquisiciones por parte del Estado, etc.

La dificultad mayor para la formación de grandes reservas de materias primas es el enorme gasto que ellas representan para el Estado, ya que en la mayoría de los casos no podrá ser absorbido totalmente por las entidades privadas.

Una política previsora, que esté dentro de las posibilidades financieras del país, sería incluir durante diez o quince años en el presupuesto anual de la Nación una partida destinada a la formación de reservas y materias primas esenciales, las que se podrían adquirir en el exterior o en el propio mercado, en las épocas más propicias. Se obrará de acuerdo con un plan regulable, de conjunto, que armonice las necesidades propias de las fuerzas armadas y las de la economía nacional del país.

VI.—LAS RIQUEZAS MINERAS

La estrecha vinculación existente entre la capacidad de producción de materias primas esenciales y las explotaciones mineras nos lleva a tratar de este tema.

El conocimiento de las riquezas del subsuelo, en cuanto a su potencia, calidad, situación y, en general, con respecto a las posibilidades económicas de explotación, son la base para estructurar la política minera.

Es evidente que no basta con poseer riquezas mineras, es necesario que ellas sean explotables; para ello:

a) Los yacimientos deben ser de fácil acceso físico, situados no muy cerca de probables teatros de operaciones, ni muy lejos de los centros de consumo, con los cuales deben estar ligados, por otra parte, con comunicaciones fáciles y económicas. En caso contrario, a igualdad de las demás circunstancias, los gastos de transporte podrían llegar a hacer antieconómica la explotación frente a las importaciones.

b) Con igual criterio, la potencia, la ley del mineral, la calidad general del yacimiento, la posibilidad de obtener un producto de valor y fácil elaboración por los métodos técnicos corrientes, la posibilidad de emplear combustibles y energía baratos, deben ser tales, que ofrezcan también las perspectivas de una explotación conveniente.

Razones de defensa nacional, sin embargo, pueden hacer perder valor al factor económico, tan fundamental en la economía puramente de tiempo de paz.

No hay duda de que el primer paso a dar habrá de consistir en apreciar los recursos potenciales del país mediante trabajos de investigación sistemáticos, y no a base de problemáticas estimaciones, iniciando simultáneamente nuevas explotaciones mineras y poniendo a punto los procesos de obtención, tan pronto se posean las bases mínimas indispensables. Hay que recordar las exigencias de la movilización industrial y, sobre todo, que en este terreno las explotaciones no se improvisan, y menos pueden iniciarse cuando las necesidades de la guerra apremian.

VII.—LA POLITICA DE LAS MATERIAS PRIMAS

Las materias primas forman la base de sustentación de la economía; su disponibilidad, en cantidades y calidades suficientes, es decisiva en toda actividad industrial, pacífica o bélica. Una acertada política es, pues, fundamental y necesaria desde el punto de vista nacional. Una industria, por desarrollada y poderosa que sea, si depende del abastecimiento de materias primas extranjeras, no tiene un valor definitivo. Tal ha sido el caso de Italia, cuya industria de guerra, dependiente de los abastecimientos del exterior (más del 97 por 100 en carbón y más del 25 por 100 en mineral de hierro), no alcanzó a satisfacer las demandas de sus fuerzas armadas en el último conflicto.

La política general a desarrollar debe abarcar estos tres aspectos: acrecentamiento gradual de la producción de materias primas, elaboración de sustitutos y formación de reservas.

La explotación de las propias reservas naturales, de acuerdo con las necesidades y posibilidades, con el criterio de incorporar cuanto antes a la economía, las materias primas que requiere el consumo interno y la defensa nacional, sin confiar únicamente en que circunstancias fortuitas hagan posible la iniciativa privada. En ese sentido, las materias primas que deben ser objeto de una consideración especial dentro de la política expresada, serán las críticas y estratégicas y, en general, aquellas que sean esenciales para el desarrollo de la economía nacional.

Las medidas específicas a tomar por el Estado para alcanzar los fines expuestos debieran comprender, a nuestro juicio:

- fomentar la creación de fuentes de energía eléctrica barata, utilizando la hulla blanca;
- propender a que se desarrollen con mayor amplitud los medios de transportes: terrestres, aéreos y fluviales.
- estimular la importación de materias primas y la formación de reservas cuando ellas no se puedan producir en el país;
- estimular la importación de maquinarias e instalacio-

- nes industriales que no puedan tampoco producirse en el país;
- estimular la entrada al país de técnicos extranjeros y el perfeccionamiento de los que existan, otorgándoles becas apropiadas;
- fomentar la exportación de artículos manufacturados, fabricados con materias primas totalmente nacionales;
- estimular la normalización en el empleo de materias primas para reducir su número y la variedad de calidades, formas y dimensiones;
- difundir el uso de materias primas y productos nacionales, evitando su importación;
- velar para que, debido a una competición perturbadora, no desaparezcan ciertas industrias extractivas esenciales;
- estimular la incorporación de capitales nacionales o extranjeros, alentándoles con la propia participación del Estado en sociedades mixtas;
- llevar al día, por intermedio de organismos competentes, un registro de las materias primas, para conocer en todo momento la producción, existencias, consumos, distribución, etc.;
- disponer una revisión total de la legislación que rige las actividades económicas del país, para crear instrumentos legales de estímulo y que no puedan representar trabas a su desarrollo;
- fomentar la aplicación de nuevos procedimientos y el mejoramiento de los métodos existentes, para aumentar la producción, organizando institutos tecnológicos nacionales adecuados al desarrollo económico del país;
- intensificar la búsqueda, reconocimiento y cubicación de los yacimientos existentes, sobre todo los de minerales metalíferos.

Las medidas de fomento y estímulo podrían comprender, además:

- la reducción en las tarifas de transporte;
- la rebaja en las tasas impositivas;
- la protección aduanera;
- el otorgamiento de crédito industrial y minero;
- el aporte de capital del Estado en sociedades mixtas, etcétera.

Oficiales de Intendencia al servicio del Protectorado

Capitán de Intendencia LUIS GUIJARRO, pagador de la Alta Comisaría.

Creemos de interés, por ser poco conocidas, hablar de las misiones que corresponden a los Oficiales de Intendencia que al ser destinados a la Agrupación de Mehal-la o al Servicio de Intervenciones del Protectorado, pasan, según el lenguaje del *Diario Oficial*, "a la situación prevenida en el párrafo 2.º del artículo 2.º del Decreto de 23 de septiembre de 1939"; y lo creemos de interés, porque siendo destinos francamente atractivos, no sólo por la distinción militar que significa su logro, sino porque se prestan a poder efectuar en ellos una lucida actuación personal, ha habido ocasiones en que, anunciadas vacantes, ha sido exiguo, por no decir nulo, el número de instancias presentadas para cubrir las.

En el momento en que escribimos estas líneas hay algunas plazas sin cubrir y otras de Capitán cubiertas por Tenientes. La causa no puede ser otra, como decimos, que la escasa divulgación hasta el presente entre los Oficiales del Cuerpo de la situación y de la misión de los que ocupan estas plazas, y este modesto trabajo tiende a remediar, en lo que pueda, esta falta.

No vamos a tratar de los detalles técnicos de los Servicios que prestan, primero, porque resultará inútil teorizar sobre este asunto, en que simplemente los más vulgares conocimientos de Contabilidad, junto con la práctica, que se adquiere rápidamente, y la buena voluntad de trabajo, llevan a buen fin; y segundo, porque aspiramos a que este trabajo tenga la mayor amenidad posible, no solamente para los componentes del Cuerpo, sino también para los restantes Jefes y compañeros del Ejército.

Empecemos a tratar de las Pagadurías de Mehal-la y seguiremos con las de Intervenciones.

Cada Mehal-la cuenta con su Pagaduría propia, de la que es Jefe nato el Teniente Coronel Primer Jefe Instructor—es sabido que en estas unidades los Jefes y Oficiales españoles ostentan el cometido de instructores, siendo los Caídos los que ejercen el mando directo de las tropas—, y desempeña el cargo de Pagador un Capitán de Intendencia, auxiliado en sus funciones por el personal necesario. Esta Pagaduría, siempre por conducto de su Jefe nato, depende para el cumplimiento de su mi-

sión, y sin dejar por ello de ser parte integrante de la Mehal-la respectiva, de la Delegación de Hacienda de la Alta Comisaría, a la que habrá de remitir, después de examinados por el Comandante Interventor afecto a la Unidad, todos los documentos de reclamación de fondos y de justificación de su inversión. No vamos a detallar aquí, por ser enojoso e innecesario, las funciones que corresponden al Pagador, y únicamente diremos que su trabajo ha de presidirlo siempre el afán de ayuda y protección al marroquí, ya que se trata de soldados que, por servir fielmente a Marruecos, sirven a España. Poco más se puede decir de cada Mehal-la por separado que no dé aridez al tema. Todas ellas forman la Agrupación de Mehal-las bajo la Inspección del Alto Comisario, el cual tiene delegadas de un modo permanente sus atribuciones en un Coronel Subinspector. Análoga a las de las Mehal-las funciona la Pagaduría de la Subinspección, con los mismos cometidos que aquéllas y para el personal destinado en la misma. Al frente de ella, o mejor dicho, puesto que su jefe es el propio Coronel Subinspector, como Pagador de la misma, figura un Teniente de Intendencia.

Otro carácter revisten las Pagadurías del Servicio de Intervenciones; su cometido es más complejo, y el mismo aspecto politicomilitar del servicio queda reflejado en los órganos administrativos del mismo.

Antes de seguir adelante, vamos a hacer un pequeño bosquejo del régimen de Pagadurías que rige en la Zona a partir de 1 de enero de 1944, para destacar sobre el fondo de la Organización Administrativa del Protectorado la parte importante que se le asignó al Cuerpo de Intendencia Militar en el citado régimen.

Como es sabido, nuestra Zona de Protectorado en Marruecos está dividida en cinco Territorios, a saber: Yebala, que tiene por capital Tetuán; Gomara-Chauen, cuya cabecera es esta última población; Territorio del Lucus, cuya capital es Larache; del Rif, que tiene a Villa Sanjurjo por capital, y del Kert, que tiene a Villa Nador.

La autoridad marroquí en las capitales y en las restantes plazas que no lo son, es el Bajá (Bacha), y en las cabilas, el Caid. Para la Administración española, las cabilas están agrupadas en Comarcas, al frente de las cuales figura un Interventor comarcal. Las Comarcas, agrupadas a su vez entre sí, forman los Territorios mencionados, a cuyo frente figura un Interventor territorial. Normalmente, estos últimos tienen categoría de Teniente Coronel, y aquéllos, de Comandante.

*Sentada esta aclaración, necesaria para la mejor comprensión del régimen de Pagadurías, hagamos todavía otra, antes de entrar en la descripción.

La Alta Comisaría tiene para la distribución de sus servicios administrativos los siguientes Organismos:

- Delegación General.
- Delegación de Asuntos Indígenas.
- Delegación de Economía, Industria y Comercio.
- Delegación de Educación y Cultura.
- Delegación de Obras Públicas y Comunicaciones, y
- Delegación de Hacienda.

Entrar en la descripción de las misiones de cada Delegación no corresponde, naturalmente, a este trabajo; pero sí hemos de aclarar, para lograr nuestro propósito, que de la Delegación de Asuntos Indígenas dependen de una manera directa, jerárquica y normativa, las Intervenciones Territoriales, por ser dicho Organismo el rector del Servicio de Intervenciones, en general.

Las Habilitaciones-Pagadurías de la Zona podemos dividirlas en tres clases: centrales, territoriales y locales.

Las centrales son:

La de Alta Comisaría, Casa Jalifiana y Delegación General.

La de la Delegación de Asuntos Indígenas.

La de la Delegación de Obras Públicas y Comunicaciones.

La de la Delegación de Economía, Industria y Comercio.

La de la Delegación de Educación y Cultura.

La de la Delegación de Hacienda, y

La de la Zona Sur de Protectorado.

Como su denominación indica, abarca cada una los Servicios centrales de cada Delegación u Organismo.

Las Territoriales son, a su vez, de dos clases: las del Servicio de Intervenciones o de Asuntos Indígenas, y las de Servicios Civiles, abarcando esta última los Servicios Territoriales de las otras Delegaciones. Hay, pues, una de cada clase en cada cabecera de Territorio, excepto en el de Yebala, que no existe más que la de Intervenciones, por abarcar las Pagadurías centrales, residentes, naturalmente, también en Tetuán, los Servicios Territoriales de las demás Delegaciones.

Las Habilitaciones-Pagadurías locales existen en aquellas plazas de cierta importancia que no son capitales de Territorio, como Arcila y Alcazarquivir, y abarcan todos los Servicios de la misma, ya sean de Intervenciones o puramente civiles.

De todas estas Pagadurías, están regentadas por Capitanes de Intendencia las siguientes:

Dos Pagadurías centrales, la de la Alta Comisaría, Casa Jalifiana y Delegación General, y la de la Delegación de Asuntos Indígenas, y cinco Territoriales, es decir, las cinco del Servicio de Intervenciones.

La Delegación de Asuntos Indígenas cuenta además con una Sección de Contabilidad, cuya Jefatura es ostentada asimismo por un Comandante o Capitán de Intendencia.

Las restantes Habilitaciones-Pagadurías son desempeñadas por personal civil, bien del Cuerpo de Contadores del Estado o del General Administrativo de la Zona.

Hablemos, pues, de la Pagaduría Central de Asuntos Indígenas, por cuanto lo que de ella se diga puede hacerse extensivo a las Territoriales del mismo Servicio, sin más que sustituir los nombres de las Autoridades u Organismos centrales por los de las Autoridades u Organismos territoriales, comarcales y locales.

Esta Pagaduría tiene a su cargo la realización de los pagos de personal, material y servicios centrales, no sólo de la Delegación de Asuntos Indígenas, sino también de los Organismos del Gobierno Jalifiano formado por el Gran Visirato, Ministerio de Bienes Habices o Habus (bienes de carácter religioso) y Ministerio de Justicia. El Pagador reclama, pues, sus haberes al Gran Visir de S. A. I. el Jalifa (Saader el Aadam), al Ministro del Habus y al Ministro de Justicia (Uzir el Adlia), así como a los funcionarios marroquíes a ellos subordinados.

Del último Ministerio citado forman parte, aunque solamente a efectos administrativos, el Alto Tribunal Rabínico y varios tribunales rabínicos locales, el primero formado por el Gran Rabino, presidente; dos Rabinos, jueces, y un secretario. Todos ellos, como sus nombres indican, para la Administración de Justicia entre las Comunidades israelitas de la Zona. La Pagaduría de A. I. ha de atender, pues, asimismo, a los pagos del mencionado Alto Tribunal, y las Territoriales, a las de los Tribunales locales.

Los servicios de la Delegación de Asuntos Indígenas propiamente dichos son, aparte del fundamental de Intervenciones, los de Sanidad e Higiene Públicas, Jefatura Superior de Policía, Servicios Penitenciarios, Benemérito Cuerpo de Mutilados de la Guerra Marroquí y Mejaznía Armada. De aquí se deduce que es la más importante de las cinco Delegaciones, puesto que lleva la dirección política del Protectorado, siendo el Delegado la máxima autoridad de la nación protectora, después del Alto Comisario y del Delegado General.

El Servicio de Intervenciones, el fundamental, como hemos dicho, de la Delegación de A. I., está constituido por el personal de Jefes y Oficiales, Interventores propiamente dichos; por los Jefes y Oficiales del Ejército que, sin tener el carácter de Interventores, prestan servicio de

orden técnico o administrativo—ejemplo, los Oficiales de Intendencia—; por los Suboficiales y personal Auxiliar de oficina; por el Cuerpo de Interpretación de Árabe y Berber, y por el personal subalterno. Cuenta, además, con una Asesoría Jurídica Musulmana.

La descripción de los restantes servicios de la Delegación, aunque fuera tan esquemática como la que antecede, haría este trabajo no sólo interminable, sino que le quitaría toda la amenidad que hemos procurado darle. Pasemos, pues, a hacer algunas consideraciones sobre los deberes del Pagador.

El carácter políticomilitar, más político que militar, del Servicio ha de quedar reflejado en las Pagadurías del mismo. Por ellas perciben sus haberes desde S. E. el Gran Visir hasta el más modesto ordenanza de la Intervención de una cabila pasando por toda la gama de Autoridades y funcionarios marroquíes. Lo que antes dijimos al hablar del afán de ayuda y protección que el Pagador debía sentir por el áscari de la Mehal-la, se convierte aquí en una obligación ineludible de deferencia hacia las Autoridades musulmanas y de las citadas muestras de ayuda y protección hacia sus funcionarios. El Pagador, en su esfera, debe sentirse Interventor, cooperando con el Servicio de que forma parte. Puede, con su actitud, dejar a la Administración española en buen lugar y puede dejarla muy mal. Facilitar las cosas hasta el límite de lo posible debe ser su lema, y evitar los retrasos en los pagos, su preocupación, ya que tan mala impresión ha de causar esto, sobre todo entre personas que ignoran los trámites necesarios para lograr aquéllos y que sólo ven en los retrasos falta de un perfecto funcionamiento de los correspondientes servicios.

Hablar del trato que se debe dar al indígena no lo creemos necesario al dirigirnos a Oficiales españoles; pero, a pesar de ello, es conveniente referirnos a ello. Aludimos, naturalmente, al funcionario humilde o subalterno, pues con los cargos elevados la deferencia ha de ser normal, queriendo decir con esto que no tiene por qué ser excesiva, rebajando ante sus ojos nuestro propio cargo, ni escasa, rebajándonos también entonces, aunque en otro sentido.

Todas las ayudas y favores que podamos hacer al indígena serán agradecidos por éste, y no debemos perder de vista que cada uno de nuestros actos y nuestra propia persona son otros tantos exponentes de la acción de España en Marruecos, y que aunque no fuera por nuestro propio interés, simplemente por deber patriótico, hemos de procurar a toda costa dejar en buen lugar a España ante los marroquíes. Frecuentemente, ante un exceso de trabajo o de dificultades, hemos de sentirnos malhumo-

rados; pero procuremos que ese malhumor no recaiga sobre el pobre "mejazni" que en aquel momento, incidentalmente, penetra tímidamente en nuestro despacho a pedir un favor cualquiera, que ninguna culpa tiene de nada y que se quedará atónito al ver nuestra actitud, si considera que posiblemente en otra ocasión nos ha pedido el mismo favor y le hemos recibido jovialmente, concediéndole lo que solicitaba. Preferible es no recibir a nadie en esos momentos y hacerles volver al día siguiente o en otro momento cualquiera, ya que su temperamento soporta mucho mejor una espera larga que una injusticia, aunque sea insignificante.

Por último, como antes hemos dicho, el cargo de Pagador de la Alta Comisaría, que también es desempeñado por un Capitán de Intendencia, lleva adscritos los de Pagador de la Casa Jalifiana y de la Delegación General de la Alta Comisaría.

Está a las órdenes directas de S. E. el Alto Comisario de España en Marruecos, lo cual es un honor al que hay que corresponder con el mayor espíritu de sacrificio y la más acrisolada lealtad, no debiendo importar al Pagador ni las horas de sujeción que pueda tener, ni el exceso de trabajo que en determinadas épocas pueda acumularse. Para los asuntos referentes a la Delegación General, encuéntrase también a las órdenes directas del Delegado, con el cual, y excepcionalmente con el Alto Comisario, despachará también los asuntos referentes a la Casa de S. A. I. el Jalifa, estando relacionado para ello con la Administración de esta última.

No existiendo en estos Organismos, por su especial funcionamiento, Sección de Contabilidad, actuará también, en cierto modo, como Jefe de esta especialidad, estando encargado, entre otros cometidos, de la redacción de los Proyectos de Presupuesto ordinario de la Casa Jalifiana y Alta Comisaría, siendo además el Vocal técnico de la Junta de Vestuario, que, radicando en la Delegación General, es la encargada de la adquisición del mismo para todos los funcionarios subalternos de la Administración de la Zona.

Con lo dicho creo que hemos dado una idea a nuestros Jefes y compañeros de la actuación de los Oficiales de Intendencia que prestamos nuestros servicios al Protectorado, servicios que no dejan de ir acompañados de la mejor voluntad, de dejar brillantemente el nombre del Cuerpo entre los demás compañeros del Ejército con los que colaboran, y el nombre del Ejército entre todos los funcionarios civiles que, con no menores voluntad y brillantez, cooperan a la labor de España en tierras marroquíes.

Las patrullas y su empleo

Comandante de Infantería VITTORIO PENSABENE.—De la *Rivista Militare*, Roma.

El empleo de las patrullas no es un tema nuevo; mucho se ha escrito acerca de la importancia de sus misiones, y tanto en la fase de instrucción como en la práctica de la guerra se ha concedido a tales unidades la consideración que merecen.

Su empleo no es reciente, puesto que ya en la primera guerra mundial fueron ampliamente utilizadas en acciones audaces, más allá de las líneas avanzadas, para tantear, en los puntos de particular importancia táctica, la consistencia defensiva del enemigo.

Pero el reciente conflicto ha superado en mucho a la guerra 1914-1918 en todo lo que se refiere al empleo de las patrullas. Con demasiada frecuencia se ha repetido en

los partes la conocida frase "actividad de patrullas", desfavorablemente comentada por las masas no combatientes, ansiosas de acontecimientos decisivos. Y mientras la lucha sobre los campos de batalla se adormecía durante largos meses, las patrullas cumplían todas las noches su heroica misión, aportando a la preparación de grandes acontecimientos su valioso, y a veces decisivo, tributo de colaboración. De tal misión quiero hablar en estas breves notas.

Haré, pues, algunas observaciones particulares acerca de las modalidades de su empleo, que requiere, en el cuadro de la guerra moderna, un alto y bien cimentado grado de instrucción.

El empleo de las patrullas encuentra normalmente su máxima aplicación en la fase defensiva. En tal fase, caracterizada por una intensa preparación de futuras acciones ofensivas, es absolutamente necesario mantener contacto con el enemigo para descubrir su fuerza y sus intenciones, determinar todas las particularidades de su despliegue, fijar sus puntos débiles, impedir o reducir la actividad explorativa contraria, minar su moral con frecuentes acciones de castigo, proteger nuestros observatorios avanzados y, si están en funciones, completar y proteger también la acción de cobertura de los puestos avanzados.

El conjunto de todas estas acciones tiende a asegurar el dominio de la "tierra de nadie", que se disputan áspidamente grupos de hombres audaces, avezados, por la práctica de su específica instrucción, a una lucha traidora y mortal.

La importancia de la misión asignada a las patrullas, las graves dificultades que éstas han de vencer para cumplirla (obstáculos naturales y artificiales, traiciones y emboscadas), desconociendo el terreno en la mayoría de las ocasiones, en condiciones de visibilidad netamente desfavorables (casi siempre de noche), han sugerido, pues, la oportunidad de dedicar particulares cuidados a la instrucción del soldado destinado al servicio de patrullas. La experiencia de la guerra ha aconsejado, poco a poco, la adopción de medidas y modificaciones que; introducidas en la práctica instructiva, aunque no codificadas en los reglamentos en vigor, han incrementado y perfeccionado normas de empleo incompletas y no siempre eficaces.

Me refiero a cuanto se ha efectuado en el Ejército británico respecto a tan importante rama de la instrucción.

La práctica de la guerra ha comprobado la necesidad de atender al adiestramiento individual del soldado en la lucha nocturna.

El reglamento británico dedica muchos párrafos al movimiento, a la observación y a los rumores nocturnos.

El soldado es adiestrado para que pueda moverse en la oscuridad, individual y colectivamente, aplicando métodos y precauciones que reducen al mínimo el rumor producido por los pasos y por el material y efectos de su equipo completo; a superar obstáculos en silencio, a mantener la justa dirección de marcha y el recíproco contacto. Se practican muchos ejercicios de observación nocturna en condiciones diversas de visibilidad y a distancias crecientes. También se dedica mucha práctica a la escucha de rumores que reproducen episodios de la vida de guerra nocturna, en condiciones atmosféricas y de terreno diversas (viento que sopla hacia o desde el punto ocupado por el enemigo, tiempo seco o húmedo—terreno abierto o cerrado—, a través de un valle, en los bosques).

Alcanzado un grado satisfactorio de instrucción individual, se acostumbra al soldado a actuar en patrulla, atribuyendo a ésta misiones elementales, primero, y sucesivamente, más complejas, a través de un terreno oportunamente preparado con obstáculos naturales y artificiales (determinación de campos minados y apertura de pasos—corte de alambradas—, detección de emboscadas y líneas de alambres disimulados, que estorban el paso, unidos con ligeras cargas de explosivo a distancia de seguridad). Tal tipo de instrucción, si se organiza con cuidado, llega a ser efficacísimo e interesante, y despierta en el soldado el empeño de cumplir con buen éxito, en el cuadro de la acción colectiva, la misión que se le ha confiado.

En un período de instrucción más avanzado se da amplia aplicación a ejercicios de fuego para acostumbrar al soldado al fragor del combate nocturno, para habituarle a determinar la procedencia de los tiros y el tipo de las armas empleadas, al uso de los medios de iluminación (cohetes de señales y bengalas de paracaídas) y a los sistemas adecuados para atenuar o anular los efectos de tales medios.

Polígonos bien organizados y seguros se disponen en los centros de instrucción para la realización de tales tipos de ejercicio.

El empleo de las patrullas ha resultado de importancia siempre creciente en todo género de operaciones. Y todo Comandante debe prever la oportunidad de destacar sus patrullas. Sin embargo, de día, en la fase de aproximación, se aconseja un empleo limitado de ellas, con objeto de no reducir la eficiencia bélica de la escuadra o del pelotón que las estaca.

En la fase en que se prevé inminente el ataque, la formación de marcha del Pelotón (generalmente en cuña irregular) garantiza contra sorpresas sobre los flancos, mientras que por el frente, la Escuadra, que marcha avanzada unos cuantos centenares de metros, con misión de exploración y seguridad, garantiza una protección suficiente contra las acciones imprevistas del fuego de un enemigo en posición. Por otra parte, se ha comprobado de modo definitivo que un enemigo bien instruido no se presenta antes de tiempo para luchar contra un pequeño grupo de dos o tres hombres, sino que les permite aproximarse a brevísimas distancias, y muy frecuentemente les deja penetrar en el interior de su dispositivo para sucesivamente eliminarlos con el empleo de unidades más retrasadas.

Por consiguiente, la función de la exploración cercana, de que tratan nuestros reglamentos, queda encomendada, si es necesario, a Unidades avanzadas encargadas de la toma de contacto. Prácticamente, en el tipo de combate moderno, tal toma de contacto es efectuada, por lo general, por Unidades acorazadas y blindadas, que disponen de tiempo y medios necesarios para recoger y transmitir a las tropas de infantería que avanzan tras ellas todas las noticias que pueden interesar con respecto al combate inminente. Por tal razón se ha suprimido en la organización de los Grupos de combate italianos el Pelotón de exploradores de Batallón.

En la guerra de montaña, y dondequiera se entable el combate, sólo entre Unidades de Infantería, la función explorativa puede ser realizada por normales Pelotones de fusileros.

Queda así aclarado el concepto de que, de día, en fase ofensiva, el servicio de protección y de exploración, siempre que se considera necesario, es generalmente confiado a elementos consistentes, de constitución orgánica, Escuadra y Pelotón; mientras en los períodos de tregua, tanto de noche como de día, se ha hecho indispensable el amplio uso de patrullas, a causa de la necesidad de descubrir los secretos de la potencialidad ofensiva del enemigo para atacarle en el punto conveniente, allí donde un éxito inicial es de vital importancia para la evolución de las futuras operaciones.

La acción de las patrullas completa la actividad de los observadores terrestres y aéreos, y, a su vez, es complementada por tal actividad.

Patrullas de Infantería diurnas y nocturnas.—Se les han dado muchos nombres a las patrullas: patrullas de reconocimiento, de seguridad, de enlace, de observación; pero una vez que se ha definido la misión de cada una de ellas, es fácil darse cuenta de que se puede limitar su clasificación a dos únicos tipos:

- a) Patrullas de reconocimiento.
- b) Patrullas de combate.

A la primera categoría pertenecen las de enlace, que se diferencian de las otras sólo en que las informaciones por ellas recogidas se refieren no al enemigo, sino a nuestras mismas tropas de la vanguardia o de los flancos.

Mientras las patrullas de enlace entran en funciones en cualquier tipo de acción de guerra, las de reconocimiento y combate, como ya he dicho, encuentran su normal empleo en la fase defensiva, siempre que, por decirlo así, los mandos, ocupados en la preparación del ataque, pon-

gan gran interés en averiguar y prever lo referente al enemigo, y al mismo tiempo en substraerse a las indiscreciones del reconocimiento enemigo. Comienza entonces y se desarrolla la "actividad de patrullas", que se articula sobre cada sector defensivo a base de un plan trazado y dirigido por el Mando de la Gran Unidad interesada.

Estos dos tipos de patrulla determinan con su frecuente empleo la posesión de la "tierra de nadie", impidiendo u obstaculizando la actividad de las patrullas enemigas. Aunque resulta obvio, séame permitido el recordar las ventajas morales que produce en las Unidades en línea —especialmente de noche— la convicción de ser siempre más fuertes que el enemigo.

Composición de las patrullas.—Es establecida por el Comandante responsable de la organización y del empleo en relación con la misión asignada a la patrulla y con la situación. La experiencia de la guerra aconseja, como dato de orientación, para las patrullas de reconocimiento diurnas, la fuerza de un Oficial o Suboficial y 2 hombres. De noche puede ser ligeramente aumentada hasta 1 Oficial y 5 hombres.

Las patrullas de combate tienen normalmente una fuerza no inferior a 1 Oficial y 20 hombres.

En determinadas situaciones se recurre a un sistema mixto; es decir, se da a la patrulla de reconocimiento fuerza y medios que la pongan en condiciones de afrontar y sostener un combate. Se sugiere a tal fin el tipo de patrulla así constituida:

Oficial, Jefe.

1.° A	1.° B
2.° B	2.° A

Suboficial, 2.° Jefe.

3.° A	4.° A
3.° B	4.° B
1.° C	2.° C

Leyenda.

- 1.° - 2.° A.—Infante armado de mosquetón automático Thompson.
- 1.° - 2.° B.—Infante armado de granadas de mano.
- 1.° - 2.° C.—Idem id. de fusil ametrallador Bren.

Particularidades del equipo y armamento de la patrulla:
 Jefe: Mosquetón automático Thompson con 3 cargadores, cuchillo, 2 granadas de mano tipo 36, prismáticos, brújula, morfina; distintivo blanco (si fuese necesario) cosido a la parte posterior de los pantalones.

Segundo Jefe: Pistola, 2 granadas de mano tipo 36, alicates para cortar alambres, brújula.

1.°, 2., 3.° y 4.° infantes A: mosquetón automático Thompson con 3 cargadores, 2 granadas de mano tipo 36.
 1.º infante B: pistola, 4 granadas tipo 36, chapas indicadoras (destinado a la captura de prisioneros).

2.º infante B: Fusil con 4 cargadores, 4 granadas tipo 36, alicates, portafusil en bandolera ceñida al cuerpo.

3.º y 4.º infantes B: Fusil con 4 cargadores, 2 granadas tipo 36, 2 cargadores para fusil ametrallador Bren.

1.º y 2.º B₂: Fusil ametrallador Bren (sujeto por dos portafusiles), 3 cargadores Bren.

La patrulla está subdividida, como puede apreciarse en la figura, en dos grupos que avanzan a saltos alternados, para asegurarse recíproco apoyo.

El comandante de la patrulla marcha a la cabeza del primer grupo y es responsable de la dirección. Los otros cuatro soldados son responsables de la seguridad del Co-

mandante, al cual está confiada la dirección y el éxito de la acción.

El segundo grupo, al mando del segundo jefe, sirve para proteger al grupo avanzado y darle fuerza de penetración a través de las celadas de la "tierra de nadie" y de la acción de las fuerzas de flanco enemigas.

La formación de marcha permite asegurar la observación sobre los flancos y una rápida capacidad de reacción hacia el exterior.

Durante los breves descansos, es oportuno detenerse en posiciones adecuadas para la observación y la defensa. En todo momento hay que evitar el marchar por las crestas y destacarse sobre el fondo del cielo.

NOTAS:

- a) 1/3 de las municiones Bren serán trazadoras.
- b) Ennegrecerse el rostro y el dorso de las manos (usar hollín o papel quemado; el fango, al secarse, da un tono más claro).
- c) Calzado de las patrullas especial para tal misión, si es posible (no se aconseja el calzado de tipo gimnástico, porque se desprende fácilmente cuando se pisa sobre el lodo).

Para patrullas de fuerza reducida (3 hombres), la formación más idónea, tanto de día como de noche, es la fila (Comandante en el centro). El hombre que va en cabeza avanzará a saltos a lo largo del itinerario que le indique el jefe de patrulla. El hombre que va el último tiene la responsabilidad de la protección de los flancos y de la retaguardia, y si la patrulla llega a encontrarse en situación difícil, tiene la misión de retroceder corriendo para dar noticia de lo que ha ocurrido.

Si la patrulla de reconocimiento tiene una fuerza mayor (1 Comandante y 5 hombres), la formación de marcha más idónea es la que se indica a continuación (en rombo):

Tal formación, compacta y manejable, asegura una protección por todos lados.

En noches muy oscuras, en vez de avanzar a saltos, es preferible una marcha uniforme con frecuentes y breves paradas para escuchar y para controlar la dirección de marcha.

Siempre que una patrulla se detiene, cada componente de ella se echa automáticamente al suelo vuelto hacia el exterior, de modo que quede mantenida una constante observación en todas las direcciones.

El itinerario, elegido por el Comandante que ha ordenado el servicio, debe ser estudiado con todo detalle por el jefe de patrulla con previos reconocimientos y con el cuidadoso estudio del plano a gran escala y de fotografías aéreas. Debe ser examinada toda posibilidad de desfilamiento y considerados los puntos del terreno que pueden ser aprovechados como observatorios. En la elección del itinerario es preciso tener presente la posibilidad de no hacer recorrer a la patrulla caminos ya utilizados por otras, y es también aconsejable el no seguir a la vuelta el mismo recorrido que a la ida (salvo en el caso de tener que recoger heridos).

Al jefe de patrulla corresponde la responsabilidad de decidir según su propio criterio la aproximación al objetivo. La regla fundamental es no hacer nunca lo que el enemigo debe esperar que se haga. Es, pues, aconsejable tratar de alcanzar el objetivo por los flancos o por la retaguardia mejor que frontalmente, y, si es posible, evitar el detenerse, después del último salto, en puntos demasiado visibles, como, por ejemplo, trozos o trayectos aislados de terreno cubierto, o bien colinas demasiado perfiladas.

Si la patrulla no debe combatir, habrá que evitar los centros de fuego y las patrullas enemigas. Alcanzado un buen puesto de observación, se deben evitar, en lo posible, posteriores desplazamientos que puedan revelar la presencia de la patrulla.

En el estudio previo del terreno, el jefe de patrulla debe tomar nota de los probables puestos de observación, de los lugares cubiertos y de todas aquellas particularidades características del terreno, que le ayudarán mucho, especialmente de noche, en la conducción de su patrulla.

Es, por consiguiente, necesario que la orden de efectuar el servicio se le dé, por lo menos, con veinticuatro horas de anticipación.

Se debe poner mucho cuidado en la elección de los hombres, seleccionados, a ser posible, de una misma Unidad, entre aquellos que ofrezcan las condiciones requeridas para cumplir bien una misión tan audaz y difícil, por haber sido ya probados en anteriores servicios análogos. Su armamento debe ser examinado y probado, y el equipo inspeccionado, a fin de que responda, como diré a continuación, a las exigencias planteadas.

Todos los componentes de la patrulla deben conocer las misiones, los itinerarios y los distintos procedimientos de ejecución.

En la fase de preparación, el Comandante de la patrulla debe:

- 1.º Orientar, durante el día, a sus hombres acerca de:
 - a) la formación a adoptar en terreno descubierto y al bordear un seto o una carretera;
 - b) en qué orden deberá una patrulla atravesar un obstáculo;
 - c) comportamiento en caso de encuentro con el enemigo;
 - d) comportamiento en caso de embocada;
 - e) acción a desarrollar al atacar una posición enemiga;
 - f) sistemas para mantener el enlace y para las señales eventuales;
 - g) responsabilidad de la protección de los flancos y de la retaguardia en movimiento y en reposo;
 - h) forma de transporte de los heridos eventuales (éstos son atendidos sumariamente y dejados en lugar cubierto para recogerlos a la vuelta; para evitar que, lamentándose, revelen la presencia de la patrulla, se les pondrá una inyección de morfina, de la cual está provisto el Comandante).

2.º Calcular, con ayuda del plano, el tiempo necesario para cumplir la misión asignada, teniendo presente la oportunidad de regresar a las propias líneas antes de que amanezca.

3.º Pedir todas las noticias sobre el enemigo que hayan aparecido en el boletín de información (oficial informador del Batallón) y aquellas otras reveladas por los observatorios y por los precedentes servicios de patrulla.

4.º Enterarse del estado del tiempo (si habrá luna a la vuelta, si amenaza lluvia, a qué hora comenzará a amanecer).

5.º Asegurarse de que las tropas del frente han sido advertidas del paso de la patrulla y de que la consigna de reconocimiento es la exacta.

6.º Notificar a las Unidades interesadas la hora probable de regreso de la patrulla (no adelantarse para evitar alarmas; al llegar a la proximidad de la línea, es conveniente hacerse preceder de un hombre que anuncie la llegada de toda la patrulla).

Equipo.—Debe ser lo más sencillo posible y de tono oscuro. Ningún objeto metálico que, al ser golpeado, produzca algún rumor. No es aconsejable el uso del casco ni el de fiambreras. Armas sin correa para evitar el enredarse en los arbustos. Cargadores en los bolsillos. Es muy conveniente el oscurecerse las manos y el rostro, que si no, serían fácilmente visibles.

Debe estar rigurosamente prohibido el llevar encima cartas, documentos o planos con anotaciones que puedan dar al enemigo indicaciones preciosas.

Todas estas medidas deben ser aplicadas con el máximo rigor en cualquier tipo de acción de guerra nocturna, donde los factores sorpresa y secreto juegan un papel de preeminente valor. No es lícito olvidar el más pequeño detalle en la preparación de un servicio tan importante, en el cual la astucia y la audacia no son siempre los únicos elementos decisivos.

Si la patrulla tiene misiones de reconocimiento estrictamente, hay que evitar, en cuanto sea posible, el combate; pero si se ve obligada a luchar, no debe abrir fuego a distancias superiores a los diez metros. Es aconsejable el empleo de bombas de mano, porque de noche no es fácil que el enemigo pueda determinar el punto de donde provienen.

En caso de embocada, reaccionar con todos los medios y en todas direcciones, tratando de producir pánico en el enemigo.

Todo cuanto se ha dicho hasta ahora se refiere esencialmente al empleo de patrullas de reconocimiento, ya sean de una fuerza reducida en número o ya sean de mayor efectivo, con capacidad para afrontar con cierta posibilidad de éxito cualquier eventualidad imprevista. Se trata de una misión de exploración lenta, astuta, insinuante, que rehuye la lucha y se protege con la oscuridad y el silencio.

Las patrullas de combate tienen de común con las primeras la búsqueda de noticias de interés; pero con una mayor libertad de acción, que no excluye, como en el caso anterior, el recurrir a la fuerza para lograr que el enemigo revele algunos detalles de su dispositivo.

Otras misiones probables son: la ocupación de puntos importantes, la captura de prisioneros y la de armas nuevas cuyas características se quieren conocer; acción retardatriz durante un repliegue o misiones de cobertura durante la sistematización de una posición defensiva, o la acción de Unidades de zapadores.

Las incursiones nocturnas efectuadas por las patrullas de combate son consideradas como acciones de guerra verdaderas y propias, concebidas y ordenadas por el Mando de la Gran Unidad en el sector de su jurisdicción, meditaciones y estudiadas con todo detalle y realizadas con abundancia de medios. El resultado de tales acciones no tiene solamente repercusiones en la esfera operativa, sino que también influye notablemente sobre el espíritu de las tropas que participan en ellas y sobre las que permanecen en línea. Las probabilidades de éxito están, en gran parte, relacionadas con una cuidadosa preparación que debe tener en cuenta todos los detalles.

La acción nocturna puede limitarse a un simple golpe de mano, en el cual el factor sorpresa tiene valor preeminente y, en la mayoría de los casos, decisivo. También puede extenderse dicha acción a operaciones de más vasto alcance, con participación de Unidades más sólidas—Compañía o Batallón—, apoyadas por un gran volumen de fuego de artillería y de morteros y por acciones preparatorias de bombardeo aéreo.

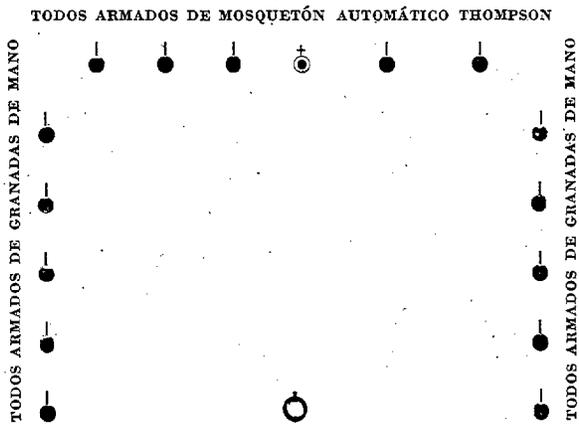
En el Africa Septentrional, una Compañía británica, encargada de una acción de tanteo nocturna, fué apoyada por 15 Baterías de campaña y por Baterías pesadas con una preparación de cuarenta minutos. Cubierta por el frente y por los flancos con una densa barrera de fuego protector, la Compañía penetró en el dispositivo adversario y, cumplida su misión, se replegó a la base de partida.

Para las acciones en escala reducida son empleadas Unidades de fuerza no inferior a 1 Oficial y 20 hombres, como ya he dicho antes.

Como tipo de gran patrulla de combate, con suficiente capacidad ofensiva, se aconseja la constituida del modo siguiente:

- 1 Oficial,
 - 2 Suboficiales y
 - 30 hombres de tropa,
- subdividida en dos grupos:
- un grupo de asalto y
 - un grupo de apoyo.

Formación del grupo de asalto, con tres Escuadras, compuesta cada una por un clase y 4 soldados:



Comandante de la patrulla en el centro de la escuadra avanzada:

Suboficial Vicecomandante en el centro y a la retaguardia del grupo de asalto:

Las Escuadras que constituyen los lados externos de la formación están armadas con 5 granadas de mano del tipo 36 y una del tipo 77. Es, sin embargo, aconsejable que los hombres dispongan también de armamento individual para emplearlo, si es necesario, después de haber agotado las bombas.

El grupo de apoyo de una fuerza de 15-16 hombres está armado con 4 fusiles ametralladores Bren y 2 morteros. Para cada fusil ametrallador y cada mortero, 2 hombres. Cada mortero tiene una dotación de 24 bombas, 18 de las cuales de H. E. (alto explosivo) y 6 de cohete; cada fusil ametrallador: 10 cargadores de 28 tiros cada uno (cada dos tiros, una bala trazadora).

Modalidad del movimiento.—Llegada la noche, la patrulla emprende la marcha a lo largo del itinerario anteriormente estudiado. Preceden al grupo en algunas decenas de metros 2 ó 3 hombres armados de un Bren, para la seguridad inmediata. Sigue el grupo de asalto en formación cuadrada con un lado abierto. El comandante de la patrulla va a la cabeza con la Escuadra de los Thompson. A retaguardia, en el centro del lado abierto, está el segundo jefe, responsable del control de la formación, para: evitar que ésta se desbande al primer choque; asegurar un consumo parsimonioso de las bombas de mano; recoger y curar sumariamente a los heridos, a los cuales deberá administrar la inyección de morfina, poniéndolos a cubierto, en espera de poderlos luego transportar al interior de las líneas, cuando haya concluido el servicio. Con su enérgica y decidida colaboración cuenta

el Comandante, que no debe ser distraído de la grave y principal misión de la conducción general de la acción, tanto en la fase de aproximación como en la del ataque inminente.

Esta precisa distribución de misiones, además de liberar al Comandante de muchas preocupaciones no estrictamente relacionadas con la dirección de las operaciones, define los límites de las recíprocas responsabilidades e induce a los jefes subalternos a ejercer sus específicas funciones sin ser agobiados por la fiscalizadora o desconfiada intervención del superior. El sistema es muy usado en el Ejército británico, donde la libertad de acción individual, aun aplicada a los modestos jefes subalternos, ha desarrollado y afirmado en ellos la iniciativa y el prestigio.

A una distancia variable entre los 80 y 200 metros sigue el grupo de apoyo al mando de un Suboficial.

Los dos grupos avanzan a saltos alternados, para asegurarse recíproco apoyo. Consignas dadas con anterioridad y una continua y estrecha comunicación regulan sus cautos movimientos.

En la proximidad del objetivo, los dos grupos se separan, y mientras el de apoyo ocupa una posición ya determinada, desde la cual podrá asegurar un eficaz apoyo, el otro grupo se desplaza lateralmente para alcanzar una base de partida que le permita caer sobre un flanco del enemigo. Vemos así, aun en una acción de carácter excepcional, como es la de un golpe de mano nocturno, la aplicación del principio dominante de todo el reglamento británico en la fase ofensiva; es decir, un eje de fuego que fije al enemigo y un eje de movimiento que tienda a herirle de flanco y a explotar en ventaja propia, hasta a las mínimas distancias de seguridad, el apoyo del fuego de la Unidad de sostén.

Este principio básico, aun cuando pueda ser convincente y seductor, no podrá encontrar en todos los casos favorable consenso y posibilidad de aplicación; pero el tema es demasiado interesante y merec ser tratado en otra ocasión con más profundidad y alcance.

El caso antes descrito no prevé la preparación y apoyo de la artillería y los morteros. Las circunstancias examinadas en la fase de organización han aconsejado renunciar a ellos en favor de las probabilidades de la sorpresa; la artillería y los morteros están vigilantes y prontos a intervenir en la acción, según los acuerdos tomados entre los jefes interesados.

Pero no siempre es posible y razonable confiar en el factor sorpresa, y entonces el fuego de preparación y de apoyo precede y acompaña, hasta a las mínimas distancias de seguridad, a todo el dispositivo de ataque. En tal caso, un Oficial de Artillería participa en la acción para la observación del tiro y para asegurar una más estrecha cooperación con la Infantería.

El grupo de sostén ha tomado posiciones. El tiro de artillería se ha desplazado ya (estamos dentro de los límites de seguridad) y el grupo de asalto está todavía en movimiento para alcanzar su base de partida para el asalto. A una señal convenida, el grupo de sostén abre el fuego (duración, tres minutos) con todas sus armas. Fuego intenso y sostenido. Al cabo de los tres minutos, el Comandante del grupo de sostén lanza con el mortero un cohete de color convenido y desplaza el tiro. El grupo de asalto irrumpe sobre la posición enemiga y se consolida en ella o se repliega, según las misiones que se le hayan encomendado.

En esta fase hay que tener presente la eventualidad de acciones de contraataque enemigas. Previos acuerdos, deben prever la oportuna intervención del grupo de apoyo, de la artillería y de los morteros que se poseen.

Puede convenir a veces el recurrir al fuego de la Unidad de sostén, sólo a petición del Comandante de la patrulla, y dejar a la acción del grupo de asalto un preeminente carácter de sorpresa.

Si durante el transcurso de la acción la posición del grupo de sostén ha sido descubierta, conviene que éste se desplace a otra posición prevista en el anterior estudio.

Cumplida la misión, los dos grupos regresan aisladamente, o se reúnen en un lugar preestablecido para recorrer luego juntos el itinerario de retorno. Se aconseja la segunda solución, que permita hacer frente a previsibles reacciones enemigas y mantener sólida la formación a través de un terreno que puede todavía ocultar sorpresas.

En el itinerario de regreso, que es preferible que sea distinto al de ida (siempre que no haya que recoger heridos dejados a lo largo del recorrido), es preciso reaccionar en seguida contra la tendencia a abandonar toda precaución. Los dos grupos deberán avanzar a saltos alternados, con las mismas precauciones de recíproca seguridad indicadas anteriormente. Las municiones deben ser ahorradas durante la acción principal, en ventaja de un eventual empleo ulterior en la fase de repliegue. Más enérgica y decidida deberá ser la acción de mando a lo largo de un recorrido probablemente localizado y batido por un enemigo prevenido.

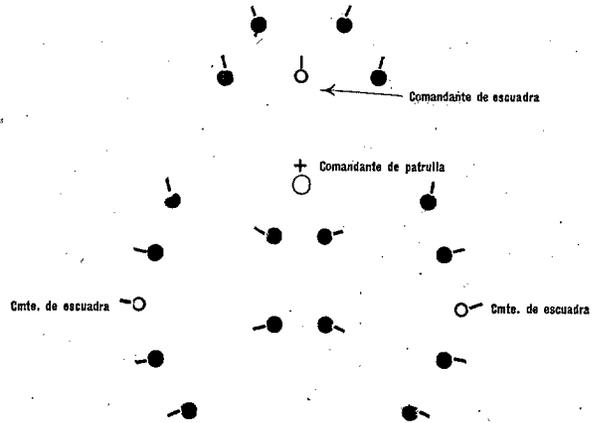
Todo lo que se ha dicho parece una fácil teoría, un poco lejana de la trágica realidad de la guerra. Acciones de tal género, la mayoría de las veces, están de hecho destinadas a un sangriento fracaso. Muchos, muchísimos son los obstáculos, las asechanzas, los medios de que un enemigo dispone para proteger sus líneas.

Activa y constante es la vigilancia nocturna que escruta en el silencio y en la oscuridad de la "tierra de nadie", tan ferozmente disputada. Pero es también cierto que estas acciones, aunque costosas, son, a su vez, impuestas por exigencias de guerra, que prescinden de toda consideración de economía de hombres y de medios. Y en virtud de tales necesidades supremas, de carácter excepcional, se plantea a los mandos el problema de perfeccionar una parte tan importante de la instrucción y de poner todo cuidado para asegurar una preparación minuciosa que haga posible el difícil éxito y reduzca al mínimo el precio elevado de la empresa.

Otro tipo de patrulla de combate que se adapta a cualquier género de operación, es la que aparece en la figura de la columna siguiente.

Es superfluo recordar que las formaciones que adoptan las patrullas al cercarse al objetivo están en relación con la naturaleza del terreno a recorrer. Tal terreno habrá sido reconocido por el Comandante y por el Vicecomandante, que en la noche precedente deberán haber guiado a través de él a una patrulla de reconocimiento.

Es necesaria una anticipación de cuarenta y ocho horas que permita una cuidadosa preparación y consienta a los hombres destinados a efectuar el servicio un reposo de por lo menos veinticuatro horas detrás de las primeras líneas en lugar desenfilado y seguro.



Concluido el servicio, el Comandante de la patrulla deberá redactar una relación que comprenderá los siguientes temas:

- objetivo de la patrulla;
- nombre del jefe de la patrulla;
- itinerario de ida y vuelta;
- enemigo encontrado en ...;
- pérdida del enemigo ...;
- pérdidas nuestras ...;
- parte (informe);
- hora;
- fecha;
- firma.

Tal relación, enviada al Oficial informador del Batallón, llega por conducto regular a poder de los mandos superiores para completar los documentos informativos del sector.

Las noticias recogidas son, además, registradas en el cuaderno que todo Capitán de Compañía deberá poseer respecto al sector que le corresponde. Tal cuaderno será entregado, juntamente con los otros documentos especificados por el Mando, a la saliente Unidad que releve en la defensa del sector.

La Selección Psicotécnica Militar en Alemania e Inglaterra en la última guerra

Ingeniero LUIS RUIZ CASTILLO BASALA, Profesor de la E. de I. Industriales y del Instituto Nacional de Psicotecnica.

Es muy antiguo el conocimiento de la falta de rendimiento de algunos sujetos en sus profesiones respectivas, debido, en la mayor parte de los casos, a la inadaptabilidad para el cargo que desempeña; es decir, que o bien ellos no eligieron con acierto el oficio u ocupación, o quien dispuso su encuadramiento en alguna actividad lo hizo a la ligera, sin pensar si dicho sujeto era apto o estaba inclinado por sus gustos para tal empleo. En la Industria, que es donde se percibe más palpablemente este fenó-

meno, cuando se produce, se exterioriza en accidentes profesionales para el trabajador o en quebrantos económicos para la Empresa, acompañados siempre de algún estancamiento en la producción. Hoy día, las Empresas solventes y bien organizadas tratan de remediar estos problemas sometiendo a los aspirantes, sea cual fuere la importancia del cargo, a una previa selección, aunque no sea más que efectuada con carácter intuitivo. Es ya clásico en los tratados científicos sobre estas cuestiones la

estadística efectuada en París por M. Lahy del ahorro que representaba la reducción y los pagos de accidentes y el arreglo de los coches estropeados en la Sociedad de Transportes en Común (Autobuses y Tranvías), debido a la disminución experimental en hechos luctuosos después de seleccionar el personal conductor por procedimientos psicotécnicos. Si en la industria la tal selección significa el ahorro de considerables gastos y la no perturbación económica en los procesos de fabricación y venta, ¿qué significarían en el Ejército tales sistemas de selección?

El problema de seleccionar personas para los cometidos industriales se ha desarrollado profundamente en multitud de países, sobre todo en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia e incluso España, en donde el Instituto Nacional de Psicotecnia, sus oficinas de provincias de Orientación y Selección Profesional, así como el Instituto Psicotécnico de Barcelona, han trabajado con ahínco en tal labor, llegando a varios millares los exámenes efectuados en el I. N. de P. de Madrid. Dicha labor está perfectamente estudiada para multitud de ocupaciones, por tener el Instituto completados los profesiogramas de las más importantes y variadas profesiones, las técnicas de diversos tests y la valoración consiguiente, que, unida a los valiosos resultados estadísticos, hacen que en el Instituto de Madrid se esté perfectamente capacitado para llevar a cabo cuantas selecciones de tipo industrial se le exijan.

Si una Empresa marcha bien por la reducción de sus gastos y el aumento de sus ingresos, el Ejército, que tiene una misión mucho más importante, ha de procurar ahorrar gastos y hombres, y acrecentar rendimiento y eficacia. Por otra parte, la misión del Oficial, sobre todo en tiempo de guerra, es importantísima, y algunas veces no se puede llevar a cabo eficazmente por ser la misión encomendada superior a su capacidad intelectual. Esto sucede, sobre todo, en tiempo de guerra, cuando las necesidades militares obligan a admitir un aluvión de personas para desempeñar cargos importantes y de directores de tropas. Además, cuando las guerras son largas, se presenta otro problema, que es el inverso; es decir, que los Oficiales se gastan, su número es limitado y las necesidades del Servicio exigen la llegada de otros nuevos. Entonces ya no tenemos innumerables aspirantes, y, por el contrario, hay pocos disponibles y hemos de elegir entre ellos a los que consideramos mejores. Este fué, en realidad, el problema que tuvo planteado Inglaterra durante los años 1942 al 1944. Para llevarlo adelante se creó la W. O. S. B. (*War Office Selection Boards*), Departamento de Selección del Ministerio de la Guerra, en el conjunto del Ejército británico, bajo la dependencia de la Dirección de Selección de Personal, con la colaboración del Mando Escocés y de la Dirección de Psiquiatría del Ejército.

La selección de personal administrativo o de la oficialidad para las distintas Armas y servicios no se había efectuado nunca en Inglaterra ni en España. Antes de la guerra última, sólo en Alemania se efectuaron selecciones para diversos empleos militares, mediante ensayos muy cuidadosos de métodos con carácter más psicológicos que psicotécnicos, para elegir aquellos hombres más aptos o que reunieran las condiciones más completas de lo que se consideraba como "tipo efectivo de oficial para el Ejército alemán".

En período normal, el proceso para seleccionar personal directivo o administrativo para las grandes Empresas industriales o al Servicio del Estado, o para las profesiones liberales, está muy lejos de ser sencillo, porque hay que tener en cuenta diversos factores de cierta importancia, como son las condiciones de ingreso y de estudio de la Universidad y de las carreras especiales, en su relación con los tipos de examen, el libre albedrío del hombre culto, la elección interesada de carrera en muchos casos por diversas razones de tipo económico e incluso político, etc.,

sin olvidar el estudio verdaderamente psicológico de la personalidad de aquellos a quienes se les va a confiar un puesto de responsabilidad. Todo esto podría aplicarse en la selección de los Oficiales en tiempo de paz; pero es totalmente inservible cuando se trata del caso de un Ejército formado en tiempo de guerra, problema que tiene carácter de urgencia. Entonces, como el tiempo es esencial, hay que estudiar pocas características. Por otra parte, no se dispone de *datos ciertos* para señalar con pleno éxito las condiciones del mando militar y, sobre todo, no es posible descubrir con certeza dichas condiciones en la vida anterior, desconocida en la mayoría de los candidatos, incluso porque para éstos las realidades de su futuro empleo les son desconocidas, por no tener ningún punto de contacto con sus actividades anteriores.

¿Cuáles son las condiciones que definen al militar perfecto? En esto, como en todo, existen diversas opiniones. En otra ocasión (1) he tratado de fijar las condiciones para el caso del Oficial de Estado Mayor, exponiendo para el profesiograma completo de las actividades militares según mi criterio, así como opiniones de técnicos destacados sobre las cualidades que debe poseer el Oficial.

Pero no se trata aquí de si son éstas u otras las cualidades teóricas del Oficial, sino únicamente de exponer cómo este problema de la selección profesional en el Ejército fué llevado a la práctica por dos países combatientes: Alemania e Inglaterra. Además se comprende que dichos países, con ideologías distintas, tendrían que enfocar el asunto desde posiciones también distintas; y de tal manera es así, que en lo que sigue quedan patentes los respectivos criterios, ya que el Ejército alemán estaba influenciado por la política, y, por el contrario, el Ejército inglés sólo perseguía la eficacia. He aquí en esto, como en todo, la pugna que la guerra ha resuelto con la victoria de los Aliados.

LA PSICOTECNIA MILITAR EN ALEMANIA

Desde el año 1930 se emplearon en Alemania los procedimientos psicotécnicos de selección para las profesiones militares, y según datos del año 1939, al empezar la guerra última, debido al perfeccionamiento del método, y a los anteriores éxitos obtenidos con dichas selecciones, solamente pasaban a las Academias militares los aspirantes seleccionados en los Institutos Psicológicos oficiales que para este fin habían sido fundados en el Reich en número de veinte, de los cuales dos estaban adscritos exclusivamente a la Marina de guerra.

En dichos Institutos, después de examinados los sujetos, no sólo eran seleccionados para las distintas armas, sino que también se les orientaba para la profesión militar más acorde con sus cualidades, e incluso de los Institutos salían los aspirantes que no llegaban a poseer las cualidades intelectuales para Oficial, dirigidos a las especialidades del Ejército y de la Marina, tales como artilleros, constructores de fortificaciones, servicios telefónicos, de enlace, radiotelegrafistas, telemetristas, hidrofónistas, mecánicos, constructores de vehículos, pilotos de barco, etcétera. Del mismo modo, los empleos de aviación, como pilotos, bombarderos, mecánicos..., también eran decididos psicotécnicamente. Incluso en las cajas de recluta, al ser militarizados los elementos pedidos por el Mando, eran dirigidos por un examen muy somero a los distintos Cuerpos, a fin de lograr un Ejército en el que, en el grado máximo posible, cumpliera la consigna de que "cada puesto fuera servido por el más apto".

El principal problema planteado en Alemania fué ob-

(1) "Psicotecnia Militar: el Oficial de Estado Mayor". Artículo publicado en la Revista EJERCITO.

tener personal seleccionador que cubriera los cargos directores de los Institutos de Psicología Militar; y para ello, en algunas Universidades del país, varios miembros del Ejército, con estudios muy especializados en cuestiones militares y de psicología aplicada, dispusieron cursos para preparar a otras personas y se crearon los títulos de profesor de Psicotecnia del Ejército, o de la Marina, o de Aviación, cuyos titulares eran los que después efectuaban los exámenes de selección y orientación en los citados Institutos de Psicología Militar.

La formación de los primeros profesores de Psicotecnia Militar la obtuvieron los licenciados corrientes de las Universidades alemanas, después de seguir un curso teórico de Psicología y de pasar dos años destinados en las distintas armas para estudiar con todo detalle las cualidades que requiere el Oficial.

En los Institutos de Psicología se examinaba a los aspirantes, y sólo se hacía pública la calificación de *apto* o *no apto*, reservándose la opinión completa del sujeto, que era el punto de partida de un expediente personal, que después se completaba con los datos de los resultados de los exámenes en las Academias Militares y de las observaciones de los profesores para cerciorarse de la bondad y efectividad del examen psicotécnico y mejorarlo de acuerdo con los resultados estadísticos obtenidos. Parece ser que en los primeros examinados el porcentaje de los bien seleccionados y buenos Oficiales fué del 85 por 100.

En los años anteriores a la guerra, por el deseo de servir los acuerdos del Gobierno de aumentar el Ejército, se admitieron individuos con la nota *no apto*; pero posteriormente hubo que rectificar el criterio, porque en una promoción de una Academia Militar hubo que desechar veintidós alumnos, de los cuales veinte habían sido declarados previamente por el Instituto Psicológico correspondiente como *no aptos*. En una escuela de aviación se declaró a dos futuros aviadores como *dudosos*, y al terminar el curso se vió que habían sido desechados por no servir para pilotos, y hubo que destinarlos a servicios exclusivos de Tierra.

En los exámenes psicotécnicos de selección se comprobó que no servían para Oficiales del Ejército entre el 15 y el 20 por 100 de los aspirantes. Para la Marina, los no admitidos llegaban al 40 por 100 de los presentados. Esto quedaba más patente cuando se precisaban características fisiológicas muy desarrolladas, y así, sólo se admitía el 5 por 100 al tratar de cubrir puestos en los servicios de Radio, Telégrafo o Teléfonos (audición muy perfecta), y el 2 por 100 cuando se trataba de telemetristas de la Marina (visual muy característica).

En Alemania se organizaron los exámenes con el criterio de dar menos importancia a la Psicotecnia que a la Psicología pura. Se tenía como evidente que la calificación alta en las pruebas de inteligencia técnica, general, abstracta, etc., eran disposiciones especiales cuyo principal aprovechamiento residía en las industrias, y, en cambio, creían que los exámenes psicológicos eran más convenientes para averiguar si el sujeto tenía valor integral y cualidades militares; es decir, si su constitución física, sus facultades intelectuales, su voluntad y su carácter son las más a propósito para las actividades que suponían exigía la milicia. No hay que olvidar que, dado el carácter político que tenía el desaparecido Ejército alemán, los exámenes eran efectuados desde un punto de vista no ortodoxo de cualidades de Oficial, sino de una mezcla de dichas cualidades y de la adhesión incondicional al Führer.

Los aspirantes tenían que sufrir el examen ante un Tribunal compuesto por un profesor de Psicología Militar y dos Oficiales profesionales. Cada uno de éstos emitía por separado su calificación, y parece ser que eran coincidentes, en aceptar o denegar, en una gran proporción, que llegó a ser para algunos Tribunales del 90 por 100.

Los exámenes de los candidatos en grupos de ocho du-

raban tres días, tiempo mínimo para tales cometidos (1). En líneas generales, consistían en lo siguiente:

1.º Los aspirantes tenían que escribir durante un tiempo limitado (una hora) sobre dos temas militares, uno de los cuales lo elegía el Tribunal y el otro el propio alumno.

2.º Sobre un tema elegido por el Tribunal se organizaba una controversia entre los ocho aspirantes, con el fin de observar el carácter, las ideas y la manera de expresarse "cuando hablan frente a los de igual condición".

3.º Se les sometía a pruebas de habilidad manual, y de preguntas sencillas para la determinación de las cualidades intelectuales.

4.º A los que pretendían ingresar en los cuerpos técnicos se les presentaba *tests* de aparatos mecánicos. Debían contestar por escrito a las preguntas sobre resolución de problemas de funcionamiento, e incluso sobre si faltaban piezas en los mecanismos o si estaban algunos equivocados, y, en definitiva, tenían que ponerlos a punto.

5.º Sobre un tema de pleno conocimiento del aspirante se obligaba a éste a que lo desarrollara ante un grupo de soldados hasta que éstos lo aprendieran perfectamente. De esta forma se estudiaba la manera usual de hablar "frente a los de inferior categoría o grado militar inferior", si posee condiciones para instruir y si es hombre de paciencia.

6.º Se introducía al aspirante en un cuarto donde había una cámara de cine. Se le colocaba de modo que su cara quedara en primer plano con respecto a la cámara. Un profesor le sometía a un interrogatorio; a continuación tenía que levantar un gran peso y, por último, después de coger unos manguitos, se le aplicaba una corriente eléctrica. En la cámara quedaban registrados todos los gestos del individuo y la película era estudiada detenidamente por el Tribunal.

7.º Al sujeto cargado con un fusil, casco, mochila y toda la impedimenta del soldado se le ordenaba saltar y salvar una muralla cuantas veces físicamente pudiera hacerlo. Cuando el Oficial examinador veía que estaba agotado materialmente, le daba nueva orden para saltarla otra vez. Se trataba de comprobar si se daba por vencido o si reaccionaba y ejecutaba la orden, al objeto de observar la capacidad de decisión o la de sobreponerse a la fatiga.

8.º Llamado por un profesor de Psicología Militar, el alumno sostenía con él a solas una larga conversación y en plan de camaradería, e "incluso fumando".

No se seguía una misma línea rígida en los exámenes para todos los sujetos, ni siquiera para los componentes de cada grupo, ya que el Tribunal podía terminar las pruebas cuando lo estimara conveniente, bien por creer que está el sujeto bien calificado o que es inútil proseguirlas, dadas las condiciones deficientes de capacidad. También los Tribunales estaban autorizados, en casos excepcionales, a ampliar el número de elementos de juicio.

En los exámenes de aviadores se consideraba muy interesante descubrir, mediante aparatos especiales, el sentido de la orientación, el temperamento y la constancia.

El estudio de la constancia y el automatismo era considerado en los Institutos alemanes como muy preeminente, y para ello disponían pruebas de fácil resolución, que les hacían repetir diez a veinte veces, para ver la influencia del cansancio intelectual, dándose la circunstancia de que algunos sujetos bien calificados para pilotos, pero no automatizables, se cansaban y cada vez lo hacían peor.

En el Instituto Nacional de Psicotecnia de Madrid también tenemos el criterio de dar suma importancia a

(1) Obsérvese después la coincidencia de cifras con los exámenes en el Ejército inglés. Duraban también tres días y el número de componentes de cada grupo, aunque oscilaba entre 6 y 12, se creía como preferible el de 8.

tales pruebas, y consideramos que para toda clase de actividad es interesante y buen punto de apoyo de la calificación definitiva de un examinando los estudios de la automatización, monotonía y fatiga, tanto desde el punto de vista intelectual como físico; pero nos parece apropiado suponer que ha de ser buen Oficial quien acuse reacciones de monotonía y fatiga intelectual. Por el contrario, todas aquellas personas de valor intelectual alto serán muy sensibles a la monotonía, mientras las personas de escasa vida interior, por su carencia de dotes intelectuales, serán sujetos muy automatizables.

LA PSICOTECNIA MILITAR EN INGLATERRA

He aquí cómo resolvió Inglaterra la selección de Oficiales en los años últimos de la pasada guerra. Antes de crearse el Departamento de Selección (W. O. S. B.), la elección de candidatos para los puestos de responsabilidad se basaba en un informe del Mando, generalmente seguido de un reducido interrogatorio, ante una Comisión formada por Oficiales superiores. Este procedimiento puede ser aceptable cuando la cantidad de candidatos es grande en relación con la demanda de puestos, y contiene, por tanto, el grupo aspirante una proporción adecuada de "material servible". El margen de error es calculable en cierto grado y está integrado por más fallos de *no admisibles* de candidatos posibles, que *admisiones* de personal no apto. Este grado de error no es aceptable cuando el factor hombre escasea.

La estructura general y los principios de trabajo de las diversas oficinas de selección eran semejantes, pero cada una tenía su programa particular. Así es, que nos limitaremos a señalar la marcha y el procedimiento de un W. O. S. B. típico, y exponer, por referencias técnicas, los aspectos más interesantes de los métodos empleados,

vitaba a dar su opinión, generalmente valiosa, e intervenían con toda autoridad en las cuestiones técnicas propias del Ejército (básicas de la preparación del futuro Oficial). Sobre estas cuestiones técnicas, como es lo lógico, no poseemos ninguna referencia, por tratarse de asuntos militares reservados.

El período normal de pruebas era de tres días, es decir, que el Departamento daba su informe definitivo en ese tiempo, cuando lo más grato y científico hubiera sido emplear un tiempo diez o treinta veces mayor. Los candidatos oscilaban entre los 18 y 50 años, y los grupos se componían, la mayor parte de las veces, por músicos, periodistas, profesores de Universidad, ingenieros, abogados, actores, empleados estatales de las naciones aliadas —incluso una vez un ex ministro—, obreros calificados, ordenanzas, etc. Se les trataba como si fuesen realmente Oficiales durante el curso, y se procuraba se sintieran a gusto durante la ejecución de los tests y en todo momento del período de los tres días. Los Oficiales examinadores se mezclaban con los candidatos y fué alentador el éxito que coronó los esfuerzos para conseguir un ambiente comparable al de una reunión de *buenos Oficiales* (1). Los tests se eligieron al objeto de descubrir las cualidades básicas suficientes en cada persona para aceptarlo, no con el criterio de su deseable eliminación. Como regla ortodoxa del procedimiento se les comunicaba que ningún test por separado era decisivo en pro o en contra.

La recepción de los candidatos al examen se efectuaba por grupos de 6 a 12 sujetos. El criterio del W. O. S. B. sobre el número más preferible era el de ocho. Se les daba a todos un brazaleté numerado. Durante el transcurso de las pruebas se les conocía a cada uno por el número que le correspondió, sin que influyera, ni en el trato ni en la calificación, el grado militar de los examinandos, que no se consideraba en absoluto.

El programa a realizar para cada grupo era el siguiente

a) Tests escritos.....	Cuestionarios.....	2.	Uno sobre la formación cultural, educativa y de ocupaciones anteriores. Otro personal (filiación del sujeto, gustos y preferencias e inclinaciones) y médico.
	Tests de Inteligencia.....	3.	Cada uno de veinte minutos.
	Tests Psicológicos.....	3.	Indicando características personales básicas.
	Test Matemático.....	1.	Principalmente para Cuerpos técnicos.
b) M. T. O. Tests prácticos.....		7.	Y un interrogatorio corto.
c) Interrogatorios.....	Cualidades del Oficial.....	1.	Cada interrogatorio del grupo c) era de unos treinta minutos.
	Psiquiátrico.....	1.	Los psiquiatras no tenían tiempo, generalmente, para interrogar a todos. Lo hacían solamente en los casos imprescindibles.
	Técnicos.....	1.	Sólo en caso necesario.

al único objeto de estudiar los procedimientos psicotécnicos y las enseñanzas que de ellos se derivan.

En líneas generales, un departamento de Selección de Oficiales del Ejército inglés estaba formado por un grupo de cuatro personas: un Presidente (Coronel), un Psicotécnico u Oficial de Pruebas o Tests Militares M. T. O. (Comandante o Capitán), un Psiquiatra (Comandante o Capitán) y un Psicotécnico Ayudante (Subalterno). Este comité tenía por misión informar la admisión de candidatos para un aprendizaje posterior en los campos de instrucción e incluso desestimar al final de la verdadera instrucción militar (seis meses después) los candidatos que no hubieran dado el rendimiento exigido. A este equipo se añadían uno o varios Oficiales auxiliares o inspectores para cada grupo de candidatos. Aunque no eran propiamente miembros del Departamento, se les in-

"TEST" DE INTELIGENCIA

La palabra *inteligencia* se interpreta de tantas maneras, que no es posible con ella solamente dar una idea exacta de lo que queremos expresar. Con gran ligereza se usa en la conversación corriente cuando nos referimos a alguno que tiene buena memoria (2), cierto don de gentes y personalidad simpática o atractiva, que para mu-

(1) Casi todos los datos que siguen están tomados del trabajo del Coronel F. I. de la D. Garforth, publicado en el *Royal Ingenieur's Journal*, diciembre 1944.

(2) Sobre todo, impresiona al mal psicólogo los tipos de memoria que podemos definir por "disco de gramófono" o recitado "como un lorito".

chos observadores corrientes es la exteriorización del mérito, y que en la mayor parte de los casos cubren esas aptitudes una carencia absoluta de verdadera inteligencia. Por el contrario, sujetos (muchachos jóvenes principalmente) muy inteligentes y capaces no impresionan favorablemente a primera vista. Además existen otras personas que, por poseer extraordinarias aptitudes de tipo localizado en determinada actividad, se las considera, equivocadamente, con una gran inteligencia general; pero, en realidad, dichas personas no alcanzarían una puntuación alta en los *tests* de inteligencia general utilizados en los laboratorios psicotécnicos. Así es que el alcance de los *tests* de inteligencia es frecuentemente mal interpretado o sujeto a errores de concepto. En el Instituto Nacional de Psicotecnia de Madrid estudiamos y procuramos dictaminar diversas clases de inteligencia de las variedades siguientes: general, abstracta-verbal, abstracta-espacial, espacial, verbal, práctica, técnica y asociativa.

El buen militar necesitará en grado sumo poseer los tipos *general, espacial, técnica* (de la profesión) y *asociativa*, y, en cambio, no le interesará la *abstracto-verbal* (creaciones de palabra u oratoria), ni la *práctica o mecánica*, porque se sobrentiende lo lejos que ellas influyen en los cometidos propios del Ejército.

Con carácter general, una puntuación elevada en los *tests* de inteligencia es, no cabe duda, una indicación valiosa y segura de un cerebro rápido y flexible, apto para captar rápidamente facetas imprevistas del medio ambiente y con facultad de análisis ante las situaciones y hechos con los que no esté familiarizado.

Para un Oficial, un alto grado de inteligencia de los tipos que señalamos antes es una cualidad muy valiosa, siempre que vaya acompañado de las cualidades esenciales del cargo, tales como el carácter propicio a la función, el don de mando y la personalidad, rasgo definitivo. El sujeto que obtenga una puntuación deficitaria en inteligencia, pero que posea grandes cualidades de carácter, decisión y energía personal, puede alcanzar éxito en una rama especial de la actividad humana; pero, desgraciadamente, *no puede constituir materia básica para ser buen oficial*. Esto se ha comprobado en los campos de instrucción del Ejército inglés, donde observaron los elementos directores que los referidos aspirantes tenían tendencia a desanimarse y eran devueltos a su Unidad de origen, debido principalmente a la dificultad que tenían para asimilar la variada y concentrada instrucción. La opinión del W. O. S. B. sobre esos casos era: "El sujeto no es adaptable, ni rápido para comprender materias ni conceptos nuevos, y probablemente reaccionaría equivocadamente en situaciones repentinas, complicadas e imprevistas, en las que tuviera que actuar bajo su sola responsabilidad. Puede, por tanto, ser una amenaza en el campo de batalla enemigo, no sólo para sí, sino para los hombres bajo su mando. Además, le costaría trabajo inspirar confianza a subordinados con una inteligencia mayor que la suya."

En el W. O. S. B. los resultados de los *tests* de inteligencia se compararon con los obtenidos en los otros *tests*. Cuando existía alguna razón para pensar en la no correspondencia o falta de correlación, se hacían nuevos exámenes con *tests* diferentes. Muchos candidatos pueden no estar en forma el día de la prueba por causas diversas: fatiga por un largo, penoso e incómodo viaje la noche antes, algún padecimiento físico, etc.

Los *tests* que utilizaron son del tipo *standard*, es decir, valorizados científicamente por datos estadísticos y por estudios e investigaciones prolongadas. Con tal motivo, y para lograr una escala aceptable de comparación para ser utilizada después en la selección del Ejército, se probaron previamente con una gran cantidad de Oficiales y hombres en servicio activo. La escala usada, lograda a base de la combinación de las respuestas favorables de los tres *tests*, era así:

- a) Con una inteligencia y capacidad analítica sobresaliente, muy capaz y apto a los máximos honores universitarios o de estudios superiores, y con una educación y aplicación privilegiada.
- b) Muy por encima del nivel del Oficial medio.
- c) Algo más sobre el nivel del Oficial medio.
- d) El Oficial medio.
- f) Bajo el nivel del Oficial medio.
- g) Sobre el nivel del soldado medio.
- h) Un poco más del nivel del soldado medio.
- i, j, k) Alrededor del nivel del soldado medio.

Esta escala, aunque muy dividida, está justificada por investigaciones estadísticas. Si hubiera de completarse para incluir a todos los habitantes de un país, habría que añadir varios apartados por debajo de *k*. El criterio usado en los exámenes fué el no admitir candidatos con resultados en el grupo *h* o con nivel por debajo de él, y no se rechazó al examinado por motivos únicos de inteligencia, a no ser que obtuviera calificaciones por debajo del apartado *g*.

CALIFICACIONES DE LA PERSONALIDAD

Puntos es el nombre que se daba a las observaciones del psicólogo sobre la personalidad del sujeto. Dichas observaciones no fueron utilizadas por el Departamento como datos aislados o definitivos, pero sí utilizados por el psiquiatra o psicólogo como elemento especial entre sus datos cuando emitía el informe definitivo.

Los "puntos" se basaban en los resultados obtenidos de los dos cuestionarios y los tres *tests* psicológicos. Los cuestionarios estaban cuidadosamente hechos para ayudar al candidato a señalar toda la información sobresaliente relativa a su medio, educación, preferencias e intereses, actividades sociales, deportes, juegos, clases de trabajo y rendimientos obtenidos, vida militar anterior y record de actividades en ella e historia médica.

La referencia sobre el particular no señala la teoría o los detalles de los *tests* psicológicos; pero no cabe duda que la interpretación experta y afortunada, por el examinador, de las pruebas, resultados del cuestionario y de los tres *tests* psicológicos lleva a proporcionar a un buen psicólogo un cuadro provisional de las características básicas y, lo que es más interesante, a que el dictaminador tenga puntos de referencia de calidad sobre el sujeto examinando, sin tener necesidad de verle personalmente.

Claro está que estos resultados debieron admitirse como un "punto de partida" y tienen su verdadero valor en cuanto sirvieron para decidir qué candidatos han de ser interrogados por el psiquiatra. Además ayudaban a éste, pues le marcaban las directrices u orientación del interrogatorio.

Sobre todo, los *puntos* son útiles al sugerir cuestiones que necesitan observaciones o pruebas especiales en el examen siguiente de los *tests* de M. O. T. o *interrogatorio sobre las cualidades del Oficial*. Muchas veces tal puntuación proporcionaba el primer elemento de que un sujeto en apariencia vulgar tenía mucho más valor dentro de sí de lo que a primera vista parecía.

"TEST" M. T. O.

Según el autorizado criterio del Coronel Garforth, "el Oficial psicotécnico o M. T. O. ideal sería un ser inasequible o el superhombre: debe ser, ante todo y sobre todo, un buen Oficial, preferible con experiencia de lucha en el campo de batalla, y deberá poseer gran inteligencia, para no interpretar mal las reacciones y comportamiento de los candidatos. Ha de interesarse en el destino de los seres que le rodean y, por otra parte, estar libre de prejuicios personales y de intolerancia. No debe olvidar lo

limitados que son los conocimientos del hombre, estar dispuesto siempre a aprender algo y tener consciencia de lo superficiales e inexactos que son los métodos ordinarios de enjuiciamiento y clasificación del material humano".

Los tests fueron de varios tipos, y dentro de cada uno variaban considerablemente. Aunque pueden clasificarse de varias maneras, se adoptó como más sencilla la siguiente:

- 1.º Actuaciones individuales.
- 2.º Actuaciones de mando de grupos.
- 3.º Actuación de grupos sin jefe.

Dentro de éstos, los tests pueden variar desde los que piden u obtienen cualidades primarias de pensamiento y comprensión a otros en que la capacidad de acción y mando son lo principal. Dichos atributos no siempre van juntos en proporción equilibrada. Parece ser que fueron más útiles, sobre todo en un programa corto de exámenes, los que proporcionaban datos sobre los dos aspectos, aunque los tests más especiales tienen más aplicaciones al caso que nos ocupa.

Se comprende que cada Ejército tenga sus tests propios, de acuerdo con sus características raciales, culturales y formativas, y no cabe duda que los elementos técnicos y directores de la Enseñanza militar y Reclutamiento son los que deben puntualizarlos, porque se refieren a cuestiones técnicas militares que los psicólogos civiles desconocen. Aquí es donde entra de lleno la función coordinadora de los elementos militares, y sobre ellos cae la plena responsabilidad de estas pruebas.

He aquí algunos ejemplos de tests individuales (1.º) sobre los que trabajaron los Oficiales M. T. O. del Ejército inglés:

a) A un candidato se le explica una situación en que se supone se encuentra, y que puede ser militar o no militar. Se le pide que describa o ejecute la línea de acción que seguiría para resolverla. La situación debe ser sencilla en lo que se refiere a los "ingredientes"; pero ha de presentar una variedad de soluciones buenas, malas e indiferentes. En las situaciones militares hay que tener muy en cuenta el entrenamiento previo o la falta de él.

b) *Trato con los hombres a su mando.*—Se pone al sujeto en la situación de un Oficial recientemente incorporado y que tiene que resolver un problema (no de disciplina) con uno de sus hombres. Otro de los candidatos de su grupo hace de "hombre" en cuestión. La validez de este test la proporciona la controversia y son necesarias una gran habilidad y experiencia en el examinador (M. T. O.) para evitar deducciones equivocadas. Después, y alternativamente, se da a cada candidato un plazo corto para preparar y pronunciar unas palabras dirigidas a sus hombres (representados por los restantes sujetos de su grupo) sobre moral, comportamiento o disciplina.

c) *Resolución de problemas individuales.*—Se enfrenta el candidato con una serie de obstáculos o tareas, cada uno de los cuales encierra varios puntos importantes, y se le da un tiempo corto y limitado para sacar el mejor partido posible. Era un test muy interesante; pero es necesaria gran experiencia e inteligencia para calibrarlo. Las actuaciones son muy variadas y van desde una brillante combinación intelectual, ingeniosa y atlética, a un completo fracaso, para planear o actuar, acompañado, en algunos sujetos, de torpezas inexplicables e inaceptables e incluso con desequilibrios nerviosos.

En los problemas de "mandos de grupos" se coloca al sujeto al mando de un grupo de hombres y se le enfrenta con alguna situación que resolver o misión que planear, ejecutar u organizar por todo el conjunto. Las situaciones "sin jefe" son pruebas en las que el grupo citado se enfrenta con un problema sin que el Oficial examinador (M. T. O.) haya dispuesto previamente el que ha de hacer de jefe. Este test era, según opinión del Departamento, el más valioso y el más honrado, siempre que

el M. T. O. sea un observador agudo, bien entrenado y preparado. Los tests varían de la "discusión general" en que a ocho o diez candidatos, sentados cómodamente, se les pide elijan un tema de discusión y hablen de él entre sí, al "trabajo en grupo", que puede consistir en improvisar con materiales limitados disponibles en el lugar un método para escapar todo el grupo de una cierta situación, alambradas, cables eléctricos, señales de alarma, etc. Otra variante de los tests de grupo es cuando se les pedía que "inventen la situación y actúen en consecuencia". Al juzgar estos tests, el examinador debía tener muy presente las reacciones personales dentro del grupo y si alguno se ha distinguido en la ejecución y dirección de los demás componentes. "En general, no es el sujeto que habla más alto o el que aparentemente toma el mando el que obtiene la mejor puntuación."

ACTUACION DEL PSIQUIATRA

Para muchas personas no existe diferencia entre un psiquiatra y un psicólogo. Pero la realidad es otra. El primero es un médico especializado en psicología y en el tratamiento de enfermos nerviosos y mentales. El psicólogo, por el contrario, no ha de ser necesariamente médico, y en el campo de la psicología está relacionado más íntimamente que el psiquiatra con el estudio de la inteligencia, la atención, la aptitud, los tiempos de reacción, etc., del hombre corriente. Igualmente estudia condiciones sociales y de trabajo de las actividades, sensoriales, de fatiga y de comportamiento habitual del ser "normal". Desgraciadamente, es una profesión de conocimientos precisos muy difíciles de adquirir y más aún practicarla bien, lo que da lugar a que sean muy pocos los que realmente sirven para desempeñarla con éxito.

La mayoría de la gente no tiene interés por la Psiquiatría, y esta indiferencia tiende a convertirse en aversión cuando piensa que debe establecer contacto con tales preocupaciones. Se alarma ante la sola sugestión de meditar en lo que considera un interés raro, propio también de gente rara. Este estado de ánimo hace que se pierdan para el psicólogo algunos beneficios muy prácticos que podrían alcanzarse con más rapidez y eficacia mediante la aplicación conjunta y ortodoxa de la psiquiatría y de la psicología.

Como una parte de la teoría psiquiátrica se basa en la investigación de anomalías de la personalidad y del espíritu (así como gran parte de la teoría médica se fundamenta en el estudio de las condiciones excepcionalmente mórbidas del cuerpo), muchos creen que para los psiquiatras no tienen interés nada más que los casos anormales. Claro está que la prevención mayor que todos tenemos contra ellos es el natural desagrado con que vemos la invasión dentro de nuestra propia intimidad mental, que, nos consta, no puede escapar ante una investigación ordenada y eficaz.

Con relación a los trabajos del W. O. S. B., según la propia experiencia de los directores del Servicio, la opinión de un buen psiquiatra es excepcionalmente útil en el estudio de los sujetos que siguen:

"Casos de candidatos jóvenes, en los que, por falta de desarrollo físico e intelectual, les conviene dejar transcurrir un tiempo mayor para encajar en las condiciones del Ejército, antes de pasar a un campo de entrenamiento. (Estos casos son tan propios del médico como del psiquiatra.)"

"Casos en los que hay dudas sobre si un candidato a Oficial reúne condiciones suficientes para cuidar bien de sus soldados. (El psiquiatra puede intervenir con acierto.)"

"Casos límites en lo referente a confianza en sí mismo y eficacia."

"Discusión de los dictámenes psicotécnicos cuando los tests de inteligencia dan resultados límites o extraños."

"Los casos poco comunes de candidatos con el temperamento taciturno y retraído (introvertidos) que han dado puntuaciones bajas en otros tests, pero que pueden ser mucho mejor de lo que aparentan superficialmente. También en el caso del tipo *blando y tímido*; pero con gran nivel intelectual, y que pueden poseer una reserva oculta de determinación y de buen luchador en la acción de guerra. En estos casos, la opinión del psiquiatra estaba, por lo general, en favor de los sujetos."

"Los poquísimos casos (probablemente menos del 1 por 100) en los que, por consideraciones puramente de psiquiatría, se opone resueltamente a la admisión de un candidato aceptable por todos los demás conceptos. Por ejemplo, un sujeto, por los resultados de los exámenes, puede ser un buen Oficial futuro, a excepción de algún fallo en su personalidad indicado por el psiquiatra, y que a causa de él puede conducirle a perder la serenidad o a cometer un grave error ante un momento de gran tensión. Este sujeto puede constituir un "peligro injustificado" para el Ejército, para sus soldados y para sí mismo. Si en el Departamento hubiera dos psiquiatras, deben someterse estos sujetos separadamente a ambos. Incluso el candidato puede ir a otro W. O. S. B. sin que la nueva oficina deba conocer los motivos de su no aceptación anterior."

La impresión sincera del Coronel Garforth sobre la actuación del psiquiatra es como sigue: "Ha tomado parte en más discusiones en las que el psiquiatra recomendaba al candidato que el caso contrario. Los psiquiatras suelen tener la habilidad para conseguir que el sujeto se encuentre a sus anchas en el interrogatorio, y generalmente es más sincero y justo consigo mismo al hablar libremente de su persona al médico psiquiatra que a ningún otro Oficial."

INTERROGATORIO SOBRE «CALIDADES DEL OFICIAL»

Este interrogatorio era misión del presidente del W. O. S. B. Partía de los informes proporcionados por el Jefe de la Unidad del candidato. Se hacían todos los esfuerzos posibles para obtenerlos con gran calidad. En muchos casos son de gran valor para el Departamento; pero en otros es evidente no son aprovechables por su falta de consistencia e interés, a causa de ser desconocidas para el informante las cualidades personales del candidato. De todos modos, unidos al cuestionario número 1, sirven de guía al Oficial interrogador, el cual debe llevar al sujeto a hablar de lo que ha hecho anteriormente, de sus inclinaciones y cometidos, con referencias especiales a cualquier actividad que suponga mando; de sus juegos y gustos; su concepción del papel y responsabilidades de un Oficial; sus conocimientos de los asuntos corrientes del país (cultura al día), y de sus razones verdaderas para desear ser Oficial. Para tener elementos de juicio suficientes, el Oficial examinador empleaba de veinte a treinta minutos en cada interrogatorio, aunque en algunos casos era posible llegar a una conclusión *intuitiva* en pocos minutos. "Estas intuiciones no tienen garantía y probablemente estarán equivocadas."

La ciencia y arte de entrevistar es un asunto fascinador, pero lleno de dificultades. No sólo cada sujeto es distinto de otro, sino que el entrevistador reacciona de diferente manera ante el interrogado, influido por razones sentimentales, de simpatía o de aversión. Claro es que deberá tener criterio fijo y no dejarse influir por personalismos; pero ahí está la máxima dificultad de su misión, que debe llevarla a cabo procurando no salirse de la línea recta en ningún momento de su actuación. Cada entrevistador debe utilizar un procedimiento según su personalidad, sujeto a normas fijas que le conduzcan a resultados razonables. El interrogatorio, dentro de perseguir fin idéntico en todos los casos, también debe admitir alguna flexibilidad, pero todo dentro de normas muy definidas.

Un buen entrevistador será el que conozca sus propias debilidades y procure estar alerta ante infundados prejuicios y simpatías. Ha de ser sensible a las posibles y variadas formas exteriores de nervosismo, confianza, deseo de finalizarlo, bluff, petulancia, hostilidad y sinceridad del sujeto interrogado. Como condición fundamental ha de ser de *paciencia ilimitada*.

"Por muy bien que se lleve el interrogatorio y muy acordes las respuestas, no se debe tener la pretensión de creer que proporciona resultados definitivos. En algunos casos, su informe, la puntuación en los tests psicológicos, el proporcionado por el psiquiatra y el del oficial M. T. O. pueden ser discrepantes, y, lo que es más extraordinario, que los cuatro informes, desde sus respectivos puntos de vista, pueden tener razón."

Esto se tuvo en cuenta en la actuación de los W. O. S. B., puesto que la última tarea de la Comisión dictaminadora consistía en reunir las distintas opiniones en una conferencia entre ellos e intentar, del conjunto de datos obtenidos, emitir un informe definitivo del candidato.

INTERROGATORIO TECNICO

Quando los candidatos aspiraban a formar parte de las armas técnicas (Artillería, Ingenieros, etc.), se les sometía a otro interrogatorio técnico. Para simplificarlo, se entregaba al Oficial encargado el test resuelto de matemáticas, así como los datos e informes sobre las ocupaciones técnicas del aspirante y la eficacia en las mismas.

La comparación entre los conocimientos técnicos, la experiencia práctica, la inteligencia técnica, el aprendizaje y la especialización, de una parte, y las condiciones generales de las pruebas, por la otra, da lugar, en psicología industrial, a problemas muy complejos, y cuya resolución acertada exige gran tacto y juicio hábil. Es de suponer que en problemas de selección militar las dificultades aumenten, si se quieren obtener las máximas probabilidades de acierto. Se comprobó en los W. O. S. B. que en el transcurso de esta prueba el candidato proporciona, además de su capacidad e inteligencia técnica, indicaciones valiosas para el capítulo de "cualidades del Oficial"; tales como condiciones buenas o malas sobre su don de mando, control sobre los hombres, integridad moral, eficacia, lealtad, etc.

CONTROVERSIA Y DICTAMEN FINAL DEL DEPARTAMENTO

Todos los datos obtenidos en el examen deben pasar a integrar los elementos de juicio para el dictamen definitivo.

Como ha podido verse en lo que antecede, se han seguido todos los trámites y características de lo que constituye una exploración psicotécnica, y para completarlo de algún valor científico, falta lo que se denominaría *dictamen final con arreglo a normas fijas y estadísticas*, y aun posteriormente añadirle la *comprobación de los resultados*.

Una oficina para llevar a la práctica los estudios, enseñanzas y las resoluciones pertinentes debería estar constituida con arreglo a las normas siguientes:

1.º Estudio psicológico general de la profesión militar (cualidades generales).

2.º Estudio particular de las profesiones militares (Armas: Infantería, Artillería, Ingenieros, Cuerpos Técnicos, Aviación, Marina, Intendencia, etc.), o sea la confección de los profesiogramas de las distintas armas o especialidades.

3.º Realización de los exámenes, es decir, la determinación de los tipos de pruebas o tests a propósito para tal fin, llevada a cabo por técnicos de cada materia, que ten-

drían que resolver una misión ardua e importantísima, para señalar no sólo la clase y características de cada *test*, sino la forma de realización con arreglo a normas ortodoxas psicotécnicas. Igualmente deberían precisar la norma y condiciones de los interrogatorios y cuestionarios.

4.º Calificación de los sujetos, primero en su valor cuantitativo en los *tests* (puntuación sobre aciertos o relación entre aciertos y número total de preguntas), y después en su valor relativo, o sea en la fijación del rango con arreglo a normas, estadísticas, cuartiles, curvas de valoración, etc.

5.º Comisión dictaminadora (formada, por ejemplo, por dos técnicos militares y un psicólogo, que podría ser también militar) o de admisión, de acuerdo con los resultados del punto anterior, y sobre la que recaería la responsabilidad de los aciertos del servicio.

6.º Conexión del Departamento de Psicotecnia Militar con las Academias o Campos de entrenamiento de las distintas Armas, a fin de obtener normas de estudio y aprendizaje capaces para lograr convertir en óptimos oficiales a los candidatos declarados buenos en los exámenes anteriores.

7.º Observación por el Departamento de Psicotecnia Militar de los resultados de los exámenes y del rendimiento de cada Oficial para comprobar los aciertos y fracasos en la elección de los candidatos y atestiguar la validez o no del método de selección y, con ello, su perfeccionamiento.

8.º Recopilación, al cabo de algún tiempo, de los resultados estadísticos que sirvan para mejorar los datos psicofisiológicos primitivos, la nueva ordenación de los rangos, la perfección estadística de los resultados parciales de las pruebas psicológicas, y, como es natural, la propuesta de variación, no sólo de las pruebas ensayadas, sino también la supresión de alguna de no aceptables deducciones, así como la inclusión de otras nuevas para los futuros exámenes, sugeridas por las enseñanzas derivadas de las recopilaciones mencionadas.

Hasta ahora hemos procurado dar una visión de los cuatro primeros puntos, tal como se ha efectuado en el Ejército inglés, y veamos en seguida cómo se llevó a cabo lo que nosotros hemos indicado en el punto 5.º, y que, por otra parte, es norma de todo examen psicotécnico.

Los distintos elementos examinados del Departamento (W. O. S. B.) se reunían en una conferencia privada, para darse entre sí las opiniones que cada uno de ellos había deducido de los respectivos exámenes realizados en los tres días de duración de los mismos. Discutidas por todos las propuestas personales, el presidente (Coronel) decidía, en definitiva, si el candidato ha de ser admitido, desechado o si pasa a nuevo período de preparación, que podría ser, o espera en su Unidad de origen, o amplia cesión sus conocimientos intelectuales. El procedimiento variaba de unos Departamentos a otros; pero en todos, antes de decidir, existía la costumbre de requerir la presencia de los sujetos sobre los que había de recaer decisión, y así el presidente comprobaba varios detalles, tales como la Unidad de origen, edad, elección de arma, etc. Retirado el sujeto, los demás miembros dictaminadores lograban con su presencia refrescar la memoria, recordar con más precisión las vicisitudes de los exámenes y evitar el peligro de alguna imprevista confusión. Después se daba cuenta del resultado del *test* de inteligencia, incluso se leían los puntos del mismo que tuvieran alguna especial significación (en bien o en mal), y a continuación, cada miembro de la Comisión exponía por turno su juicio personal sobre la realización de los *tests* a su cargo. "Lo más corriente era la coincidencia en la apreciación o ligeras diferencias" (1).

(1) Los que hemos trabajado en Selección Profesional, hemos visto que si la elección de examen ha sido afortunada, habrá, cuando menos, el 70 por 100 de casos fáciles de dictaminar, o de aprobación decidida o de repulsa clara.

"Los casos más interesantes, desde el punto de vista de estudio, y en los que la discusión fué más prolongada, era cuando existían divergencias de opiniones, y que se producían en los casos límites de aceptación o no aceptación, repetición de exámenes, y cuando uno o más miembros del Departamento clasificaba al candidato de extraordinario. Después de la discusión, el presidente decidía con fallo definitivo, salvo en aquellos sujetos que pasaban a nuevas pruebas complementarias."

Los candidatos rechazados, pasado algún tiempo, podían presentarse de nuevo a examen, al mismo o a otro Departamento.

La escala de clasificación se efectuó comparado los resultados de las pruebas con los obtenidos con Oficiales que llevaban más de seis meses de servicio activo, dentro del arma o especialidad del candidato. Era así:

- I.—Extraordinario, 1 por 100 de los Oficiales en servicio a plena satisfacción.
- II.—Muy por encima de la medida, límite máximo, 10 por 100 ídem íd.
- III.—Sobre la medida, próximo al 20 por 100 ídem íd.
- IV.—Media (valor estadístico de máxima densidad), 40 por 100 ídem íd.
- V.—Inferior a la medida, menos del 20 por 100 ídem íd.
- VI.—En el límite, pero aceptables, menos del 10 por 100 ídem íd.
- VII.—Devuelto para mayor entrenamiento y experiencia
- VIII.—Desechados.

"Esta clasificación puede parecer complicada; pero se tenía la experiencia de que los Oficiales examinadores, al principio de su llegada a los Departamentos, tendían a las calificaciones más simples de *sobre la media*, *media* y *bajo la media*. Pero no transcurría mucho tiempo sin que todos sintieran la necesidad de contar con las categorías II y III, e incluso la I, para distinguir a los sujetos más sobresalientes".

No hay que olvidar que todo el sistema señalado tenía un eminente valor práctico, y éste quedaba cumplido a la perfección con la escala anterior, establecida de acuerdo con las condiciones que siguen: primero, "al seguir posteriormente el comportamiento de los candidatos aceptados para ver su eficiencia, se veía la correspondencia entre la clasificación psicotécnica y los resultados prácticos"; segundo, "establecer estas diferenciaciones facilita el reclutamiento cuando se desea pasen los sujetos a distintas Armas, para las que, en algunos casos, deben elegirse los más aptos, de acuerdo con el papel que posteriormente tienen que desempeñar"; y tercero, "atiende también a las variaciones no periódicas de ofertas y demandas".

Así, el reclutamiento en Inglaterra podrá hacerse con sujetos calificados del I al V, e incluso en el VI, si la demanda es grande; pero para los servicios de organización del Ejército, Oficinas técnicas y Estado Mayor será conveniente no aceptar candidatos que no estén incluidos en las categorías I y II. Si las necesidades de la guerra exigieran un máximo de hombres y servicios, habría que contar para dichos casos con la categoría III.

Además, si con arreglo al estudio concienzudo de los profesiogramas de las distintas Armas se han precisado las características de cada uno, puede resolverse el problema del candidato que pretende enrolarse en una determinada para la que no reúne las *condiciones tipo* exigidas, y, en cambio, sí puede tener cualidades para otra especialización y debe, en consecuencia, ser orientado para ésta.

Todas estas sugerencias favorables pueden deducirse de la controversia y dictamen final, que si se realizan por personal capacitado y cumplidor de su deber, los éxitos que obtengan les pondrán a salvo de todas las críticas que estos procedimientos innovadores suscitan en los espíritus estáticos y en aquellos que dan valor únicamente a

lo que vieron y ordenaron. El escepticismo anida en todos los que desconocen los nuevos procedimientos que los técnicos lanzan al mundo después de haberlos sometido a análisis meticolosos, y que están basados no sólo en la intuición, sino que recogen los frutos de la investigación de muchos hombres que saben con firmeza y fe que cada día nuevo trae una nueva y más aprovechable enseñanza.

Todo hombre, al enjuiciar a otro por sus actos, a pesar de verlos con sus propios ojos, no está lejos del error; pero si ha de dictaminar sobre la personalidad, la realidad y la aptitud en potencia de sus cualidades, el error puede ser aún mayor, porque no puede basar sus opiniones en hechos palpables, con lo que forzosamente dará lugar a que éstas no tengan validez científica. Por el contrario, el conjunto de pruebas sobre las que se basa el juicio psicotécnico y las opiniones o calificaciones subordinadas a ellas pueden ser preparadas con bases científicas, con experimentación previa, procurando tener en cuenta cuantas precauciones sean posibles para compensar el error y el perjuicio humano. Cuando un hombre quiere medir el largo de un objeto, no debe ante él pensar con la imaginación y la inteligencia espacial si la longitud es ésta o aquella, sino que buscará un instrumento de medida y con él será sencillísimo obtener el valor exacto de tal dimensión. Esto mismo es lo que debe buscarse en los Departamentos de Selección Psicotécnica de Oficiales, y esto es lo que perseguían los W. O. S. B. ingleses, frente a los métodos más o menos casuales del azar o de la intuición, empleados hasta entonces allí y actualmente en otros muchos Ejércitos. La intuición tiene un gran valor; pero en sí no es suficiente, ni sirve de guía aceptable, con todas sus consecuencias, si no va acompañada por observaciones objetivas de posible comprobación, y de calificaciones ponderadas, exactas y sujetas a normas de algún vigor científico.

He aquí a continuación algunas de las enseñanzas de procedimiento inglés, según el Coronel Garforth:

"El test fundamental, o sea la parte del test de inteligencia destinado a poner en evidencia la inteligencia general (básica) de un individuo, ha sido presentada a una persona, con inteligencia menor de la normal, todos los días durante un mes, sin conseguir mejorar apreciablemente los resultados. Por el contrario, un candidato de inteligencia alta puede conseguir mucha mejor puntuación, si lo repite al cabo de unos días de su primer ensayo. Puede que sea posible enseñar a un candidato a resolver más acertadamente los test M. T. O.; pero si es así, el aprendizaje dejará para siempre en su carácter y en su personalidad un efecto beneficioso. Al final del cur-

so se pedía a los candidatos opiniones y críticas anónimas sobre él; una de las más corrientes es: "Lo que más me ha gustado es la ayuda amistosa del personal. Idéntico comentario suelen hacer en los interrogatorios al final del curso, muchas veces sujetos que al entrar estaban nerviosos, incómodos y con prevención. Casi todos dicen, con evidente sinceridad, que han disfrutado en él y que han tenido un trato ecuánime, lo que no impide que algún examinado hable de sus terrores y dificultades al volver a su punto de salida. Del mismo modo, otro sujeto rechazado propagará historias alarmantes sobre la actuación del psiquiatra, aunque casi todos de los que pasan con él las pruebas las describen como interesantes y útiles. Una mayoría aplastante de los examinados por los W. O. S. B. tienen una opinión favorable de las ventajas y posibilidades del sistema."

El método expuesto, aplicable en líneas generales a todo proceso de selección profesional, es todo lo perfecto que las cosas humanas lo son. En Madrid, en el Instituto Nacional de Psicotecnia, hemos efectuado selecciones profesionales para determinados oficios (nunca hicimos nada definitivo para Oficiales del Ejército) con éxitos ininterrumpidos. Nuestros procedimientos son más sencillos que el anteriormente señalado y glosado; pero también se trataba de casos más fáciles y de menor responsabilidad. Como toda obra de los hombres, el examen psicotécnico tiene lagunas y es susceptible de mejorar (no se olvide el punto 3.º del plan señalado más atrás), y ahí está precisamente el interés científico de este trascendental problema. De todos modos, los estudios actuales de selección, la bibliografía existente, el mejoramiento y contraste de los tests actualmente en uso, la creación de otros nuevos, etc., representa, en líneas generales, un avance notable y firme sobre los intentos anteriores, sin ningún valor práctico, sin relación con la lógica y sin ninguna seguridad *a priori* en el rendimiento.

Día llegará en que la Justicia social que los Estados modernos persiguen se apoye, en parte, en estos estudios y se consiga, por tanto, ofrecer a los ciudadanos de mañana las mismas oportunidades para las mismas capacidades, y entonces, cuando todos los hombres sepan que para el desempeño de los cargos importantes, para brillar en las carreras superiores y para alcanzar la fama y la fortuna no es necesario *nada más* que ser inteligente y tener aptitudes sobresalientes, habremos efectuado una verdadera revolución, desconocida hasta ahora, pero que quedará marcada en la Historia, porque ella—por el contrario a todas las revoluciones pasadas—sólo dará lugar a consecuencias bienhechoras.

Los zapadores y la evolución de los medios y procedimientos tácticos

Teniente Coronel de Ingenieros SALVATORE FISICARO.—De la *Rivista Militare*, Roma.

En la guerra mundial 1914-18, la defensa, haciendo amplio uso de la fortificación campal, del obstáculo pasivo y del arma automática, predominó, en conjunto, sobre el ataque, de modo que la lucha se estancó, cruenta y vana, a lo largo de los distintos frentes estabilizados; y las fluctuaciones de las opuestas líneas, a consecuencia de las varias acciones ofensivas cuidadosamente preparadas, no fueron nunca determinantes respecto a la resolución del conflicto.

Solamente hacia la segunda mitad de 1918, sea por la evolución experimentada por los medios bélicos y por los procedimientos tácticos, sea por el progresivo agotamiento del potencial bélico de una de las dos coaliciones, la lucha recuperó su forma resolutiva de guerra de movimiento y dió alas a la victoria.

Pero ya en aquella inmediata postguerra muchos escritores militares, al hacer el examen de los acontecimientos que produjeron el hundimiento de los Imperios centrales, se manifestaron más propensos a atribuir tal hundimiento a los efectos del bloqueo económico que a la superioridad de los medios y de los procedimientos de ataque sobre los de la defensa; y en tal valoración unilateral estuvieron de acuerdo tanto los escritores militares alemanes, que ponían todo interés en demostrar que su Ejército había sido batido, pero no vencido, como algunos de las naciones anglosajonas, que veían en el dominio del mar la causa determinante del colapso de la potencia militar austroalemana.

Con tales premisas, no fué difícil para los fervientes partidarios de la hegemonía de la defensa sobre el ataque,

hacer triunfar el principio de la invulnerabilidad de las fronteras oportunamente organizadas, ya en tiempo de paz, con los medios de la fortificación permanente; aduciendo en apoyo de su tesis no sólo el pensamiento de Clausewitz, que en su gran obra *De la guerra* afirmaba que la forma defensiva era más fuerte y más fácil que la ofensiva, sino también los resultados de la primera guerra mundial.

Y si en Francia tal idea tuvo como apóstol ferviente a Andrés Maginot, de cuya iniciativa se deriva la línea fortificada de su nombre, también en los otros principales Estados europeos se derrocharon enormes sumas para cerrar, mediante zonas fortificadas más o menos profundas, las respectivas fronteras; y así surgieron las líneas Sigfrido, Stalin, Metaxas, etc.

Y, sin embargo, durante el primer conflicto mundial habían sido ya empleados los medios que darían a la lucha la forma resolutive de la guerra de movimiento. Queremos aludir al binomio avión-carro armado; medios éstos que, si en los primeros años de su empleo sobre los campos de batalla habían dado resultados modestos, dejaban, no obstante, entrever vastas posibilidades futuras, a consecuencia de los perfeccionamientos técnicos que los harían cada vez más eficaces y potentes, así como a causa de procedimientos tácticos más adecuados a sus peculiares características y a sus posibilidades ofensivas prácticas.

Tal estado de cosas no se ocultó a los estudiosos de cuestiones militares de las distintas potencias europeas; de modo que, en oposición a la tesis propugnada por los sostenedores del predominio de la defensa sobre el ataque, surgieron escritores como Fuller, Liddel-Hart, Hallehaute, Camon, Guderian, etc., los cuales preconizaron el advenimiento de los Ejércitos motorizados, que, actuando en estrecha colaboración con los aéreos, conducirían a una rápida decisión del conflicto.

Y como el carro armado haría ineficaces el obstáculo pasivo y el arma automática, fué necesario crear un dispositivo capaz por sí solo de destruir o, por lo menos, inmovilizar el medio mecanizado. Surgió así y se generalizó, hasta asumir en el reciente conflicto proporciones vastísimas, la guerra de minas, llamada también guerra de detención, consistente, en su expresión más sencilla, en el empleo de un cierto número de minas, de tamaño y peso limitados, dotadas de una fuerte carga de alto explosivo, dispuestas en varias filas de trazado irregular, oportunamente enterradas o disimuladas en el terreno y capaces de estallar por presión o percusión.

El valor obstaculizador, siempre limitado en el tiempo, era valorado en función de la extensión del campo minado (que debería ser difícilmente localizable y rodeable) y de la mayor o menor posibilidad de batirlo con el fuego de las armas antitanques.

Por consiguiente, en las principales potencias europeas se trabajó urgentemente para crear el instrumento bélico que, en relación con la nueva doctrina, debería llenar las siguientes misiones:

- o imponer la propia voluntad al adversario en breve tiempo, mediante una guerra ofensiva, de rápido curso, conducida con abundancia de hombres y de medios, en la cual el avión y el carro armado jugarían un papel determinante;
- o contrarrestar eficazmente, en el caso de manifiesta inferioridad inicial, la amenaza enemiga, confiando en un primer tiempo, no en las formaciones ya dispuestas, sino en el valor obstaculizador del terreno oportunamente integrado con la técnica de la fortificación permanente, para ir decididamente al ataque cuando, a consecuencia de la adquirida superioridad sobre el adversario, después de la integral movilización del propio potencial bélico, los riegos anexos a una forma de guerra decididamente ofensiva pudieran considerarse superados con certeza.

El zumbido de los motores, en la tierra y en el aire, acompañaría, pues, como en una sinfonía heroica, al choque—considerado entonces inevitable—; y la potencia de los medios, ya cuidadosamente preparados, la sorpresa y la genialidad de las concepciones operativas, darían cuenta del enemigo, por muy aguerrido y tenaz que fuese.

Pero el empleo en masa de los medios acorazados, como era propugnado por la nueva doctrina, requería la previa apertura de brechas en las líneas fortificadas; misión ésta nada fácil, pero de preeminente importancia a los fines del sucesivo desarrollo de las operaciones y que no podía ser confiada a las mismas Unidades destinadas a irrumpir en las brechas así abiertas.

Eran necesarias a tal fin tropas especiales, de primerísimo orden, magníficamente adiestradas en tal forma particular de lucha, y fué precisamente a los zapadores asignados a las grandes Unidades a los que se confió tal misión, cumplida por ellos de modo encomiable durante el reciente conflicto.

Es sabido que durante la primera guerra mundial, cuando el atacante se encontró detenido por las alambradas todavía intactas, a pesar de las violentas preparaciones de artillería, los soldados de Ingenieros (los zapadores minadores, como entonces se llamaban) fueron encargados de la apertura de pasos mediante la colocación de cargas alargadas bajo las alambradas enemigas, cargas que se hacían estallar en el momento oportuno.

El alto tributo de sangre que los ingenieros pagaron entonces y los modestos resultados conseguidos (las alambradas aparecían frecuentemente en numerosas filas y a veces en disposición alternada) indujeron a los Mandos a buscar medios más eficaces para la destrucción del obstáculo pasivo; hicieron así su aparición sobre los campos de batalla el mortero y el carro armado, ambos idóneos a tal fin.

Otro particular aspecto tuvo la guerra estabilizada en montaña, donde, para la posesión de una cima ásperamente disputada, se encargó a los ingenieros el recurrir a la guerra de minas, llamada también guerra subterránea. Se excavaron así galerías hasta los cimientos naturales de las posiciones enemigas, y en ellos se abrieron "los hornillos de mina", destinados a contener las ingentes cantidades de explosivo necesarias para destruir la posición enemiga y, con ellos, los grupos de minadores. Fueron típicas, entre otras, las minas del Col de Lana y del Diente del Pasubio.

Aparte tales episodios característicos, no se encontraron en la primera guerra mundial nuevos conceptos de empleo de los zapadores que no fuesen aquellos sancionados por los reglamentos de entonces para tal especialidad: obstrucciones, destrucciones, obstáculos, elementos de la fortificación campal y semipermanente, viabilidad, paso de cursos de agua, sistematización de los alojamientos, etc.

Pero tanto para los ingenieros, y para los zapadores en particular, como para las otras armas, un gran proceso evolutivo estaba en marcha.

Hemos visto, en efecto, cómo el empleo de los medios acorazados en la batalla de fronteras, sólidamente organizadas para la defensa desde tiempo de paz, requirió la previa apertura de pasos en las líneas fortificadas. Se trataba, en sustancia, de reducir al silencio, en la zona preelegida para el ataque y en el más breve tiempo posible, los fuertes puestos que cerraban las vías de más fácil acceso, de modo que las Divisiones acorazadas pudiesen irrumpir entre las cortinas y extenderse a espaldas de los remanentes centros de resistencia de la línea fortificada.

Se crearon a tal objeto especiales Unidades de ingenieros, particularmente adiestradas en el ataque cercano a obras fortificadas; y así, en Alemania surgieron los Batallones de zapadores de asalto (Sturm pionieren), empleados por primera vez con óptimos resultados en el ataque de las posiciones belgas y de algunas obras de la Maginot. Sobre todo, fué característica la conquista del fuerte de

Eben-Emael, armado de 32 cañones y 20 ametralladoras, y reducido al silencio por algunos grupos de ingenieros encargados de taponar las aspilleras mediante potentes cargas explosivas y de hacer estallar otras cargas sobre la cumbrera de las obras, precedidos por un núcleo de paracaidistas al mando de los tenientes Witzinger y Mikosh.

También en el Ejército italiano, en agosto de 1940, se crearon las primeras Unidades de zapadores, destinadas a actuar en cooperación con los infantes en el ataque de las obras fortificadas. Empleadas también en Ejércitos extranjeros, dieron buenos resultados.

A los zapadores de asalto no les fué confiada sólo la misión de la neutralización o de la conquista de obras fortificadas, sino que también fueron empleados para el ataque de pueblos enteros organizadas defensivamente, gracias al alto grado de adiestramiento alcanzado, a su armamento moderno (ametralladoras, morteros, lanzallamas, cargas de alto explosivo, bombas y bengalas fumígenas, etc.) y a la íntima cooperación con las otras armas.

Pero no sólo en Alemania, bajo los auspicios de Foerster, los ingenieros de División fueron considerados como verdadera y propia tropa de asalto, en armonía con la evolución experimentada por la doctrina, sino que también en las otras principales naciones beligerantes tal concepto de empleo fué universalmente reconocido y aceptado.

El Reglamento Táctico británico, en efecto, hablando de los zapadores en la acción ofensiva, precisa que éstos forman parte de los grupos de ataque para la penetración inicial a través de los obstáculos y el sucesivo rastreamiento de centros de resistencia, además de cumplir las otras misiones específicas de tal Arma, como mejoramiento de carreteras avanzadas y abastecimiento de agua, determinación, destrucción y remoción de minas y trampas, destrucción de carros armados y materiales enemigos.

El Alto Mando alemán, al distribuir entre las tropas propias las directivas para la defensa, precisaba—como ha sido revelado por un memorándum que cayó en manos de los aliados en 1943—que los angloamericanos avanzaban frecuentemente bajo la protección de cortinas de niebla artificial, además de contar con el apoyo de la propia artillería. La infantería atacante era también precedida por Unidades de zapadores, que procedían a remover minas y otros obstáculos, después de lo cual la artillería alargaba el tiro y la infantería penetraba en las posiciones desorganizadas de la defensa.

También durante el forzamiento de cursos de agua los zapadores divisionarios británicos, provistos de botes de asalto, de botes de goma neumáticos y de canoas plegables, procedían al transporte de las primeras Unidades para la constitución de las cabezas de puente y a sucesivo tendido de puentes de 5,5 a 16 toneladas, sin que a tal fin fuera necesaria la venida desde la retaguardia de especiales Unidades de pontoneros (al menos, en los primeros momentos), con la doble ventaja de la oportunidad de intervención y de la constante orientación acerca de la situación táctica, puesto que tales zapadores formaban parte integrante del conjunto divisionario en que diariamente operaban.

Puede decirse lo mismo de los zapadores alemanes; y, en efecto, el Batallón de zapadores divisionario estaba dotado de botes neumáticos con capacidad para 12 hombres, y a cada División le era normalmente asignado un equipo, con el cual era posible el rápido tendido de un puente de 8 toneladas con una longitud total de 80 metros, o bien de un puente de 16 toneladas, reduciendo la longitud a 50 metros.

Y así, en la exploración táctica, como en la marcha contra el enemigo y en la persecución, los zapadores fueron enviados siempre con las puntas avanzadas del grupo destinado a localizar y eliminar todos los obstáculos diseminados por el enemigo para impedir o limitar la viabilidad del terreno en el campo táctico. Es característica a tal objeto la conquista del puente Ludendorff de Rema-

gen, sobre el Rin, por parte de la 90 División acorazada de asalto americana, al mando del general Hoge, al amanecer del 7 de marzo de 1945. Esto fué posible porque los ingenieros americanos que marchaban a la cabeza de las columnas de ataque, aunque en la sólida estructura metálica hubiese habido ya una pequeña explosión, consiguieron cortar rápidamente las mechas que unían las cargas escondidas entre los entramados sustentadores, mientras una Compañía motoacorazada de infantes se lanzaba al asalto. Muchos ingenieros pagaron con la vida su audaz empresa; pero el puente fué salvado de una segura destrucción, y pocos minutos después, un influjo ininterrumpido de hombres y de máquinas se volcaba sobre la orilla oriental del río.

También durante la batalla defensiva el Reglamento británico admite la posibilidad de confiar a los zapadores la defensa de una determinada localidad, además de las misiones específicas normalmente previstas para dicha Arma.

Se puede, por lo tanto, afirmar, después de todo lo expuesto, que la misión confiada a los zapadores de atacar pueblos organizados para la defensa, como hicieron los alemanes en 1940, en la zona de Saarbrücken, o de mantener una localidad en la batalla defensiva, como está previsto por los británicos, no representa más que el natural epílogo del proceso evolutivo experimentado por tales tropas en la compleja y difícil conducción de la batalla moderna. Su contribución a la lucha ha sido preciosa y, a veces, determinante; su número, siempre inferior a las necesidades; tanto es así, que el Reglamento británico prescribe que el empleo de los zapadores debe ser centralizado, y sólo en casos excepcionales (por ejemplo, en la fase inicial de la ocupación de un sector que debe organizarse en defensa) se permite una temporal descentralización de las Brigadas.

En conclusión, se puede afirmar que han cambiado profundamente, en el creciente conflicto, los conceptos informadores del empleo de los zapadores en el combate. Ya no son tropas técnicas que contribuyen a la lucha con la prestación de su *trabajo*, así como la artillería participa en los combates con el *fuego* y la infantería con el "fuego y movimiento", sino tropas selectas que combaten como los infantes de las Unidades de asalto, con procedimientos especiales y para misiones de particular importancia.

Su preparación requiere tiempo, amplia disponibilidad de medios técnicos modernos, armamento adecuado; así como un particular adiestramiento táctico-técnico, que ha de desarrollarse, primero, en un adecuado centro de instrucción organizado y preparado de modo perfecto y con instructores numerosos y capaces, y sucesivamente en las grandes Unidades, a las cuales serán asignados los zapadores.

Es necesario, pues, dotar al arma de Ingenieros de una reglamentación táctica propia, a fin de que la instrucción no sea fruto de la improvisación, sino que se derive de precisas directivas, en armonía con los conceptos de empleo surgidos del examen cuidadoso y sereno de las distintas doctrinas y de los distintos reglamentos, y en relación con el éxito de las experiencias adquiridas por los principales Ejércitos, que han asimilado aquellas doctrinas y han entrado en campaña con tales reglamentos.

Hay que tener presente, además, que los zapadores asignados a las Divisiones han resultado, en esta última gran guerra, respecto a las misiones que se les han confiado, pocos en Inglaterra y en Alemania y poquísimos en Italia; y como tales tropas no se improvisan, es necesario prepararlas con tiempo, sea modernizando la organización y dotaciones, sea creando adecuadas reservas instruídas.

Sólo así los zapadores, esta Arma antigua y nueva, reforzados en espíritu y en medios, podrán aportar a la lucha su preciosa contribución, en una noble porfía de emulación y de valor con las otras Armas, con las cuales deberán compartir las fatigas, los sacrificios y la gloria.

Embalajes del material de guerra

Información de la Sección de Prensa de la Embajada de Estados Unidos en Madrid.

Entre las conversaciones de la postguerra, en que tanto se ha hablado de los secretos de la campaña, una de las noticias que más curiosidad ha inspirado es esta: "El Ejército ha estado envasando material bélico."

En efecto, cañones de grueso calibre, armas antiaéreas, "bazookás" y otros armamentos sobrantes de momento han sido embalados en recipientes especiales de aluminio o acero para almacenarlos convenientemente en espera de aplicaciones futuras.

Este programa de preparación de armas en conserva se inició, en abril de 1945, simultáneamente, en Baltimore, Filadelfia, Ambridge, Chicago y Rock Island. Y cuando se dió por terminado, se habían almacenado diez millones de toneladas de material, protegido contra todo deterioro mediante una adecuada atmósfera de nitrógeno o tubos especiales de desecación—para evitar la humedad—, en unos recipientes en que se gastaron quinientas mil toneladas de metal. Todo este material se convertirá en un montón de chatarra cuando haya que abrir las cajas, pero las ventajas de tal sistema de envases son extraordinarias.

A causa de haberse reducido la construcción de aeroplanos se han empleado envases de aluminio.

El procedimiento seguido es, más o menos, éste: Sobre un cañón de noventa milímetros, por ejemplo, se hace descender una caja de acero del tamaño y la forma adecuados para poderla soldar de modo que quede herméticamente cerrada, después de introducir en ella el nitrógeno necesario para ocupar el lugar del aire. Sabido es que el nitrógeno es un gas inerte que no puede, naturalmente, provocar oxidación en los metales, y se empleaba para estos comeditos, porque es barato y porque se disponía de él fácilmente en todas las fábricas de armas. Téngase en cuenta que, en los Estados Unidos, el nitrógeno viene a costar unos treinta y cinco centavos el metro cúbico, y unos veinte dólares son suficientes para conservar un cañón del calibre citado.

Una de las mayores ventajas en este sistema de con-

servación de armas en envases es que así el material puede almacenarse en cualquier sitio, lo mismo en un lugar húmedo y caluroso que en cualquier parte de clima seco. Además, los cañones envasados no hay que engrasarlos y están siempre dispuestos para su uso inmediato. Sobre este particular se sabe ahora que el Coronel F. I. Gilbert, director de este programa de almacenamiento, dijo en su día que el viejo procedimiento de engrase de material bélico suponía, económicamente, el diez por ciento del valor del equipo en cada revisión anual.

Los cañones de 40 milímetros, e incluso los de noventa, conservados de esta forma, pueden llevarse por el agua hasta la costa en sus mismos envases, y en el caso de las cajas cilíndricas, se llevan rodando sobre la playa, como un tonel. Todos los tipos de envases se pueden izar fácilmente en las grúas, porque están contruidos de forma que se enganchan sin dificultad. Se abren con un soplete de acetileno o también—si se trata de envases más pequeños—con una llave, como las latas de sardinas. Los recipientes pesan de un 10 a un 15 por 100 del peso bruto del metal de que están hechos, y si son de aluminio, el 5 por 100, o sea, como término medio, menos que la madera.

También se han envasado por el mismo procedimiento las gomas de las ruedas de los cañones. Según el Coronel Gilbert, las caretas de goma contra los gases asfixiantes envasadas el año 1920 se encontraron en perfecto estado al examinarlas veinte años después. Y también se hicieron experimentos para comprobar los efectos del nitrógeno sobre el caucho o la goma.

Los instrumentos de óptica plantean un problema especial de conservación en los países tropicales, porque existe cierta clase de hongos que ataca las lentes, causando en ellas serios deterioros. Este nuevo sistema de envases solucionará tal problema, porque dichos hongos no pueden desarrollarse en el nitrógeno por faltarles el oxígeno para vivir.

BIBLIOGRAFICA

Ayer (1892-1931), por el General de División D. Carlos Martínez de Campos y Serrano. Edición primera, por el Instituto de Estudios Políticos.—Madrid, 1946.

La parte más interesante de los muchos viajes realizados por el General Martínez de Campos se halla resumida en este libro. Sus comisiones fuera de España, en Italia, en Norteamérica, en Extremo Oriente (Japón y China) y en los Balcanes (Bulgaria, Grecia y Turquía), le han facilitado la redacción de numerosos episodios concernientes a la preparación de los ejércitos que han tomado parte en la segunda guerra mundial, y, por otra parte, el contacto personal que ha establecido con los principales jefes y con los generales más ilustres de las naciones que se citan, le proporciona la ocasión de presentar una serie de anécdotas que amenizan extraordinariamente su labor.

Precio en librería: 40 pesetas. Treinta por ciento de rebaja para los suscriptores de la revista EJERCITO, de su *Apéndice para la Oficialidad de Complemento* y de *Guión*.

La Geografía y la guerra. Estudio militar del terreno, por el Coronel de Estado Mayor D. José Díaz de Villegas. Madrid, 1946.

Los tratados clásicos de geografía militar sufren actualmente una profunda transformación, que altera fundamentalmente métodos y conceptos. Las hipotéticas maniobras, excesivamente teóricas y simplistas, apoyadas en la caprichosa parcelación geográfica de las cuencas fluviales, han dejado el paso al estudio geográfico del medio, para deducir cómo esta naturaleza influye en la dirección de la guerra. La atmósfera, el clima, las aguas y la morfología terrestre condicionan las operaciones e imponen una evidente servidumbre logística, orgánica, táctica y estratégica. Así, orientado el estudio de la geografía, su conocimiento es indispensable a todos los mandos, incluso a los más modestos.

A pesar de ello, es el primer libro español que aborda los citados problemas, y el Coronel Díaz de Villegas lo hace con extraordinario acierto, huyendo de los métodos farragosos, de-

masiado científicos, empleados en obras de esta especie por algunos autores extranjeros.

Tras el estudio del medio—atmosférico, hidrográfico o simplemente continental—deduce amplias conclusiones militares, entresacadas de la experiencia de la historia, de las campañas antiguas y modernas, y de las doctrinas y reglamentos tácticos.

La influencia de la atmósfera en la guerra aérea, del mar en la naval y de la variada y diversa clase de terreno en la continental, es estudiada de una manera sencilla y completa. También el análisis geográfico—no topográfico—de las cartas, es objeto de singular atención.

La importancia del asunto es tan evidente, que el conocimiento del terreno sirve de base en la decisión del mando supremo, medio o inferior.

El estudio del terreno requiere una técnica, que ha de saberse al considerar la influencia geográfica sobre armamento y tropas.

Uno de los mayores aciertos del libro—con estar pleno de ellos—es la sencillez de exposición, que ofrece claros los conceptos, accesibles a todos los lectores, aun a los de más escasa preparación.

La obra está profusamente ilustrada y contiene una abundante bibliografía sobre la materia.

Avalora el libro un prólogo del ilustre General García Valiño, Jefe del Estado Mayor Central del Ejército.

Wellington, por Andrés Revesz, de la Editorial Gran Capitán.

Este libro rinde un señalado servicio a la historiografía española. En la Europa de su tiempo la figura de Lord Wellington, el tenaz enemigo y hábil vencedor de Napoleón, adquiere eminente relieve. Los españoles le debemos su victoriosa participación en nuestra guerra contra las huestes de Napoleón. Este de ahora es, entre los estudios españoles de esta figura histórica, un trabajo biográfico de categoría.

Su lectura es muy recomendable para nosotros, Oficiales españoles, e igualmente para nuestros camaradas portugueses, con quien compartimos los honrosos triunfos sobre los Ejércitos napoleónicos.

Teoría del ala y de la hélice. (E. Glauert)

En esta obra el autor expone, en forma sistemática y clara, los fundamentos hidrodinámicos de las teorías circulatorias del ala y de la hélice; distribuciones de la sustentación sobre la envergadura del ala y sobre la curva del perfil; teoría de perfiles delgados y sus aplicaciones; teorías de la resistencia inducida, y, en suma, todos aquellos problemas que han constituido el objeto de la ciencia aerodinámica desde los primeros días de la aviación.

Puede considerarse como una obra clásica, cuya lectura es indispensable para todo el que desee iniciarse en las cuestiones relacionadas con la teoría y técnica del vuelo.

Pertenece también a las ediciones del I. N. T. A.

Motores de Aviación.—Manual de pruebas de motores de altura y normales, conducentes a la determinación de sus características, por T. Moyano Araiztegui, Ingeniero Aeronáutico. Publicación del I. N. T. A.—Madrid, 1945.—Treinta pesetas.

Como su título indica, se trata de una obra eminentemente práctica, en la que se marcan las directrices a seguir en la ejecución de pruebas para determinar las cualidades de los tipos de motores que se mencionan y en la que se detallan las condiciones y forma en que deben ser realizadas dichas pruebas. Avaloran la obra ejemplos prácticos de realización de pruebas de motores, así como tablas y gráficos para facilitar la ejecución e interpretación de esta clase de ensayos.

Estructuras de aeroplanos, por Pippard y Pritchard, traducida del inglés por P. Huarte-Mendicoa, Ingeniero Aeronáutico. Publicación del I. N. T. A. Madrid, 1945.—Ochenta pesetas.

Esta obra estudia detalladamente el problema de resistencia de las partes que fundamentalmente constituyen los aviones, así como de gran número de elementos complementarios de los mismos. Los capítulos dedicados a "Barras comprimidas" y a "La construcción metálica de poco espesor" son de especial interés, y toda la obra constituye una guía eficaz para el que quiera adentrarse en la complejidad del cálculo y proyecto de aviones.